CHLOÉ WALLERAND



THE DEVIL'S SONS

LAS LLAMAS DEL RAGNARÖK

SIREN BOOKS

THE DEVIL'S SONS

LAS LLAMAS DEL RAGNARÖK

CHLOÉ WALLERAND

Traducción de
Lorena Rozas Martínez

SIREN BOOKS

Primera edición: septiembre 2025
© *The Devil's Sons* #2 de Chloé Wallerand, 2023
© de la traducción: Lorena Rozas Martínez, 2025
© de la corrección: Patricia Rouco y Ligia Boga
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es

ISBN: 979-13-87864-07-1
IBIC: FRD

First published in France in 2023 by Plumes du Web éditions.
Translation rights arranged with Asterisc Agents through Leor Literary Agency.
All rights reserved.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aviso de contenido:
Violencia explícita, consumo de droga, agresión sexual, duelo, armas, sangre.

A todos aquellos que desean encontrar
su lugar en este mundo…

Glosario

Asgard: uno de los nueve mundos de la mitología nórdica. Es la residencia de los dioses Ases entre ellos Odín.

Draupnir: el anillo de Odín, elaborado por dos hermanos enanos. Es una fuente infinita de riqueza: cada nueve noches se multiplica en otros ocho anillos.

Fenrir: hijo de Loki, es un lobo gigante. Ante el temor a su poder, los dioses lo encadenaron, y solo se liberará durante el Ragnarök para devorar a Odín; después será derrotado por el dios Vidar.

Fólkvangr: prado donde Freya recibe a la mitad de sus guerreros caídos. En este campo se encuentra Sessrúmnir, la mansión de la diosa.

Freya: habitante de Asgard, pero originaria de Vanaheim, el mundo de los dioses Vanes. Es la diosa de la fertilidad, la belleza y la sexualidad. Recibe en su palacio a los guerreros caídos en batalla que lucharon para proteger a sus familias.

Frigga: esposa de Odín y diosa del cielo. Está asociada a la fertilidad, el amor, el hogar, el matrimonio, la maternidad y la sabiduría doméstica. En la mitología nórdica, su papel era principalmente familiar, acompañando a su marido y a sus hijos.

Ginnungagap: un vasto abismo que se extendía entre Nilfheim y Muspelheim durante la creación de los mundos.

Hávamál: colección de sabiduría escandinava que, según se dice, fue compuesta por Odín. Puede traducirse como «Los dichos del Altísimo».

Helheim: el mundo de los muertos, sobre el que reina la diosa Hela.

Hlidskjálf: el trono de Odín. Cuando se sienta en él, puede ver los nueve mundos y comprender todo lo que se presenta ante sus

ojos.

Idun: diosa de la juventud eterna en la mitología nórdica; protege las manzanas que permiten a los dioses conservar su juventud.

Loki: aunque es un gigante, especie enemiga de los dioses, Odín lo acoge en Asgard, sellando con él un pacto de sangre que los convierte en hermanos. Dios de la malicia y la discordia, Loki pone a los dioses en numerosas situaciones desagradables. Es tanto su enemigo como su aliado.

Mimir: dios de la sabiduría en la mitología nórdica. Decapitado por los dioses Vanes tras la guerra contra los dioses Ases, Odín resucitó para acceder a sus conocimientos.

Nornas: entidades que establecen el destino de cada ser, humano o dios. Las tres Nornas más importantes son Urd, Verdandi y Skuld, cuyos nombres significan, respectivamente, pasado, presente y futuro.

Ragnarök: profecía del fin de los mundos en la mitología nórdica. Comenzará con un invierno de tres años sin sol; después vendrá una gran batalla en la llanura de Vígríd, donde los dioses se enfrentarán a los gigantes liderados por Loki. Durante el Ragnarök, Fenrir se liberará de sus cadenas y devorará a Odín; Jörmungandr provocará maremotos y se enfrentará a Thor, quién morirá envenenado por la serpiente. La tierra de los hombres será engullida por las aguas, la mayoría de las divinidades y los gigantes perecerán, y los nueve mundos arderán en llamas. De los dioses supervivientes, Balder, hijo de Odín, se convertirá en rey; y de las parejas humanas que sobrevivan al fuego, renacerá la humanidad.

Sköll: lobo que, según la mitología nórdica, persigue al sol en el cielo.

Skuld: la Norna del futuro.

Valhalla: salón donde los guerreros valientes muertos en combate se preparan para el Ragnarök y, por la noche, se reúnen en la mesa de Odín para festejar.

Valkirias: guerreras de Odín que sobrevolaban los campos de batalla para escoger a los guerreros caídos que llevarían al Valhalla.

Vegvisir: símbolo de una brújula mágica que guía a quien la porte, evitando que se extravíe o pierda su rumbo.

Vetrnætr: también conocidas como «las noches invernales», marcan la entrada al invierno en el calendario pagano nórdico. Se celebran durante tres días.

Völuspá: poema que recoge la profecía de una vidente sobre la historia y el destino del Yggdrasil.

Yggdrasil: gran fresno de tres raíces sobre el que descansan los nueve mundos de la mitología nórdica.

Prólogo

La gente que tiene una vida difícil aspira a una sola cosa: vivir de forma tranquila.

Pero ese no es mi caso. Esta vez, formo parte de la gran mayoría.

Mi resiliencia ha llegado a su límite. Ahora tan solo soy un castillo de naipes listo para derrumbarse con el siguiente vendaval.

O, al menos, eso creía.

Me alejé, cabreada con el mundo, pero, a pesar de mi corazón destrozado, he pasado las mejores vacaciones de mi vida. Sin embargo, me permito estar cabreada cuando mi compañero de viaje no está ahí para distraerme. Y, cuando consiga dejar a un lado todo ese rencor, podré adaptarme por fin a mi nueva vida.

Aceptarlo y adaptarse es la clave, la clave de una vida feliz, a pesar de las complicaciones. Es el camino que he decidido seguir siempre.

Solo dadme el tiempo suficiente para vengarme. Es todo lo que pido.

1

Me despierta una mano en la espalda, aunque mantengo los ojos cerrados. Sé dónde estoy y lo que ocurrió ayer; por eso mismo, no quiero afrontar la realidad. Solo pido unos segundos de tregua y, después, me enfrentaré al desconocido que ha interrumpido mis sueños. Sueños llenos de los Devil's Sons que me querían por quien era… ¡Qué mentira tan idílica!

Los cascos en mis orejas ya no reproducen música, y el ruido de los pasos en medio del pasillo me hace abrir los ojos. Me encuentro con la mirada de un hombre de unos treinta años, de pie frente a las dos sillas en las que estoy acurrucada. Sus tatuajes me recuerdan rápidamente a la banda, así que le miro mal, como si fuera el responsable de todos mis problemas. Pero no sería justo para él, y me siento culpable cuando una cálida sonrisa se extiende por sus labios.

No dice nada. Debe de pensar que no lo oiría, así que me quito los cascos.

—Vamos a hacer una parada de quince minutos. He pensado que podría apetecerte estirar las piernas.

Si mi corazón no estuviera tan destrozado, habría apreciado su gesto.

Se lo agradezco rápidamente, me levanto y cojo mi mochila para salir del incómodo autobús.

Respirar aire fresco es mucho más placentero de lo que esperaba. Una suave brisa me acaricia las mejillas irritadas por las lágrimas, y el buen tiempo ahuyenta mi oscuridad.

A pesar de mis bromas sobre los *scouts*, no soy muy aventurera. Analizar la posición del sol en el cielo para saber la hora

resulta muy tedioso.

El desconocido aparece a mi lado.

—¿Sabes dónde estamos? —le pregunto.

—Perdidos en algún lugar olvidado de Tennessee.

Si Carter y Mike supieran que su pequeña princesa Arinson está en otro estado, en un autobús de mala muerte, enviarían a sus hombres, y al buenazo de Pitt, con su mirada pervertida, para traerme de vuelta cogida por el pescuezo.

En silencio, me alejo del desconocido y voy a los aseos.

Me restriego los párpados, empujo la puerta del baño y, después, la de un cubículo. Una vez acabo de hacer pis, me lavo las manos, incapaz de ignorar mi reflejo en el espejo. Tengo unas enormes ojeras azuladas, la piel pálida, los ojos hinchados de haber llorado y el pelo enredado.

Negándome a llevar los signos de tristeza en el rostro, dejo la mochila a mis pies y me recojo el pelo en una coleta. Abro el grifo, me lavo la cara con agua y, después, me echo crema hidratante con la esperanza de tener mejor aspecto. Sin esperar más, voy a la máquina expendedora, donde me compro una barrita de chocolate y algo para hidratarme. Agacharme para recogerlo todo me arranca un gemido de dolor. Estoy entumecida de la cabeza a los pies y me duele el abdomen. Dormir acurrucada, encorvada, no ha ayudado a la recuperación de mi herida.

—¡Menudo desayuno de campeones!

El hombre que me ha despertado está detrás de mí. Su alegre sonrisa ya empieza a molestarme. Paso delante de él para volver al bus, pero me sigue de cerca.

—No eres muy habladora por la mañana.

—Y tú eres demasiado hablador.

—Soy Ty.

—Avalone.

—Encantado, Avalone.

Las puertas del autobús están cerradas; el conductor aún no ha vuelto. Atrapada por Ty, me giro hacia él y lo miro de arriba abajo, de forma descarada. Es una ironía del destino: además de estar cubierto de tatuajes, tiene la misma complexión que *ellos*. Su cabello

es castaño, y una barba de tres días le cubre las mejillas. Sus ojos azules me atraviesan, como si viera en mí un enigma que resolver.

—¿De qué huyes?

Enarco las cejas, sorprendida por la pregunta.

«¿Me he perdido algo? ¿Hemos pasado de presentarnos a un interrogatorio de tercer grado?».

—De los imbéciles.

Ty se ríe a carcajadas, lo que me relaja y, a la vez, me molesta. Su risa es tranquilizadora, y no tengo ganas de que me calmen. Tengo todos los motivos del universo para estar cabreada con el mundo entero, así que pienso aprovecharlo bien.

—En ese caso, te arriesgas a huir mucho tiempo.

—Si continúas siguiéndome, no lo dudes.

El conductor aparece de nuevo, para mi gran alivio. Me apresuro a subir al autobús y vuelvo a mi sitio. Aunque mi tranquilidad dura poco. Ty se sienta justo detrás de mí.

—Nos vamos a divertir, Alone. ¿Te importa si te llamo así?

Sola.

Me coloca las manos sobre los hombros y presiona con suavidad.

—Si pudieras evitarlo, sería genial —digo con la mandíbula apretada.

Alejo sus manos. Él se levanta, aparta mi mochila y se sienta a mi lado.

«¡Este tío es más descarado que los Devil's Sons! ¡Imposible!».

Se me escapa un gruñido agresivo, que debería dejar claro que su compañía no es bienvenida, aunque parece que le importa una mierda.

—Me intrigas, y siento curiosidad.

Me observa a través de sus gruesas pestañas. Giro el rostro hacia la ventana para huir de su mirada inquisitiva.

—Eres indiscreto y particularmente desagradable.

—¿Por qué estás tan a la defensiva?

—¿Y tú por qué haces tantas preguntas? —replico.

—Te lo dije, tengo curiosidad.

Tenso la mandíbula. Me está poniendo de los nervios. No es así cómo me imaginaba mi escapada.

—¿De dónde vienes?

—Ann Arbor —gruño.

—¿Vas a la universidad de Michigan?

Lo miro de reojo.

—No sé, ¿eres un asesino psicópata en serie?

Se ríe de nuevo con un tono desenfadado, y eso hace que me moleste un poco menos. Sin embargo, con lo obstinada que soy, decido mantener mi mal humor y no dejarme llevar por la misma alegría que él. Coloco el codo contra el borde de la ventana y luego apoyo el mentón en la palma de la mano.

—No, no te haré nada.

—Si así fuera, no me lo habrías dicho.

—Si pensaras que soy proclive al asesinato, no me habrías hecho esa pregunta.

«Punto para él».

—¡Ah, ya sabía yo que eras capaz de hacer eso! —exclama.

Señala mi boca con un dedo. Frunzo el ceño antes de darme cuenta de que una pequeña sonrisa se extiende por la comisura de mis labios. Al parecer, soy del todo incapaz de resistirme a su buen humor.

Molesta conmigo misma, aparto su dedo de un manotazo.

—Sí. —Me estudia, y maldigo su falta de concentración, que me obliga a explicarme—: Sí, estoy en la Universidad de Michigan.

Sus ojos empiezan a brillar de alegría. Estira las piernas bajo la silla y alza los brazos por encima de la cabeza, feliz como un idiota.

—¡Yo también iba allí! ¡Fueron los mejores años de mi vida!

—Me alegro de que la universidad fuera un éxito para alguien.

—¡Oh, ya sé de qué huyes, Alone!

Lo fulmino con la mirada, a la defensiva.

—¡No huyo de la universidad! Huyo de los gilipollas que hay en esa ciudad.

Reflexiona haciendo una mueca con los labios. Después se encoge de hombros.

—Si te interesa, por mi parte, evito a mi hermano gemelo.

—¿Por qué?

—¿Quién tiene curiosidad ahora?

Sus cejas suben y bajan con sorpresa, lo que, debo reconocer, es un gran talento. También es muy irritante. O, a lo mejor, solo no estoy de humor para aguantar chorradas.

Sin ninguna vergüenza, le pongo dos dedos sobre las cejas para interrumpir sus movimientos. Después me hundo en el asiento y lo ignoro.

—Mi madre está enferma, está en el hospital. No soy capaz de poner ni un pie allí, así que, si mi hermano me pilla, la vamos a tener.

No puedo evitar girarme hacia él. Entiendo mejor que nadie lo que puede hacerte sentir el hospital y su rechazo a ir allí. No obstante, por el tono de su voz, sé que su madre se está muriendo.

—Si no vas a ver a tu madre antes de que muera, te arrepentirás.

—¿Siempre eres así de sincera? —pregunta sin dejar de sonreír —. Me había imaginado oír una frase del tipo: «Lo siento mucho por tu madre, debe de ser una mujer increíble que no se merece eso».

—Siempre se gana tiempo diciendo la verdad.

Pensativo, asiente. Se quita los cascos y me pone uno en la oreja sin pedir permiso. Lo primero que pienso es en hacer que se los trague, pero tengo que admitir que me gusta esa espontaneidad. Suena *Hotel California*, de The Eagles, y nos mantenemos en silencio para disfrutar de la música. Ty mueve la cabeza al ritmo de la canción y, después, corea la letra, indiferente al mundo que nos rodea. No es hasta que canta como si estuviera bajo la ducha que lo miro mal.

—¡Da igual, relájate!

Un «no» rotundo atraviesa mis labios.

Ty detiene la música, se gira hacia mí y me clava una mirada seria.

—Avalone, tengo un don para entender a la gente. A pesar de tu gran boca y de tus ojos hinchados de tanto llorar, pienso que eres el tipo de chica que está un poco chiflada y no tiene miedo a hacer el ridículo. Así que, si quieres joder a todo el mundo, como muestra

tu mirada, ¿qué mejor forma de empezar que fastidiando a un bus lleno de gente?

No respondo, asombrada por sus palabras y su razonamiento.

Se reclina en el asiento, pone la música de nuevo y sigue cantando. Echo un vistazo por encima del hombro y veo que las pocas personas que hay no le prestan atención.

Apoyo la cabeza sobre el asiento y decido seguir su consejo.

—*There were voices down the corridor, I thought I heard them say…*

Ty me mira con picardía y sonríe de oreja a oreja.

—*Welcome to the Hotel California. Such a lovely place, such a lovely face…*

Todo el mundo nos mira, pero me importa una mierda. Cuanto más se quejan, más alto y fuerte me atrevo a cantar. Esto me hace sentir increíble; la tensión y el enfado disminuyen.

Las canciones se suceden, intercambiamos miradas divertidas, nos reímos e incluso nos peleamos por elegir la siguiente canción.

Mi objetivo era estar decaída. Un plan que fracasó, reemplazado por una agradable sensación de ligereza. No creía que fuera capaz de sonreír, y mucho menos de reír tan pronto, pero Ty es una ráfaga de aire fresco, la alegría personificada. Gracias a él, ya no pienso en quienes me han hecho daño.

Llegamos a Alabama sin ser conscientes de cuánto tiempo ha pasado. Cuando el bus se detiene, comprendo que, sin mi compañero de viaje, me volveré a deprimir. Estar triste lejos de Ann Arbor es lo que había planeado. Pero, después de haber compartido esa alegría, ya no quiero eso. No soy de las que se entierran en su tristeza.

Los pasajeros recogen sus maletas y después se bajan. Ty y yo salimos los últimos y, si soy sincera, estoy perdida y un poco asustada. No tengo la menor idea de dónde estoy ni de si voy a ser capaz de hacerlo… Nunca he tenido la ocasión de ser aventurera.

—¿A dónde vamos?

Miro a Ty y me pregunto si he imaginado esas palabras por mi preocupación.

—¿Qué? Tú huyes, yo huyo. Además, no te lo tomes a mal, pero no pareces tener la resolución suficiente como para subirte al primer bus que ves. Es obvio que estás perdida y asustada. Nos hemos encontrado por algo, así que más vale que le saquemos provecho juntos. —Abre los ojos de par en par antes incluso de que pueda responder—. ¡No hablo de acostarnos, eh! No es que no me atraigas; al contrario, eres una chica increíble… Pero podrías ser mi hermana pequeña, y ese no es mi rollo.

Veo cómo se pone rojo, y sus balbuceos me hacen muchísima gracia.

—¡Vale!

Si Lola me escuchara, le daría un patatús, pero tengo buen ojo. Bueno… mi instinto me hizo confiar en los Devil's Sons. Eso no fue, obviamente, un acierto. Pero Ty me ha animado a disfrutar de este viaje y, sin él, no habría llegado hasta aquí.

Enarca las cejas, sorprendido, y luego su mirada se vuelve seria.

—¿Nunca te han dicho que no debes seguir a un desconocido a otro estado? No soy peligroso, has tenido suerte de tropezarte conmigo, pero ¡aun así, Alone!

—Lo que tú diga. ¿Nos vamos?

Asiente con la cabeza y, enseguida, vuelve su sonrisa y su entusiasmo. Coge mi mochila y se adelanta para que lo siga.

«Este tío está delulu… ¡lo adoro!».

Atravesamos una gran carretera y cruzamos unas calles muy animadas. No sé en qué ciudad estamos, lo que no es muy inteligente. Si me ocurriera cualquier cosa, ni siquiera podría mandar un SOS porque no tengo batería en el móvil.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta Ty, curioso.

—Diecinueve.

—¡Oh, vaya mierda! ¡Eso hace que me sienta viejo!

—¿Y tú?

—Veintiocho.

Su expresión perpleja me divierte mucho más que su edad. Acostumbrada a juntarme con los Devil's Sons, que son al menos cuatro años más mayores que yo, la diferencia de edad no me incomoda.

—¿Tienes hijos? —le pregunto como si nada, solo para molestarlo.

Su expresión contrariada se transforma en una de terror. No comprende que le estoy vacilando hasta que me río disimuladamente.

—Pequeña viciosa…

Mi sonrisa se debilita. Vuelvo a pensar en el mote que me dio Jesse: V. Pero no tengo tiempo de sentirme mal. Debo concentrarme en caminar para seguir el ritmo que me imponen las largas piernas de Ty. Me agarra de la muñeca y me obliga a cambiar de dirección hasta que, por fin, cruzamos la puerta de un pequeño y simpático hotel.

—Dos habitaciones, por favor —le pide al recepcionista.

Voy hacia el centro de la estancia y observo la decoración tallada en la madera. No se ve ningún otro material a la vista.

—¿Cómo conoces este sitio?

—Huyo a menudo de mis problemas —se mofa Ty.

Me acerco al mostrador y busco dinero en mi mochila.

—Ah, no, pago yo. Es la primera vez que llevo a una desconocida a mis escapadas. Además, yo trabajo. Tú eres estudiante, así que no hay nada que negociar.

Niego con la cabeza.

—No puedo aceptarlo.

—¡Pues claro que sí! No voy a cambiar de opinión.

Lo miro, indecisa, pero ya ha intercambiado el dinero por nuestras llaves. Me lleva al piso de arriba, recorremos el pasillo y, después, nos detenemos frente a nuestras puertas contiguas.

—¡Tienes que estar lista en una hora! Es la *happy hour*.

Sus ojos brillan de emoción y, un segundo después, ha desaparecido.

Este tío se llevaría de maravilla con Lola; ambos tienen cuerda para rato. Me pregunto quién ahogaría a quién primero.

Recojo mi mochila, que Ty ha dejado a mis pies, y entro en la habitación. No es enorme, pero es muy mona y está limpia. Todos los muebles son de madera clara, y hay una ventana que da a la ciudad, sumida en la oscuridad del anochecer. Tiro mis cosas en la

cama y me voy directa a la ducha, con la que llevo soñando desde esta mañana.

Desnuda, la herida me recuerda quién soy. Una mancha de sangre tiñe el apósito, pero no tengo nada para cambiarlo o desinfectarlo. Qué le voy a hacer… Tendré que apañármelas hasta que encuentre una farmacia.

Limpia y seca, ya tengo mejor aspecto y disfruto del aroma a gel de ducha sobre mi piel. Vuelvo a la habitación y me pongo ropa limpia. Justo cuando me estoy poniendo la camiseta, la puerta de mi habitación se abre de repente. Ty, duchado y arreglado, frunce el ceño al fijarse en mi herida.

—¡Coño! ¿Qué te ha pasado?

Con movimientos bruscos, termino de ponerme la camiseta.

—¿Nunca llamas a la puerta antes de entrar? —le pregunto, molesta.

No quiero tener que explicarle que formaba parte de una banda y que me dispararon por impedir una guerra por el territorio. De todas maneras, no me creería.

—Tendrías que haber echado el pestillo si no querías que te molestaran —replica, encogiéndose de hombros.

Entra y se deja caer sobre mi cama.

—Entonces, ¿qué te ha pasado?

—Nada grave.

Cruza los brazos detrás de la nuca y, con ese movimiento, su camiseta de manga corta se levanta, dejando al descubierto un tatuaje en sus bíceps.

Me detengo. De repente tengo calor y siento cómo la bilis me sube por la garganta.

La misma tipografía que la de los chicos. Las mismas diez letras. Esas dos palabras.

Devil's Sons.

De repente, las piezas del puzle encajan. Jesse me habló de unos gemelos que eran miembros de la banda cuando él entró, al

igual que Clarke. Ty es uno de esos gemelos. Un desconocido para mí, pero leal a Carter para siempre.

Mi mundo se tambalea una vez más, justo cuando ya estaba en la cuerda floja. El odio que sentí ayer vuelve de golpe, la sangre me ruge en las venas.

Ty me observa. Cuando va a hablar, me adelanto y le lanzo mi neceser, que se estampa contra la pared, a varios centímetros de su cabeza. Salta de la cama y levanta las manos en un gesto de rendición.

—¡Pedazo de mierda! ¡Ha sido Carter quien te ha enviado!

No es una pregunta.

El odio arde dentro de mí como un fuego devastador. Odio con todas mis fuerzas a los Devil's Sons, a mi padrino, a mis padres, a todo el mundo. Y a Ty.

Ty, que ha conseguido hacerme reír en mitad de todo este lío en el que se ha convertido mi vida.

Ty, que me ha contagiado su alegría de vivir y su buen humor.

Ty, en quien pensaba que podía confiar, pero resulta que mi jodido instinto no deja de equivocarse últimamente.

2

—¿Quién?

—No hagas como si no lo supieras. ¡¡Carter Brown!!

Cojo un zapato y se lo lanzo con todas mis fuerzas. Él lo esquiva por los pelos y me mira, perplejo.

Sigue sin comprenderlo, como si no habláramos el mismo idioma, hasta que su cerebro procesa la información. Una gran sorpresa se dibuja en su rostro y me asaltan las dudas.

—¿Conoces a Carter? ¿A Carter Brown, de los Devil's Sons?

Esta vez le lanzo el cojín del sillón. Lo esquiva agachándose, pero no parece molestarle.

—¡Vale, vale! Vas a la Universidad de Michigan, claro que sabes quién es.

Está lejos de la verdad, y veo cómo lo comprende, ya que frunce el ceño y se endereza.

—Espera… ¿por qué crees que me ha enviado?

Me observa detenidamente de arriba abajo, como si pudiera encontrar alguna pista en mi cuerpo. Y aquí estoy yo, igual de perdida que él.

Es uno de los gemelos de los Devil's Sons, de eso estoy segura.

«Pero si no ha sido Carter quien le ha dicho que me siga, ¿por qué está aquí?».

—Tienes un Vegvisir tatuado en la base del codo —confirmo—. Eres pagano.

Nos miramos manteniendo una distancia de seguridad, como si el otro pudiera ser peligroso.

—Tú también lo eres, porque lo reconoces, a pesar de que mi camiseta tapa tres cuartas partes del símbolo.

El Ty de sonrisa contagiosa, de repente, parece amenazador: por su altura, sus músculos y su mirada. Ya no hay compasión en él. Se ha transformado en otra persona, como saben hacer los Devil's Sons.

—Carter no te ha enviado —afirmo.

Si ese fuera el caso, no desconfiaría de mí. Ahora sabe que conozco al jefe de la banda y que huyo de él. Y cree que estoy en guerra con ellos.

—Ya no formo parte de los Devil's Sons. No he tenido noticias de Carter desde hace al menos cinco años.

Las Nornas se burlan de mí. Me acabo de librar de la banda, y el destino pone a un antiguo miembro en mi camino.

—Es tu turno de decirme quién eres y por qué huyes del jefe.

Él ya no forma parte de la banda y, aun así, se preocupa por lo que yo haya podido hacerles. Pero fueron ellos quienes me hirieron. Y yo… yo solo intenté ayudarlos.

Por otro lado, enterarme de que Ty no ha sido enviado por Carter es un alivio. No habría soportado que me engañaran de nuevo.

Suelto una risa, harta de toda esta historia, lo que consigue calmar al excriminal.

Me dejo caer en el sillón, lista para confesar todo.

—En resumen…

—No —me corta. Se sienta en la cama, con una sonrisa divertida en la cara—. Quiero la versión extendida. Tiene pinta de ser *muy* interesante.

Y aquí está de nuevo el amigable Ty, y lo prefiero así. Por todos los dioses, hay que admitir que este tipo sabe cómo parecer amenazador.

—Crecí pensando que mi padre había muerto antes de que yo naciera.

Le hablo de la estrecha relación que tengo con mi madre y de mi enfermedad. Le cuento mi encuentro con los Devil's Sons y cómo acabé envuelta con ellos. Enlazo eso con el chantaje de Carter por la denuncia falsa y todo lo que ocurrió a continuación, tanto lo bueno como lo malo.

Ty se ríe cuando yo lo hago y deja de sonreír cuando mi expresión se apaga. Es el reflejo perfecto de mis emociones, y estoy segura de que las comprende.

—¿Sabías que Carter y Mike Arinson eran hermanos? Porque yo no. Hasta la negociación.

—¿Te quedas conmigo?

Este hombre es un libro abierto. Una docena de emociones lo golpean a la vez, tan numerosas que no consigo distinguir unas de otras. Parece que los antiguos miembros de la banda no estaban al tanto de la verdad. Carter debió contárselo solo a quienes tenían un papel importante en mi regreso. Y él no había previsto que Ty llegara a formar parte en ello.

Le hablo del desarrollo de la negociación y de la bala que me alcanzó. Sisea entre dientes, como si recordara el dolor de una herida similar.

¿Qué probabilidades había de cruzarme con un antiguo Devil's cuando estoy huyendo de la banda de la que formó parte?

Continúo con las revelaciones —la mayoría falsas— de Carter sobre los BloodBro, y mi compañero de viaje se altera. Reconoce el legendario nombre de la banda más poderosa de Estados Unidos y palidece visiblemente ante la idea de que su jefe se haya involucrado con ellos de alguna forma.

—Después de la estafa de Mike, los BloodBro exigieron como represalia la muerte del primogénito de los Arinson. Su mujer embarazada logró huir, pero un accidente de coche le habría costado la vida, a ella y a su bebé. Al menos, eso es lo que Carter me hizo creer. —Tras coger una bocanada de aire, y con el corazón en un puño, terminé confesándole mi terrible descubrimiento de ayer—. Pero ese bebé no murió con su madre, sino que ya había nacido. Carter y Mike hicieron pasar a ambos por muertos.

El silencio se extiende durante varios segundos mientras Ty asimila todo. Después se endereza lentamente, con los ojos como platos.

—Espera… —jadea.

Observa cada uno de mis rasgos y traga con dificultad. Asiento con la cabeza, confirmándole lo que piensa.

—*Yo* soy Avalone Arinson. Todo lo que creía no era más que una mentira. Todos lo sabían, pero nadie vio necesario revelarme quién era. No fui más que una misión para los Devil's Sons: proteger a la hija de Arinson y llevarla a casa.

Ty abre la boca, sorprendido. Empieza a decir algo, pero enseguida desiste. Se pasa un buen rato haciendo eso y, después, se levanta de repente.

Dos emociones lo dominan.

Incredulidad.

Sorpresa.

—¡Me cago en la puta!

Se pasa las manos por el pelo, agarrándose los mechones y dando vueltas con la boca abierta. Y después, estalla en carcajadas.

—¡Por Hlidskjálf, esto es surrealista! Me encuentro con una Devil's que resulta ser la hija de Mike… y la sobrina del jefe.

Agita los brazos mientras empieza a caminar de un lado a otro. Parece reflexionar sobre las pistas que Carter podría haber dejado, pero que, está claro, se le han escapado.

—¡Joder, joder, joder!

Empiezo a marearme de verlo cruzar la habitación de un lado a otro. Gracias a los dioses, se detiene y se planta frente a mí, con una mirada protectora.

—Quiero a Carter y a los Devil's Sons, pero su forma de actuar es cuestionable. Has hecho bien al subirte a ese bus. Cuando no estamos en sintonía con un lugar y todo lo que hay en él, no hay nada mejor que alejarse. Así que te propongo que pases aquí tanto tiempo como necesites y, después, cuando estés preparada, te llevaré de vuelta a Michigan.

Si tenía alguna duda sobre si podía confiar en él en lo que respecta a mi seguridad, ahora ya no. Un antiguo Devil's nunca me haría daño. Y en lo que respecta a mi corazón, Ty es un consuelo.

—Tengo dos condiciones. La primera: no te pondrás en contacto con la banda para avisarles de que estás conmigo. Y la segunda: no hables de mi regreso a Michigan. Quiero disfrutar y no pensar en el día que tenga que volver.

—¡Trato hecho!

Sonreímos.

Ty me tiende la mano, que estrecho para sellar nuestro trato.

—Oh… Tendrás que apagar tu teléfono si no quieres que Carter te localice.

Suelto una carcajada, pero la mirada seria de mi compañero de viaje me quita las ganas de burlarme.

—Va en serio. Puede que incluso ya estén de camino.

Exasperada, acabo negando con la cabeza.

—Se me acabó la batería anoche.

—¡Perfecto! Vamos a pasar una tarde increíble mientras los chicos inspeccionan todo Ann Arbor buscándote.

Una sonrisa vengativa se extiende por mis labios.

Quiero a los chicos, no puedo negarlo. A su lado, siempre me he sentido tranquila, a pesar de nuestras discusiones. Nuestra complicidad nos unió desde el principio, como si hubiera nacido para estar con ellos. Esa es justo la razón por la que me ha dolido tanto enterarme de su traición. Y ahora, siento la necesidad de complicarles la vida.

Animada, cojo mi chaqueta y salgo del hotel con Ty. Se detiene en mitad de la calle, se gira hacia mí riendo nerviosamente y algo avergonzado.

—Perdona mi actitud al saber que Carter te buscaba. Sé que, a pesar de sus malas formas, no es un monstruo. Así que, si huías de él, tenía claro que era porque tú les habías hecho algo. Desde siempre y para siempre Devil's… ¿lo entiendes, verdad?

Le resto importancia a sus excusas con un gesto de la mano. Su reacción no me ha herido, al contrario. Desde que los conocí, el vínculo que une a los miembros de la banda siempre me ha parecido increíble. Son una familia y se mantienen unidos, incluso años después.

Continuamos nuestro camino cogidos del brazo, y le escucho hablar de sus distintos viajes.

—¿Sabes qué es lo que me gusta de coger mi mochila e ir a la estación? Que no piensas en nada. Solo tienes un segundo para elegir el destino antes de que te den tu billete. Un *solo* segundo y ya te has ido. No tienes la menor idea de dónde vas a dormir, a quién

te vas a encontrar ni qué vas a comer. Te olvidas de tus responsabilidades, de tus problemas, y creas recuerdos inolvidables.

Me acuerdo de mi paso por la estación de Ann Arbor y sonrío. En ese momento, no podía ni imaginarme lo que me esperaba. Las Nornas o los dioses parecen disfrutar haciéndome sentir un centenar de emociones en muy poco tiempo. Pero Ty tiene razón: esa falta de planificación es liberadora.

—¿Cuántas veces te has ido por impulso?

—Esta es la decimosexta.

Abro los ojos de par en par, y el antiguo Devil's se ríe.

—Te lo dije, huyo a menudo de mis problemas.

—¿A qué estados has ido?

—Mmm, veamos… He estado dos veces en Dakota del Sur. También en Nevada, Massachusetts y Arizona. Es la tercera vez en Alabama. Y he ido a Texas, Kansas, Georgia, Carolina del Norte y Vermont.

Estoy sorprendida y llena de envidia. Para mí, es la primera vez. Nunca había salido de Madison antes de entrar en la universidad.

—Me gustaron especialmente Dakota del Sur, Nevada y Arizona. Son asombrosos.

Soñaba con ir a Dakota. De pequeña, mi madre se divirtió decorando mi habitación con docenas de pósteres de ese estado cuando volví del hospital. Durante semanas, fingimos que íbamos a ir. Me acuerdo de que me reía tan fuerte que me dolía la tripa.

«Un día echarán a las Nornas responsables de nuestra desgracia y serán reemplazadas por otras más benevolentes. Te lo prometo, Avalone: iremos a Dakota», me juró mi madre con la mirada fija en el salvaje oeste de los Estados Unidos.

Ahora entiendo que esas Nornas malintencionadas eran los BloodBro estafados por mi padre.

Recorremos las calles animadas de la ciudad hasta que Ty se detiene frente al escaparate de un supermercado. No escondo mi sorpresa cuando consigue abrir la puerta. Cuando empiezo a protestar, me arrastra al interior del local en penumbra; una especie de pasillo sin fin. Después, me guía a través de la oscuridad hasta una pequeña luz que se vuelve más intensa a medida que nos

acercamos. Giramos a la derecha, en un ángulo que te hace creer que no hay salida. Sin embargo, la luz me ciega tanto que tengo que cerrar los ojos y parar.

Ty se queda a mi lado, dándome tiempo para adaptar la vista. Cuando por fin logro ver bien, siento que estoy soñando.

Ante mí hay una gran sala llena de gente animada, con cantantes y músicos de jazz tocando en un pequeño escenario. Los bailarines, vestidos con ropa de los años cincuenta, se mueven al ritmo de la música sobre la barra y alrededor de las mesas, animando a los clientes con un *boogie-woogie* digno de un viajero del tiempo. Todo es color, risas y fiesta, sin dejar a nadie fuera.

—Sorprendente, ¿verdad?

Asiento despacio, maravillada.

Este bar es un producto de la imaginación o de una vieja película. Está claro que no es real. ¿Cómo puede existir algo así? ¿Cómo puede estar todo el mundo tan alegre? No hay ningún borracho dormido sobre la barra ni nadie listo para empezar una pelea. Hay una cordialidad que no he visto en ningún otro sitio. Las sonrisas iluminan la sala, los intercambios de pareja de baile y las hermosas risas al oído.

El respeto y la bondad son visibles en todos los rostros, y eso es, sin duda, lo que más me sorprende.

—Es maravilloso —jadeo.

Ty asiente, comprensivo, y luego avanza hacia la multitud. Caminamos entre los bailarines. Algunos chocan con nosotros en pleno baile y se deshacen en disculpas antes de reanudar sus pasos. Cada mujer con la que cruzo una mirada me sonríe —todas son sonrisas amables—, y ningún hombre se enfada cuando le piso los pies.

El antiguo Devil's me lleva a la barra, y su cara se ilumina al ver a un señor mayor detrás de ella.

—¡Ty! ¡Cuánto tiempo! ¡Solo faltabas tú para animar la pista!

—¡Gary! ¡Cómo me alegro de verte!

Mi nuevo amigo salta por encima de la barra de madera barnizada y le da un abrazo. El intercambio afectuoso me hace sonreír. Ty es tan diferente a los otros Devil's Sons… Él no oculta sus

sentimientos. Todo parece fácil a su lado, como si cualquier relación fluyera de forma natural.

—Te presento a Avalone, una amiga.

Gary me mira y alza las cejas en dirección al antiguo miembro de la banda.

—¿Amiga o novieta?

Divertido, Ty me guiña un ojo.

—Amiga. Es mi protegida.

El hombre levanta la barra, se acerca a mí y me da un cariñoso abrazo.

—Ty es mi protegido, así que tú también lo eres. ¡Esta tarde, barra libre para ambos!

—¡No me esperaba menos de ti, vejestorio! —le dice mi compañero de viaje a Gary, mientras me arrastra a la pista de baile.

—¡Todavía puedo cambiar de opinión y ponerte de patitas en la calle, imbécil!

Ty se ríe a carcajadas mientras yo me río disimuladamente. Puede ser diferente de los Devil's Sons, pero sin duda tiene su legendario descaro.

—¿Has bailado alguna vez el *boogie*?

—Pues claro que no.

Se encoge de hombros y analiza los movimientos de los bailarines a nuestro alrededor. Una mueca poco convincente se extiende por sus labios.

—Yo tampoco. Improvisemos.

Coge mi mano y me hace girar sobre mí misma a toda velocidad. A pesar de nuestro intento de frenar de forma elegante, me choco con él.

Imitamos lo mejor que podemos la sucesión de pasos de los demás bailarines. Salto y muevo los pies con rapidez, de adelante a atrás y, después, de derecha a izquierda. El resultado es catastrófico, pero hace que tengamos un ataque de risa. Somos tan malos que empujamos a una pareja, con la que nos disculpamos sin conseguir recuperar el aliento. A las víctimas de nuestro nulo talento les parecemos muy graciosos y terminan enseñándonos a realizar auténticos pasos de baile.

Pasamos un buen rato con ellos, riéndonos. Las canciones se suceden, con las voces cautivadoras de los cantantes de jazz y los dedos mágicos de los músicos.

—Yo desisto —dice la mujer, riéndose, cuando Ty y yo casi nos caemos con los pies enredados—. Sois una pareja maravillosa, pero está claro que no nacisteis para el *boogie*.

Nos reímos a pleno pulmón y logramos equilibrarnos de nuevo. Mi nuevo amigo les da las gracias, mientras yo me despido con la mano y nos dirigimos a la barra, muertos de sed.

—¿Qué van a beber nuestros dos mejores bailarines? —nos pregunta Gary, alegremente.

Nuestros compañeros de barra se ríen ante el comentario del dueño, señal de que no hemos pasado desapercibidos y que todo el mundo se lo ha pasado en grande con nuestro desastroso baile.

—Un Coco Hard Still y otro sin alcohol —le pide Ty.

Me asegura que me va a encantar, y tomo nota del detalle: ha pedido mi bebida sin alcohol. Puede parecer una tontería, pero para mí es importante. Cuando la gente se encuentra con alguien en mi situación y ellos no sufren la misma enfermedad, casi nunca piensan en sus restricciones alimenticias.

Tras varios minutos de preparación, nos sirven nuestras copas y brindamos.

—¡Por nuestro encuentro fortuito, que presiento que va a despertar algo maravilloso!

Ty me despeina cariñosamente y, después, contenta, cojo la pajita entre mis labios y le doy un sorbo a mi bebida.

—¡Delicioso!

—¡Pues claro! —grita, orgulloso de sí mismo—. *Pero…* ya que no puedes beber alcohol, tengo algo para ti.

Mete la mano en el bolsillo de su vaquero y saca un porro, victorioso.

—Yo no…

—¡No tiene tabaco, es todo natural!

Le arrebato el porro y salto de mi silla. Mi compañero de viaje coge su bebida y salimos de la sala, contorneándonos al ritmo de la música.

He dejado mi mochila emocional en la estación, lo que no hubiera sido posible si no hubiera conocido a Ty. Sin él, estaría hundida en la cama del hotel, avivando mi odio hacia los Devil's Sons. Como dice la expresión: «No hay mal que por bien no venga», pero, en mi caso, es al revés. Aunque nunca he sido muy fan de tener vida social ni de las multitudes.

Fuera, nos encontramos con el mundo real. La música no llega hasta nosotros y el silencio me parece extraño.

Ty se sienta en los escalones de un portal y da golpecitos al sitio que está a su lado.

—¿Quieres perdonar a esos imbéciles de los Devil's?

Me siento y suspiro.

La respuesta no llega; es demasiado reciente para que pueda pensar en el futuro.

—Se han equivocado al ocultarte la verdad. Se merecen tu ira. Tienes derecho a dar por terminada tu relación con ellos, pero sabes que las órdenes de Carter son indiscutibles. Desobedecerlo es igual de peligroso que dispararte a ti mismo en el pie. Siendo totalmente honesto, no tengo la menor idea de lo que hubiera hecho yo en su lugar.

—Lo sé —le confieso—. Soy consciente de eso. Pero culparlos por haberme ocultado la verdad es más fácil que culparlos por no sentir por mí lo mismo que yo siento por ellos.

—Aquí tienes.

Ty me tiende un mechero y, al final, mi necesidad de mantener el control se enfrenta a mi deseo de mandar a todos a la mierda. Lo primero gana, y renuncio a fumar. Después de todo, no tengo ningún poder sobre mi pobre corazón y mi vida ha dado un giro sin precedentes. Si dejo de pensar con claridad, ¿qué me queda?

—No soy yo quien tiene que convencerte de que te quieren. Son ellos los que deben demostrártelo. Pero te voy a decir mi opinión: Carter les ordenó protegerte y llevarte de vuelta. No quererte. Conozco a Sean, Jesse y Clarke. Son incapaces de fingir que alguien les cae bien, y lo sabes, porque también los conoces. Así que sí, al principio no eras más que una misión para ellos, pero eso no quiere

decir que todo lo que habéis vivido no fuera real. Una cosa no quita la otra.

Me gustaría creerle, pero tengo demasiado miedo de sufrir aún más. Solo pienso en protegerme.

—Me han hecho cuestionarme toda mi vida. Ya no sé en qué ni en quién confiar.

—¡Joder, Avalone, eres más testaruda que Sean!

Me río y le aseguro que nadie en la Tierra es más testarudo que él. A eso le sigue un debate que acabo ganando al contarle la vez que Tucker manipuló a Sean solo para provocarlo con algo estúpido. El primero afirmaba que una colisión perfecta entre dos balas provocaría su desintegración. El segundo mantenía la hipótesis de que los dos casquillos se aplastarían bajo el impacto. Los chicos, para volver loco a Sean, le dieron la razón a Tucker.

«¿Sois retrasados o qué? ¡No pueden desintegrarse!».

¡Lo que nos pudimos reír con su cabreo! No sospechó ni un segundo que lo estábamos vacilando y que, en realidad, estábamos de acuerdo con él. ¡Era obvio!

Los chicos siguieron riéndose de Sean hasta que perdió los papeles. Testarudo como nadie y empeñado en demostrarnos a todos que tenía razón, consiguió dos pistolas. Nadie pensaba que fuera a probarlo de verdad. Sin embargo, las colocó horizontalmente sobre la mesa del jardín, cañón contra cañón. Las risas pararon, le advertimos del peligro, pero estaba obsesionado.

Apoyó el peso de su cuerpo sobre las pistolas cruzadas para que no se movieran, y habría apretado ambos gatillos a la vez si los Devil's Sons no lo hubieran inmovilizado a tiempo, gritando que iba a perder los dos brazos si continuaba.

—Confía en tu corazón, Avalone. Errar es humano, algunos dirían que hasta divino. El perdón, en cambio, está por encima de todo eso. No dejes que tu orgullo te impida aceptar sus disculpas. Y después, si la venganza te resulta más satisfactoria que el perdón, siempre puedes saciar la primera y ofrecer la otra más tarde. Irte a otro estado sin avisar es una bonita venganza, ¿no crees?

Alzo a mirada y me encuentro con una gran sonrisa.

—Serías un gran psicólogo, ¿sabes?

—Me lo dicen a menudo.

Pienso en sus palabras, pero nada es tan simple.

—Poco importa que me quieran de verdad. Carter es su jefe, siempre estará por encima de mí. Les dará nuevas órdenes que me involucren y obedecerán, incluso aunque eso me perjudique. No puedo aceptar ese tipo de amistad. —Ty se prepara para contestar, pero le corto—: No digas nada que me pueda hacer cambiar de opinión. Necesito estar enfadada para no estar triste.

Asiente y respeta mi elección. Parece que también me entiende, y eso me hace mucho bien.

—¿Tu mamá, qué tiene exactamente?

—Una enfermedad degenerativa. Sabemos, desde hace varios meses, que solo es cuestión de tiempo antes de que ella… Estoy listo para cuando suceda. Al menos, eso es lo que creo. Pero la verdad es que nunca estamos preparados para decir adiós a los que queremos.

Pongo mi mano sobre la suya, apenada. No conocí a mi padre, no tuve que hacer duelo. No puedo entender lo que siente Ty. Sin embargo, sé que puedo apoyarlo, y eso es lo que haré. Mi corazón y mi alma están ligadas a la familia de los Devil's Sons, así que los gemelos no estarán solos. Me hago la promesa de estar a su lado, tal como Ty está conmigo.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Ty fija la mirada en un punto invisible y, por primera vez desde que nos encontramos, su voz suena débil cuando responde.

—No lo saben. Solo algunas semanas.

No tenía ni idea de que le quedara tan poco. Ty tiene tantas ganas de vivir, sonríe todo el tiempo y hace reír a todos los que se cruzan en su camino, mientras que, por dentro, está destrozado y la mujer que lo trajo al mundo va a morir de forma prematura.

—Ty…

—Sé lo que vas a decirme —me corta—, y tienes razón. Pero no lo digas. Necesito respirar y pensar en otra cosa.

Comprensiva, me quedo callada. Miro fijamente el porro en mi mano y vacilo al acercárselo.

«No, ya sufre bastante. Puede que ahora lo relaje, pero esta tontería terminará causándole más mal que bien».

Poco a poco, su sonrisa y su buen humor disipan sus preocupaciones.

—¿Qué has hecho después de los Devil's Sons y la universidad?

—Me mudé a Charleston, en Virginia, con Alec, mi hermano. Fui director en varias empresas grandes, pero eso no era para mí. Así que, cada vez que sentía esa necesidad irresistible salir corriendo, me mudaba de estado. —Se ríe de su propia trayectoria—. No conservo mis trabajos durante mucho tiempo. Cuando encuentro uno, hago que me echen después de no presentarme durante unos días, y luego busco uno nuevo a la vuelta de mis viajes.

—¡Menudo currículum debes tener!

Nos reímos, y Ty me pasa el brazo alrededor de los hombros y me atrae hacia él en un gesto cómplice.

—Mi madre es muy amiga de Carter, aunque nunca los hemos visto juntos, lo que es un poco raro, la verdad. En aquel momento trabajaba mucho, así que le pidió al jefe que nos cuidara. Una cosa llevó a la otra y acabamos formando parte de los Devil's Sons.

—¿No se lo ha reprochado a Carter? —pregunto, asombrada.

Mi apariencia sorprendida le divierte.

—No. Siempre ha confiado ciegamente en él. Creía firmemente que no corríamos ningún peligro a su lado. ¿Por qué tanta confianza? Nunca lo supimos, pero tiene que haber una razón.

Se queda en silencio, pensativo. De nuevo, un misterio más que resolver. La lista se está haciendo muy larga para mi gusto, pero no puedo decir que me aburra.

—«Desde siempre y para siempre Devil's». Lo encuentro muy bonito —susurro.

Una sonrisa nostálgica se extiende por sus labios. Me lo imagino con la chaqueta, conduciendo una Harley con una pistola en la cinturilla del vaquero. De hecho, fue lo primero que pensé cuando lo vi. Tiene el perfil de un Devil's.

—Es nuestro credo. ¿Alguna vez has escuchado a los chicos decirlo?

Niego con la cabeza.

—Es lo mejor.

—¿Por qué?

—Digamos que, cuando se pronuncian esas palabras, por lo general no es por diversión. Es una especie de oración.

Entiendo perfectamente a dónde quiere llegar, pero me niego a procesarlo y preocuparme por ellos. Sacudo la cabeza con el objetivo de ahuyentar todas mis preocupaciones y me pongo de pie de un salto.

—¡Venga, arriba! ¡Vamos a bailar!

Para apoyar mis palabras, muevo la cadera.

Ty cede y volvemos al bar.

La decoración me parece aún más sorprendente que antes. Me detengo una segunda vez, absorbida por la energía que desprenden los bailarines profesionales en plena acción. Las mujeres llevan vestidos negros con lunares blancos o faldas rojas con el mismo estampado. Lazos adornan sus peinados recogidos hacia atrás. En cuanto a los hombres, llevan camisas, pantalones con tirantes y sombreros. Soy fan de ese estilo, por no hablar de las impresionantes coreografías que no conseguí imitar hace un rato.

Ty y yo nos reunimos en la pista después de que termine su copa de un trago. Esta vez no intentamos imitar los pasos de los demás. Cada uno baila como quiere, sin que nadie lo juzgue.

La música atraviesa mi cuerpo y me transporta. Me libera de todo pensamiento negativo, aleja la tristeza, el miedo y la aprehensión. Vivo el momento, en mi propio mundo, como Ty. Nuestras sonrisas son las más hermosas del Yggdrasil y nuestras risas, las más estridentes.

Cuando empiezo a quedarme sin aliento, me sube a los hombros y baila por mí. Un instante después, me encuentro tumbada sobre todas las cabezas, y paso de mano en mano bajo los silbidos de Ty.

3

El antiguo Devil's me despierta cuando entra en mi habitación y abre las cortinas sin ninguna delicadeza. La luz del sol me ciega. Hundo la cabeza bajo la almohada y suelto un gruñido. No estoy lista para dejar el mundo de los sueños.

Estos tres últimos días han acabado conmigo. Ty me ha arrastrado a todas partes. No a los museos más hermosos ni a los lugares más pintorescos, no… Hemos deambulado de pueblo en pueblo buscando actividades insólitas, gracias al coche que el señor Garay nos prestó.

Visitamos el set de rodaje de una película mediocre de televisión con dos grandes bolsas de palomitas. Intentar adivinar lo que estarían diciendo los actores frente la cámara fue muy gracioso, hasta que nos acercamos demasiado y los agentes de seguridad empezaron a perseguirnos.

Al no haber escuchado nunca un coro de góspel, Ty dijo que renegaría de mí si no lo hacía enseguida. Lo intentamos en al menos una docena de iglesias antes de encontrar una en la que estuvieran cantando. No me sentía cómoda con la idea de entrar en una iglesia, por miedo a que fuese una falta de respeto a mis dioses y a los creyentes, pero Ty y su humor supieron calmarme.

—¡Odín estaría dispuesto a construir una iglesia en Asgard solo para escuchar góspel!

Entramos en la iglesia, y mientras veíamos y escuchábamos al coro cantando, mi amigo me puso el brazo por encima de los hombros. Creo que tanto él como yo lloramos en silencio, conscientes de lo que nuestros ancestros habían hecho con los

suyos, conmovidos por el orgullo de la liberación que se reflejaba en cada una de sus voces.

Desde entonces, no escuchamos otra cosa durante nuestras escapadas en coche.

Ty se puso malo y me pegó el resfriado justo después de nuestra noche en un *icebar*. La temperatura estaba por debajo de los cero grados, y pensé que mi vaquero se iba a quedar pegado al hielo. Fue él quien sucumbió primero y me arrastró fuera, echando pestes contra el dueño y sus excéntricas ideas.

Vivimos una experiencia completamente distinta en Four senses, un restaurante dirigido por invidentes. La puerta doble de la entrada filtraba la luz, pero la sala de recepción estaba completamente a oscuras. Esa fue mi mejor idea. Los camareros nos acompañaron hasta nuestra mesa para evitar que nos cayéramos o chocáramos con algún mueble. Nos privaron de la vista y, durante el tiempo de la comida, experimentamos lo que viven habitualmente las personas con esta discapacidad. Ty, inquieto por la pérdida de uno de sus sentidos, no paraba de decir tonterías para relajarse.

—¿Quién es el gilipollas que pone el azúcar al lado de un plato en un restaurante en el que puedo pajearme sin que nadie se dé cuenta? —dijo, tras confundir la sal con el azúcar y escupirlo todo.

Me reí tanto que me atraganté, y todo lo que tenía en la boca salió disparado por todas partes.

También asistimos a un entrenamiento de *quidditch muggle*. Todo estaba ahí: el terreno ovalado, los tres anillos, e incluso la *snitch* dorada transportada por un jugador sin escoba.

—¡Atrapa esa jodida *snitch* dorada! ¡Estás acostumbrado a empalmarte, un trozo de madera entre las piernas no te va a frenar! —gritó Ty.

Con él, reírme hasta que me duele la barriga se ha convertido en algo tan natural como respirar.

Para recordar esos días, nos hicimos varias fotos sentados en la silla negra plegable del director sin permiso, el coro de góspel nos firmó nuestras camisetas, el jefe del restaurante nos regaló un azucarero y nos llevamos dos llaveros de la *snitch* dorada.

—Eres un desalmado por despertarme al amanecer todos los días.

Bostezo hasta que se me desencaja la mandíbula y desaparezco bajo las sábanas.

—¡Venga, princesa, arriba! Nos vamos de Alabama.

Me enderezo, de repente muy despierta, y lo miro como si tuviera la peste.

—¿No me digas que volvemos a Ann Arbor? —le pregunto, desconfiada.

—No, a menos que quieras.

Niego con la cabeza y, aliviada, espero a que continúe. Una gran sonrisa aparece en sus labios y me enseña el juego de llaves del coche de Gary.

—¡Se quería deshacer de su coche, así que se lo he comprado!

Esta vez, soy yo quien esboza una gran sonrisa. Se acabaron las sillas incómodas y mugrientas del autobús. Es la mejor noticia que podía darme.

—¡Vamos, dime un estado!

Hago una mueca y pienso.

—¡Misuri!

Es lo primero que me ha venido a la cabeza, y estoy contenta por ello. Ty también lo está: su cara se ilumina con felicidad.

—Perfecto. Prepárate y salimos.

Emocionada, salto de la cama, rebusco entre mi ropa al azar y me encierro en el baño. Me visto con una rapidez digna de un récord Guinness, me lavo los dientes y salgo cargada con mis cosas de baño, que guardo en el interior de la mochila.

—¡Podemos irnos!

Se levanta de la cama, lleno de energía, y, tras devolver las llaves de las habitaciones al recepcionista, salimos del hotel, temblando de la emoción.

El Eleonor Shelby GT500 de 1967 está aparcado en la puerta.

—Una verdadera joya —susurra Ty, fascinado.

Mira su nuevo coche como si nunca antes lo hubiera conducido.

—Gary te manda recuerdos y me culpa por hacer que te vayas sin que haya podido despedirse de ti.

Hemos cenado en el bar de Gary estas tres últimas noches. Ese señor mayor es una persona increíble. Le adoro.

—Yo también. Me hubiera gustado verlo una última vez. Le enviaré una postal.

Dejamos nuestras cosas en el maletero y nos instalamos dentro. Los asientos de cuero, así como el viejo salpicadero, le dan un encanto especial al coche. Entiendo por qué Ty cayó rendido a sus pies.

Arranca el motor y nos vamos con la radio de fondo. Un cartel publicitario anunciando el nuevo móvil de moda me recuerda que no he cargado el mío desde que salí de Ann Arbor. Me daría igual si no fuera por Lola, a quien no le he dado ninguna señal de vida. Los chicos no habrán podido ocultarle mi desaparición. Me siento culpable; ella no se merece el mismo trato que los que me han mentido. No la he visto desde la negociación. Y Henzo sigue libre. Debe de estar muy preocupada.

—¿Me puedes dejar tu teléfono? Tengo que decirle a Lola que estoy bien.

Ty mete la mano en el bolsillo trasero del vaquero y me lo tiende.

Gracias a los dioses, me sé su número de memoria.

> Lo, soy yo. No tengo batería. Me he ido de la ciudad por unos días, pero todo está bien, no te preocupes. Volveré pronto. Mientras tanto, no le menciones a nadie este mensaje. Los Devil's Sons no tienen que saber que me he puesto en contacto, cuento contigo.
>
> Xoxo. Ava.

Le devuelvo el móvil a Ty y observo el paisaje que pasa frente a mis ojos, pensativa.

—¿En qué piensas?

—Me pregunto si algún día tendré el valor de enfrentarme a ellos. Especialmente a mi madre.

—Hace falta tiempo para asimilar ese tipo de verdades. Tendrás el valor cuando llegue el momento, y no te echarás atrás.

Sonrío, sintiéndome más ligera, y canto la letra de *Losing My Religion*, de R.E.M.

El sol resplandece y el aire mañanero es fresco, la ocasión perfecta para viajar con las ventanas abiertas sin pasar frío.

Cantamos muchas canciones, y luego debatimos sobre el hecho de haber crecido con un solo progenitor.

—Creo que te has perdido ciertas experiencias que solo un padre podría hacer que vivas.

—¿Cómo cuál?

—Como avergonzarte delante de los chicos con la esperanza de que no se te acerquen.

Lo miro, molesta.

—Ese ejemplo no era necesario. Mike seguro que hubiera sacado una metralleta.

Ty se ríe antes de continuar.

—No se trata solo de perderse una o varias experiencias. Has crecido observando a la mayoría de los niños acompañados de sus dos padres, mientras que tú vivías su ausencia. Y no te encojas de hombros, estoy seguro de que cuando eras pequeña lo sufriste.

—Todos los niños sufren por algo, Ty. Pero ¿sabes lo que se dice de ellos? Que se adaptan rápido.

Estiro las piernas en el salpicadero y me preparo para una siestecita.

—Lo has pasado mal, confiésalo.

—Las únicas veces en las que lloré la muerte de mi padre fue cuando mi madre lo lloraba.

Tras mi siesta, un cartel me informa que estamos llegando a Tennessee. Me masajeo la nuca, dolorida, y me enderezo bajo la calurosa sonrisa de Ty.

—Eres la peor copiloto de los nueve mundos.

—¿Qué esperabas? Es una prueba de confianza. Después de obligarme a madrugar tanto, si no dormía, significaba que tengo

miedo de despertarme de camino a Ann Arbor. O en la guarida de los BloodBro.

Se produce un largo monólogo en el que Ty se pregunta cuánto dinero ganaría si me entregara a esa banda sanguinaria.

—¿Unos diez mil dólares?

—¿Mi vida solo vale diez mil dólares para ti? ¡Respétame un poco más! ¡Te embolsarías al menos el triple!

Se ríe, y luego mi tripa empieza a gruñir.

A la una y media, Ty pone el intermitente y salimos de la Ruta 61.

Cuando llegamos al centro de Memphis, salimos del coche y entramos al Hard Rock Café. Consigo una mesa y, antes incluso de que Ty se siente frente a mí, la camarera se lo come con los ojos. Al acercarse, me lanza una mirada cómplice, que parece decir «chica con suerte», y pone dos cartas delante de nosotros.

—Conozco a alguien a quien no has dejado indiferente —le digo en vez baja a mi amigo cuando se aleja.

Frunce el ceño, confundido.

—La camarera —especifico.

Se gira en su dirección y la observa… o más bien, mira su culo.

Le doy en el brazo y hago un gesto de desaprobación.

—¡Eres increíble!

Sonriendo de oreja a oreja, levanta las manos de forma inocente.

—Es cierto, a vosotras solo os atrae la personalidad —bromea.

Pongo los ojos en blanco y cojo un menú.

—Eso son tonterías.

—¿El qué? —pregunta, lleno de curiosidad.

—La diferencia entre hombres y mujeres está en que nosotras somos mucho más discretas y sutiles cuando nos fijamos en alguien. Por eso mismo os vemos como aves de presa y vosotros nos veis como seres románticos y sensuales.

Se lleva una mano al corazón fingiendo sentirse herido, pero admite que tengo razón.

—Ahora en serio, sí, el físico nos atrae, pero lo más importante es lo que hay en el interior de una persona. Su esencia permanece,

pero su belleza no. A ti, que te encanta hablar, debatir… si te encuentras a una chica preciosa pero vanidosa, te la llevarías a la cama, pero no la elegirías como pareja.

—Tampoco me acostaría con ella.

Alzo las cejas, sorprendida.

—Un día mi madre me dijo: «No atraigas a necias, porque serán las que más sufrirán tu indiferencia». Desde eso, dejé de ir en busca de ese tipo de chicas.

Las palabras de su madre me hacen sonreír, y el comportamiento que tiene Ty refuerza la opinión que tengo de él. Es un mujeriego, como todos los Devil's Sons, pero se preocupa por los demás. No quiere hacer daño; tiene una bondad innata y conmovedora.

Después de hacer nuestro pedido a la camarera, Ty sacude una bolsa delante de mis narices.

—Levántate, vamos a cambiar tu vendaje.

El día siguiente de nuestra primera noche en el bar de Gary, vino a despertarme con todo lo necesario después de ir a la farmacia, preocupado por si se me infectaba.

Entramos en el baño de mujeres y repetimos la acción que llevamos días haciendo. Mientras que Ty se pone los guantes, yo levanto la camiseta y despego el apósito. La herida está limpia, ya no tiene sangre coagulada.

Mi compañero de viaje se inclina sobre la herida, armado con desinfectante y gasas, cuando una mujer entra en el baño. Levantamos la cabeza y la vemos observando mis puntos de sutura.

—¿Va todo bien? —pregunta, desconfiada.

—Una banda rival me disparó.

La mujer se queda blanca, da media vuelta y sale precipitadamente del baño.

Ty echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

—¿Por qué lo has dicho? —pregunta, risueño.

—No tengo ni idea.

Me quedo callada mientras él se ríe. Por fin, recobra la seriedad y me limpia la herida. Pienso en Ethan y sus cuidados. Mi especialidad es no pensar nunca en cosas que me hacen sentir mal

y, por lo general, lo consigo. Pero no se pueden evitar para siempre, sobre todo si estoy con un antiguo Devil's.

Ty se deshace de las gasas usadas y me pone un nuevo apósito. Bajo la camiseta.

—Muchas gracias.

—No hay que tomarse a risa este tipo de heridas. Se infectan más rápido de lo que se propaga la clamidia.

El pobre aún está traumatizado por haberla pillado en el instituto. Su gemelo le hizo creer que era incurable, como el sida. Le llevó semanas hablar con sus padres, que fueron quienes consiguieron tranquilizarlo.

De vuelta en el restaurante, mi mirada se cruza con la de la mujer a la que le conté lo que pasó. Sentada no muy lejos de nosotros, le susurra algo a su marido, que me mira. Les hago un breve saludo militar, y luego Ty y yo volvemos a nuestra mesa, donde nos esperan nuestros platos.

A una hora de Springfield, nos encontramos parados en un atasco. Ty, con las manos apretadas sobre el volante, pierde pronto la paciencia. Nada sorprendente, ya que los coches de detrás no paran de pitar. Tras intentar mantenerlo tranquilo sin éxito, mi compañero de viaje saca la cabeza por la ventana.

—¡¿Queréis que vaya marcha atrás sobre vuestras cabezas?!

No hay respuesta.

—¡¿No?! ¡¿Nadie quiere vivir la experiencia?! ¡¡Entonces, callaos!!

Les hace una peineta a los conductores, realmente enfadado, y no puedo contener la risa. Mientras que mi diversión me habría valido una mirada fulminante de Clarke, Ty no la toma conmigo. Me guiña un ojo y luego se reclina en el asiento, irritado.

—Venga, cámbiame el sitio.

No me hace falta decírselo dos veces. Sale del coche, paso por encima del freno de mano y me pongo detrás del volante. Ty se sienta en el lado del copiloto.

Los coches vuelven a arrancar, pero acaban parando de nuevo. Esta vez, las quejan son más efusivas, y mi copiloto se burla alzando las cejas de forma cómplice. Mantengo una sonrisa fija en los labios; sin embargo, mi paciencia está llegando poco a poco a sus límites. Cuando una mujer me grita que avance y se ceba pitándome, salgo de un salto del coche.

—¡¿Eres imbécil?!

La mujer, con apariencia de señora, también sale de su vehículo con una mirada asesina.

—¿Me estás insultando a mí?

—¡Sí! —grito, exasperada—. ¡Nadie se está moviendo, y que toques el claxon no va a cambiar nada!

—¡Aparte de tocarnos los cojones! —interviene Ty, que ha sacado la cabeza por la ventana—. ¡Vuelve a tu puto coche y espera en silencio como todo el mundo!

No se escucha ni un ruido; los demás conductores observan nuestra disputa para entretenerse en mitad del atasco.

Si la mujer está sorprendida, se recupera rápidamente.

—*Yo* no tengo tiempo que perder. Tengo una familia a la que atender, así que…

—¡Lo que esperas es más bien ver tu telenovela, claro que sí! —la corta Ty—. ¡*Spoiler alert*, Dereck Shepherd muere en *Anatomía de Grey*!

La mujer palidece, con los ojos muy abiertos. Su ira fluye de nuevo, se acerca un paso, levantando un dedo amenazador hacia él.

—No eres más que un cabrón, pedazo de…

—¡Y tú eres un desecho social incapaz de estar en un atasco sin hacer una escenita, que ha decidido cabrearnos a todos pitando como una loca! —grito yo—. ¡Como recordatorio: nos enseñan a ser pacientes desde los tres años! Así que, si quieres que avance cuando nos movamos y que no te bloquee media hora más, ¡vuelve a tu coche y pon en práctica lo que te enseñaron en el parvulario!

Roja de rabia, la señora me hace una peineta y desaparece en su coche. Tengo muchas ganas de gritar para relajarme, pero me reprimo y vuelvo al volante.

Ty tiene lágrimas en los ojos de aguantarse las ganas de reír a carcajada limpia. Al final, se le escapa, y ese sonido me tranquiliza. Me relajo enseguida, riendo junto a él.

—¿Un «desecho social»? ¡No me lo creo!

—¿Pero tú te has visto? ¿De verdad muere Derek?

—¡Ni idea, nunca he visto esa serie!

Recuperamos el aliento y la circulación se agiliza.

Conduzco sin meterme en más problemas.

Llegamos a Springfield, y mi copiloto, que no conoce la ciudad, me pide que aparque en el arcén.

Cuando salgo y veo un estudio de tatuajes detrás de mi compañero de viaje, se me ocurre una idea.

—Me quiero hacer un tatuaje.

—¿Qué?

—Me quiero hacer un tatuaje.

—Sí, pero ¿qué?

Dejo de observar el local para mirarlo. Mis repentinas ganas de tatuarme no parecen sorprenderlo. Hace falta mucho más para desconcertar a un antiguo miembro de la banda.

—Esto… Bueno, no lo sé…

—¡Entonces lo elijo por ti!

Frente a su seriedad, me quedo callada, pero cuanto más tiempo pasa, más buena me parece la idea. Aunque lo conozco desde hace poco, cuatro días enteros junto a una persona te permite conocerla de verdad. Tucker me propondría tatuarme su nombre, pero estoy segura de que Ty elegirá algo bonito y sentimental, como lo haría Jesse.

Rodeo el coche para unirme al antiguo Devil's. Atravesamos la puerta del local y el propietario nos da la bienvenida.

Ty tiene la fantástica idea de mantener en secreto lo que va a marcar mi piel para siempre. Se escabulle con el tatuador a la cabina para hablar de los detalles. Cuando vuelve, toma todas las precauciones: me venda los ojos y, después, me guía hasta el sillón.

—¿Lista, Alone?

Asiento, decidida, y, después de preparar mi piel, el sonido de la aguja resuena en la sala. Cuando entra en contacto, puedo decir

exactamente dónde me lo está haciendo: a unos seis centímetros del inicio del pulgar, a lo largo del radio.

No soy capaz de descubrir lo que me tatúa. En cuanto al dolor, no es mucho. Es parecido al arañazo de un gato.

Veinte minutos más tarde, cuando creía que había terminado, el tatuador me gira el brazo en un ángulo un poco incómodo y empieza con la otra parte de mi muñeca, opuesta a la que ya está tatuada.

Una vez apaga la pistola, me extiende la crema, mientras Ty se desliza detrás de mí y me quita la venda. No miro la tinta que adorna mi piel; en cambio, observo a mi amigo, que parece encantado con el resultado.

La preocupación que debería haber sentido antes no se manifiesta hasta ahora, lo que hace que se ría.

—Es demasiado tarde para dar marcha atrás, Alone. Venga, échale un vistazo.

Trago saliva y bajo la mirada hacia mi primer tatuaje.

«DS&PS D'S».

La inscripción está en mayúscula, con una tipografía fina y elegante. No supera los nueve centímetros y, sin embargo, su significado cae sobre mí como un rayo.

«Desde siempre y para siempre Devil's».

Le lanzo una mirada frenética a Ty, que observa cada una de mis reacciones. Con un nudo en el estómago, giro la muñeca y descubro el segundo tatuaje.

La misma tipografía, la misma elegancia.

—TDS.

«The Devil's Sons».

Miro fijamente las iniciales sin saber qué pensar. Mi corazón va a cien por hora y estoy segura de que todo el mundo lo oye. Ty no me pregunta cómo estoy, como si supiera que necesito tiempo para decidir si matarlo… o aceptarlo.

Aceptar que quiero a la familia de los Devil's Sons.

Aturdida, restriego las manos por los vaqueros. No digo nada cuando mi amigo paga al tatuador, y permanezco en silencio mientras caminamos por la avenida principal.

Soy incapaz de ordenar mis pensamientos, y aún menos de lidiar con mis emociones.

Dejo que Ty me guíe calle abajo. Ya es de noche; la ciudad esta iluminada por numerosas tiendas que continúan abiertas. Los edificios a cada lado de la calle tienen dos plantas, a veces tres, y la vegetación es muy abundante para ser un área urbana.

Entramos en un pequeño hotel donde un gran número de artículos de periódico están enmarcados y colgados en las paredes. Elogian al equipo de béisbol de Springfield, así como la construcción del estadio. Hay expuestas en una vitrina pelotas de béisbol firmadas por los jugadores, junto con dos bates que se cruzan entre sí y varias gorras firmadas.

Un hombre robusto nos da la bienvenida y, esta vez, soy yo quien paga nuestra estancia a pesar de las quejas de Ty. El recepcionista nos da las llaves y luego subimos al piso superior.

—Estate lista en…

—Una hora —le corto—. Es la *happy hour*.

Cierro la puerta de mi habitación, pongo la mochila cerca de la cama y me meto en el baño.

¿Mis tatuajes? Los ignoro, como si nunca hubiera puesto un pie en ese maldito estudio.

La ducha al menos consigue que me relaje. Tras haber acabado con el agua caliente, me lavo los dientes y me pongo ropa limpia. Nuestro antiguo hotel en Alabama ofrecía servicio de lavandería, pero las temperaturas empiezan a bajar y no tengo lo necesario para combatir el frío. Por eso llevo el jersey de Ty sobre los hombros. Me maquillo, me pongo los zapatos y luego voy a la habitación de mi compañero de viaje.

—Joder, ¿nunca llamas a la puerta antes de entrar? —Indignado, imita mi reacción durante nuestra primera noche.

—¡Tenías que cerrar con llave si no querías que te molestaran! —digo, repitiendo de memoria su respuesta.

Nos reímos y Ty se pone la sudadera que tiene en la mano. Se acerca a mí y me pasa el brazo por los hombros.

—¿A dónde vamos? —pregunta.

—A donde nos lleve el viento.

—Aprendes rápido, Alone.

Dejamos el hotel para subir de nuevo la avenida. Vemos una tienda de *souvenirs* en la esquina y el antiguo Devil's me mete allí a la fuerza, como si no hubiéramos comprado suficientes cosas durante nuestras salidas en Alabama. Me pone un sombrero en la cabeza, con un lazo donde pone: «I Love Springfield». Me mira y hace una mueca de duda.

—Llamarás la atención, ¡es perfecta! ¡Nos llevamos dos!

Me río y él deambula entre los estantes. Yo miro varios objetos sin mucho interés. Pierdo de vista a Ty un momento y lo aprovecha para comprar un montón de chorradas. Aparece de nuevo con un póster de los St. Louis Cardinals, el equipo de béisbol de Misuri, una señal de la Ruta 66 y una camiseta.

—¡Es para ti!

Se prepara para pasarme la camiseta por la cabeza, pero levanto una mano para pararlo.

—¡Solo si tú te pones esto!

Le enseño la bolsa de plástico que ocultaba a mi espalda, y mi amigo sonríe, conmovido. Nos intercambiamos los regalos y, mientras me pongo esa horrible camiseta, él descubre el *bóxer* de Los Simpson y se ríe a carcajadas. Viene acompañado de una sudadera de «I Love Springfield», un llavero con una mini pelota de béisbol y unas gafas de sol verde fosforito.

—Eres la mejor.

Emocionado, me acerca a él y disfruto de su abrazo.

Adoro a este chico que, en tan poco tiempo, ha conseguido un lugar importante en mi corazón.

—¡Estar ridículo no mata a nadie!

Retomamos nuestro camino con este pintoresco atuendo. Lo mínimo que se puede decir es que no pasamos desapercibidos. Pasamos por numerosos bares, pero no parecen estar a la altura, según Ty. Acaba deteniéndose delante de una tienda y entra sin dudar. Por mi parte, me quedo varios segundos observando con recelo las luces de la fachada —que solo funcionan a medias— y la «d» de Oxford torcida, que se podría desprender con un poco de viento.

4

Entro en el pub para unirme a mi compañero de viaje. La sala no es grande, pero sí acogedora. Las mesas de madera ocupan toda la parte delantera del bar, las paredes, de un tono verde oscuro, contrastan con los colores de los carteles *pin-up* que las decoran y, detrás de la barra, hay una hilera de botellas de alcohol iluminadas por luces de neón. Este pub es muy «inglés». Me gusta el ambiente. De los altavoces sale buena música, algunas personas bailan en sus asientos y reina un ambiente familiar. El camarero, vestido con un delantal, habla con sus clientes. Su bondadosa sonrisa y sus ojos risueños son contagiosos. Se gira hacia nosotros y nos recibe amistosamente.

—¡Sentaos! Ahora mismo os traigo la carta.

Ty y yo tomamos asiento y el camarero vuelve con lo que nos prometió.

—Es la *happy hour*, chicos, con un veinticinco por ciento en todas nuestras bebidas. Avisadme cuando hayáis decidido.

Vuelve detrás de la barra mientras miramos la carta.

Pedimos un plato de tapas, una ensalada para mí y dos cócteles, uno sin alcohol.

—Los mejores bares son los de apariencia dudosa. Fue mi padre quien me lo enseñó. Por supuesto, hay excepciones.

—¿Tus padres siempre han estado juntos? —pregunto, curiosa.

Ty se apoya sobre la mesa para que podamos escucharnos mejor por encima de la música.

—No. Pero se llevan de maravilla. Mi padre trabaja mucho y no tiene tiempo de visitar a mi madre en el hospital. O a lo mejor huye, como yo. Creo que nunca ha dejado de quererla. Los adultos se

rompen demasiado la cabeza con el amor… y lo más triste es que los jóvenes empezamos a hacer lo mismo.

Asiento, pensativa.

—El amor solo existe en las películas, porque ser infiel resulta mucho más fácil que comunicarnos. Por no hablar del sexo fácil, que hace del amor una utopía. Hoy en día, *hay* que dejar claro que queremos una relación seria. De no ser así, se sobrentiende que solo queremos echar un polvo. Hemos convertido el amor en algo tan complicado y doloroso que nadie quiere involucrarse. La sociedad actual es una mierda.

Ty me escucha con atención y curiosidad. Aunque nunca me he atrevido a pronunciar estos pensamientos en voz alta, han permanecido en un rincón de mi mente desde que tuve la edad para comprender cómo funciona la sociedad. Creo que liberarme de ellos me hará sentir mejor, así que continúo.

—En este mundo no nos sentimos seguros. Hay gente perturbada en todos lados, pese a que la vida ya pende de un hilo. Después de todo, el ser humano es débil. Una enfermedad o un mal golpe en la cabeza, y la muerte nos lleva sin avisar… Nadie tiene tiempo de descansar, de disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Para la mayoría, no tiene sentido. Algunos están dispuestos a traicionar a sus amigos más cercanos porque el éxito personal prevalece sobre los principios y valores que nos han transmitido… La gente miente, manipula y traiciona. Toman lo que no es suyo, se autoproclaman superiores a los demás y los menosprecian. Deshonran y destruyen, temen lo diferente, rechazan a aquellas personas que no comprenden, sin preocuparse de las consecuencias de sus actos.

Suelto un largo suspiro que hacer temblar las cuevas de todo Helheim. Puede parecer que me han hecho mucho daño, pero no es así. Solo soy observadora. Y si sabemos observar, las sonrisas no bastan para esconder la decadencia de un alma. Como cuando escuchas con atención y te das cuenta de que los cumplidos no consiguen ocultar el regusto amargo de las palabras insidiosas.

—No elegimos nuestro entorno, como tampoco elegimos a nuestra familia. Nos conformamos con hacerlo lo mejor que

podemos —concluyo.

Ty, consciente de mis emociones, pone sus manos sobre las mías y me mira con una expresión conmovedora.

—¿Sabes por qué no dudo ni un segundo de que vas a salir adelante? Porque tus ojos ven la realidad, y no la ilusión que los demás se esfuerzan por crear. Hagas lo que hagas, seas quien seas, tu alma seguirá siendo la misma. Pura.

Su voz tiembla con convicción y una sonrisa confiada se extiende por sus labios. Si no hubiera una mesa entre nosotros, me habría refugiado entre sus brazos. Su alma calma y consuela la mía.

Cuando llegan las bebidas, brindamos por la sinceridad y bebemos un largo trago antes de ir a la pequeña pista de baile.

Me coge de la mano y, con la experiencia de los últimos días, me hace girar y me atrae hacia él. Con sus manos sobre mi cadera y mis brazos alrededor de su cuello, bailamos el uno contra el otro al ritmo de la música.

Entre nosotros hay una gran complicidad natural. Ninguna tensión sexual, nada de esa naturaleza. Solo un entendimiento mutuo, un amor fraternal. Nunca había sentido este tipo de vínculo con nadie. Es el hermano mayor que la vida nunca me dio. Tengo la sensación de que lo conozco desde siempre. Y temo el momento en el que cada uno retome su camino. Esa simple idea me provoca un escalofrío, y mi compañero frunce el ceño, inquisitivo.

—Perdona, estaba en la luna.

—No te disculpes por algo que no puedes controlar. Como por tus sentimientos por Clarke, por ejemplo.

Se me desencaja la mandíbula. Me tapo la boca con la esperanza de amortiguar mi grito de sorpresa.

«Por todos los dioses, ¿cómo puede saber eso?».

Me esfuerzo por odiar al Devil’s Sons para reprimir mis sentimientos por él… ¿y Ty ha conseguido leerme, incluso cuando he logrado olvidar su existencia?

—¿Perdona?

—A mí no me engañas, Alone. Por más que lo odies, cuando hablas de él, tu mirada brilla con una chispa especial.

—¡Pfff, tonterías!

La ceja levantada y la mueca indiferente me convencen para que deje de tomarlo por imbécil. No se deja engañar.

Me calmo y suspiro.

—Vale, puede que tengas razón. Es decir, *sentía* algo por él. Ahora mismo estoy confundida. Ni siquiera sé si algún día podré perdonarlo. Además, con él todo es tan complicado…

—Si conseguir lo que deseamos fuera fácil, lo sabrías, ¿verdad?

Refunfuño, molesta, y él me da un beso en la frente con ternura.

Guiada por Ty, mis piernas giran sobre sí mismas y le doy la espalda. Envuelve sus brazos alrededor de mi cintura, y después nos mueve al ritmo de la música.

—Me pregunto qué harás una vez se acabe nuestro viaje.

—Me tengo que quedar en Ann Arbor para arreglar las cosas con mi madre. Después de eso, creo que volveré a Charleston. Pero cuento con volver y asegurarme de que no tortures demasiado a los Devil's Sons.

No me puedo creer que ya lo eche de menos. No consigo imaginar mi día a día sin él, me he acostumbrado a que esté presente a todas horas.

«¡Y, joder, adoro su compañía!».

Ty presiona los labios contra mi sien y, cuando me mantengo en silencio, me gira hacia él. Descubre mis ojos llenos de lágrimas y deja de moverse. Su mirada, un fiel reflejo de la mía, también resplandece.

Toma mi cara entre las palmas de las manos.

—Cuando te vi subir a ese bus, supe que te habían hecho daño. Después me pregunté cómo podían hacer tanto daño a una chica tan increíble como tú. Parecías vacía, solo eras un fantasma. Y sabía que conseguiría hacerte sonreír. Pero jamás hubiese imaginado que me uniría tanto a ti y sentiría este instinto protector. Y si tengo ganas de llevarme esa sonrisa conmigo a Charleston después de conocernos tan solo cuatro días, es porque nunca he conocido a nadie tan humano, sincero y compasivo. Te dije que, durante mis viajes por carretera, creaba recuerdos inolvidables. La verdad es que, en cada uno de ellos, estaba demasiado borracho para ser

consciente de nada. Este es el primer viaje que voy a recordar, a pesar de que había planeado beber con el objetivo de olvidar el estado de salud de mi madre. Has sido tú la que me ha enseñado que los recuerdos son los cimientos de nuestra personalidad y que, incluso cuando no tengamos nada más, ellos siempre estarán presentes para ayudarnos a seguir adelante. Este viaje no señalará el final de nuestra amistad, Avalone Arinson. No es más que el comienzo, te lo juro por Draupnir.

Cada una de sus palabras, desde la más mínima pausa hasta su entonación, me conmueven de una forma descomunal. Mis emociones me inundan, tanto las buenas como las malas, y Ty limpia con su pulgar la lágrima que se derrama por mi mejilla. Me refugio en sus brazos e intento recomponerme, pero en vez de eso, acabo hundida en todo lo que había enterrado estos últimos días.

Siento que sonríe contra mi cuello, luego me mordisquea el hombro y me arranca una carcajada. Intenta hacerme cosquillas para conseguir que reproduzca ese sonido, y nos peleamos de camino a nuestra mesa. Pero, cuando llegamos, dos hombres se han sentado en ella sin que nos diésemos cuenta, a pesar de que hay sitio de sobra en las otras mesas.

—Tíos, perdonad, estábamos aquí sentados —les dice Ty.

Los dos hombres interrumpen su charla y nos miran. Mi compañero de viaje señala nuestros vasos para respaldar lo que dice.

—Vete a otro sitio —responde el rubio, de una forma un tanto agresiva.

Ty se pone rígido a mi lado. Claramente, la mala leche de los Devil’s Sons corre por sus venas.

—Vamos a sentarnos allá —le susurro.

Asiente y recoge nuestras cosas sin entrar al juego del imbécil.

—Eso es, llévate a tu putita a otra parte —sisea el imbécil en cuestión.

Mi brazo se mueve solo: le lanzo a la cara el contenido de mi vaso. Chorreando y fuera de sí, el hombre se levanta de un salto y se dispone a golpearme, ante la mirada horrorizada de su amigo. Pero no contó con Ty, que le asesta el primer golpe. El rubio titubea,

sorprendido, pero se recupera. Fuera de sí, levanta el puño, pero el antiguo Devil's no le da tiempo: lo golpea una segunda vez en la cara, y después una tercera.

Su compinche se levanta, listo para defenderlo.

«¿Dos contra uno? ¡Ni de coña!».

La adrenalina recorre mis venas cuando salto sobre la espada del pelirrojo y le tiro del pelo. Siento que estoy encima de un toro mecánico que tiene los días contados. Intenta tirarme sin hacerme daño. Eso está bien, porque tampoco quiero herirle, solo quiero distraerlo para evitar que ataque a mi compañero de viaje, que aún está enfrentándose al imbécil.

El pub no es muy espacioso y derribamos algunas sillas mientras Ty empuja al rubio sobre una mesa repleta de cócteles. Con el impacto, todo se rompe y los clientes se alejan del altercado, refugiándose en las esquinas de la sala.

Cuando el tipo vuelve a ponerse en pie, el antiguo Devil's me echa un vistazo y se da cuenta de que estoy en la espalda del pelirrojo. Se ríe y levanta el pulgar en un gesto de aprobación. Sin embargo, su adversario aprovecha la distracción para hacer un placaje digno de los mejores jugadores de *rugby*. Cuando tira a Ty al suelo, me quedo congelada sobre la espalda del desconocido.

Más fuerte que su adversario, mi amigo vuelve a atacar bajo mis gritos de ánimo. Le golpea en el estómago y luego en la cara, y el imbécil retrocede, lo que le permite a Ty levantarse.

Para mi gran desconcierto, el rubio vuelve a estar de pie.

«¿Se ha chutado o qué?».

El camarero interfiere y asesta un gancho de derecha al oponente que se tambalea. Aprovecha esos segundos de tregua para llamar al portero, que llega rápidamente. El gigante de Europa del Este saca al rubio del bar dándole una patada en el culo.

Ty se reúne por fin conmigo, divertido, y me ayuda a bajar de la espalda del pelirrojo. Este último sale del pub por sí mismo, pero el portero aparece de nuevo y viene directo hacia nosotros.

—¡Vosotros también, fuera!

El camarero aparece de nuevo, con una bolsita de hielo sobre los nudillos.

—Fueron los otros dos los que empezaron, ellos solo se han defendido.

—No quiero saberlo. ¡Todos los que se pelean van fuera!

El antiguo Devil's asiente sin discutir y saca su cartera con la intención de pagar.

—No, corre por mi cuenta —se ofrece el camarero.

Mi amigo asiente con la cabeza, agradecido.

—Gracias, amigo.

—Es lo mínimo. Ojalá paséis una buena noche a pesar de todo.

Le aseguramos que hace falta mucho más para que nos vengamos abajo, y salimos del pub acompañados por el portero.

Ya debería estar acostumbrada a las peleas de ese estilo por Clarke, pero no es así. Estoy hasta arriba de adrenalina, podría correr una maratón… durante tres minutos y medio.

Al salir, los dos hombres aún están en la entrada del bar. El rubio tiene los ojos hinchados y sangre en la ceja, en la nariz y en la boca. Ty lo ha golpeado de lo lindo.

—¡Lárgate! —le ordena el portero.

El demente le lanza una mirada asesina a mi compañero de viaje.

—¡Voy a matarte!

—¡Idiota, si ya te ha destrozado la cara! ¡El que va a terminar contigo va a ser él si sigues así!

El imbécil no escucha a nadie y se lanza sobre Ty, que ya no tiene ganas de divertirse. Su gentileza y amabilidad han desaparecido para dar paso a la legendaria peligrosidad de los Devil's Sons.

—¡Contenía mis golpes por educación, pero esta vez vas a dejar de tocarnos los cojones!

Su puño entra en contacto con la mandíbula del imbécil de forma brusca y me sobresalto, abriendo mucho los ojos. Ese golpe ha sido *mucho* más violento que los de antes. El rubio se derrumba y golpea el suelo con toda su fuerza. Esta vez, no se vuelve a levantar. Está *KO*.

El antiguo miembro de la banda le lanza una mirada fulminante al cuerpo inconsciente, y luego se disculpa con su amigo y el

portero. Gruñe, molesto, y me arrastra a lo largo de la calle. Giro la cabeza para ver al pelirrojo arrodillarse al lado de su amigo, mientras el portero se ríe de ellos.

Nos desviamos por una calle perpendicular, Ty se para y empieza a reírse sin parar.

No tardo nada en hacer lo mismo.

—¡Estabas sobre su espalda!

—¡Le he tirado del pelo! ¡Gritaba como un crío!

Gracias a ese momento de tregua, descargo la adrenalina. Cuando dejamos de reírnos, recupero mi seriedad y mi culpabilidad.

—Lo siento, no debería haberle tirado mi bebida encima.

Con el ceño fruncido y gesto desaprobador, Ty niega con la cabeza.

—¡Nunca pidas perdón por defenderte! Pasara lo que pasase, habría acabado con mi puño en su cara. Pero prométeme que te tomarás este tipo de libertades si, y solo si, estás con los Devil's Sons.

Es verdad que, sin él, habría recibido un mal golpe, así que asiento.

Satisfecho, Ty me pasa el brazo por los hombros. No sé a dónde vamos; caminamos sin rumbo, hablando de nuestras vidas y de la banda.

—Es verdad que he conocido a chicos nerviosos y violentos, pero Clarke… ¡Joder! Ni siquiera eso puede definirlo. Es un manojo de nervios en estado puro que necesita explotar. Desconfiamos bastante cuando Carter nos dijo que quería reclutarlo. Para nosotros, ese tío era un loco que acabaría matando a uno de los nuestros. Después entró en la banda y descubrimos su pasado. —Ty suelta un largo suspiro. Parece frustrado, como si se reprochara no haber logrado calmar la rabia de su antiguo compañero—. Pienso que Clarke tiene un combate constante consigo mismo. Hay una leyenda amerindia que empieza con un anciano que le cuenta a su nieto una historia que le ha sido transmitida como una tradición. Le dice que, en el interior de cada hombre, existen dos lobos entre los que tiene lugar un combate continuo. Uno es malvado: es tristeza, sufrimiento, arrogancia, ira, venganza… El otro es bueno: vive de la paz, del

amor, de la esperanza, de la compasión… El nieto le pregunta a su abuelo qué lobo gana el combate, y el anciano *cherokee* le responde que es aquel al que alimentamos. Me temo que el lobo bueno de Clarke se ha escondido en lo más profundo de su ser tras el asesinato de sus padres. En mi opinión, sin ayuda, jamás logrará tomar el control del lobo malo.

Ty me lanza una miradita que ignoro, y luego me sigue mirando con insistencia. Una gran sonrisa se extiende por sus labios.

—¿Qué?

Enarca las cejas y espera a que lo entienda por mí misma. Analizo sus últimas palabras y abro los ojos de par en par.

—¡Te recuerdo que me ha traicionado! Por no mencionar que su lobo bueno está demasiado enterrado bajo la mierda del lobo malo. Lo ha alimentado tanto que soy incapaz de hacer cualquier cosa por él. Además…

Ty se ríe y me saca una sonrisa, y empezamos a caminar en silencio. Debe creer que pienso en Clarke, pero no es así. Pienso en algo mucho más importante. Un tema que hay que afrontar.

Me paro en mitad de la calle y el antiguo Devil's se gira hacia mí.

—Oye… Sé que no querías que te lo dijera la otra noche, pero *tienes* que escucharlo.

Su mirada se vuelve seria y, al darse cuenta de a dónde quiero llegar, vuelve a caminar. Echa a andar tan rápido que tengo que correr para alcanzarlo. Me paro delante de él, impidiendo cualquier posibilidad de fuga. Su mirada, seria y al mismo tiempo dolida, me deja sin respiración y, durante un instante, dudo.

—No me puedo imaginar lo duro que debe ser…

Desvía la mirada; le tomo la cara con las palmas y lo obligo a mirarme.

—Si no te despides de tu madre antes de que se vaya, lo lamentarás el resto de tu vida, Ty. Nunca podrás perdonártelo. *Nunca*… —Doy un paso atrás, con las manos temblorosas—. Si no lo haces por ti, hazlo por ella. Necesita a sus dos hijos. No la puedes abandonar en su lecho de muerte.

Aprieta los labios y cierra los puños tan fuerte que los nudillos se le ponen blancos. Se da la vuelta, torturado, y golpea la pared. Su pecho sube y baja al ritmo de su respiración entrecortada. Se cruza de brazos y apoya la frente contra el edificio.

Me duele el alma por este hombre tan bueno, que está viviendo algo tan duro, y la impotencia que siento me revuelve el estómago. Peor aún, me siento culpable de arrebatarle su alegría. No obstante, por su madre y por él, puedo hacerme responsable de su sufrimiento.

Cuando gira la cabeza en mi dirección, con los ojos y las mejillas húmedas por las lágrimas, mi corazón da un vuelco. Me acerco a él, vacilante, y él acorta la distancia entre nosotros. Su abrazo es fuerte, y su cuerpo tiembla contra el mío. Lo agarro con todas mis fuerzas, con la intención de transmitirle el amor que merece y el valor que le falta.

Tras varios minutos, Ty se calma. Se seca las mejillas con el dorso de la mano y da un paso hacia atrás. Con los ojos enrojecidos, me sonríe débilmente.

—¿Y si vamos a buscar una botella al bar del hotel? —le propongo—. No para olvidar; al contrario, ¿para recordar viejos tiempos?

Asiente, sonriendo un poco más.

—Gracias.

—No me las des. Es lo que hacen los amigos.

Me acerca a su costado y retomamos el camino. De repente, salto hacia atrás, y mi corazón da un vuelco cuando algo explota a mis pies. No necesito mucho tiempo para entender que se trata de un globo de agua.

—¡Coño con los gilipollas! —grita Ty.

Sobre el tejado del edificio, encima de nosotros, las cabezas de tres niños desaparecen. Bajo la mirada al vaquero empapado de Ty y me hecho a reír. Cuando Ty se une a mí, incapaz de enfadarse, el ataque de risa nos hace temblar. No conseguimos calmarnos ni dar un solo paso hasta que nos caen otros dos globos de agua encima, lo que obliga al antiguo Devil’s a cogerme de la mano y salir corriendo lo más rápido posible de allí.

Aún nos reímos al pedir nuestras bebidas en el bar del hotel: una botella de *whisky* para Ty y un par de platos para picar.

Con las ventanas abiertas y el estómago lleno, disfruto de ver a mi amigo saborear su vaso de *whisky*. Nos reímos tan alto de las tonterías que nos contamos, que nuestros vecinos de habitación golpean la pared; sin embargo, no bajamos el volumen. Mi amigo se merece, más que nadie, esta trivialidad.

—Iré a ver a mi madre cuando regresemos.

Le sonrío, aliviada de que haya tomado esa decisión.

—Avalone Arinson, me alegro de haberte conocido. Tengo la sensación de que vamos a ser muy, *muy* buenos amigos.

—Yo también, Ty Liner.

Me pellizca la mejilla con una sonrisa cansada, mientras sus ojos empiezan a cerrarse. Le quito el vaso que tiene en la mano y después paso su brazo alrededor de mis hombros para levantarlo del suelo, donde estaba sentado.

«¡Joder, cómo pesa! Gracias a los dioses, ayudar está ayudando».

—Tienes más fuerza de la que pensaba —bromea.

Llegar a su cama se vuelve peliagudo.

—Menos mal que no me emborraché en Oxford. No sé cómo habríamos vuelto.

—Yo nunca habría bebido tanto. ¿Quién habría estado pendiente de ti?

Me da un beso en la mejilla y, después de mucho esfuerzo, lo tumbo sobre su cama. Se deja caer sobre el colchón como un peso muerto.

—Gracias por haberme traído hasta mi cama, aunque lo hubiera conseguido yo solo.

Lo miro, sorprendida, mientras una sonrisa eleva la comisura de sus labios. Parece mucho más consciente que hace unos segundos.

Cojo el cojín del sillón y se lo lanzo a la cara.

—¡Hijo de puta, me he roto la espalda para traerte!

—Ha sido muy gracioso verlo.

Divertida, le hago una peineta y apago la luz.

—Duerme bien, Trip boy.

—Duerme bien, Alone.

Después de mi ducha nocturna, me deslizo bajo las sábanas, con el móvil apagado en la mano. No he recibido respuesta de Lola, ya que el móvil de Ty se apagó un segundo después de haber enviado el mensaje y no lo ha cargado desde entonces.

Decido encender el mío. Carter debe de estar durmiendo a esta hora y, si me fío de las pelis que he visto, hace falta más que unos pocos minutos de conexión para rastrear un teléfono.

Nada más hacerlo, empieza a vibrar con las notificaciones de todos los mensajes y llamadas que he recibido estos últimos días.

Me centro en los de Lola.

> Joder, Ava, ¿qué coño haces? ¿Dónde te has metido? ¡Set me contó que huiste, pero se niega a decirme qué ha pasado!
> ¿¿Dónde estás??
> ¡AVALONE LOPEZ, RESPÓNDEME!
> ¡Dime que has cogido el móvil de un transeúnte y que no vagas por ahí con drogadictos que viven debajo de un puente!
> ¡¡Estoy muy preocupada!! ¡Por Odín todopoderoso! ¿¿Dónde estás??
> ¡¡¡¡JODER, AVA… LLEVO CUATRO DÍAS SIN DORMIR!!!!

Y otros veintitantos mensajes pasan por delante de mis ojos. La culpabilidad es inevitable; tengo que tranquilizarla.

> Lo siento, Lo. Estoy bien, no voy por ahí con drogadictos. Vuelvo en unos días, te lo prometo.

Su respuesta llega al instante.

> ¡Por Odín, Avalone! ¡Dime dónde estás, voy a buscarte!

Se me encoge el corazón. Me siento culpable por hacerla pasar por esto, pero no puedo arriesgarme a decirle dónde estoy. Se lo dirá a su hermano, y los Devil's Sons se presentarán aquí rápidamente.

Te prometo por el Yggdrasil que estoy bien. Solo necesitaba tomarme un respiro. Confía en mí.

No es que tenga elección. Llámame ante el más mínimo problema y estaré allí de inmediato.

Te quiero.

Salgo de la conversación con una pequeña sonrisa en los labios, que desaparece cuando descubro la cantidad de mensajes de los chicos, empezando por Sean.

¡Ava, vuelve! ¡Eres una de nosotros! Que las valkirias me lleven al Valhalla ahora mismo si no te queremos de verdad.
Lo sentimos muchísimo. Yo lo siento muchísimo.
¡JODER, AVA, ¿DÓNDE ESTÁS?!
¿POR QUÉ NO ESTÁS EN EL CAMPUS?
¡¡¡RESPONDE!!! ¡HENZO SIGUE LIBRE!
¡AVA, ENCIENDE EL JODIDO MÓVIL!

Llena de rabia, borro toda la conversación, y luego la de Jesse, la de Set, la de Tucker, la de Justin, la de Ethan y la de Carter sin ni siquiera abrirlas. Pero mi dedo se congela sobre el mensaje de Clarke. Solo tengo uno de su parte, y me da miedo abrirlo.

Una lágrima recorre mi mejilla. Tenía sentimientos por él, y su traición ha sido la más dolorosa.

Con la respiración agitada, abro el mensaje, que es del día anterior.

Quererte es un impulso natural para nosotros.
Carter no tiene poder sobre nuestros
sentimientos.

Ahogo un grito desesperado en mi almohada. Tengo tantas ganas de creerles, que hacer lo contrario es increíblemente doloroso. Sin embargo, me han demostrado repetidamente que no puedo confiar en ellos. Fueron demasiadas mentiras.

Borro la conversación, cegada por las lágrimas. A pesar de todo, distingo otras notificaciones.

Tengo la repentina sensación de que las paredes se cierran a mi alrededor cuando veo las llamadas perdidas de mi madre. Carter debe de haberla avisado de que la verdad salió a la luz, lo que hace aún más real toda esta historia.

Se me corta la respiración. Tengo la sensación de que me hundo, me ahogo.

Mi madre me ha mentido. Me hizo creer que no tenía familia, aun cuando se sentía orgullosa de gritar a los cuatro vientos que no teníamos ningún secreto entre nosotras.

«¿Cómo pudo hacerlo?».

Con el labio inferior temblando de rabia, abro el buzón de voz.

La voz llena de angustia de la mentirosa resuena en la habitación.

—Avalone, cariño… Yo… no sé qué decirte, aparte de que lo siento muchísimo… Yo… —Se le escapa un sollozo—. Por favor, intenta entendernos. No tenemos ninguna justificación, pero… llámame. Al menos te debo una explicación… Te quiero.

El mensaje de voz termina. Mi teléfono atraviesa la habitación y golpea la pared.

—¡Me cago en todo!

Golpeo la almohada con todas mis fuerzas, grito de rabia y lloro de tristeza.

¿Eso es todo lo que tiene que decirme tras una vida entera de mentiras? ¿«Lo siento»? ¿«Intenta entendernos»?

«¡Que arda en las llamas del Ragnarök!».

5

La segadora de almas siempre ha estado cerca. ¿Le gustará que la banda más sanguinaria de Estados Unidos se le adelante?

Abro los ojos de repente, incapaz de diferenciar entre mi pesadilla y la realidad. Los BloodBro estaban aquí, con máscaras aterradoras, habían venido a matar al primogénito de los Arinson… *a mí*. Bajo las órdenes de Carter, los Devil's Sons intentaban salvarme, pero morían, uno por uno.

Me caigo de la cama y, al hacerlo, vuelco la mesita de noche. El sol no se filtra por las cortinas, todavía es de noche y las sombras me aterrorizan. Una mano parece extenderse en mi dirección, grito hasta quedarme sin voz. El miedo me invade y me deja sin aire.

Jadeo y todo mi cuerpo tiembla, acurrucado contra la pared. No consigo calmarme, los pensamientos oscuros no paran de sumergirme en ese abismo sin fondo que me recuerda a la muerte. Pero la muerte no debería ser así de dolorosa y aterradora.

«No, estoy viva», me digo.

Desesperada, extiendo la mano hacia mi mochila, justo cuando el picaporte de la puerta se mueve bruscamente. Escucho a Ty maldiciendo al otro lado. Un solo empujón basta para romper la madera y echar abajo el cerrojo. Su mirada cae sobre mí y sobre mi brazo extendido en una súplica silenciosa. Se lanza hacia mi mochila, la vuelca, saca todo, revisa el revoltijo que hay esparcido en el suelo y, por fin, coge mi paquete de pastillas.

Se acerca corriendo y cae de rodillas delante de mí. Después, me acurruca contra él y me ofrece el medicamento, pero no paro de toser, con la esperanza de abrir mis vías respiratorias.

—Tienes que calmarte, Alone.

Soy incapaz de tragar nada. Me asfixio de miedo.

Ty deja mis medicamentos a un lado y me levanta para llevarme a la cama. Me abraza y me da un beso en la frente mientras me aferro a él temblando, como si fuera un salvavidas.

—Está bien, cariño, estás viva.

Me pasa la mano por el cabello y lo acaricia para tranquilizarme. Su presencia es reconfortante. No estoy sola, hay alguien que vela por mí incluso en pleno centro de Kentucky. Tras tres días recorriendo Tennessee, pusimos rumbo a este nuevo estado. Sé que a Ty le habría encantado llevarme a Dakota, aunque, con su madre agonizando, reconoció que lo mejor era no alejarse mucho, por si teníamos que volver urgentemente.

Una hora más tarde, el sueño aún no nos ha vencido. Sin embargo, mi ataque de pánico ya es agua pasada, gracias a mi compañero de viaje.

En la oscuridad de mi habitación, recostada en sus brazos, me niego a creer sus historias, divertida. Ty empezó a contarme anécdotas para ayudarme a concentrarme en otra cosa que no fuera la falta de aire para poder tomarme mi ansiolítico. Desde entonces, compartimos anécdotas sin noción del tiempo.

—¿No me crees? —me pregunta.

Ante su apariencia ofendida, me río y me da un golpecito en la frente.

—¡Pues claro que sí! ¿Qué pasó después?

—Dos días antes de ser coronado rey del baile de graduación, una chica me tiró los tejos. Todo iba bien hasta que me llamó por el nombre de mi hermano. Me daba igual quién pensara que era, era *conmigo* con quien estaba ligando. No fue hasta después de acostarme con ella que descubrí que era la nueva novia de mi hermano, algo que no sabía, ya que ese gilipollas es demasiado reservado. Como puedes suponer, no dejó que me fuera de rositas y, como el buen chico que soy, dejé que me golpease. Entonces llegó la famosa noche del baile de graduación, donde los estudiantes proclamaban a su rey. —Ty ya está riendo a carcajadas, por lo que soy incapaz de contener la risa, y ni siquiera conozco el final de la

historia—. Ese imbécil… puso en mi bebida un jodido laxante que me llevó directo al váter del instituto.

Nos reímos hasta que no pudimos respirar.

—Cuando me di cuenta… de que se había hecho pasar por mí en mi coronación, envié a mi mejor soldado para vengarme. La última copa que bebió Alec… antes de subir al escenario… también estaba mezclada con laxante.

Abro los ojos de par en par y me preparo para la catástrofe final.

—No estuve allí para ver el desastre, estaba ocupado cagando lo más grande… pero gracias a la tecnología, pude verlo en directo desde el móvil… Alec subido en el escenario en mi lugar… lo coronaron del brazo de mi reina y…

Soltamos una carcajada tan fuerte que seguro que despertamos a toda la manzana.

—Se cagó encima delante de todo el instituto… Le dolía tanto la tripa… que cayó de rodillas en medio del escenario. Y cuando empezó a insultarme, todos se dieron cuenta de que no era yo.

Doblada por la mitad, no tengo ni idea de quién de los dos se ríe más fuerte. Cada vez que pensamos que podemos llegar a calmarnos, uno se ríe y el ataque de risa se prolonga.

Por lo que me cuenta Ty, no hay que estar en medio de estos dos cuando estalla la guerra. Pero, a pesar de las peleas, se quieren con un amor inconmensurable.

Nos tiemblan los hombros con las últimas risas, que acaban deteniéndose. Bostezo alto y rezo a los dioses para que el antiguo Devil's sea compasivo con la hora de levantarse.

Mi amigo pasa su pulgar por mi nuevo tatuaje y me incita a hacerle la pregunta que me quema la garganta desde que salimos de ese jodido estudio.

Levanto la mirada hacia él y me encuentro con sus ojos.

—¿Por qué?

Una suave sonrisa adorna su cara.

—Pensé que no me lo preguntarías nunca.

Arrugo la nariz y me contengo para no sacarle la lengua.

—Te lo dije. Ese credo no se pronuncia por diversión. Está hecho para darnos valor y fuerza en las situaciones más críticas. También nos recuerda que, desde el momento en el que entramos en la familia de los Devil's Sons, lo somos para siempre. Dan igual los años que pasemos lejos de Carter y de nuestros hermanos, *siempre* podremos contar con ellos. No tenemos lazos de sangre, pero tenemos los del corazón y del honor. Este tatuaje no es para reafirmar nuestro estatus ante los demás. Es para reivindicar que formamos parte de esta familia.

La belleza de su discurso mitiga las tres emociones que prevalecen dentro de mí: sorpresa, ira, decepción.

Me enderezo y lo miro fijamente.

—¿Y has elegido por mí?

—No he tomado ninguna decisión por ti, Alone. Ayudaste a los Devil's Sons por motivos sentimentales, ya los habías aceptado.

—Carter me mani…

—No —me corta de forma cariñosa—. Carter sabía que aceptarías unirte a la banda. Hizo que tu decisión pareciese una consecuencia de su manipulación para tranquilizar tu conciencia sobre la noción del bien y del mal. No eres manipulable. Nadie puede obligarte a hacer algo que no quieres, eres demasiado inteligente y fuerte para eso. Si dejaras de mentirte a ti misma, te darías cuenta de que aceptaste hacer una denuncia falsa y quisiste involucrarte en la negociación para sentirte viva y proteger a la banda. Naciste para formar parte de esta familia. No porque seas la sobrina de Carter, sino porque compartes sus valores, su valor y su amor. Tú eres una Devil's Sons, es algo obvio, Avalone.

No respondo, recibo el golpe y viajo por mis recuerdos. Tuve la oportunidad de denunciar a la banda a la policía. Pero probé la adrenalina y la sensación de estar viva. Una dosis y me convertí en adicta. Entonces se presentó la oportunidad de darle sentido a mi existencia: ayudar y proteger a los Devil's Sons, formar parte de la banda. Así que acepté. Es cierto que no las tenía todas conmigo. No sabía lo que significaba para Carter, pero era libre de tomar mis decisiones. *Elegí* a la banda.

Mis ojos van directos al tatuaje.

—¿Por qué este lugar? —susurro.

—Tu mejor baza son las palabras, no las armas. No obstante, puede que algún día te veas obligada a sostener una. Si tienes que matar a alguien, lo harás por los Devil's Sons, de una manera tan simbólica como literal.

—Soy diestra. ¿Por qué tatuarme la muñeca izquierda?

Ty me estrecha contra él, perdido en sus pensamientos.

—Quitarle la vida a alguien es algo que te marca para siempre, Avalone. Terminamos odiando la mano que presiona el gatillo. Y créeme, odiar tu mano dominante es incapacitante. Si tienes que disparar, lo harás con la izquierda para conservar la otra.

Los latidos de mi corazón se aceleran, pero no me siento mal. Sé que, si mañana tengo que escoger entre hacer eso o ver morir a uno de los chicos, no dudaré.

Matar con la mano izquierda.

Matar con el brazo tatuado, por los Devil's Sons.

Por mi familia.

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando estás en buena compañía. Me despierto en un nuevo estado de ánimo, con un amor intenso y una sensación de complicidad por este chico que conocí hace apenas dos semanas por una coincidencia. No compartimos una historia normal. Yo huyo de mi presente, que es el pasado de Ty, y él huye de la enfermedad, que es mi día a día. Ni él ni yo tomamos siempre las mejores decisiones, pero nos respetamos y nos apoyamos. Juntos, formamos un tándem que se complementa y es increíble.

Me sorprendo al escuchar vibrar mi móvil, pensaba que lo había apagado. Desde la semana pasada, solo lo enciendo cada tres días para tranquilizar a Lola.

Mientras voy a mi mesita de noche, la televisión llama mi atención. Se me congela la sangre cuando leo el titular: «Una nueva carnicería firmada por los BloodBro».

La masacre causada ayer en el estado vecino por una banda que quiere mi cabeza me acelera el corazón y casi hace que me

desmaye. Esa pobre familia, degollada mientras dormían…

Es una imagen demasiado sangrienta para estas horas de la mañana.

Todavía en pijama, busco mi móvil y me aseguro de que el mensaje que acaba de llegar no sea de mi padrino ordenándome huir.

> Carter sabe dónde estás, los Devil's Sons están
> de camino. ¡Ponte en marcha, y rápido!
> xoxo. Lola.

«¡Por todos los dioses, esta mañana ha empezado fatal!».

Y no tiene pinta de que vaya a mejorar, ya que, cuando Ty entra a mi habitación, parece muy preocupado. Mi preocupación se multiplica; lo miro y me preparo para lo peor.

Su mirada cae sobre mis temblorosas manos.

—Tú primero —me dice, resoplando.

—¿La mala o la malísima?

—La mala.

—Carter sabe dónde estoy. Los Devil's Sons vienen hacia aquí.

—¿Y la malísima?

Apunto a la televisión con el dedo, y Ty ve el telediario. Palidece; su cara se pone blanca como un cadáver en segundos. Traslada su atención hacia mí y se toca el mentón, nervioso.

—En el momento inoportuno perfecto, Alone. Alec me ha llamado. Mi madre no llegará a esta noche.

Esa noticia me deja sin respiración, me rompe el corazón, pero me hace estar más decidida que nunca.

—Es hora de volver.

6

Los BloodBro perpetraron una masacre en el estado vecino, los Devil's Sons saben dónde estoy y Élisa puede que no sobreviva esta noche.

Nuestra vuelta es inevitable. Por Ty. Para que pueda acompañar a su madre en sus últimos momentos. Y este viaje precipitado me permite escapar una vez más. Aunque esta huida me lleve de vuelta a casa, estaré retrasando el encuentro algunas horas más.

El rostro de mi amigo tiene una expresión diferente. Está asustado. No por la muerte de su madre, sabe que es inevitable, sino por la idea de no poder despedirse. Pero no lo permitiré. No importa que mi estómago grite de hambre y que me esté meando, no vamos a parar.

Ty permanece callado durante el trayecto. Necesita poner en orden sus ideas, cosa que respeto. Cuando esté listo para hablar, estaré ahí para escucharlo. Con los pies descalzos sobre el asiento, me abrazo las piernas y observo una última vez la ciudad de Columbus a través de mi ventana. Nunca olvidaré todas las ciudades que hemos recorrido. Son los recuerdos más felices y bonitos que tengo, sin duda.

El crujido del cuero llama mi atención. El volante cede bajo los tensos dedos de Ty. Pongo mi mano sobre la suya y lo animo a que mire.

—Solo estamos a tres horas de Ann Arbor. Por eso elegimos esta ciudad. Tu madre va a esperar a tu regreso, no pierdas la fe.

Sus facciones se suavizan un poco, sus dedos se vuelven más ligeros sobre el volante y una pequeña sonrisa se extiende por la

comisura de sus labios. Su miedo y su preocupación no desaparecen, pero la fe controla todas sus emociones.

—Lo siento muchísimo —susurro mientras entramos en la autovía veintitrés.

—¿Te disculpas por haberme hecho pasar dos semanas maravillosas?

Gracias a los dioses, se le escapa una risa sincera. Prefiero mil veces esa reacción. Verlo triste es como presenciar la extinción del sol. Es desgarrador y devastador, sobre todo en nuestra religión. Según la Völuspá, Sköll, un poderoso lobo e hijo de Fenrir, devorará el sol. Le seguirá un invierno de tres años, donde se desarrollarán innumerables guerras, durante las cuales un hermano matará al otro. Y, cuando todo acabe, comenzará el Ragnarök, el fin de los mundos.

—¿Quieres venir conmigo al hospital?

Me lanza una mirada que no estoy segura de entender.

—Déjame reformularlo. ¿*Puedes* venir conmigo? No voy a conseguir llegar allí solo… Te necesito.

Conmovida por su petición, acepto sin pensarlo ni un instante. Perder a un ser querido es el peor dolor del mundo, así que, si quiere que lo acompañe para apoyarlo en un momento tan íntimo, allí estaré.

Me recompensa con una sonrisa llena de gratitud, y después enlaza nuestros dedos.

En unas horas, conoceré a su réplica exacta. Por lo que me ha contado de su hermano, Alec es mucho más tranquilo que él, pero eso engaña. Hace las cosas de extranjis, lo que tiene mayor impacto. Los gemelos son como el perro y el gato y luchan entre ellos por el primer puesto, para ver quién es más estúpido. Pero también son protectores y cariñosos el uno con el otro.

Cuando Ty tenía diez años, sufrió un traumatismo craneal después de que su hermano dejara caer un cubo de agua sobre su cabeza desde una planta más alta. Tuvo que permanecer varios días en observación en el hospital, y Alec se negó a irse sin él. Aun así, su padre lo obligó a volver a casa para darse una ducha y comer, pero Alec se puso a gritar como un loco. Pasó día y noche en la

cabecera de la cama de su hermano, acurrucado sobre una silla tan dura como una piedra.

A pesar de la urgencia, el viaje transcurre con buen humor. Nos turnamos al volante, nos reímos de tonterías que ha hecho y hablamos sobre los temas más tontos. En algunos momentos, los ojos de Ty se llenan de miedo. Cuando eso pasa, intento encontrar las palabras adecuadas y distraerlo con nuevos temas de conversación.

Llegamos al hospital de Ann Arbor poco después de las dos de la tarde. Aunque pensaba que sentiría malestar por mi vuelta, no siento ninguna emoción. Estoy concentrada en Ty, mis propios problemas no importan ahora mismo.

Mi compañero de viaje quita las llaves del contacto y no mueve ni un músculo, hundido en su asiento. Salgo del coche y lo rodeo para abrir su puerta y tenderle la mano.

Está terriblemente pálido y me mira con miedo.

—Sigue siendo tu madre, Ty. Tiene los mismos rasgos, la misma personalidad, el mismo amor… Su enfermedad no la define.

Se centra en su respiración, inspira y espira tantas veces como es necesario, y, cuando se siente preparado, acepta mi mano. Su fuerte agarre me aplasta los dedos, pero no digo nada y sufro en silencio. Entramos en el edificio, y es como si Ty se acordara de la urgencia de la situación: empieza a correr hasta el ascensor, arrastrándome detrás de él. Nos lanzamos al interior, y el silencio se cierne sobre nosotros en el estrecho espacio.

Mi amigo está hecho una mierda. Este sitio no le gusta, y la idea de ver a su madre sufrir es como una tortura, pero lo soporta. Por ella.

—Avalone…

Me giro y encuentro su mirada llena de emoción.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Da igual lo que pase; siempre estaré ahí para ti. Eres parte de mi familia y nunca te abandonaré.

Su voz se rompe, mi corazón se parte. La lágrima que le cae por la mejilla acaba conmigo, y se la limpio con una mano temblorosa. Con una pequeña sonrisa, tomo su rostro entre mis manos.

—Te conocí el peor día de mi vida y no dejaste que me hundiera. Me entendiste mejor que nadie y me ayudaste a abrir los ojos y entender quién soy. Tienes un alma hermosa, Ty Liner. Soy yo la que debe estar a tu altura. Nos conocimos *antes*, estoy aquí *durante* y estaré a tu lado *después*. No estás solo. Somos una familia. Desde siempre…

—Y para siempre Devil's.

Tira de mí y me abraza con tanta fuerza que mis pies se despegan del suelo. Le rodeo el cuello con los brazos mientras coge fuerzas y, cuando se abren las puertas del ascensor, nos separamos.

Ty retoma sus ejercicios de respiración, aprovecha cada segundo para prepararse y afrontar lo que ocurra a continuación. Cojo su mano y asiento con un gesto de ánimo, y avanzamos por el pasillo.

Ante la repentina aparición de su doble, nos congelamos. Mi compañero de viaje suelta una palabrota, y los gemelos se miran entre sí de mala manera. Los miro, primero a uno y luego al otro, incapaz de encontrar alguna diferencia. Después de haber pasado tanto tiempo con Ty, encontrarlo duplicado es desconcertante.

—¿No has venido antes porque estabas acostándote con una chica? —le lanza Alec, lleno de rabia.

«Tienen la misma voz…».

—No me acuesto con ella, y ten cuidado con lo que dices si no quieres probar mis puños. Estoy hoy aquí gracias a Avalone, y vas a flipar cuando te enteres de quién es…

Alec lanza una mirada desconfiada en mi dirección y, después, devuelve su atención a su hermano, que se acerca a él, nervioso.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta mi compañero de viaje.

—Se está muriendo.

—¡No me digas, imbécil! Va a…

—No, aún tiene energía. No está lista para ir al Helheim.

—¿Me estás vacilando? —se enfada Ty—. ¡Me dijiste que no pasaría de esta noche!

—Te mentí para hacerte venir.

Cuando parece que los gemelos están listos para llegar a las manos, me sobresalto al escuchar mi nombre. Me giro y me encuentro con el pálido rostro de una mujer recostada en una cama de hospital. Tiene una belleza desconcertante y me observa con ojos resplandecientes, sin embargo, me siento turbada al fijarme en sus ojeras y su delgadez. La muerte se refleja en su cara, que tiene los mismos rasgos que los gemelos…

«Por Odín, ¿cómo conoce la madre de Ty mi nombre?».

—Sí, eres tú… —Las lágrimas aparecen en sus ojos y sus labios tiemblan—. Te has convertido en una jovencita preciosa…

Mi corazón late tan rápido en mi pecho que creo que la estoy mirando descaradamente.

¿Qué coño está pasando? ¿Ahora es cuando me dicen que mi madre no es mi verdadera madre? Me espero cualquier cosa, y sobre todo lo peor.

Miro de reojo a los gemelos que se pelean, y luego entro recelosa a la habitación 307.

—Tienes el mismo color de pelo y el mismo tono de piel que tu padre, y la misma mirada que Carter por aquel entonces. Que no te parecieras a ella la ponía muy celosa, pero yo siempre vi que tenías su sonrisa.

Doy un paso atrás, sorprendida. Conocía a mis padres y, evidentemente, me conocía a mí. Ty me dijo que su madre era amiga de Carter y que confiaba ciegamente en él, pero ¿era tan cercana a la familia como para conocer la verdad?

—Ya era cercana a Mike y Carter antes de que Claire llegara a nuestras vidas. Éramos un cuarteto increíble…

La mujer de mediana edad se ríe al ver mi sorpresa, y después tose. La sorpresa me tiene tan paralizada que ni siquiera soy capaz de ofrecerle un vaso de agua. Recupera la calma y, con su mirada, me envuelve en un tierno abrazo.

—Hace poco que sabes la verdad, ¿me equivoco?

—Dos semanas.

Mi garganta está seca, no consigo decir ni una frase completa.

—Tus padres te quieren incondicionalmente, Avalone. Y Carter te considera su propia hija. Pero ¿qué haces aquí?

Incapaz de decir nada, me hago a un lado y le muestro a la persona que espera con impaciencia. Cuando su mirada se encuentra con la de su hijo, se le ilumina el rostro.

—Mi niño…

Un sollozo agita sus hombros y abre los brazos para acogerlo. Ty la mira con lágrimas en los ojos, se lanza hacia su madre y se refugia en su abrazo.

Las incontables preguntas que aparecen en mi mente se desvanecen por la emoción. No escucho lo que se susurran, pero no me pierdo ningún gesto cariñoso. Mi compañero de viaje acaricia la mejilla de su madre, y luego le besa en la frente, y Élisa lo atrae hacia ella. Ambos lloran en brazos del otro, divididos entre la felicidad y el dolor.

Me muerdo el labio inferior, emocionada, y doy varios pasos atrás para darles la intimidad que necesitan.

—¿Quién eres tú?

Giro la cabeza hacia Alec, que está apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos y los ojos entrecerrados. Lo miro sin responderle, y por fin encuentro algo que lo diferencia de su hermano: tiene las facciones mucho más duras que las de Ty, y claramente no llevan los mismos tatuajes. Los de Alec son sombríos —calaveras, serpientes, tumbas—, mientras que los de Ty están llenos de vida: citas, bosques, atardeceres, pájaros…

Examino a Alec con atención para asegurarme de que puedo confiar en él.

—¿Buscas esto?

Se levanta la camiseta y me enseña el «The Devil's Sons» tatuado a lo largo del costado, pero me mantengo callada. Después, coge mi muñeca izquierda y coloca mi nuevo tatuaje al lado del suyo.

—Somos parte de la misma familia. Puedes confiar en mí.

La forma que tiene de enseñármelo, a pesar de todos esos años, y ese amor hacia los Devil's Sons me conmueve mucho más de lo que debería, como si ese sentimiento fuera indestructible y

beneficiara para siempre a todos aquellos que un día formaron parte de la banda de Carter.

A pesar de todo, me cruzo de brazos, vacilante. Ya hay demasiadas personas al corriente; no obstante, es mi vida la que está en juego. Un error y los BloodBro llamarán a mi puerta, si se toman la molestia de avisar.

—Puedes confiar en él, Alone.

La voz de Ty a mi espalda basta para convencerme. No necesito mirarlo para estar segura: es la persona en la que más confío. Aunque todos aquellos que significaban mucho para mí —salvo Lola — me han mentido, él ha sido un faro lleno de sinceridad en la oscuridad de la decepción en la que había caído.

Hago un gesto con la cabeza para que Alec me siga fuera.

—Me llamo Avalone Arinson —confieso, cansada de toda esta historia—. Soy la hija de Mike Arinson y la sobrina de Carter Brown Arinson. —Sus ojos se abren como platos—. Lo sé desde hace poco. Antes de saberlo, pensaba que mi madre era mi única familia, así que, cuando entendí que mi vida y mi amistad con los Devil's Sons no eran más que una mentira, hui de la ciudad. Conocí a tu hermano en el bus de camino a Alabama.

Alec no intenta ocultar lo sorprendido que está. Aunque lo quisiera, no creo que lo consiguiera. Por lo demás, su mirada es mucho más suave ahora que ha dejado de desconfiar de mí.

—¡Joder! Yo… lo siento muchísimo.

No se lo puede creer, como yo hace dos semanas, y yo aún tengo problemas para aceptarlo. La mayor parte del tiempo, tengo la sensación de estar atrapada en una pesadilla interminable. Aun así, me siento ridícula al despertar su compasión cuando su madre se está muriendo.

—No tienes que sentirlo. Tienes cosas mucho más importantes de las que…

Me corta con un ligero gesto de la mano.

—Acabas de descubrir que toda tu vida ha sido un engaño y que las personas en las que confiabas te mintieron. Te mereces tener a alguien que se sienta mal por ti.

Asiento con la cabeza, agradecida.

—Perdóname si te he parecido hostil hace un momento. Ty me ha dicho que has sido tú la que lo hizo reaccionar. Muchas gracias.

Si supiera que recibí el mismo trato —aún más intenso— por parte de su hermano cuando pensó que huía de los Devil's, no se disculparía por tan poco.

—¡Alec, Alone, venid! —nos llama Ty.

Mi mirada se fija en las puertas del ascensor, pero Alec me hace una seña para pasar delante de él a la habitación. No estoy segura de ser lo bastante fuerte para averiguar más cosas sobre mis padres, pero tampoco puedo abandonar a Ty.

Le echo un vistazo indeciso a Alec, que me anima con una pequeña sonrisa, y nos acercamos a la cama de Élisa. Ella me lanza una mirada llena de amor maternal, como si fuera su propia hija y acabara de volver a casa tras años de ausencia.

«El regreso del hijo pródigo», pienso amargamente.

—Tengo tantas cosas que decirte, y como no sé si nos volveremos a ver, me gustaría hacerlo ahora, si estás de acuerdo.

No quiero. No estoy lista, pero puede que cuando lo esté, ya sea demasiado tarde. Así que asiento, con un nudo en la garganta que me impide respirar. De repente, una mano reconfortante me acaricia la espalda. *Ty*.

—Crecí con Carter y Mike, y más tarde tu madre se unió a nuestro grupo. Los cuatro éramos los mejores amigos de los nueve mundos, hasta que Claire te dio a luz y tu padre cometió un error.

En pocas palabras, le cuenta a Alec cómo mi padre estafó a los BloodBro y las consecuencias de sus actos: mi muerte y la de mi madre a ojos del mundo.

—Era la única que sabía la verdad aparte de los Arinson. Así que nos distanciamos, para que nadie pudiera establecer ni una mínima conexión entre nosotros. Después, cuando supe que Carter había creado los Devil's Sons, os empujé hacia él para que conocieras a ese maravilloso hombre con el que crecí.

La sonrisa nostálgica que se dibuja en sus labios me llega al corazón. Yo perdí a mi familia ese día, pero Élisa perdió a sus mejores amigos y no vivirá el tiempo suficiente para volver a estar rodeada de quienes quiere.

Me limpio una lágrima que resbala por mi mejilla, y luego Ty me rodea la cintura con sus brazos en un gesto reconfortante y protector.

—Carter tiene una inteligencia inusual. Es calculador y mide cada peligro. Solo actúa si está seguro de que todo el mundo estará a salvo. También es fiel, compasivo y tiene amor para dar y tomar, aunque no lo demuestre.

Su pequeña carcajada le provoca un ataque de tos. Alec le acaricia la espalda con una mano.

—Cuando naciste —continúa—, Carter lloró de alegría. Todos tenían grandes planes para ti, pero las cosas no ocurrieron como estaba previsto. La decisión que tuvieron que tomar nos rompió el corazón. Nunca había visto a tu padre y a tu padrino tan tristes. Y aquí estamos, casi veinte años después… Si elegiste esta ciudad para estudiar, es que los dioses o las Nornas planearon reunir a nuestra familia…

No consigo creerme que esté hablando de mí. De cuando era un bebé, querida y arropada. Y después me alejaron de todos.

«¿Cómo se descontrolaron tanto las cosas?».

Élisa se incorpora y me coge las manos con una seriedad que no augura nada bueno.

—Tu padre es una buena persona, no lo dudes. Pero Carter es quien te mantendrá a salvo. Nunca te alejes de él, Avalone. Por ti, pondrá fin al dominio de los BloodBro.

Sus últimas palabras me infunden un terror insoportable. Negarlo me había permitido disfrutar de mi escapada, pero ahora siento el peso de la diana que llevo en la espalda.

Mis manos empiezan a temblar hasta que los brazos de Ty me abrazan un poco más fuerte. Y el sentimiento de estar arropada, de no estar sola, disipa mi miedo.

—Os dejo para que paséis un tiempo en familia. Estoy encantada de haberte conocido, Élisa. Y gracias. Gracias por todo.

—Yo te llevo —me dice Ty.

Niego con la cabeza ante el disparate de sus palabras.

—Quédate, cogeré un taxi.

Me coge del brazo y me aparta a un lado. La mirada que me lanza es implacable.

—¡Alone, yo te he traído aquí, así que te llevo a tu casa!

—Me sentiría mal si te quito el tiempo que deberías pasar con tu madre.

—Y yo no me lo perdonaría si te pasara algo. Y créeme, ella sería la primera en darme una paliza si te pasa algo.

Se cruza de brazos, más serio que nunca, pero me niego a alejarlo de su madre, que apenas acaba de recuperarlo. Nos miramos fijamente, sin ceder, hasta que Alec pone una mano en el hombro de su hermano.

—Ya la llevo yo, no te preocupes. Dame las llaves de tu coche.

Ty mira a su gemelo, asegurándose de que no le molesta. Cuando le da las llaves, abro la boca, lista para protestar, pero Alec se me adelanta.

—No te damos a elegir, Doble A.

Un nuevo apodo. Mis *verdaderas* iniciales.

Pongo los ojos en blanco. Ty me sujeta la cara entre las manos y me da un suave beso en la frente. Cierro los ojos para disfrutar de su toque, con el corazón apesadumbrado por dejarle. Acaba estrechándome tan fuerte contra él que me cuesta respirar.

—De nuevo, gracias, Alone. Voy a echar de menos no poder seguir pegado a ti.

Suelto una risilla sin alegría. Aún no me he ido y ya siento su ausencia. Ha sido mi oxígeno estas dos últimas semanas. Sin él, tengo miedo de ahogarme. Así que, me deleito con su olor, con su abrazo, y grabo su sonrisa en mi memoria.

—Llámame, ¿vale? —susurro.

—Pues claro, cariño.

Nos separamos y me acerco a Élisa.

—Me alegro de haberte visto después de tantos años, Avalone. Eres preciosa, y esa mirada…

La contempla con cierta fascinación, lo que atrae la atención de Alec sobre ella. Su hijo me observa con los ojos entrecerrados, pero se mantiene en silencio.

—Gracias por todo, Élisa. Carter vendrá a verte, te lo prometo.

La alegría que ilumina sus ojos viene acompañada de una lágrima que le cae por la mejilla y un sollozo que le sacude los hombros. Le doy un abrazo, y después le susurro la increíble persona en la que se ha convertido su hijo gracias a ella.

Temblando de emoción, besa mis manos.

—Te he considerado como mi hija desde que naciste, Avalone, lo que hace de mis chicos tu familia. Cuídate, ¿vale?

Asiento con sinceridad, doy un paso atrás, y luego otro. Alzo la mirada hacia Ty y veo su mirada triste, un reflejo de la mía. Trago con dificultad, me esfuerzo por esbozar una sonrisa tranquilizadora y salgo de la habitación con Alec, ante el riesgo de romper a llorar.

Ty ha sido mi único apoyo desde esa fatídica noche. Ha sido mi pilar, quien, con su simple presencia, ahuyentaba de mi mente esas peligrosas verdades. Me escuchaba, me entendía, me respetaba. Y yo le ofrecía lo mismo. En dos semanas, mi corazón ha crecido para hacerle sitio, y no uno cualquiera. Un lugar importante, a su altura.

Ahora, volver a la realidad es difícil. Cada uno retoma la vida que habíamos dejado atrás, en pausa. Voy a tener que enfrentarme a los Devil's Sons sin él a mi lado. Me voy a levantar y a acostar sin su sonrisa, voy a vivir sin su alegría.

En cuanto a Élisa, su reencuentro ha sido difícil, pero necesario. Me hubiera gustado conocerla antes, que se reuniera con sus mejores amigos, que viviera muchos años más, por ella y por sus hijos. Por desgracia, las Nornas, esas desgraciadas, han decidido otra cosa.

Estamos ya en el pasillo cuando Ty llama a su hermano. Me giro y saboreo esos pocos segundos de contacto extra como si fuera una bocanada de aire fresco.

—Los Devil's Sons la están buscando. No dejes que le pongan la mano encima si os los cruzáis, ¿vale?

—¿Te crees que soy imbécil?

Ty no contesta. Pero su expresión pícara lo dice todo. Contengo la risa mientras Alec pone los ojos en blanco y continúa su camino.

—¡Hermanito!

Mi nuevo chófer suspira al girarse hacia su hermano una vez más.

—Tiene una insuficiencia cardíaca. Si tiene una crisis, ve directo al hospital.

Alec me mira durante varios segundos, pero no dice ni una palabra.

Continuamos nuestro camino, pero nos volvemos a parar una enésima vez ante la llamada de Ty.

—Un psicópata brasileño le pisa los talones y quiere matarla. Mi pistola está en la guantera, por si acaso.

Esta vez, Alec suelta una palabrota que hace palidecer a los dioses.

—¡Por Odín, tienes una existencia de mierda! —me dice.

Ty y yo estallamos en ruidosas carcajadas que aligeran la presión de mi pecho.

Mi chófer gesticula para que nos vayamos. Le lanzo un beso a Ty, que me ofrece una radiante sonrisa.

—Nos vemos pronto, te lo prometo, Alone.

Cuando Alec aparca en el *parking* de la universidad, no puedo negar la ilusión que me hace volver a ver a Lola. La he echado muchísimo de menos.

Salgo a toda prisa y el antiguo Devil's hace lo mismo. Le digo que no hace falta que me acompañe hasta mi habitación, pero él no opina igual. Si hay un psicópata pisándome los talones, siente la obligación de acompañarme.

—Y si los Devil's Sons son ahora mismo el enemigo número uno de la chica Arinson, ayudarte a escapar de ellos mandándolos a la mierda como bienvenida será un placer.

Una vez tiene la pistola metida bajo la camiseta y mi mochila en la mano, atravesamos el *parking* con la cabeza gacha. A pesar de eso, atraemos las miradas y los murmullos se elevan a nuestro paso. Mi ausencia en estas dos semanas no ha pasado inadvertida. Y los estudiantes más mayores reconocen a Alec.

Aceleramos el paso al acercarnos al recinto.

Ty ya me había dicho que los antiguos Devil's Sons no estaban enterados del vínculo que Carter tenía con Mike, y ahora Alec me

confiesa que solían sorprender al jefe mirando fotografías que guardaba en un cofre, el cual escondía en el fondo de su caja fuerte.

—No sé si esas fotos eran de ti, pero cada vez que las veía, parecía perdido en su propio mundo.

Hace unas semanas, pensaba que Carter no tenía corazón, que era frío y distante, pero entonces Jesse me contó cómo ese hombre le había salvado la vida. Y yo misma pude ver algo parecido a la humanidad en algunas de sus acciones. Luego están las revelaciones de Élisa. Aunque sigo perdida… Por un lado, estoy furiosa; por otro, tengo un padre y un padrino a los que se les rompió el corazón cuando tuvieron que separarse de mi madre y de mí. Pero esa fue su elección.

«Para protegerme», susurra mi conciencia.

Pienso de nuevo en la leyenda que me contó Ty sobre el lobo bueno y el lobo malo. No quiero alimentar al malo. O, más bien, quiero alimentarlo… pero no para siempre.

Alec y yo llegamos a la tercera planta sin cruzarnos con los enemigos, gracias a los dioses.

—Dudar ya es dar una segunda oportunidad. Sabes que vas a perdonar a Mike y a Carter, ¿verdad?

«Odín todopoderoso, ¿es genético en los Liner lo de ser psicólogos natos?».

—Es lo que quiero. Pero tengo miedo de no conseguirlo. Puede que el cabreo se desvanezca con el tiempo, pero, por ahora, no puedo pensar con claridad. Todo es demasiado reciente.

—Pase lo que pase, tendrás que perdonar para seguir adelante. El camino que tomes después solo dependerá de ti.

Me da mi mochila delante de la puerta de mi habitación y mete las manos en los bolsillos.

—Bueno, me alegro de haberte conocido, Doble A. Nos volveremos a ver, no lo dudes.

La sonrisa traviesa que aparece a veces en la cara de Ty se dibuja ahora en los labios de Alec. Me guiña un ojo y da media vuelta.

—¡Gracias por traerme!

Cojo el pomo de la puerta y, sin entender lo que ocurre, tengo la impresión de ser absorbida por Jerry, como en *Totally Spies*. De la nada, estoy en medio de mi habitación, con Lola colgada de mi cuello.

—Gracias las Nornas por haber traído de vuelta a mi mejor amiga —susurra ella.

Dejo caer mis cosas y la rodeo con los brazos. La abrazo durante un buen rato, para recuperar el tiempo perdido y disculparme por mi desaparición. Me sienta muy bien volver a verla y tenerla a mi lado.

Esta chica tan increíble es irremplazable.

Lola se separa de mí y se cruza de brazos, armada con una mirada cargada de reproches.

—¿Se puede saber dónde estabas? ¿Y por qué te fuiste así, sin avisar? ¿Te imaginas cómo me he sentido? ¿Has visto lo mismo que yo en la tele? ¡Porque mis ojeras, que son más grandes que los huevos de Daniel, son la prueba de mi falta de sueño desde que desapareciste, joder!

Dejo escapar una risita avergonzada mientras me rasco la nuca.

—Estuve en Alabama, luego en Missouri y… bueno, pues eso, he viajado.

Abre mucho los ojos y parece que no sabe cómo coger aire.

—Dime que no cogiste el bus.

—Sí.

Su preciosa cara palidece.

Suspiro y me dejo caer en mi cama.

—Pero, Ava… ¿por qué?

—Descubrí la razón por la que Carter quería tenerme dentro de los Devil's Sons a toda costa, Lola. —Levanto la mirada hacia ella y contengo las lágrimas—. Él es mi padrino, y Mike… Mike es mi padre.

Un grito agudo sale de la garganta de mi amiga. Aprieto los dientes, con los tímpanos dañados. Impactada, se tapa la boca con las manos y se tambalea hasta su cama para sentarse, pálida. Le cuento todo lo que me han ocultado desde hace casi veinte años. Lola tiembla cuando menciono a los BloodBro y solloza cuando le

explico que Carter y Mike tuvieron que hacernos pasar por muertas a mi madre y a mí. Se pone furiosa al enterarse del papel de los Devil's Sons en este increíble plan.

Luego, mi amiga consigue calmarse, se tumba a mi lado, me estrecha entre sus brazos y llora hasta quedarse sin lágrimas.

—Lo siento muchísimo, Avalone —me dice con voz trémula—. Tienes una existencia realmente miserable. No te lo mereces.

Le sonrío, agradecida. Pero ya no estoy tan triste como antes. Ty ha conseguido que me sienta mejor y que me dé cuenta de muchas cosas.

—Estoy bien, Lo.

—Deberías haberme llamado… Habría huido contigo a la otra punta del mundo si así lo hubieras querido. Es peligroso cruzar los estados en bus. ¡Y sola, aún más!

Una sonrisa ilumina mi rostro al pensar en Ty y en todo lo que hemos pasado juntos.

—No estaba sola.

Lola alza las cejas y me enderezo, nerviosa. Le hablo de mi encuentro con el antiguo Devil's y de todos los momentos que pasamos juntos. La atmósfera se vuelve mucho más ligera y nos reímos a carcajadas hasta olvidarnos de la causa de ese viaje.

—¡Sin duda las Nornas se ensañan contigo! —exclama, divertida —. ¿Cuál era la probabilidad de que te encontraras con un exmiembro de la banda?

Le enseño mis dos tatuajes y un nuevo grito desgarra mis tímpanos. Gira y retuerce mi muñeca para observarlos desde todos los ángulos. Reconoce el significado de uno, pero no del otro. Así que le hablo del credo sin entrar en detalles, para que no se preocupe por su hermano.

Tras charlar durante una hora y tras una buena ducha, decidimos concedernos una noche de peli y comida china. Lola quiere compensarme por estas dos últimas semanas en las que no ha estado ahí para mí. Aunque no es que la haya dejado elegir…

Se prepara para bajar a recoger nuestro pedido, pero tras abrir la puerta de la habitación, da media vuelta y la cierra, apoyándose en ella.

—¡Jesse está al final del pasillo! ¡Escóndete en el baño!

Se me hiela la sangre en las venas. Siento tanto miedo que no deja espacio a la ira, y quiero culpar al Devil's por quitarme eso. Era lo único que me quedaba.

Lola me lanza la mochila, corro a la puerta del fondo y me oculto detrás. Mi corazón late con tanta fuerza en mi pecho que no me sorprendería si Jesse lo escuchara.

Llama a la puerta, pasa un segundo, y después oigo que mi compi le abre. Dejo de respirar y mis manos empiezan a temblar. Estoy aterrada.

—Lola, dime una cosa: estamos del mismo lado, ¿verdad?

Su tono no es frío, sino meloso y lleno de insinuaciones, lo que lo hace muchísimo más peligroso.

—Veo que vienes sin Avalone —susurra mi mejor amiga.

Su observación es una confesión. Me ha prevenido de su llegada, y Jesse lo sabe. El ambiente de la habitación se vuelve tenso; se me pone la piel de gallina.

—¡No somos sus enemigos!

Si yo me sobresalto, no me quiero ni imaginar cómo está Lola.

—¿Ah, sí? Huye de vosotros. ¡Y vosotros la perseguís! —responde con la voz temblorosa, pero decidida.

Puede que tenga la lengua demasiado afilada cuando quiere, pero sabe dar donde más duele. Y ha dado en el blanco. El tono de Jesse me da escalofríos.

—Recorrer los estados sola es un suicidio. Si le ocurre cualquier cosa, Carter hará de ti su cabeza de turco, y ninguno de nosotros moverá ni un dedo para alejarte de su ira, porque también sufrirás la nuestra.

Palidezco y, por el silencio de mi amiga, debe de estar aterrorizada.

Este no es Jesse. Él no es así. Echar la culpa a otros, amenazar a un inocente con terribles tormentos… eso no encaja con él.

—Yo… lo siento muchísimo —dice, recuperando su humanidad —. Joder, Lola, perdóname. No sé qué se me ha pasado por la cabeza.

El Jesse que conozco ha vuelto, sin embargo, sigo abrumada por el estado en el que se encuentra.

—Te preocupas por ella —susurra mi mejor amiga, sin rastro de ira.

El Devil's se ríe débilmente, cansado y sin fuerzas.

—Estamos histéricos. La hemos jodido, pero bien, esta vez. Por ahora, nuestra prioridad no es que nos perdone. Todo lo que queremos es saber que está a salvo. Estamos a punto de perder los estribos, no te puedes ni imaginar cómo se ha puesto Clarke cuando ha descubierto la habitación del hotel vacía. La recepcionista dijo que Avalone estaba con un *tío*. Pedimos acceso a las cámaras de seguridad y nos lo negaron. Tuvimos que interponernos cinco para detener a Clarke, que quería amenazar con su pistola a la empleada para conseguir las grabaciones.

Lola suelta un grito angustiado que oculta el mío gracias a una sincronización perfecta.

—Si lo hubiera hecho, no te puedes ni imaginar las consecuencias que habría tenido. Desde que V se fue, Clarke ha dejado de pensar con claridad, y se la sudan las órdenes de Carter. Su ausencia se ha vuelto peligrosa para todos, Lola.

Me doy cuenta, asustada, de que si el motero hubiera levantado el arma contra la recepcionista, podría haber llegado a oídos de los BloodBro, porque habría salido en las noticias. Y si se enteran de que los Devil's Sons pertenecen a Carter, el hermano de Mike, y que su banda busca a una chica de unos veinte años en Estados Unidos, harán la conexión rápidamente.

Para que Clarke pierda los estribos así, cuando hay tanto en juego, es porque la situación le afecta de verdad. Siempre se ha preocupado por mi seguridad, y yo me convencí de que solo era porque seguía las órdenes de Carter. Pero no es cierto. Porque la preocupación ha silenciado la razón. Ha perdido de vista el peligro que representan los BloodBro. No saber dónde estoy —o incluso si sigo viva— le hace daño.

—¡Chicos, es Ava! ¡Estoy segura de que está bien!

—¡Exacto, se trata de V! ¡Forma parte de nuestra familia! Si le pasara cualquier cosa…

Sin pensarlo, empujo la puerta y salgo del baño. La habitación se queda en silencio, los ojos de Jesse se encuentran con los míos y todo se refleja en su mirada.

Sorpresa. Rabia. Alivio. Culpa.

Respira hondo y pestañea varias veces, como si quisiera cerciorarse de que no es una alucinación.

—Estoy bien. Puedes ir a decírselo a los demás.

—V, yo…

—No quería preocuparos tanto —lo corto—. Necesitaba espacio.

Sus rasgos se endurecen y aprieta los puños.

—¿No querías preocuparnos *tanto*? —repite enfadado—. ¡Te fuiste hace dos semanas sin decirnos absolutamente nada, joder!

Miro a todas partes excepto a él. No puedo enfrentarme a su mirada. No tan pronto, no ahora que estoy pasando un mal trago, porque no tengo ni idea de en qué estado me encuentro.

—Pensaba que me buscaríais por órdenes de Carter. No porque os importase.

Repite mis últimas palabras y después se ríe, cabreado.

—Veo que todavía necesitas tiempo para dejar de mentirte a ti misma y abrir los ojos sobre lo que sientes por nosotros.

Se da media vuelta y se va, dando un portazo.

Cierro los ojos y, al fin, recupero el aliento. Con el corazón en un puño, me dejo caer en la cama de Lola, que se acerca y me atrae hacia ella. La ira y la decepción de Jesse flotan en el aire; aún puedo oír el golpe de la puerta contra el marco.

—No te culpes —me susurra Lo—. No eres su mascota. No tienen por qué saber dónde estás siempre. Si se meten en líos porque pierden los estribos, no es tu problema.

Intento creerme sus palabras, pero no puedo. Después de todo, ellos no tienen la culpa de que yo sea una Arinson. Tampoco eligieron esto.

Cojo mi móvil y le mando un mensaje a Carter.

Hospital Trinity Health, habitación 307.
Tu amiga de la infancia se merece verte una
última vez.

7

Esta mañana, fui a la biblioteca con la intención de aprovechar el domingo para ponerme al día. Me escondí, por si los Devil's Sons estaban por la zona, pero estoy segura de que, con tantas miradas puestas en mí, si realmente estuvieran cerca, me habrían atrapado en un santiamén. Estudié hasta la una de la tarde, y luego Lola vino a despegarme de los libros para llevarme a comer con nuestros amigos.

No me han hecho preguntas incómodas, mi compi me ha cubierto las espaldas y ha explicado mi ausencia como una urgencia familiar. Aunque estaba preocupada, logró mantener la calma. Sabe que, cuando se trata de la banda, es mejor no hablar de más. El incidente de la herida de bala parece haber desaparecido de sus mentes, aunque, de todas formas, ya no tengo puntos de sutura. Ty me acompañó a un veterinario en Ohio, que me los quitó con una desconfianza razonable.

Daniel menciona una fiesta en la fraternidad y no me queda otra que aceptar, bajo el pretexto de que llevo demasiado tiempo desaparecida. Y es verdad, ha pasado un mes desde la negociación.

Nuestro cálido y ruidoso reencuentro me calienta el corazón. Por otra parte, las miradas que recibo nunca han sido tan insistentes.

—Los Devil's te han buscado por todo el campus —me dice Lola —. Ya te imaginarás el tipo de rumores que se han extendido en tu ausencia.

Una parte de mí preferiría no saberlo. Aunque la curiosidad me empuja a preguntar de qué se me acusa.

—Los estudiantes afirman que te uniste a los Devil's como una agente doble, bajo las órdenes de tu verdadero jefe, un mafioso de

una banda rival, para robarle algo a Carter… y que tu desaparición es la prueba de que lo conseguiste.

Suelto una risa desencantada, incapaz de contenerme ante lo absurdo de esa idea.

—Y ahora que he vuelto, ¿cuál es el nuevo rumor?

—Algunos dicen que te uniste a los Devil's Sons de verdad, pero luego te capturó una banda enemiga. Y que Alec Liner, el antiguo hombre de confianza de Carter, te rescató.

Era de esperar. Ayer reconocieron a Alec cuando me acompañó a mi habitación. No habrían dejado pasar una oportunidad tan buena para difundir rumores.

Después de comer, decidida a ponerme al día con mis clases, me despido de mis amigos con la idea de volver a la biblioteca.

—¡Te va a explotar el cerebro! —me grita Jack.

—¡Y el tuyo se te va a pudrir!

Me hace una peineta con el dedo, le saco la lengua y me voy hacia la biblioteca.

Volver a ver a mis amigos me ha venido bien. Los echaba de menos. Y, a pesar de los cotilleos absurdos, estoy de muy buen humor. Al menos, hasta que me cruzo con una mirada fulminante. Dos perlas esmeralda que solo pueden ser de una persona.

Clarke.

Mis piernas, de repente, dejan de moverse. Se me cierra la garganta y me quedo sin aliento. Todo se detiene a mi alrededor: el tiempo, los estudiantes, mis pensamientos, mi corazón…

El aspecto asesino de Clarke está tan desarrollado que todo el mundo mantiene una distancia prudente. Nadie se le acerca a menos de veinte metros.

Con los músculos tensos, me mira fijamente con una intensidad algo incómoda. Creo que preferiría enfrentarme a Henzo antes que a él. El King of the Law me mataría en el acto, y no sería una muerte lenta.

Estoy paralizada. Verlo me provoca un dolor punzante que me revuelve el estómago y se queda clavado en lo más hondo de mis entrañas. No puedo estar frente a él sin revivir la noche que puso patas arriba toda mi vida.

«Mike es tu padre… Yo soy tu padrino… No eras más que una misión, una orden».

Vuelvo a pasar por el *shock* y el sufrimiento de esas revelaciones. Mi instinto me dice que huya, pero me niego a parecer débil. Oculto cualquier pensamiento dañino, inspiro profundamente y noto el peso imaginario de mi corona de plástico sobre la cabeza.

Con el corazón en un puño, pero con la espalda recta y la cabeza alta, camino hacia la biblioteca. Paso por delante de él sin prestarle atención, aunque cuento los segundos que aumentan la distancia entre nosotros. Siento su presencia detrás de mí. Me sigue, arrastrando consigo un ambiente eléctrico y lleno de negatividad.

—Avalone.

Su voz me hiela el alma. No respondo. Acelero el ritmo con la esperanza de que me deje en paz. Pero no es Ty; Clarke no respeta las necesidades de los demás.

—Avalone —repite entre dientes.

Sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca. El contacto de su piel me corta la respiración.

Me libero de un tirón, cegada por el odio.

—¡Te prohíbo que me toques!

—¿Se puede saber dónde estabas?

Él también está cabreado, quizá incluso más que yo, lo cual es el colmo de la ironía.

Mi ira aumenta mientras mi puño desciende sobre su torso.

—¡Hasta que no demuestres lo contrario, eso no es asunto tuyo! —grito.

Aprieta la mandíbula y siento que sus ojos queman mi piel. Antes, esa sensación era agradable, una calidez suave que alejaba mi vida del punzante frío de la muerte. Ahora solo despierta en mí el dolor ligado a la desilusión. Ya no soporto su presencia, me revuelve el estómago.

Siento que mi corazón va a explotar cuando Set y Sean aparecen. Me siento como una presa. Sin aliento, entro en pánico. Para sobrevivir a mis emociones, intento huir, pero Sean me lo impide.

—Avalone, ¿dónde coño estabas?

Lucho con la furia de un león, pero no tengo su fuerza. Le golpeo y, de repente, me rodea con los brazos y me inmoviliza contra su torso en un intento inútil por tranquilizarme. Estoy dispuesta a forcejear hasta el agotamiento. O hasta que se me pare el corazón.

El campus se ha convertido en un escenario y todas las miradas están sobre nosotros.

Le doy un buen pisotón. La palabrota que suelta muere en sus labios cuando se hace el silencio.

Levanto la vista y sigo la dirección de las miradas sorprendidas de los tres chicos.

—¿Tan mal estás? ¿Ahora fuerzas a las chicas para que se acuesten contigo? —le suelta Ty a mi acosador.

El aludido no me suelta, sorprendido por la presencia de su antiguo compañero.

—Joder, tío, ¿qué haces aquí? —le pregunta Sean.

Su voz deja ver su sorpresa y alegría, y, durante unos minutos, los chicos se olvidan de mí. Ty, contento de ver a sus viejos amigos, le da un abrazo fraternal a Clarke. Este último se lo devuelve con su legendaria frialdad, pero veo que sonríe ligeramente. A pesar del problema que soy para él ahora mismo, su alegría es sincera.

Al haber conocido a Set varias semanas antes de dejar la banda, Ty lo envuelve en un cariñoso abrazo. Finalmente, se gira hacia nosotros.

—He venido a ver a mi madre. Suelta a esa pobre chica, ¿sí?

Contengo mi diversión cuando sus miradas tensas vuelven a mí.

—Va a huir —dice Sean desconfiado.

—Apuesto a que no —responde mi compañero de viaje—. Suéltala.

Siento que el agarre del Devil's se debilita y me alejo de su alcance.

Los chicos me miran fijamente, alertas, y, cuando se dan cuenta de que huir ya no está en mis planes, Sean se deja llevar por la alegría de abrazar a su amigo.

—Ava, te presento a…

—¡Ty! —exclamo.

No escondo más mi sonrisa y dejo que se extienda ante ellos. Sin prestar atención a la reacción de los Devil's Sons, empujo a Clarke al pasar y me lanzo al cuello de mi amigo, que me atrapa al vuelo riendo. Me estrecha con fuerza entre sus brazos, como si me hubiera echado de menos desde nuestra breve separación.

Lo abrazo, contenta de volver a verlo. Aunque su recuerdo me haya acompañado estas últimas veinticuatro horas, lo prefiero en carne y hueso.

¡Joder, qué bien se siente volver a estar cerca de él!

Detrás de nosotros, no se oye ni una mosca. La confusión flota en el aire.

Los dientes de Ty mordisquean mi hombro y me hacen reír a carcajadas. Acaba cogiéndome la cara entre las manos y me observa detenidamente, algo preocupado.

—Te dejo sola varias horas y te encuentro de nuevo muy alterada.

Por encima de mi cabeza, les lanza a los chicos una mirada cargada de reproches.

—¿Qué coño está pasando aquí? —sisea Clarke entre dientes.

Ty elude su pregunta. Me da un beso en la frente, pasa su brazo alrededor de mis hombros y, recostada contra él, hacemos frente a los Devil's.

Sin comprender absolutamente nada, todos nos miran asombrados, salvo Clarke, que suelta palabrotas a causa de la ira. Le lanza una mirada fulminante a Ty, lleno de rabia, pero este último lo ignora completamente.

—¿Alguna vez dejáis de molestarla?

Su desconcierto refleja la visión de una colisión entre dos mundos, y yo disfruto con ello.

—¿Cómo os conocéis? —pregunta el segundo de Carter, a punto de estallar.

—¿El multiverso?

Mi broma no le hace gracia a nadie, excepto a Ty, que responde con la verdad.

—Nos encontramos en el bus de camino a Alabama.

—¿Alabama? —me pregunta Sean, furioso—. ¡Pensaba que estabas en Columbus!

Poco a poco empiezan a entender la situación y, por decirlo suavemente, les molesta.

Bien.

—Columbia fue nuestra última parada —les explica Ty—. Pasaron muchas cosas antes de eso. Por ejemplo, nuestra primera noche juntos. Pensé que Avalone me iba a matar con su neceser cuando descubrió mi tatuaje de la banda. Gracias a los dioses, el malentendido se aclaró rápidamente.

Me río al recordar ese momento, lo que enfatiza los sentimientos negativos de los chicos.

—No os podéis ni imaginar mi sorpresa cuando descubrí que huía de su padrino y sus hombres —continúa Ty con un falso tono alegre, cargado de reproche—. Carter tiene suerte de que se encontrara conmigo.

—¡Eres un Devil's Sons, deberías haberla traído de vuelta! —escupe Clarke.

Su rostro es inexpresivo, la vuelta de su amigo ya no le hace ni pizca de gracia. Sus ganas de pelea son casi preocupantes.

Ty, divertido, contiene una pequeña carcajada.

—Soy un *antiguo* Devil's Sons. La época en la que tenía que responder ante Carter ya pasó. En vez de eso, le compré el coche a un viejo amigo. El bus no era para nosotros. En mi Eleanor Shelby, visitamos Missouri, Tennessee, Kentucky y después Ohio. Nos habríamos cruzado si hubierais llegado unos minutos antes.

Con sus palabras, Ty me ayuda a saciar un poco mi sed de venganza, y lo quiero aún más por ello. Como si eso fuera posible. En cambio, a Clarke no le gusta que seamos el centro de atención. Se acerca a nosotros, con un destello salvaje en la mirada, y mi corazón se desboca. En respuesta, siento cómo el cuerpo de Ty se tensa. Quita su brazo de mis hombros y se enfrenta a su antiguo compañero. Toda su frivolidad desaparece y, de repente, parece igual de amenazante que su adversario.

Los dos hombres se encuentran cara a cara, tan cerca que sus narices podrían tocarse.

Ty nunca dará el primer golpe, pero, si Clarke levanta el puño, no dudará en devolverlo, aun cuando sabemos que el segundo de Carter lo superará.

—¿Quieres pegarme por haber logrado aquello en lo que vosotros habéis fracasado, Clarke?

—Si la has tocado, eres hombre muerto.

Mi corazón da un brinco en mi pecho y siento a esas mariposas traidoras en mi estómago.

¿Está… celoso?

Pasa un segundo, y después otro, hasta que Ty empieza a reírse escandalosamente.

—Estás bien jodido, lo sabes, ¿no? No te preocupes, no he tocado a tu amor prohibido.

¿«Amor prohibido»?

Pestañeo, pero decido que es mejor no saberlo.

Estoy cabreada con Clarke, no quiero ni mariposas ni ilusiones.

Los puños del motero se aflojan de forma imperceptible, pero no por ello deja de parecer amenazador.

—¿No podías responder a nuestros mensajes? —se enfada Set, que observa la escena en silencio.

Centro mi atención en él. La sonrisa que se dibuja en mis labios es lo más falsa posible.

—Pues claro que sí. Pero no quise. Esa es la diferencia.

—Ava… —suspira Sean—. ¿Durante cuánto tiempo vas a seguir culpándonos?

Me encojo de hombros con dejadez.

—No lo sé. Una semana, un mes, un año… Solo el tiempo lo dirá. O las Nornas. Ve hasta el Yggdrasil para encontrar a Skuld y obtendrás tu respuesta. Suponiendo que no te pierdas por el camino.

Aprieta los labios, Clarke tensa la mandíbula y Set se pasa las manos por la cara. Los tres tienen ojeras. No deben de haber dormido mucho estos últimos días, y me maldigo por sentirme culpable.

—Mirad el lado bueno: no ha dicho para siempre.

Todos nos giramos hacia Alec, que llega hasta nosotros con las manos en los bolsillos.

—Es el momento de huir, Doble A.

Me da un beso en la sien y me guiña un ojo.

—¡Vosotros sois, sin duda, mis Devil's favoritos!

Le agradezco a Alec con una sonrisa y le lanzo un beso a Ty mientras retrocedo.

—¡Hay una fiesta en la fraternidad Delta Beta Phi, por si queréis venir!

Tras prometerme que irán, doy media vuelta y me voy en dirección a la biblioteca, con el corazón más liviano. La idea de una fiesta en compañía de los gemelos me emociona, y las caras desanimadas de los Devil's Sons, fijas en mi memoria, hacen que me sienta satisfecha.

Se lo tienen bien merecido.

Sentada en una mesa entre varias estanterías de libros, saco mis cosas. Emily me ha dejado sus apuntes, lo que me facilita ponerme al día. Apenas he leído la primera línea cuando Justin se sienta a mi lado. Su interrupción me provoca escalofríos. Cierro los ojos y aprieto los dientes.

Si creen que esto es fácil para mí, están equivocados. Tengo ganas de estrecharlos entre mis brazos, de bromear con ellos como en los viejos tiempos; sin embargo, eso es imposible.

—Ava… yo… lo siento muchísimo…

No le respondo y ni siquiera lo miro.

—Tienes todo el derecho de echarnos la culpa, pero dime qué tenemos que hacer para que nos perdones…

Coloca una mano sobre mi brazo, la aparto y agarro la mesa, más tensa que nunca.

—Por favor…

—Vete, Justin.

Se muerde el interior de la mejilla y baja los ojos, casi amarillos. Se me rompe el corazón, pero no me derrumbo. Se pasa una mano por el cabello rubio rojizo y se levanta, tenso. Se queda varios

segundos de pie, en silencio, y luego se va de allí, cerrando la puerta de la biblioteca detrás de él.

Suspiro e intento concentrarme en mis estudios, en vano.

Tras tres tortuosas horas obligándome a estudiar, salgo de allí, contenta de saber que volveré a ver a Ty tan pronto como anochezca.

De vuelta en mi habitación, le cuento la noticia a Lola.

—¿El chico que ha protegido a mi mejor amiga de lo desconocido y de los desgraciados que podrían haberla atacado? ¡Yo también tengo ganas de conocerlo!

Nos duchamos y nos vestimos dos horas después —por culpa de los cotilleos—. Yo me decido por un vestido gris de punto y unas botas altas de tacón. Me maquillo, cojo mi bolso de mano negro y, después, Lola y yo salimos de la habitación hacia la fraternidad.

Llegamos a las once de la noche, bajo las miradas de reproche de nuestros amigos. Nos encogemos de vergüenza, conscientes de nuestra falta de puntualidad.

Daniel le da un vaso de alcohol a mi compi y a mí, una limonada. Wyatt se me acerca y me echa en cara mi desaparición de estas últimas semanas en la pista de baile. No me queda otra que aceptar un baile para que me perdone.

La música cambia a *16 Shots*, de Stefflon Don. Muevo las caderas al ritmo mientras Wyatt gira a mi lado de forma divertida, lo que hace que me ría.

—¿Por qué Clarke exige que nadie fume en la casa en cada una de mis fiestas?

Me acuerdo de la famosa fiesta en la que el Devil's dictó esa prohibición. Fue la primera fiesta a la que fui desde mi paro cardíaco. Pasaron muchas cosas… Jesse pegó a Logan, y Wyatt estuvo a punto de morir, pero no lo hizo. Clarke no le dio una paliza. Parecía respetarlo incluso más que a sus propios compañeros de banda. Y, además, me agredieron…

Ahuyento ese pensamiento de mi mente cuando siento ganas de vomitar.

—¿Por qué Clarke te aprecia tanto? —contrataco.

Wyatt me acerca a él y sigue bailando.

—¿Una respuesta a cambio de otra?

—Tengo una insuficiencia cardíaca. El humo del tabaco es demasiado tóxico para mí.

—¡Oh! Ya veo.

Es un chico inteligente. Sabe perfectamente lo que me espera: la muerte.

—Me debes una respuesta —respondo con una sonrisa que no deja lugar a la compasión.

—No puedo decir que Clarke y yo seamos amigos, pero me conoce. Sabe que soy una buena persona. No apoyo a mis compañeros en sus juegos sucios, aunque sea tradición. No envidio a los Devil's Sons y nunca he intentado enfrentarme a ellos por complejo de inferioridad. Clarke me respeta por eso.

Es verdad que los jugadores del equipo de fútbol de la universidad son un cliché andante. Se sienten por encima de todos y pueden ser muy crueles. Si no hubiera un jugador como Wyatt, Daniel y Jackson ni siquiera se habrían presentado este año.

—¿Y tú por qué lo respetas? —le pregunto.

Ahora le toca sonreír al corredor del equipo.

—¿Necesitas escuchar cosas buenas sobre él para conseguir perdonarlo?

Las noticias vuelan. El enfrentamiento que tuve esta mañana con los tres miembros de la banda ya ha llegado a sus oídos. Pero Wyatt ya no me presta atención. Ha dejado de bailar y mira fijamente por encima de mi hombro.

—¿Ty Liner?

Me giro tan rápido que la sala se vuelve borrosa. Me estabilizo y me encuentro a Ty mirándome con una expresión de celos mal disimulada.

Estoy segura de que mi cerebro segrega las cuatro hormonas de la felicidad y las dispara por mi torrente sanguíneo de lo feliz que estoy al verlo. Y ni los Devil's Sons que aparecen detrás de él pueden quitarme eso.

Don't Cha, de Pussycat Dolls, suena por los altavoces. Mis caderas vuelven a moverse. Le hago un gesto a Ty con el dedo para que se una a mí. No se hace de rogar. Coge la mano que le tiendo y

me hace girar; solo veo la sonrisa que ilumina su cara cuando me pega contra su torso.

—Estás impresionante —me susurra.

—Puedo decir lo mismo de ti.

Nos convertimos en los bailarines cómplices que fuimos durante el viaje. Nos dejamos llevar por la música y yo descubro nuevos pasos de baile que Ty ejecuta a la perfección. Tiene mucho talento, estoy impresionada. Hasta que restriega el culo contra mí y me roba una carcajada.

Acabamos bajando el ritmo para evitar que no me quede sin aliento.

—¿Cómo está tu madre?

—Está radiante —me dice, con los ojos brillantes por la felicidad —. Carter fue a verla esta mañana.

No puedo ocultar la sorpresa; es demasiado grande. No estaba segura de que el jefe sacara tiempo para ir al hospital, ya que no respondió a mi mensaje.

No. Me estoy mintiendo a mí misma. Sabía que Carter iría sin ninguna duda. Por su mejor amiga, por él. Saber que se está muriendo debió de ser un gran golpe. *Ver* cómo se apaga tuvo que romperle el corazón.

El beso que Ty me da en la sien está lleno de agradecimiento.

Entre sus brazos, sigo el ritmo de sus caderas.

—¿Ya te he dicho que eres la mejor?

—Tantas veces que empiezo a dudar de tus intenciones conmigo.

Su risa es la melodía más bonita de los nueve mundos. Es tan sincera, tan espontánea, que sueño con meterla en una botella para tenerla siempre junto a mí.

—No me arriesgaría, Alone. Me romperías el corazón.

—Lo dice el chico que desaparece cada poco tiempo para ver mundo. Serías un marido horrible…

Nos reímos. Deja caer los brazos cuando Lola se acerca.

—¡Lo, te presento a Ty!

La sonrisa que le ofrece mi compi de habitación al antiguo Devil's me llena de felicidad. ¿Qué puede ser mejor que ver a dos

personas a las que quiero tanto llevarse bien? Aún no hay nada decidido, pero conozco a estos dos paganos. En unos minutos, dejaré que hablen entre ellos durante un rato muy, *muy* largo.

Cuando la conversación se sale de control, contengo la risa y doy un paso atrás, y luego otro, antes de desaparecer. Me giro y me choco contra un armario empotrado.

Reconozco la dureza de su cuerpo antes incluso de mirarlo.

Clarke.

Tengo demasiado rencor dentro de mí como para recibir más por parte de otros, y el segundo de los Devil's es la persona más hostil de los nueve mundos. No lo puedo afrontar en estas condiciones. Por mi corazón y por mi salud mental. Así que lo rodeo sin decir nada y atravieso el salón, necesitando urgentemente tomar el aire. No suelo estar enfadada durante tanto tiempo; es agotador y desmoralizante, mucho más de lo que había pensado.

Bajo los pocos escalones del porche, giro la esquina de la casa y descubro a Alec, apoyado en una tumbona al borde de la piscina. Como está solo e inmerso en sus pensamientos, decido no molestarlo, pero cuando me ve, me llama y me ofrece un sitio a su lado. Con una sonrisa tímida, me deslizo bajo la manta que seguro ha robado de dentro.

Nos mantenemos en silencio. Creo que ambos lo necesitamos para pensar en lo que nos preocupa. O reflexionar sobre la esencia misma de la vida.

Después de quince minutos, Alec se gira hacia mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué has hecho para que mi hermano sea feliz? Salió de Charlestón destrozado, y ahora está tan contento que me cuestiono si nuestra madre se está muriendo.

Su pregunta me coge por sorpresa y lo miro, asombrada.

—No tengo nada que ver con eso. Ty se fue con la idea de no volver a ver a su madre nunca. Se impuso esa elección pensando que eso lo liberaría. Ahora está a su lado para acompañarla hasta el final. Él creía que no sería capaz de hacerlo, pero lo es. Así que vive sus últimos momentos junto a ella como un regalo de los dioses.

Perdido en sus pensamientos, Alec no responde.

Observamos las estrellas.

En lo que a mí respecta, Asgard me representa, extendiéndose más allá del cielo nocturno. Me imagino Gladsheim, el templo de los dioses, majestuoso e imponente. O incluso Fólkvang, la morada de Freya, tan hermosa como la diosa y engastada con las joyas más bellas.

—¿Te puedo hacer otra pregunta? Si me pegas un derechazo, no te culparía.

Suelto una carcajada y asiento.

—Ty me ha hablado de tu enfermedad, y sé que… que va a terminar contigo. Después de tantos años preparándote para morir, ¿le tienes miedo?

Miro al cielo y pienso con calma en su pregunta.

—Creo que tanto el enfermo como sus seres queridos nunca están realmente preparados para la muerte. Siempre he sabido que moriría a causa de mi enfermedad, y siento miedo en cada momento de debilidad. Así que sí, le tengo miedo. Es, incluso, mi mayor miedo. Pero sé lo que deseo. —Curioso e interesado, Alec centra toda su atención en mí—. Cuando exhale mi último aliento, quiero estar rodeada de todos aquellos a los que quiero. Ellos serán los únicos capaces de calmar mi miedo y, de esa forma, me iré en paz. Feliz y querida.

El antiguo Devil's se endereza y me suplica con una mirada atormentada.

—No nos conocemos, Doble A, y si no lo haces por mí, hazlo por Ty…

Lo silencio con un gesto de la mano.

Sé lo que me va a pedir, e incluso si dirigirles la palabra a mis padres y a Carter me supera, lo haré. En varios años, estaré como Élisa, y daría lo que fuera por ver a la gente que quiero reunida una última vez.

—Pues claro, Alec. Carter y mi madre estarán presentes en el lecho de muerte de tu madre. En lo que respecta a Mike, no sé si podré tener alguna influencia sobre él. No lo conozco. Pero haré lo que pueda.

La apariencia de chico triste que tiene desde que nos conocimos desaparece cuando muestra una gran sonrisa de oreja a oreja. Me atrae hacia él y me lo agradece tantas veces que me sofoca.

¿Cuánto tiempo le queda a Élisa? ¿Tengo que llamar a mi madre mañana para pedirle que venga rápido?

Alec, que parece leerme el pensamiento, me dice que a su madre aún le quedan varias semanas de vida. Es tan poco tiempo…

La llegada de Ty interrumpe mis pensamientos y llama nuestra atención.

—Lo siento, Alone, tengo que robarte a mi hermano.

Lo mira con rostro serio. Alec se levanta y me da las gracias una última vez antes de alejarse con su gemelo.

Me recuesto contra la tumbona. Quiero contemplar las estrellas un poco más, pero la intromisión de varios estudiantes hace que deje de mirar el cielo. Los Devil's Sons permanecen de pie a varios metros de mí, con una expresión seria en sus caras.

La reacción es inmediata: tengo el corazón en un puño y se me corta la respiración.

Cierro los ojos, con la esperanza de que eso sea suficiente para hacerlos desaparecer, pero es difícil ignorar a personas que hacen lo que sea para hacerse notar.

«Ty, maldito traidor».

—Mike llega mañana a la ciudad. Quiere verte.

8

Abro rápidamente los ojos.

Las palabras que Clarke acaba de pronunciar se usan en frases cotidianas y parecen inofensivas por separado, pero juntas, en ese orden, tienen el efecto de una bofetada que siento en todo el cuerpo.

Mi padre.

En la ciudad.

Quiere verme.

Lanzo una mirada asustada a los chicos, como si ellos pudieran ayudarme, pero recuerdo su participación en esta conspiración.

—No tengo nada que decirle.

—No tienes que hablar. Solo le gustaría que lo escucharas —me dice Set con voz suave—. No te vamos a obligar. Puedes pensártelo y darnos una respuesta mañana por la mañana.

¿Crecer sin un padre durante diecinueve años y tener que aceptar o rechazar un encuentro en un plazo de apenas unas horas? Me parece surrealista. Estoy de nuevo en una pesadilla, y la única forma de escapar de ella es huyendo.

Me levanto, ignoro a los Devil's Sons cuando paso por delante y vuelvo a la casa.

—¡Hemos decidido no volver a mentirte! —grita Jesse—. Incluso aunque Carter nos lo ordene.

Me paro en seco, de espaldas a ellos, y me río con falsedad.

—No confío nada en vosotros.

—Ava… —jadea Justin.

Me giro hacia el grupo y separo los brazos, mirando al cielo.

—¡¿Los legendarios Devil's Sons detrás de una chica que no los quiere?! Es lo nunca visto, ¿no?

Mis palabras y mi sonrisa sarcástica lastiman su amor propio. En sus miradas se refleja nuestra amistad, que no es más que un recuerdo del pasado. Toda esperanza de reconciliación parece haber desaparecido. Y, con el fin de meter el dedo en la llaga, me río en su cara. Hasta que recuerdo la promesa que le he hecho a Alec. Toda mezquindad y sentimiento de superioridad desaparecen; solo queda una chiquilla frágil y asustada.

—Le podéis decir a Mike y a Carter que estaré allí mañana.

Si están sorprendidos, no lo demuestran. En cambio, el dolor que emana de mí les preocupa. Mi mirada revela mi sufrimiento, así como mis hombros caídos y mi respiración entrecortada.

—Ahora, si me disculpáis, quiero estar lo más lejos posible de vosotros.

Sin darles tiempo para responder, doy media vuelta y corro al interior de la casa, donde la fiesta está en pleno apogeo.

Voy a conocer oficialmente a mi padre, y esto me está destrozando. Pero debo mantener las ideas claras por Élisa. Tengo que mantener la cabeza alta para que mi jodida corona no se caiga.

Me detengo junto a la pared y respiro unos segundos con los ojos cerrados. Recobro la calma y el control sobre mí misma. Porque si Ty se entera de que he aceptado verme con mi padre con la única finalidad de convencerlo para que visite a Élisa, su lado protector se enfrentará al amor por su madre. Y me niego a hacerle eso.

Cuando mi compañero de viaje entra en mi campo de visión, hago una mueca de enfado y voy directa hacia él.

—¡Maldito traidor!

Una sonrisa tan inocente como falsa se extiende por sus labios.

—No sé de qué me estás hablando…

Mi codo se hunde en sus costillas.

—¡Me las pagarás!

—¿Entonces? ¿Qué has decidido?

—Veré a Mike mañana.

Ty asiente, orgulloso, mientras Lola abre los ojos como platos y me aprieta la mano para consolarme.

—Quiere hablar conmigo y siento curiosidad por saber qué quiere decirme —miento.

Mi amiga me atrae hacia ella, y su contacto me hace sentir mejor. Voy a necesitar valor, así que, si puedo cargarme de energía con este achuchón, no voy a negarme.

—Te llevaré a casa de Carter. Eso evitará que acabes en la moto de Clarke —me susurra al oído.

Le beso con ternura la mejilla para agradecerle su amabilidad y la incito a unirse a Daniel, al que ha abandonado.

—Todavía consigues impresionarme. Pensaba que los ibas a mandar a paseo.

Alzo la mirada hacia Ty y pronuncio las primeras palabras que se me pasan por la mente.

—No soy yo quien debe temer ese enfrentamiento. Yo no tengo casi veinte años de mentiras a mis espaldas. Si alguien debe tener miedo, es él.

Es una táctica para marear la perdiz, pero no se aleja mucho de lo que pienso en realidad.

En la pista, aceptamos la invitación de una pareja para intercambiar compañero de baile. Aunque ya no seamos pareja, Ty y yo no nos quitamos ojo. Bailamos con nuestros respectivos acompañantes, pero nos lo estamos pasando bien juntos.

El rubio se pega a mí y, de repente, siento que se empalma contra mi culo. Como si me hubiera alcanzado un rayo, salto a los brazos del antiguo Devil's.

Solo hacen falta unos segundos y una conversación incómoda para entender que no habíamos aceptado *bailar* con esta pareja. Lo que habíamos aceptado era, más bien, una invitación a un intercambio de parejas…

No sé qué cara puse, pero la de Ty fue épica. Tras solucionar el malentendido y que los estudiantes se marcharan, nos dejamos llevar por la risa: una risa incontrolable y escandalosa que nos quita el aire.

«No olvidaré esto en mucho tiempo».

Más tranquilos, le propongo a Ty ir a buscar algo de beber. Me escabullo entre los juerguistas borrachos, pero, antes de llegar a la

cocina, me aparto bruscamente hacia un lado para evitar el vaso que vuelca el hombre más borracho de la fiesta.

Un grito superagudo resuena a mi derecha. Me giro rápidamente para disculparme con la persona a la que acabo de empujar. Y me sorprendo al descubrir que es la espalda de Clarke, y que su vaso se ha volcado en el escote de una chica.

Contengo la respiración y observo a la rubia ponerse roja por la rabia.

—¡Pedazo de zorra, lo has hecho a propósito! ¡No soportas que Clarke esté interesado en alguien que no seas tú!

He interrumpido un flirteo. La aventura de Clarke.

Es la segunda bofetada que siento esta noche.

«¿Qué creías? ¿Qué estaría demasiado ocupado intentado que lo perdonara como para no acostarse con otras chicas?».

¡Menuda tonta!

—Lo siento muchísimo, te prometo que no lo he hecho a propósito, pero, en mi opinión, Clarke no se interesa por nadie.

Rencorosa, da un paso hacia mí, con el brazo levantado, lista para golpearme. En un abrir y cerrar de ojos, unas masas de músculo aterradoras surgen delante de ella. Los Devil's Sons y los gemelos forman una barricada, quitándole toda esperanza de tocarme.

Doy un paso atrás, sorprendida por la rapidez de su intervención. En cuanto a eficacia, no se les puede reprochar nada.

—¿Pensabas que podías ponerle una mano encima? —bromea Clarke, de forma desagradable—. ¿Y delante de nosotros?

Pálida, la estudiante se deshace en disculpas. A pesar de eso, los chicos permanecen indiferentes a sus esfuerzos. La miran como si hubiera cometido el peor error.

—Lárgate. ¡Y no vuelvas a poner un pie en esta fraternidad!

Con los ojos llorosos, da media vuelta y empuja a los juerguistas de camino a la salida.

No me doy cuenta de tengo una sonrisa arrogante en la cara hasta que Clarke me mira con una ceja enarcada. Su mirada es inconfundible. De repente, huir me parece una buena solución. Doy

media vuelta, lista para escapar, pero sus dedos se cierran alrededor de mi brazo.

—¡Déjame!

—¿Qué era eso? Ya no quieres hablar con nosotros, ¿pero sientes un placer enfermizo al joderme los planes? Noticias de última hora, preciosa: si no me pusieras esa cara de asco, pasaría la noche contigo.

Él cree que lo he hecho a propósito, aunque eso no tiene ninguna importancia. Incluso si creyera en mi inocencia, me ha pillado sonriendo, y eso dice mucho más de lo que quisiera reconocer.

—¿Os complico el trabajo? Es verdad que proteger a alguien que os odia no es fácil. Pero no te preocupes, le diré a Carter que los Devil's Sons hacen un trabajo maravilloso.

Me suelto y niego con la cabeza lentamente, decepcionada.

—Te repites tanto que no te queremos que has acabado creyéndotelo.

«Porque es menos doloroso. Porque la ira evita que me hunda. Porque si les doy una última oportunidad y descubro que siempre seré una misión, no me recuperaré jamás».

En lugar de confesárselo, dejo que mi ira y mi miedo hablen por mí.

—¿Y si vuelves obedientemente con los perritos de Carter? ¡Quizá si mueves el rabito, te rasque detrás de la oreja!

El silencio se cierne sobre la casa. El tiempo parece congelarse. Pasa un segundo. Después, dos. Y un aura destructiva se abalanza sobre mí: la de Clarke. Su mirada ha cambiado por completo; ya no tiene ni pizca de benevolencia.

Con él, siempre he tenido un margen de maniobra mayor que los demás. Me he permitido hacer y decir cosas que él nunca habría aceptado por parte de otra persona. Pero esta vez he cruzado la línea. Lo he llevado al límite.

Con una rapidez impresionante, saca su arma y la apunta hacia mí. Los gritos resuenan por la sala, todos los estudiantes se pegan a las paredes, atemorizados ante la idea de que les alcance una bala perdida.

Los Devil’s Sons reaccionan, pero Ty les impide meterse entre Clarke y yo.

—¡Joder, no vas en serio! —se cabrea Set.

Una tensión insoportable se cierne sobre la sala.

Lola, completamente pálida, se acerca a su hermano, que la empuja a los brazos de Daniel. Él, Jackson y Wyatt están en guardia. Creen que Clarke es capaz de dispararme, y puede que, si se lo pidiera, si le dijera que es la única manera de demostrarme que no está sometido a Carter, lo hiciera. Puede incluso que, si siguiera provocándolo, acabara haciéndolo. Después de todo, lo abandoné. Lo rechacé. Jugué con su paciencia, con sus sentimientos. Y, para rematar, golpeé el orgullo del segundo de Carter Brown, de los Devil’s Sons.

—Cualquiera que pronunciara esas palabras habría tenido nuestras pistolas apuntándole a la cabeza —escupe, dirigiéndose a Set sin dejar de mirarme—. Ella cree que Carter controla todas nuestras acciones, todos nuestros sentimientos. Aquí tiene la prueba de que eso no es así.

Está claro que cuando tienes un arma apuntándote, el miedo que provoca el agresor es abrumador. No obstante, yo no experimento ese miedo con Clarke. Son los recuerdos de un King of the Law cabreado los que me provocan náuseas y me recuerdan que casi muero no hace mucho.

Y eso me hace pensar en mis verdaderos verdugos, que todavía andan sueltos. Aún no tengo ni veinte años y ya acumulo más enemigos que la mayoría de la gente en este mundo. Henzo quiere matarme, igual que los BloodBro… y mi enfermedad. Tengo curiosidad por saber quién lo conseguirá primero.

Ni los gemelos ni los Devil’s intervienen cuando avanzo hasta sentir el metal frío del cañón sobre mi frente. Esto es entre el segundo y yo.

A Clarke no le gusta. Mantiene el arma apuntándome, pero mira fijamente la pistola y su propia mano con desprecio. No soy la única que recuerda la negociación. Está consternado de verme una vez más en esta situación, pero lo está sobre todo por ser él quien me tiene así.

—Este gesto prueba tu capacidad de desobedecer a Carter. Eso es todo.

—¡¡Abre los ojos!!

La mayoría de los estudiantes se sobresalta. Algunos gritan.

Al límite de su paciencia, echa un vistazo a la aglomeración de gente.

—¡La fiesta ha terminado! ¡Todo el mundo fuera!

Todos corren hacia la salida como si Odín en persona hubiera dado la orden. Mis amigos sobreviven a la marea humana y permanecen inmóviles. Se niegan a abandonarme con un arma apuntándome.

—¡Set, lleva a tu jodida hermanita y a sus amigos fuera! —ruge Clarke.

Los Devil's Sons se ponen en marcha y echan a mis amigos, que protestan y gritan mi nombre. No los miro; sigo concentrada en el motero que no ha bajado el arma.

En nada, la sala está vacía. Incluso los que viven aquí se han ido. La casa está inmersa en un silencio absoluto. Todo lo que queda es un desorden increíble que atestigua la fiesta que ha tenido lugar esta noche.

—¡Largaos vosotros también! —ordena a la banda—. Tengo asuntos que resolver con la *señorita Arinson*.

Tras varios segundos de vacilación, y ante mi súplica silenciosa, los chicos se van.

Clarke y yo nos quedamos ahí, mirándonos durante tanto tiempo que mi piel se acostumbra al frío del metal hasta tal punto que ya no lo siento. Su mirada está llena de reproche, rabia y desprecio, como si yo lo obligara a hacer algo irreversible.

—Sí, al principio no eras más que una orden. Cuando Carter nos avisó de tu llegada y de nuestra misión, todos nos cagamos en él por tener que cuidar a una princesita. Pero la princesita resultó ser demasiado valiente e irritante como para que no nos encariñáramos con ella. Así que sí. Si no tuvieras ningún vínculo con el jefe, nunca nos hubiéramos conocido. Porque, ahora que no vamos a ocultarte nada, hizo falta mover algunos hilos para que Lola compartiera habitación contigo en el campus.

La vida de Carter es un juego de estrategia. Cada uno de sus movimientos está calculado con la finalidad de conseguir un solo resultado: jaque mate. Deja a su adversario sin energía, evitando que inicie una nueva partida. Y es justamente lo que me pasa a mí: ya no tengo fuerzas para estar enfadada, ni para mostrar una sonrisa arrogante, ni mucho menos para parecer segura de mí misma.

Un rugido animal sale de mi garganta. El sonido de una bestia débil y desesperada.

—Pero lo cierto es que tienes un vínculo con el jefe y, por eso mismo, te has unido a nuestra familia. Pero que seas una Arinson nunca ha hecho que nuestros sentimientos sean deshonestos. Ni los nuestros, ni los tuyos. Carter no te obligó a adorar a Lola, como tampoco te pidió que dirigieras la negociación. Ha manipulado el destino. Ha puesto todo de su parte para traerte de nuevo a su vida. Pero tú siempre has tenido el control. *Siempre*. Puedes ser todo lo que quieras ser, Avalone. Una Arinson y una Devil's Sons. Lo uno no impide lo otro.

Una lágrima cae por mi mejilla. No la limpio. No digo nada.

Las palabras de Clarke crean una realidad que me negué a imaginar. Así todo sería más fácil.

—En lo que respecta a nuestros sentimientos por ti… Voy a confesarte una verdad que ninguno de nosotros se ha atrevido a decir en voz alta: estamos preparados para traicionar a Carter. —Se ríe falsamente y mira hacia otro lado—. Cuando nos habló de ti, no nos avisó de que Lola iba a compartir habitación contigo. No sabíamos ni tu nombre ni cómo te veías. El jefe solo nos dijo que reconoceríamos un alma pagana tan bella y compleja como la tuya a primera vista. Entonces Set se encontró contigo.

Recuerdo ese día, tumbada en la hierba. El miedo que sintió el hermano de Lola al ver mis iris fue primitivo, instintivo.

—Cuando volvió al apartamento, estaba convencido de haberte encontrado, pero no quería hablar con nosotros, solo deseaba olvidarlo. Luego fue el turno de Sean. Sus reacciones eran preocupantes. Acabamos preguntándonos si la famosa sobrina de Carter era un monstruo salido directamente del Helheim. No lo

comprendí hasta que detuviste mi puño y me sumergí en lo más profundo de tu mirada. No fue tu rabia hacia mí ni tu aversión a la violencia lo que me impresionó. Fue lo que había detrás de esas emociones.

Examina mis ojos como si quisiera asegurarse, una última vez, de la legitimidad de sus pensamientos antes de decirlos.

—La fuerza de las destructivas llamas del Ragnarök arde en tus ojos, Avalone.

Los chicos nunca lo dijeron delante de mí. Hasta ahora, creía que no habían conseguido identificar lo que les había asustado.

—Nos tomamos eso como un mal presagio. Solo podías ser nuestra perdición. Aquella tarde, nos reunimos todos en casa de Carter para hablar con él y avisar a los que aún no te conocían. Fue entonces cuando nos dijo…

—«Mientras las llamas del Ragnarök dancen en mi mirada, no consumirán los nueve mundos. No soy destructiva, yo conservo el Yggdrasil».

Esas son las palabras que mi madre siempre me decía y, por la reacción de Clarke, Carter les dijo lo mismo.

—Esas dos frases nos tranquilizaron. Y cuanto más nos cruzábamos con tu mirada, más lo comprendíamos. Sumergirse una vez en ella es como perderse en medio de las llamas, devastadoras y mortales. Y hacerlo una segunda vez es descubrir las llamas apaciguadas por tu alma. Tan dóciles como amables. —Clarke sacude la cabeza, como si aún le costara creérselo—. Los chicos te cogieron cariño desde el principio, pero no lo admitieron hasta la fiesta de la Alianza. Fue difícil mentirte. Entre las pruebas y tu verdadera identidad, presionamos a Carter para que te lo confesara todo. Su negativa fue rotunda y, a pesar de que nuestro miedo crecía día a día, respetamos su decisión. Sabíamos que solo era cuestión de tiempo que descubrieras la verdad y que retrasar ese momento solo empeoraría nuestra situación. Nos convertimos en bombas de relojería, así que el jefe nos prometió que, el día que descubrieras tu verdadera identidad, nos eximiría de toda culpa si guardábamos silencio hasta entonces. Pero eso solo funcionó durante un tiempo. Nuestra lealtad está con Carter, pero también

con nosotros. Y *contigo*. La necesidad que sentíamos de ir en contra de sus órdenes y revelarte quién eras realmente aumentaba cada día. No sé si te das cuenta de lo que significa para nosotros traicionar a nuestro jefe.

Oh, sí. Para los miembros de una banda, traicionar a su jefe es una deshonra.

Para los miembros de una banda pagana, traicionar a su jefe es una impureza, una humillación, un deshonor.

—Es lo que hubiéramos hecho si ese imbécil de Justin no hubiera sugerido la posibilidad de que no nos perdonaras nunca. En ese momento fuimos egoístas: guardamos el secreto para no perderte *a ti*. Entonces descubriste todo e, incapaces de volver a mentirte una vez más, asumimos nuestra responsabilidad.

«Cuando la cabezonería te vuelve ciego, es para protegerte de una verdad demasiado difícil de confesar», había dicho Clarke.

«La verdad saldrá a la luz, pase lo que pase. Es solo cuestión de tiempo. Y cuanto más se ignore, más daños causará», le había respondido mi padrino, perdido en sus pensamientos.

Creía que el Devil's estaba resolviendo un conflicto pasado con su jefe, pero me equivocaba. El secreto le pesaba; quería que Carter me confesara todo.

Los dedos de Clarke aflojan el agarre alrededor de la culata. Por fin baja el brazo y guarda el arma. Detrás de la dureza de su mirada, casi parece suplicar. Coge mi cara entre sus manos y sustituye el contacto frío del metal contra mi frente con sus labios. Me aferro a sus brazos en un intento de no ahogarme. Sus revelaciones han roto en mil pedazos el escudo que había forjado alrededor de mi corazón como resultado de mi ira. Ya solo me quedan la tristeza, el dolor de las mentiras, el miedo al futuro y la inquietud ligada a estos tres sentimientos.

Desbordada, tiemblo entre sus manos como una hoja.

Clarke separa sus labios de mi piel, pero se queda a mi lado y pega su frente en la mía.

—Solo nuestro egoísmo puede justificar tu resentimiento hacia nosotros —murmura él.

—¿Por qué creería lo que me has dicho? —respondo, intentando poner fin a la tristeza más absoluta, sin ira que la atenúe—. Has visto de lo que es capaz Carter. ¿Y si él te ha ordenado que me cuentes todo esto solo para que vuelva *por vosotros*?

—No te pido que confíes en él. Confía *en nosotros*, Avalone. Confía en lo que hemos construido. Confía *en mí*.

Su mirada es tan desesperada como la mía. Me acaricia ligeramente la clavícula y sube la mano por mi cuello hasta que entierra los dedos en mi pelo y se aferra a él. Y, aun herido, mi corazón sigue latiendo. Por *él*.

Su mirada penetrante me da un soplo de vida, y el ambiente cambia por completo. El deseo más puro aparece en el fondo de sus ojos y me arrolla. Clarke me obliga a retroceder cuando da un paso hacia mí.

—Sabes quién soy, Avalone.

Mi ritmo cardíaco se acelera; me cuesta respirar.

—Sabes lo que pienso del amor y sabes cómo trato a las mujeres.

Su voz ronca despierta todos mis sentidos justo cuando mi espalda choca contra la pared. Su altura me domina y no me deja ninguna escapatoria. Contengo la respiración cuando me acaricia la mejilla. Se apoya contra la pared, por encima de mi cabeza, y su cuerpo, inclinado sobre el mío, me eriza la piel. Me estremezco.

Alzo la cabeza para mirarlo fijamente, lo que acerca peligrosamente nuestros labios.

—Pero tú…

No soy capaz de respirar. Ni de pensar.

—Te deseo tanto que se ha convertido en una tortura. Y cuando Ty te toca, aunque solo quiera tu amistad… cuando te estrecha entre sus brazos…

Su tono es severo, casi rencoroso, pero cuando desliza la mano por mi espalda hasta la parte baja de mi cintura, su gesto es de una ternura infinita. Su toque se vuelve más firme y me acerca hasta que cada centímetro de mi cuerpo se pega al suyo.

—Cuando sus labios tocan tu piel con tanta facilidad, sin la más mínima consecuencia…

Nos miramos, implacables, con esa mezcla de deseo y frustración, de rencor y celos.

Clarke gruñe y me tira del pelo. Mi cabeza se inclina hacia un lado, dejando más expuesto mi cuello. Siento su aliento acariciar mi piel antes de sentir sus labios, y una explosión cálida en mi bajo vientre se enciende ante ese sensual beso.

—Tengo ganas de matarlo cuando te mira. Porque le sonríes como si fuera el hombre más importante de tu vida.

Por primera vez deja ver cada una de sus emociones. No se esconde detrás de su máscara inescrutable. Puedo medir la magnitud de su deseo, de su posesividad, de sus sentimientos hacia mí.

Me da un beso en la frente, después otro en la mejilla, impulsado por el deseo de borrar todo rastro de Ty. Posa su mirada en mis labios. Se resiste y humedece los suyos. Mi corazón golpea cada vez más fuerte mi pecho.

Clarke inspira profundamente y, cuando me besa, sus músculos se tensan como respuesta a nuestro contacto, que es tan doloroso como placentero.

De todos los besos que he experimentado hasta ahora, este es el más sensual y sentimental que jamás me han dado. Nos consume poco a poco. Ahora me doy cuenta cuánto lo echaba de menos cuando estaba lejos de él. Nuestros labios están hechos para besarse, para bailar juntos, para devorarse mutuamente.

Ante el contacto de su lengua, se me escapa un gemido de placer que parece resonar por todo su cuerpo. Sus manos me exploran lentamente y se deleitan con mis curvas. Las mías se adentran bajo su camiseta y le arrancan un gemido. Acaricio sus abdominales, subo hasta su pecho y luego deslizo los dedos por sus costados hasta su espalda. Cuando mis uñas se clavan en su piel, sentimos la necesidad de ir más deprisa.

Clarke deja de besarme y me mira fijamente, con los ojos llenos de deseo. El aire crepita a nuestro alrededor; nuestros pechos suben y bajan al ritmo de nuestras respiraciones entrecortadas. Un segundo después, me agarra los muslos. Solo me da tiempo a

rodear sus caderas con las piernas antes de que me suba a la encimera de la cocina y se abalance sobre mis labios.

Cada beso, cada caricia, cada movimiento de la lengua se vuelve desenfrenado. Nuestras respiraciones entrecortadas chocan entre sí, nuestros corazones laten al unísono y nuestros dedos desean el contacto del otro a cualquier precio. Con las prisas, tiramos algunos vasos que se rompen contra el suelo, y Clarke hace a un lado todo lo que pueda entorpecer nuestros movimientos. Nos separamos para desnudarnos. Su camiseta sale volando por la cocina y, llenos de necesidad, nuestras bocas se encuentran de nuevo al instante. Somos insaciables, incapaces de contenernos siquiera un segundo para hacer desaparecer la ropa que nos separa.

Bajo el peso de su cuerpo, me tumbo en la encimera. Recorro los músculos de su espalda con las palmas de las manos, disfrutando del calor de su piel mientras me devora. Me pierdo en nuestro deseo, en este intercambio súbito de sentimientos.

Clarke se aparta y se tambalea hacia atrás, jadeando. Mi corazón y mi alma gritan en protesta, y de repente tengo frío. Quiero que vuelva y me bese, pero el esfuerzo que hace para mantenerse alejado de mí me detiene. Su expresión es dolorosa, y su frustración parece torturarlo.

—No te he contado todo.

Siento cómo se me cierra la garganta de golpe.

—Lo que le dijiste a Jesse antes de irte… Tenías razón. Al menos en parte. Ningún Devil's Sons puede tener algo más allá de una relación profesional contigo. Eres la sobrina de nuestro jefe. Ningún sentimiento, sea el que sea, debe interferir con las órdenes de Carter. Al final nos permitió ser tus amigos cuando comprendió que eso jugaría a su favor para traerte de vuelta. Pero tú y yo… Es imposible, Avalone. Si el jefe se entera de que te he besado, soy hombre muerto.

«Estás bien jodido, lo sabes, ¿no? No te preocupes, no he tocado a tu amor prohibido».

Las palabras de Ty cobran sentido. Después de todo lo que le he contado, debió de darse cuenta de que había una orden implícita detrás de la contención de su antiguo compañero.

Por todos los dioses… Siempre creí que Clarke era inalcanzable, pero desde el principio la inalcanzable había sido yo.

Ty y los Devil's Sons siempre me repiten que he tomado mis propias decisiones, pero esta me la arrebató Carter.

Siento el regusto amargo de esta revelación. La ira crece bajo mi piel.

—¿Y si no fuera su sobrina?

—No habría dudado en desnudarte.

Salto de la encimera y voy hacia Clarke, decidida, mientras me mira con desconfianza.

—¿Es todo lo que querrías de mí? ¿*Follarme*?

—Hacer esa pregunta no lleva a ninguna parte.

Recorro su torso desnudo con el índice. Contiene el aliento y aprieta la mandíbula.

—Si no tuviera un vínculo con Carter, ¿querrías estar conmigo, Clarke? —insisto.

Su respiración se vuelve un poco más inestable a medida que mi dedo se acerca al botón de su vaquero. Su mirada se posa en mis labios y traga con dificultad.

Al final, me coge de la muñeca y la aleja de su cuerpo.

—Pero tienes uno —dice irritado—. No puedo tocarte ni quererte de esa manera… ¡No tengo derecho a sentir celos de Ty!

—¡Esa no es la pregunta! —exclamo—. Sí o no. ¿Querrías estar conmigo si no te hubiese dado ninguna orden?

La frustración y la incertidumbre deforman los bellos rasgos de su rostro.

—Yo… ¡No lo sé!

El silencio se alarga varios segundos que se hacen eternos. El Devil's pasa sus temblorosas manos por el cabello y me mira con una expresión perdida. Luego abre la boca, pero desiste, incapaz de articular palabra.

—Llévame a casa, por favor.

9

A las tres, Lola me espera en el *parking* del campus para llevarme a casa de Carter. Mentiría si dijera que no estoy asustada. Estoy muerta de miedo ante la idea de conocer oficialmente a mi padre.

¿Me pondré a llorar? ¿O gritaré hasta destrozarme las cuerdas vocales? Ya lo he conocido antes, claro, pero en ese momento no sabía quién era. O, más bien, no sabía quién era *yo*. Ahora todo es distinto.

Recuerdo el golpe que le dio a Pitt por su falta de respeto. A pesar de la violencia que demostró, fue amable conmigo, algo que ahora entiendo mejor. En aquel momento todo me parecía bastante complicado, pero esto lo supera todo. Estoy estresada hasta el punto de que me duele el pecho, y mi corazón late desbocado. Las posibilidades de que consiga salir de este coche son mínimas.

Mi silencio preocupa a Lola, que me mira de reojo.

—¿Estás segura de que quieres conocerlo?

Asiento. Es el único movimiento que soy capaz de hacer; no tengo suficiente aire en los pulmones para responder.

Cuanto más nos acercamos a la propiedad, peor me encuentro. Los minutos parecen transformarse en segundos, aunque desearía que el viaje fuera eterno.

La mano de Lola en mi hombro me sobresalta. Cuando me recupero, noto que ha aparcado el cuatro por cuatro delante de la mansión.

Abro la puerta y casi me caigo sobre la grava, a punto de asfixiarme.

—Gracias.

Dejo atrás la fuente de Odín con las piernas temblorosas. Siento el cuerpo tan pesado que avanzar resulta peligroso, pero tengo que hacerlo para que Élisa esté rodeada de aquellos a los que quiere.

Con la mirada puesta en la entrada, subo los escalones del porche. Pero cuando me preparo para llamar, cambio de opinión. Ellos no esperaron a que les abriera la puerta para inmiscuirse en mi vida.

Inspiro una bocanada de aire, susurro una oración a Thor con la esperanza de que me infunda un poco de valor y abro la puerta tan fuerte que choca contra la pared.

De pie en medio del salón, Carter gira la cabeza hacia mí. Con la boca entreabierta y la mirada apagada, ya no parece el jefe de la banda. Está asustado. Asustado de afrontar la verdad, de que esta sea la última vez que me vaya a ver. Porque soy la sobrina de la que tuvo que separarse, aunque me quisiera como si fuera su propia hija. Puede que haya hecho cosas retorcidas que van más allá de mi imaginación, pero me trajo de vuelta a casa, con mi familia. Y no mira hacia otro lado. Va a asumir las consecuencias de sus actos, y para ello sacará fuerzas del amor que me tiene.

Mike aparece detrás de él, vestido también con un traje hecho a medida. Sus ojos resplandecen por las lágrimas y la culpabilidad cuando me ve. Sin embargo, lo que llama mi atención son los padrastros de sus dedos —que se arranca, nervioso— y su dificultad para respirar. Parece más dispuesto a huir que a enfrentarse a mí.

Me quedo parada en el marco de la puerta. Los latidos de mi pobre corazón resuenan en mis oídos. Soy muy consciente de lo mal que me encuentro. Tengo sofocos que casi me hacen desmayar, la sensación de que voy a vomitar de un momento a otro y las piernas a punto de ceder.

La presencia de Marie a mi lado me devuelve a la realidad. Su sonrisa contrasta con las lágrimas de sus mejillas. Parece la mujer más feliz de los nueve mundos, como si esperara este día desde hace años. Pone su mano en mi espalda y me anima a entrar.

Me doy cuenta de la presencia de los Devil’s Sons alrededor del sofá. Todos me miran fijamente, lo que me pone aún más nerviosa.

Trago con dificultad y me lleva un momento conseguir decir las palabras.

—Élisa se está muriendo. —Miro alternativamente a mi padre y a mi padrino, que no dicen nada—. Es vuestra amiga. Tenéis que estar a su lado en su lecho de muerte. Claire también.

—Es lo que tenemos previsto —dice Carter, suspirando.

«Oh. Genial».

El silencio que se produce es una tortura insoportable. Nadie se mueve ni respira.

Cuento hasta diecinueve, un segundo por cada año de mentiras, antes de decidir que ya no tengo ningún motivo para seguir aquí.

Me doy la vuelta, incapaz de sostener sus miradas, y bajo los escalones del porche. Mis pensamientos están patas arriba y tiemblo como una hoja. Necesito salir de aquí para recuperar la cordura, alejarme de estos dos hombres que deberían formar parte de mi vida, pero que perdieron la oportunidad.

—¡Avalone!

Sin mi consentimiento, mi cuerpo frena ante la voz de Clarke. Me giro hacia él y me encuentro a todos los Devil's Sons. Por sus caras, entiendo que no están aquí para retenerme contra mi voluntad ni para pedirme que les perdone. Están aquí para apoyarme. Y, joder, ¡qué bien sienta!

—¿Te vas porque has conseguido lo que querías o por cobarde? —me pregunta Set.

—Por ambas.

Tucker da un paso hacia mí, llamando mi atención. Vuelvo a notar su expresión cansada, que no ha mejorado desde anoche.

—No me creo lo que voy a decir, pero… Avalone Lopez Arinson es mucho más valiente que nosotros.

Niego con la cabeza para contradecirlo, pero Jesse da un paso adelante.

—¡Paraste al loco que golpea a todo el mundo!

Clarke le lanza una mirada indiferente, pero aun así lo respalda.

—Varias veces.

—Te enfrentaste a Carter, luego a Ange y a ese gilipollas de Pitt… ¡y a los Reapers of Death! —exclama Set con entusiasmo.

Me lanza una mirada llena de orgullo, igual que Sean.

—¡Abofeteaste a Carter! —añade este, divertido.

Los chicos se ríen al recordar mis hazañas y un amago de sonrisa asoma en la comisura de mis labios.

—Has dirigido una negociación, te han disparado y te han suturado sin anestesia —continúa Tucker.

—Y anoche, nos provocaste a todos. Clarke te apuntó con su arma y ni te inmutaste.

Las palabras de Justin se quedan flotando en el aire, como las de sus hermanos, y me afectan de forma extraña.

Todo lo que los chicos mencionan lo hemos vivido *juntos*. Son muchos recuerdos, buenos y malos, pero son reales. No puedo borrarlos, ni tampoco olvidarlos.

—No eres una cobarde —afirma Clarke.

Al mirarlo a los ojos, tengo que contenerme para no tocarme los labios. Todavía siento los suyos: posesivos e implacables.

—Eres valiente. No huyes de los problemas, los enfrentas.

—¡Y tienes las jodidas llamas del Ragnarök en la mirada! —exclama Tucker—. Son esos dos vejestorios necios los que tendrían que estar temblando de miedo.

Me río, pero la seriedad de la situación no desaparece, ni mi miedo a afrontar la realidad. Aun así, los observo uno a uno, conmovida por sus palabras, por su apoyo, por lo que hemos pasado juntos. Y me doy cuenta de que no es Thor quien me infunde valor, sino los Devil's Sons y nuestro amor.

Clarke recorre los metros que nos separan con una determinación inquebrantable, toma mi mano y entrelaza nuestros dedos.

—Estamos *contigo*.

Impactada, observo a los chicos colocarse a mi lado para formar una línea de defensa. Las lágrimas recorren mis mejillas en silencio, desbordada por las emociones. Solo me recompongo cuando llegan los gemelos. Ty y Alec salen de la espesura del bosque y refuerzan nuestras filas. El asentimiento de cabeza que me da mi compañero de viaje me infunde una buena dosis de audacia que recorre cada una de mis venas.

Juntos, como si fuéramos uno solo, regresamos a la mansión para enfrentar a los hombres de la familia Arinson.

A mi vuelta, Carter contiene un suspiro de alivio. Una expresión de esperanza ilumina sus ojos apagados, y el paso que da hacia mí no es más que el deseo de enmendar sus errores. En cuanto a Mike, salta del sillón sobre el que se había desplomado.

—Chicos, dejadnos a solas, por favor.

Los chicos no se mueven, lo que provoca la ira del jefe, que se da cuenta de la presencia de los gemelos. Si está sorprendido, lo disimula bien.

Asiente con la cabeza hacia ellos, e incluso creo leer en sus labios un «bienvenidos a casa».

Cuando los chicos me preguntan con la mirada, inspiro una gran bocanada de aire y les hago un gesto para que nos dejen. Salen por las puertas francesas del salón. Clarke me acaricia la parte baja de la espalda con los dedos antes de seguir a los demás.

Tras su marcha, me quedo petrificada e incluso dejo de respirar por un momento. Miro fijamente las puertas acristaladas por las que los Devil's han salido al jardín y rezo para que vuelvan a entrar.

—Acércate —me anima Carter.

Confiado y amable, es en él donde encuentro la fuerza necesaria para avanzar hasta tomar la mano que me tiende. Y como si me encontrara en estado de *shock*, me lleva al sillón, donde nos sentamos, con una suavidad de la que no le creía capaz.

Marie deja delante de mí una limonada fría, que me tomo para humedecerme la garganta seca, *demasiado* seca.

Los dos hombres me hacen frente, pero solo mi padrino tiene el valor de sostenerme la mirada.

Nadie habla, nadie encuentra las palabras. Los segundos pasan y mis lágrimas no dejan de caer por mis mejillas.

—Estos últimos dieciocho años… —empieza Mike.

Levanto la mirada hacia él. Está destrozado por el dolor y sigue esquivando la mirada. Se concentra en sus manos, que le tiemblan casi tanto como las mías.

—… he estado imaginando lo que te diría cuando nos volviéramos a ver. Pero el discurso que había redactado en mi

mente… se ha desvanecido tan pronto como has entrado.

Por fin me mira a los ojos, con la mirada de un alma atormentada.

—Enviaros a tu madre y a ti a Madison, después de haberos hecho pasar por muertas… ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida. —Se limpia las lágrimas que se le escapan de sus envejecidos ojos—. Siempre he pensado que tomé la decisión correcta, convencido de que un hombre tiene el deber de proteger a su familia —dice con cierta fiereza—. Hasta que me permití escuchar a Carter. Oírlo hablar de ti. Fue entonces cuando entendí que me había equivocado completamente y que no había estado a la altura de mi hija. Mi hija, que no se echa atrás ante el peligro. Mientras yo huía de los BloodBro, me separé de las dos mujeres que eran mi vida, cuando un hombre debe de *luchar* por su familia.

Su cara desfigurada y bañada en lágrimas me rompe el corazón. Su sufrimiento es tan grande que podría derribarlo. Estoy sorprendida de que aún se mantenga en pie. No le desearía un dolor así ni a mi peor enemigo, pero no puedo cambiar el pasado ni recuperar el tiempo perdido. Así que transformo mi pena en odio hacia la banda rival y me encargo de avivarlo.

Carter coloca sobre la mesa de café un pequeño cofre de madera, aquel del que me habló Alec.

—Estas son fotos tuyas de bebé, y también están todas las que nos enviaba tu madre cada año.

Tomo el magnífico cofre tallado y lo muevo con extrema delicadeza, como si encerrara los secretos de los dioses.

Paso mi mano por los grabados paganos que representan a Loki, sentado sobre una rama del Yggdrasil, conspirando contra las Nornas. Estas últimas riegan las raíces del árbol del mundo sin imaginar las maquinaciones que toman forma en la mente del dios del engaño.

Estoy segura de que este cofre ha sido hecho a medida según los deseos de Carter, porque simboliza el objetivo que se impuso: traerme de vuelta a casa.

En nuestra religión, Loki es un dios ladino que conspira sin cesar, y las Nornas tejen el destino de cada ser vivo de los nueve

mundos. Se dice que una vida llena de mala suerte podría ser el resultado del ensañamiento de una de ellas. Está claro que este grabado representa el deber de Carter de ser embaucador y conspirador, al igual que Loki, para hacer frente a las Nornas que tejen nuestro tenebroso destino desde hace demasiado tiempo.

Con dificultad para respirar, me doy cuenta de algo. Mi padrino tenía una familia, era un hombre honesto al frente de una empresa de armamento. Y cuando le arrancaron aquello que más quería, formó una banda, creó alianzas y se convirtió en el hombre más poderoso de la ciudad.

¿Y si en realidad nunca me abandonó?

Mi padre ha confesado que tiró la toalla, pero Carter… Carter esperaba el momento exacto para actuar. Si no me equivoco, durante todos estos años, cada decisión importante que tomó estuvo guiada por su voluntad de reunirnos. ¿Por qué crear una banda, si no es para enfrentarse a los BloodBro?

Lo observo tanto tiempo que acaba aclarándose la garganta, nervioso. Vuelvo en mí y sacudo la cabeza. Tantas emociones contradictorias cruzan mi mente que me duele.

Al abrir el cofre, me encuentro una foto de mi madre conmigo en el hospital, seguida de aquella que hizo que la verdad saliera a la luz. Carter y Mike parecen tan jóvenes y despreocupados… Cuantas más fotos veo, más voy creciendo, rodeada de una familia feliz y amorosa. Incluso aparezco en los brazos de una Élisa llena de vida… Paso a la siguiente foto a regañadientes y me sumerjo en el pasado: Carter dándome el biberón, Mike meciéndome en sus brazos, mi padrino lanzándome en el aire con una sonrisa radiante, Élisa poniéndome unos manguitos al lado de los gemelos, que entonces deberían tener unos diez años…

Alzo rápidamente la cabeza y el mundo parece girar de nuevo.

«Será que…».

—¡Pensaba que Ty y Alec no sabían nada de mí!

El temblor de mis manos aumenta, y siento cómo la bilis sube por mi garganta.

No soportaría otra traición, sería más de lo que puedo aguantar.

—No lo sabían —me tranquiliza Carter—. Esta foto es del último día que tu madre y tú pasasteis con nosotros. Al día siguiente, ya estabais en Madison, y no nos volvimos a reunir nunca más. Todos desaparecimos de la vida de los gemelos, y de su memoria. Élisa les habló de mí como de un viejo amigo de su época universitaria, y luego conocieron a Mike, mi *proveedor*, pero no ataron cabos.

Si un suspiro pudiera ser la encarnación misma del alivio, posiblemente sería el mío. Mis músculos se destensan y vuelvo a centrarme en las fotos. Pero estas últimas son mucho más tristes. Yo con un año. Con dos años. Con tres años… hasta mis diecinueve, hace varios meses. Una sola y única foto por año, en la que mi madre ni siquiera salía. Tuve suerte —si es que puede llamarse así— de no haberlos conocido ni de sentir su ausencia, mientras que ellos pasaron dos décadas sabiendo que estaba viva sin poder llegar hasta mí.

Lloro un poco más cuando cierro el cofre. Éramos tan felices, nos queríamos, y de un día para otro fuimos obligados a alejarnos.

—Ava, tu padre y yo *nunca* hemos dejado de pensar en ti…

Me querían, de eso me he dado cuenta, y hubo una época en la que eran el centro de mi universo, pero ahora los miro con los ojos llenos de lágrimas y todo lo que veo son dos extraños.

—Soy consciente de que habéis perdido mucho más que yo en esta historia, pero… pasé años pensando que mi madre no salía con ningún hombre porque yo requería demasiado tiempo y energía, y que, a pesar de su indudable amor por mí, yo solo era un lastre. Pasé años pensando que el día en que muriera por mi enfermedad la dejaría sola en el mundo, sin nadie que la acompañara, sin nadie más que la quisiera. Así que… necesito tiempo.

La tristeza que les causan mis palabras es parecida a la mía, quizá mayor. Me siento culpable por hacerles pasar por eso, pero no puedo borrar los años de mi vida que han hecho de mí lo que soy.

La ira se suma a la tristeza y me levanto del sillón a punto de estallar.

—¡Tengo la sensación de que esto es una jodida pesadilla! ¿Por qué ahora? ¿Por qué no vinisteis a buscarnos antes? ¿Y por qué mi madre nunca me dijo la verdad? Podría haberlo entendido y

haberme mantenido alejada, esperando conoceros algún día. Podría haber…

Mike me coge repentinamente entre sus brazos y crea una burbuja invisible que me ofrece el consuelo y la seguridad del padre que nunca tuve. No me aparto, pero tampoco le devuelvo el abrazo. Me quedo entre sus brazos y me dejo llevar por mis inagotables sollozos.

El sonido de su móvil me devuelve a la realidad.

Me separo, con la mirada seria. Y él me guiña un ojo, apenado, y descuelga la llamada.

—¿Diga? —responde con agresividad, sin haber mirado el nombre de su interlocutor.

Cuando le contestan, sus facciones se suavizan más y parece contento. El mismo cambio de personalidad que descubrí en Canadá.

—Voy enseguida.

Cuelga y va hacia la cómoda para coger un juego de llaves.

—Tu madre está en la ciudad. Se le ha pinchado una rueda del coche. Tengo que ir a buscarla.

La noticia me es indiferente, he llegado a mi límite de *shock* emocional.

—Quédate, por favor.

No respondo, incapaz de saber lo que necesito ahora mismo. Mike me mira fijamente durante varios segundos, temeroso ante la idea de que me vaya, pero finalmente acaba saliendo del salón.

Me giro hacia Carter.

—¿Sabías que mi madre iba a venir?

—No, Avalone, te lo prometo.

Me convenzo de que ha dejado de mentirme y decido confiar en él.

Me seco las mejillas y respiro profundamente antes de decir que necesito tomar el aire. Atravieso las puertas francesas y me encuentro con los Devil's Sons sentados en los sillones del jardín, charlando en un ambiente sombrío. No he hecho apenas ruido y, sin embargo, todas las miradas se dirigen hacia mí, como si me estuvieran esperando. Doy varios pasos, vacilante, pero mantengo una distancia de seguridad.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Justin, preocupado.

—No sé si diría «bien», pero tampoco ha sido catastrófico.

Me examinan de una manera tan meticulosa que me siento incómoda. Si esperan que hablemos de ello, pueden hacerlo sentados. No quiero hablar del tema por el momento. Necesito tiempo. *Mucho* tiempo.

—Mañana empiezan las noches invernales —me dice Clarke.

Mi primera reacción es de sorpresa. No me he dado cuenta del tiempo que ha pasado, pese a que ya estamos a finales de octubre. Desde que llegué a esta ciudad, el tiempo parece transcurrir de una manera completamente diferente. No pude celebrar el equinoccio de otoño porque estaba hospitalizada. Aunque Lola, Jackson y Ange intentaron entrar en mi habitación, las enfermeras los echaron porque no consideraban esas festividades adecuadas. Hay que decir que la reputación de los paganos les precede y, de hecho, dejarles celebrar una de sus fiestas en un hospital es de todo menos recomendable.

Mi segunda reacción es reírme. La comisura de mis labios se eleva en una sonrisa.

—Creía que ya no tenías fe en los dioses.

Finge una expresión de hastío para ocultar su gesto jovial y se encoge de hombros.

—Digamos que me he dejado tentar.

Asiento, pero poco a poco pierdo la sonrisa.

Nuestra religión es una reconstrucción de las antiguas creencias nórdicas, y es complicado seguir un esquema exacto. Hacemos lo mejor posible para ser fieles a nuestros predecesores, pero nuestras fuentes son escasas y la influencia exterior nos ha perjudicado.

Las noches invernales coinciden con Samhain, una festividad pagana celta que permitía a los difuntos reconectar con el mundo de los vivos durante unas horas. Por motivos evidentes, siempre he adoptado algunos de estos ritos.

¿Los vikingos rendirían homenaje a sus muertos durante estos días? No lo sé. Sin embargo, eso nunca me ha detenido.

—Desde que era pequeña, he seguido las costumbres de Samhain para honrar a mi padre, que creía fallecido. Así que no

contéis conmigo para eso.

Decepcionados, pero comprensivos, asienten.

Nunca me he perdido una celebración pagana en mi vida. Adoro nuestra religión y cultura más que nada en el mundo, y mira por dónde, en un par de meses me he perdido dos.

—Mi madre va a venir y no tengo las fuerzas necesarias para enfrentarme a ella por ahora. ¿Le podéis decir que me he ido?

—Nosotros nos encargamos —me tranquiliza Jesse—. ¿Necesitas que te acompañemos?

Le respondo que no.

—Tengo ganas de caminar.

—Ten cuidado, Henzo todavía anda suelto. Envíame un mensaje cuando llegues —me pide Clarke.

Asiento, asombrada. Normalmente no me habría dado otra opción que volver con él. Se está esforzando por tener en cuenta mis sentimientos, es sorprendente.

—Gracias por haberme apoyado hoy.

Intento sonreír, pero sale crispada, y rodeo la casa para evitar a Carter. Bajo por el sendero de la propiedad acompañada por una sensación de vacío que no resulta del todo desagradable.

Camino por las calles de Ann Arbor y pienso, con una ligereza desconcertante, en la vida, en las soluciones que se me presentan y en las decisiones que debo tomar.

Mi madre está en la ciudad.

«¿Tengo que huir de ella como de la peste, o debo escucharla? Pero ¿qué puede decirme que no me hayan contado ya?».

Escucharla contarme la misma versión que Carter y Mike solo va a cabrearme más. Ya conozco la verdad, lo que ahora necesito es tiempo para asimilarla.

Me pongo los cascos y me dejo cautivar por *What's Up?*, de 4 Non Blondes. Canto en voz alta, sin preocuparme por las miradas de la gente que pasa a mi lado, como me enseñó Ty. Una señora me observa con desdén cuando canto a pleno pulmón.

—*And so I wake in the morning and I step outside. And I take a deep breath and I get real high*.

La canción está en bucle, y no la cambio. Es una válvula de escape, consigue que me deje llevar, que pueda respirar.

Después de caminar media hora, llego al campus y empujo la puerta de mi habitación.

Lola sale del baño y me sonríe, sorprendida de encontrarme de tan buen humor.

Le doy un casco.

—*And I scream at the top of my lungs: what's going on?* —gritamos a coro.

Bailamos, cantamos y disfrutamos de los pequeños placeres de la vida. Ya no pienso en nada. Ni en los Arinson ni en la llegada de mi madre. Ni en los Devil's Sons ni en Samhain. Esta música me traspasa el alma y me da la fuerza que necesito para seguir adelante.

—*Tryin' to get up that great big hill of hope… For a destination…*

La canción termina y nos tiramos al suelo, al borde del desmayo.

—¿Y bien? ¡Estás muy contenta!

—Esta música desprende felicidad.

—Eso es cierto. Entonces, ¿cómo ha ido?

Le cuento lo que ha pasado con todo lujo de detalles hasta la llamada de mi madre. Lola me escucha, me entiende y me apoya. Está aquí, a mi lado, y es una excelente consejera.

—Por la cabeza de Mimir, estaba superpreocupada por ti, como si fuera yo la que estuviera viviendo todo en tu lugar.

Me hace reír, justo cuando mi móvil empieza a vibrar, anunciando la llegada de varios mensajes. Los mensajes de los Devil's Sons —seis en total— dicen todos lo mismo, como si no se hubieran puesto de acuerdo sobre quién debía avisarme.

Mi madre viene hacia el campus.

Una oleada de pánico reduce a cenizas mi calma interior.

Le enseño los mensajes a Lola, que se pone de los nervios.

—¡Tu familia es como un nido de víboras! Vale, vamos a sacarte de aquí.

Se levanta y se pone rápidamente los zapatos. Abro la puerta sin pensarlo, pero me detengo bruscamente cuando mi madre

aparece al fondo del pasillo. Lola, que no había anticipado mi parada, choca conmigo. Pierdo el equilibrio ante el impacto y casi me caigo. Gracias a los dioses, mi mejor amiga me agarra y tira de mí hacia atrás. Pero no mide su fuerza y caigo encima de ella en el suelo de la habitación.

—¡Rápido, rápido, rápido, levántate!

Sin tiempo para preocuparnos por posibles heridas, me levanto mientras Lola se arrastra hasta la puerta para cerrarla.

—¡No la quiero ver! —lloriqueo, al borde de un ataque de nervios.

Nunca había sentido esto por madre, pero el miedo está ahí; estoy aterrorizada ante la idea de enfrentarme a ella.

—¡Escóndete en el baño!

Me encierro en la pequeña habitación e intento calmar mi respiración. Cuando mi madre llama a la puerta, retrocedo hasta casi tropezar con el inodoro.

—¿Señora Lopez? —pregunta sorprendida Lola—. O debería decir señora *Arinson*.

El silencio se alarga durante varios segundos en los que me imagino demasiado bien a mi madre evaluándola de forma incómoda.

—¡Por todos los dioses, ahora entiendo de dónde viene la mirada asesina de su hija!

—No es una mirada asesina, ¡son las llamas del Raknarök que bailan en sus ojos!

Por el tono de su voz, que no esté en la habitación la ha puesto de los nervios.

Lola parece reflexionar antes de continuar.

—¡Pues claro! ¡Es increíble cómo ha dado en el clavo! Tan devastadoras y…

—Si observaras un poco mejor a mi hija, verías que no hay nada de devastador en ella.

Claire Lopez —o Arinson— ha sacado las garras. No debería haberle dicho eso a Lola. Ahora mi mejor amiga se va a sentir culpable y mal consigo misma. Y, lo más importante, no se merece su ira.

—¿Está Avalone?

—No… Lo siento. ¿Quiere que le diga algo?

—Sé que está aquí, ¡su mochila está ahí!

Mi compañera de cuarto suspira.

—Ya ha aguantado la presentación oficial con su padre y su padrino. Déjela procesarlo primero… La llamará cuando esté lista.

—¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo tardará?

La voz de mi madre se rompe, pero mi corazón no. Sus mentiras me han hecho perder mi identidad, aunque en el fondo de mi corazón siempre sabré quién soy. Sin embargo, ella se ha convertido en una extraña para mí.

—Tardará menos tiempo si no fuerza las cosas…

Lola encuentra las palabras adecuadas. Siento cómo mi madre se calma al suspirar.

—Está bien. Dile que la quiero.

—Se lo prometo.

Cuando la puerta se cierra, salgo del baño y estrecho a mi mejor amiga entre mis brazos. Estoy cansada y agotada, y ella necesita un achuchón. Su cara triste no es por compasión. Mi madre ha herido sus sentimientos.

—Elige una película, no importa cuál. Yo preparo las cosas —susurra.

Se aleja de mí y se pone a ello en un intento inútil por controlar sus emociones. Extiende las mantas por el parqué; sin embargo, cuando se muerde el interior de las mejillas, me acerco y tomo su cara entre mis manos.

—No me gusta mucho tu madre. Y ella me odia.

—Mi madre te adora, sabe que eres una amiga extraordinaria. Solo está alterada. Pero entiendo que no te guste. Se ha pasado, no te merecías su ira.

Me lanza una sonrisa comprensiva antes de examinar mi mirada con los ojos entrecerrados.

—Soy una amiga horrible —lloriquea—. Está claro que tus ojos no tienen nada siniestro. Debería haber estado más atenta…

Niego con la cabeza, sonriendo, y después le aseguro que es la mejor amiga de los nueve mundos.

Tengo que admitir que mi mirada es muy compleja. Encierra el caos, pero no lo es. Al menos, eso es lo que dicen…

10

Primer día de Vetrnætr.
Fiesta en el lago Whitemore esta noche.

Al despertarme, Lola me abrazó con entusiasmo para desearme la mejor de las suertes de los nueve mundos; después de todo, es lo que hacemos durante el primer día de las noches invernales, cuando honramos a Odín y Skuld, la Norna que simboliza el futuro. Le recité un bonito y sincero discurso que le hizo derramar alguna lágrima. Después, me enfrenté al mensaje de Ty, también conocido como «Trip boy» en mis contactos. Si ayer no rechistó cuando decliné su invitación, hoy ha reaccionado de otra forma. Como no respondí, me ha llamado, y Lola ha apoyado cada una de sus razones.

¿Es posible decir que no a las dos personas más insistentes del Yggdrasil cuando se alían contra ti? La respuesta es no.

Así que me he comprometido a pasar la primera de las noches invernales con ellos en el lago. Y al final no parece tan mala idea. Seré la única Arinson y estaré rodeada de mis amigos durante unas celebraciones que siempre han sido importantes para mí. Este será el momento de cerrar un capítulo y empezar otro.

El campus está en ebullición; es el día de *¿Y si hablamos sobre prejuicios y estereotipos?* Han organizado debates y talleres con la finalidad de crear conciencia y luchar contra la discriminación de todo tipo.

De camino a clase, un estudiante me empuja con tanta violencia que me pregunto si lo ha hecho a propósito.

—¡Joder, ten cuidado, chupapollas de los Devil's!

Asombrada, enarco las cejas y me dispongo a mandarlo a la mierda con todo el odio que he acumulado estos últimos días, cuando Jesse llega a nuestro lado. Con los puños cerrados, los dientes apretados y una mirada peligrosa, es aterrador. Los tatuajes de su cabeza aumentan la dureza de sus rasgos; parece un preso recién salido, listo para reincidir.

Al verlo de nuevo, mi agresor no es más que un niñito asustado por el monstruo de debajo de la cama. Pero el monstruo es Jesse, y él es muy real.

—Discúlpate o te prometo que va a ser tu madre la que me la va a chupar —escupe, furioso.

«Por todos los dioses, ¿cómo hice para enfrentarme a ellos y provocarlos? Nota mental: no volver a hacerlo si no están en mi equipo».

El estudiante da un paso hacia mí, con la mirada apaciguada pero aterrorizado.

—Lo siento… soy un estúpido.

—Puedes hacerlo mejor —ruge Jesse, listo para pegarle si no obedece.

El chico suspira.

—Lo siento, Avalone. No te merecías mi odio —continúa con una sinceridad asombrosa—. Estoy enamorado de Clarke desde hace años y él nunca me ha dirigido la palabra siquiera, pero llegas tú y te mira como si fueras la mujer de su vida.

Se ríe con amargura, mientras que yo tengo un ataque de tos incontrolable.

—Yo… Clarke no me desea —musito.

—Créeme, sí lo hace. He estado tan obsesionado con ese tío que me pasaba tardes enteras comiéndomelo con los ojos. Sé lo que quiere decir cada una de sus miradas asesinas. Te desea *a ti*.

Abro la boca, después la cierro; me siento como un pez fuera del agua.

La resignación que ensombrece sus ojos me conmueve y me entristece a la vez.

—Lo siento…

—No deberías. Tengo que ser realista: Clarke es cien por cien hetero. —Se encoge de hombros, cansado, y le dedica una mirada enigmática a Jesse—. Clarke no es el único al que he estado observando —le confiesa—. Si puedo darte un consejo: no cargues con el peso de los remordimientos, eso te envenena la vida.

Con una brusquedad sorprendente, el Devil's le ordena que se largue. El estudiante no se hace de rogar y sigue su camino. Lo veo alejarse, confundida por toda la situación.

—¿Cómo estás?

Centro mi atención en Jesse.

—Bien, ¿y tú?

Él sonríe, aliviado de que no huya inmediatamente, pero hay cierta incomodidad entre nosotros. El Devil's ha perdido su espontaneidad, actúa con cuidado, y yo tampoco soy capaz de hacer lo necesario para que se relaje.

—Más o menos. Recibiste nuestros mensajes, ¿verdad?

—Sí, justo a tiempo. Con uno habría sido suficiente, pero muchas gracias.

Se ríe, incómodo, y se rasca la nuca.

—No nos coordinamos. De hecho, fue Carter quien nos lo dijo porque sabía que te avisaríamos. Respeta tu necesidad de espacio, ¿lo sabías?

Me sorprende que vaya en contra de su cuñada. Pensaba que la verdad marcaría un nuevo punto de inflexión, pero al parecer no. El jefe sigue siendo el jefe.

—Me tengo que ir.

—Está bien… —suspira Jesse.

Me despido y me alejo.

Una parte de mí siempre los va a culpar. El dolor que sentí durante la revelación aún está presente, pero quiero a los chicos, y esta situación me vuelve loca, mucho más de lo que dejo ver.

Llego al anfiteatro que me ha sido asignado para esta jornada especial, en la que se mezclan todos los cursos.

—La discriminación y la violencia suelen ser fruto de los prejuicios —

afirma la profesora McAllister—. Es importante tomar conciencia de que todos tenemos prejuicios y que, por ejemplo, estos influyen en nuestras acciones o en la credibilidad que le damos a las palabras de una persona. Los prejuicios que pueden parecer más inofensivos pueden volverse los más perjudiciales y…

La profesora es interrumpida por dos rezagados que abren la puerta del anfiteatro.

«Mierda…».

Me enderezo en la silla; mi compañero de al lado me mira, divertido.

—¡Señor Taylor, señor Collins! ¡No sé de qué me sorprendo! —exclama la profesora McAllister.

No se oye ni un ruido cuando los Devil's levantan la vista hacia su interlocutora.

Set le dirige una sonrisa encantadora.

—No se burle, señorita. Eso solo la hace todavía más *sexy* —le dice en un tono zalamero.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—¡Sus piropos no funcionan conmigo, Collins! ¡Id a sentaros!

—*Ya* no funcionan —matiza Clarke.

Casi me ahogo.

¡Son increíbles!

Suben las escaleras, y los murmullos aumentan a su paso. Me encojo con la esperanza de pasar inadvertida.

Los chicos se sientan dos filas más abajo, a la derecha, sin haberme visto.

La profesora, ruborizada hasta las orejas, se aclara la garganta para pedir silencio.

—Como iba diciendo, podemos aprender de todos, sin excepción: de los más pequeños y de los mayores; de alguien sincero tanto como de aquel que miente; incluso de una persona, sea buena o mala. El problema de vuestra generación es que no sois más que prejuicios y etiquetas.

—Le dijo la sartén al cazo —farfulla Clarke, despectivo.

Él, que no se siente cómodo expresándose y prefiere observar —o golpear—, tiene mala suerte, porque el anfiteatro está en un

silencio tan absoluto que todos lo han escuchado.

Me giro discretamente en su dirección y lo veo tumbado en su silla, desde la que domina a todo el anfiteatro. Desprende superioridad, y lo sabe. Set, por su parte, se aburre y se limpia las uñas, despreocupado.

—Por favor —lo anima la profesora McAllister—. Comparte lo que piensas.

El Devil's mantiene la boca cerrada y no dice nada.

—Creo que lo que Clarke quiere decir —interviene Set— es que usted habla de prejuicios y de etiquetas, pero ¿quién nos juzga y nos mete a todos en el mismo saco?

—Yo, es verdad. No obstante, a diferencia de vosotros, soy consciente de ello.

Miro sorprendida a Clarke cuando toma de nuevo la palabra.

—¿Nos lee la mente? ¡Impresionante! Enséñeme su secreto, estoy seguro de que podríamos divertirnos mucho juntos, los dos solos.

Sus palabras están cargadas de insinuaciones sexuales y hacen que nazca en mi interior una pizca de celos.

Set se ríe y la profesora se pone como un tomate.

—Coged un folio —continúa, omitiendo el comentario de Clarke — y escribid, en una línea, la experiencia de un encuentro insólito que os haya enseñado algo. Seleccionaré diez al azar y los leeré de forma anónima.

Saco el material necesario, pero no encuentro nada adecuado para escribir. Me viene a la mente una anécdota, pero no puedo usarla. Aun así, no consigo sacármela de la cabeza hasta tal punto que no pienso en otra cosa.

Los últimos granos del reloj de arena de la profesora McAllister caen en la parte inferior.

—Traed los folios doblados a la mitad, por favor.

Los estudiantes los pliegan para entregarlos. Ante la falta de tiempo, anoto el único recuerdo que da vueltas en mi mente. Pero cuando la profesora tiene todos los folios en la mano y los mezcla para seleccionar algunos al azar, me arrepiento de inmediato.

—«He aprendido de una persona sin hogar que la felicidad no depende de ninguna suma de dinero, sino de nuestra capacidad de estar en armonía con nosotros mismos». No está mal. «Las páginas porn…». Oh, no. No voy a leer esto.

Se escuchan risas; yo contengo la respiración.

—«Mi hermana pequeña me ha enseñado que las faldas lápiz no están hechas para mí». —Pasa directamente al siguiente—. Oh, este es interesante… «Pensaba que rechazaba cualquier relación amorosa para proteger a la otra persona, pero alguien que parece no tener corazón me ha enseñado que la única persona a la que estaba protegiendo así era a mí misma».

La expresión «palidecer» es un eufemismo para describir mi estado actual.

Me hundo en mi silla con el imperioso deseo de fundirme con ella.

«¿Por qué me ha tenido que pasar esto a mí?».

Le rezo a todos los dioses del universo para que Clarke no me haya reconocido en esas palabras, incluso si el «parece no tener corazón» le encaja demasiado bien.

—¿Alguien quiere comentar algo?

«Oh, no, no, no, por favor…».

—Ese tío está como un cencerro —murmura Clarke.

Mi esperanza de pasar inadvertida desaparece. Solo queda saber si sabe dónde estoy sentada. Giro la cabeza en su dirección, con el miedo en el cuerpo, y me encuentro con su mirada. Pero también con una expresión provocadora: se humedece el labio inferior con la lengua de una forma tan erótica que siento que me derrito.

«Que Frigga me proteja de su encanto letal».

—Gracias por esta aportación, Taylor… «Esta puta vida me ha enseñado que cuanto más huimos de la atracción, más incontrolable se vuelve».

Cuando Clarke se tensa, con los ojos como platos, comprendo que esas palabras son suyas.

«Por todos los dioses, ¡no tenemos nada de suerte!».

Caigo en el significado de esas palabras, y no puedo evitar dirigirle una sonrisa arrogante. Desvía la mirada, como si no pasara nada, adopta una actitud indiferente y saca un cigarro que sujeta entre los labios. Se levanta, baja las escaleras con gran desinterés y le lanza una sonrisa endiabladamente *sexy* a la profesora. Se detiene frente al estrado, donde la profesora McAllister espera explicaciones, lo enciende y le da una calada.

—Una emergencia —dice, soltando el humo.

Con eso, se pone en marcha y sale del anfiteatro, dejándonos un último vistazo de su chaqueta de los Devil's Sons y el olor a tabaco.

Set maldice y declara en voz alta que, sin Clarke, se va a morir de aburrimiento. Sin embargo, permanece en su sitio y escucha atentamente los comentarios del resto de la clase. Incluso participa y muestra su enfado con la sociedad cuando los estudiantes víctimas de racismo o incluso de sexismo comparten sus vivencias.

Cuando salgo de mi último taller de la jornada, Jesse se acerca a mí. Corre hacia donde estoy, pero mantiene una cierta distancia para no presionarme.

—¿Necesitas que te llevemos al lago esta noche?

—Lola irá a la fiesta, iremos en su coche.

Su decepción es evidente, y odio ver esa expresión en su cara.

—Está bien. En ese caso, nos vemos allí.

Se está esforzando por acercarse de nuevo a mí sin parecer insistente. Todos lo hacen. Y los echo de menos.

Después de las revelaciones de Clarke, sé que realmente se preocupan por mí. Poner obstáculos en nuestra reconciliación está siendo muy doloroso. Así que mi pequeña sonrisa se convierte en una verdadera. Una sonrisa de paz. Una sonrisa de nuevos comienzos.

Jesse se da cuenta rápidamente de que he agitado la bandera blanca; su expresión se vuelve tan alegre que me río de felicidad. Reduce la distancia que nos separa y salgo despedida del suelo cuando me coge en brazos.

—¡Joder, lo que te he echado de menos!

Lo abrazo cariñosamente, y él aprovecha ese contacto para darme un montón de besos en la cara, los hombros y el cuello. Me río a carcajadas; me hace cosquillas y me cuesta liberarme de su abrazo.

Acaba soltándome, y retrocedo con el corazón más ligero. La sonrisa de oreja a oreja que tengo da fe de ello.

—¡Nos vemos esta noche! —le grito alejándome.

Subo a mi habitación llena de energía renovada. Perdonarlo me ha quitado un peso de encima, así que perdonarlos a todos resultará liberador. No he olvidado las mentiras, y puede que no esté lista para volver a confiar en ellos, pero los echo demasiado de menos. Seguir enfadada es una pérdida de tiempo; está claro que estamos mejor juntos.

Me encuentro a Lola histérica. Daniel le ha propuesto pasar Vetrnætr con Jack y él, ya que deseaba celebrar una fiesta pagana por primera vez en su vida. Cuando Lola le dijo que ya tenía planes, su decepción fue tan evidente que se está atormentando.

—Ya has oído a Jack y Daniel. Solo están disponibles esta noche por los entrenamientos. Ve con ellos, y ya pasaremos juntas las demás noches invernales.

—Fui yo la que te insistió para aceptar la invitación de Ty, ¡no te puedo abandonar!

Acuno su rostro entre mis manos.

—Cancelar los planes de una noche para aplazarlos al día siguiente no es abandonarme, Lo. No te preocupes por mí. Solo prométeme que no te acostarás con Daniel.

—Eso es para los que celebran Samhain.

—Sí, pero Samhain y Vetrnætr no son tan diferentes, lo creas o no. ¡Follar como animales en vísperas de la noche de los muertos no está muy bien visto!

Se ríe, poniendo los ojos en blanco, y yo aviso a Jesse del cambio de planes y le pido que venga a buscarme.

Después de una buena ducha, me pongo un vestido largo blanco de encaje sin mangas, con unas sandalias romanas planas que anudo hasta la rodilla, y el abrigo de piel beis que me ha

prestado Lola. Luego me ayuda con el peinado: una veintena de pequeñas trenzas, algunas con detalles plateados.

Las festividades en honor a nuestros dioses nórdicos se caracterizan por un salto en el tiempo. Honramos la memoria de los vikingos, los primeros adeptos de nuestra religión, adoptando algunas prendas de su vestimenta.

El Devil's de la cabeza rapada me avisa de su llegada. Le doy un beso a Lola y me dirijo al *parking* para reunirme con él. No veo su moto, pero sí el coche de Ty, aunque no hay ni rastro de los gemelos. Jesse está sentado al volante, apoyado en la ventanilla. Troto alegremente hasta él y entro en el Eleanor Shelby. No pierdo más tiempo y lo abrazo.

«¡Benditos dioses, cómo lo quiero!».

Me devuelve el abrazo con fuerza y, cuando nos separamos, me observa de arriba abajo. Sonríe con arrogancia.

—Una pagana preciosa.

—¡Tú tampoco estás nada mal!

Lleva un jersey de punto tan grueso que parecen eslabones. Su pantalón recto es de tela, y un gran abrigo de piel le cubre los hombros.

—Te he echado de menos —me confiesa.

Enciende el motor; le doy un beso en la mejilla y luego me acomodo en el asiento del copiloto.

—Yo a ti también, Jesse.

Estamos tan felices que no podemos dejar de sonreír.

Salimos del coche cerca del lago y seguimos el camino iluminado por una fogata de gran tamaño, el suficiente como para alumbrar nuestra zona improvisada para la festividad. Detrás de un árbol, distingo a los gemelos en la oscuridad, de camino a la orilla. Corro hacia mi compañero de viaje y salto sobre su espalda.

—Eso duele, Alone —su voz resuena a mi derecha.

Alzo las cejas y giro la cabeza en su dirección, siguiendo encaramada a… Alec, que se ríe mientras mi compañero de viaje finge estar dolido, con las manos sobre el corazón. Le pido disculpas

a Alec por lanzarme sobre él, luego le doy un beso en la mejilla y me bajo de su espalda.

—No hay problema, me encanta que las chicas se me suban encima, Doble A.

Pongo los ojos en blanco, divertida, y me giro hacia Ty, que me abraza.

—¿Me has echado de menos?

—Muchísimo —me responde con ironía.

Le doy un puñetazo en el hombro.

—¡Ay! Pues claro que te he echado de menos —rectifica.

Me da un beso en la frente y, al igual que Jesse antes, una sonrisilla aparece en sus labios.

—Es innegable que deberías haber vivido en la época de los vikingos.

Imito una reverencia, y me fijo en su ropa para la fiesta. No llevan pieles, sino unas túnicas blancas ajustadas con una cuerda sobre pantalones beis.

Doy un salto de la emoción ante la idea de pasar las fiestas con otras personas que no sean mi madre, y sigo el camino que lleva a la orilla del lago. Me detengo a varios metros del punto de encuentro para observar la escena que se desarrolla ante mis ojos. Los troncos de la hoguera, tan altos como yo, permiten que las llamas se alcen mucho y creen un intenso resplandor. Los Devil's están a su alrededor y también van vestidos para la ocasión.

Tucker lleva una armadura de guerrero encima de ropa blanca. Sean luce una preciosa capa. Justin viste una túnica parecida a la de los gemelos, decorada con una delgada piel de animal sobre los hombros. Una coraza marrón recubre parte del pantalón blanco de Set, y Ethan ha optado por una coraza de cuero con escamas. En cuanto a Clarke, es el que menos esfuerzos ha hecho. Aun así, se ha vestido con una camisa larga de lino, con cuello en pico y cordones.

El destello de las llamas se refleja en sus caras, y sus risas alegres llegan hasta nosotros. Tienen en la mano cuernos o grandes copas de plata llenas de quién sabe qué, y *Krigsgaldr*, del grupo de música nórdica Heilung, suena por los altavoces.

11

Vetrnætr acaba de comenzar y estoy más que lista para celebrarlo como solo los paganos saben hacerlo. Conforme nos acercamos a la fiesta, todas las cabezas se giran en nuestra dirección. Los Devil's dejan de hablar y la sorpresa reflejada en sus caras me indica que no sabían que venía.

Todas las miradas están puestas en mí; sin embargo, solo siento la de Clarke, que me devora con los ojos. Me gustaría decir que el color en mis mejillas se debe al calor de la hoguera, pero estoy demasiado lejos de ella para que resulte creíble.

Mientras los gemelos se alejan, miro a los miembros de la banda, que me devuelven la mirada. Observo a cada uno de ellos y los juzgo severamente.

—¿Hay más secretos?

—Todo eso se ha acabado, Avalone —responde Set.

Todos asienten con seriedad, excepto Clarke.

Me cruzo de brazos y enarco una ceja.

—Prométemelo.

El segundo de Carter inclina la cabeza y entrecierra los ojos. Pagaría lo que fuera por tener acceso a su mente y entender lo que pasa ahora mismo ahí, pero el Devil's permanece inexpresivo.

—Prometido —susurra tras enderezarse.

Pasan varios segundos durante los que analizo su sinceridad, y luego descruzo los brazos en señal de rendición.

Suelto un grito de sorpresa cuando Sean me levanta del suelo. Se ríe, contento.

—¡Joder, nunca me había molestado tanto que alguien pase de mí!

Con los brazos atrapados, me es imposible moverme. Aguanto su gran entusiasmo, sintiendo incluso vértigo cuando me zarandea. Pero me siento muy feliz por recuperarlo. Feliz de tenerlos de nuevo a todos.

—Suéltala, imbécil —le ordena Clarke.

No tengo tiempo de recuperar la estabilidad: tan pronto como Sean me suelta, paso de unos brazos a otros como si fuera una muñeca de trapo. En cada abrazo siento el alivio y la alegría de los chicos. Recibo un número incalculable de besos y un amor inconmensurable. No sé cómo pude alejarme, cómo llegué a odiarlos, cuando está claro que los necesito a mi lado. Porque, una vez que los conoces, ya no puedes vivir sin ellos. Nunca hacen nada a medias; son personas íntegras con las que se vive plenamente. Son *mi familia*.

El último Devil's en abrazarme me deja justo delante del inescrutable Clarke, que me impone con su altura. No soy la única que contiene la respiración cuando levanta la mano y la acerca a mi cara. Tras un breve instante de duda, coloca sus dedos alrededor de mi nuca. Me atrae hacia él y me da un beso en la frente.

—Estás preciosa —me susurra al oído.

Cojo una gran bocanada de aire y, de repente, me siento inquieta.

«Por Odín, ¿cómo puede tener este poder sobre mí?».

El Devil's me tiende una copa que parece estar llena de zumo de manzana. Así que, después de todo, sí sospechaba que vendría. Nuestros amigos se unen a nosotros cerca de la hoguera para comenzar las celebraciones, y soy la primera en hacer el símbolo del martillo sobre mi bebida.

—Poderoso Mjöllnir, martillo legendario de Thor, bendice esta bebida —susurro.

—Poderoso Mjöllnir, bendice esta bebida —murmura Clarke, repitiendo el mismo gesto.

Todos nuestros amigos también piden la bendición divina para su bebida. La música pagana le da un toque de magia a este ritual, y me emociona profundamente, como siempre. Intercambiamos miradas resplandecientes, sonrisas felices y amor. Doy un paso al

frente y tomo la palabra, con el corazón pesado por la nostalgia de las historias de mi infancia.

—Antes del tiempo, antes del inicio de las cosas, solo había dos tierras. Al norte se encontraba Nilfheim, una zona helada, de glaciares y de nieve. Allí estaba Hvergelmir, la fuente de donde descendían los doce ríos venenosos.

A mi lado, Ty sale del círculo que hemos formado.

—En el sur había otra tierra llamada Muspelheim —continúa él —. Era un reino de fuego y de desiertos de ceniza. De él fluía la lava.

Con la mirada clavada en mí, Clarke se acerca y entrelaza nuestros dedos y, cuando lo hace, juro que la magia de nuestros antepasados crepita a través de nosotros.

—Entre los dos mundos se abrió el Ginnungagap, el abismo original, el vasto vacío. Y por encima de todo eso se alzaba el fresno llamado Yggdrasil —dice.

—Sus ramas se extendían sobre todos los cielos y sus raíces se enredaban bajo todas las tierras —interviene Sean.

—Cuando las aguas heladas y envenenadas de Niflheim fluyeron en el Ginnungagap, formaron hielo —continúa emocionado Alec, con una sonrisa en los labios—. Entonces, el hielo se enfrentó a la lava procedente de Muspelheim.

—Cuando el hielo se derritió, surgieron las divinidades originales: Audhumla e Ymir. La primera liberó a Búri, el antepasado de todos los dioses, y del segundo descendieron los gigantes destinados al caos y a la destrucción —afirma Justin.

Mi corazón late de pura emoción y serenidad divina. Ya conocía la historia de nuestro universo y de nuestros dioses, pero las palabras de mis amigos me llegan al alma y me maravillan.

—Bor, hijo de Búri, y Bestla, hija del gigante Bolthorn, engendraron a Odín, Hœnir y Lodur —sigue Jesse.

—Los tres hermanos mataron a Ymir y se sirvieron de su cuerpo para dar forma a Midgard —añade Tucker.

—Después crearon el sol y la luna, los mundos y todo lo que hay en ellos —afirma Set.

—Y aquí nos encontramos nosotros, en el centro de todas las cosas, en Midgard —finaliza Ethan.

En esta primera noche de celebraciones, es tradición hacer una ofrenda con algo que hemos recolectado durante el verano. Es, a la vez, un agradecimiento y una petición para tener un invierno favorable. Y todos sabemos lo que hemos obtenido en los últimos meses: nos tenemos los unos a los otros.

Así que cierro la mano sin vacilar sobre el afilado cuchillo que me ofrece Alec. No muevo ni un músculo cuando la hoja me corta el interior de la palma. Extiendo mi mano herida por encima de una copa vacía y dejo caer varias gotas de sangre; después, el cuchillo y el recipiente empiezan a circular para que cada uno pueda sacrificar un poco de sí mismo. Al final, la copa se coloca en el centro del círculo para que la esencia de nuestra ofrenda llegue a nuestros dioses.

—En el oscuro horizonte de los días sin sol, nuestras esperanzas se mantienen inquebrantables —continúa Clarke.

—Ojalá esta ofrenda lleve nuestro agradecimiento a los dioses —añado.

—Odín, padre de todos los dioses, dios de la magia y de la sabiduría, alúmbranos durante las largas noches.

Todos, al mismo tiempo, nos llevamos nuestras copas a los labios y bebemos en honor a Odín.

Un escalofrío de éxtasis me recorre la espalda.

—Skuld, norna y valkiria, protege celosamente el hilo de nuestro destino incierto. Ponte de nuestro lado y anhela vernos triunfar. *Juntos*.

Bebemos en honor a Skuld.

—¡Les ofrecemos esta bebida a Odín y a Skuld! —exclamamos a coro.

Derramamos el contenido de nuestras copas en la tierra y dejamos que el silencio nos envuelva.

Ninguno ha hecho un esfuerzo físico, pero a todos nos falta el aliento, como si cada uno hubiera puesto toda su energía en las palabras, tratando de transmitir a través de los mundos nuestro respeto hacia las divinidades involucradas. Me invade un sentimiento de plenitud al honrar a quienes realmente venero. Los chicos se

sienten igual de bien, incluso Clarke, quien dijo que ya no tenía fe en los dioses.

Podría parecer descarado que criminales como los Devil's Sons —como nosotros— crean en fuerzas superiores y les recen. Pero nuestra religión rechaza la idea del pecado y, por ende, las nociones tradicionales del bien y del mal. Nuestros dioses no son omnibenevolentes. Se dejan llevar por la ira, usan la astucia y el engaño para conseguir lo que desean, e inician guerras por ego. Sin embargo, eso no significa que sean fríos, duros o inaccesibles. Están hechos a imagen de la naturaleza humana; mejor dicho, *nosotros* somos el reflejo de ellos. Además, ¿quién conoce realmente el límite entre el bien y el mal? ¿Quién puede afirmar que existe uno? Una misma acción puede perjudicar a unos y beneficiar a otros. El bien prospera porque el mal existe. Son las dos caras de una misma moneda.

Clarke se inclina hacia las llamas y hunde los dedos en las cenizas al pie de la hoguera. Se endereza con una ligera sonrisa en la comisura de los labios y lleva el índice ennegrecido a mi nariz. Quieta, dejo que me marque el rostro hasta la raíz del pelo. Un escalofrío imposible de disimular recorre mi columna bajo la suavidad de su tacto, y su sonrisa se amplía. Me obliga a cerrar los ojos para oscurecerme los párpados. El bullicio aumenta; los chicos han reanudado las celebraciones. Cuando un grito animal rasga el cielo, abro rápidamente los ojos. Tucker, con el rostro cubierto de ceniza, ruge orgulloso, sintiéndose superior y poderoso. Suelto una carcajada y me encuentro con la intensa mirada de Clarke. Él ignora a todos los que nos rodean y solo se centra en mí.

Ahora me toca a mí hundir los dedos en la ceniza gris. Él observa cada uno de mis movimientos en silencio y se detiene de vez en cuando en mi boca, mientras yo lo marco con esmero: de sus orejas hasta debajo de los ojos, luego de sus ojos a su barbilla. Su piel es pura adicción. Cada vez que la toco, no deseo nada más. Me obligo a interrumpir esas caricias; de lo contrario, continuaría indefinidamente.

Dejo caer los brazos a mis costados, hipnotizada por sus labios entreabiertos. El tiempo se detiene; las conversaciones de los chicos,

de repente, me parecen lejanas.

Solo existe la mirada esmeralda de Clarke.

La emoción es palpable; las palabras, inútiles.

«Te he echado de menos… Te quiero… Estoy enamorada de ti, Clarke Taylor».

Pero él no puede… No es libre para tocarme ni quererme.

Así que me alejo y rompo nuestra burbuja. Intuyo, por su expresión sombría, que no le gusta que huya. Y me lo confirma al poner su mano en mi espalda y acercarme a él. Pegada a su torso, siento cómo su corazón late tan rápido como el mío.

—No huyas de mí, Avalone —gruñe con autoridad.

Sus ojos observan la más mínima de mis reacciones.

Con la garganta seca, trago con dificultad.

—No tengo elección. Tú mismo has dicho que lo nuestro era imposible.

Su mirada se nubla un poco más.

—¿Entonces estamos condenados a jugar al gato y al ratón?

—El ratón nunca juega. Es el gato el que se divierte torturando a su presa.

El pulgar de Clarke acaricia mi labio inferior con un deseo crudo que vuelve inciertos los latidos de mi corazón.

—Eres tan peligrosa como lo es el gato para el ratón.

—Solo que hay un tercer jugador. Uno mucho más peligroso que el felino y el roedor juntos.

A regañadientes, me libero de su agarre y le doy la espalda, lista para unirme a los demás, pero su brazo me rodea la cintura. Inmóvil, cierro los ojos con la esperanza de calmar mi respiración entrecortada. Soy muy consciente de todas las partes de mi cuerpo que están en contacto con el suyo. Su fuerte torso contra mi espalda me hace sentir importante. Comparada con su complexión, no soy nada, y, sin embargo, es a mí a quien abraza; es mi cuerpo el que encaja con el suyo. Su aliento en mi cuello desprende un calor insidioso que me pone la piel de gallina, y su mano en mi estómago… Si bajara un poco más, pasaría la mejor noche de mi vida.

—¿Y si te digo que lo que no sepa Carter no puede perjudicarnos?

—Ya has visto que los secretos siempre salen a la luz, Clarke. No dejaré que pongas en peligro tu lugar en la banda por un simple polvo.

—Siempre serás más que un simple polvo, Avalone.

Mi corazón late con fuerza, no soy capaz de respirar.

Inquieta, me doy la vuelta y lo enfrento. Nuestras caras están demasiado cerca y tengo que luchar para apartar la mirada de sus labios.

—En ese caso, pregúntate qué quieres que sea, sin olvidar el riesgo que representa Carter.

Por mucho que lo quiera, no me lo perdonaría nunca si nuestros sentimientos lo privaran de la única cosa que le importa en la vida: formar parte de los Devil's Sons. Mi parte más egoísta le pide que piense qué es lo que más desea, pero mi parte más buena espera que, algún día, se despierte sin sentir ninguna atracción hacia mí.

Lo agarro de la mano y nos acercamos a donde están nuestros amigos, que nos reciben con entusiasmo. Llegamos a mitad de una conversación animada y alegre. Ty está compartiendo recuerdos de nuestro viaje por carretera y me río cuando menciona a la pareja de autoestopistas que recogimos. Todo iba muy bien hasta que abrí la guantera para buscar unos pañuelos y la pistola de Ty cayó al suelo junto con una gran cantidad de munición. A Ty no se le ocurrió nada mejor que decir que: «¡Un puto lunático va tras ella, será mejor que alguien se lo cargue!». La pareja no esperó a que el coche se detuviera para salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Justo después, relata nuestro desayuno en un restaurante que no terminó muy bien. Unos padres comían con sus hijos en la mesa de al lado, y el pequeño imbécil se divertía haciendo una catapulta con la cuchara. Cuando recibimos una buena dosis de kétchup y guisantes, los padres nos lanzaron una mirada de disculpa. A la segunda, lo amenacé con la mirada, desafiándolo a que lo hiciera de nuevo. Volvimos a recibir comida en toda la cara. Fue entonces cuando Ty me pasó su *mousse* de chocolate. Sin dudarlo, metí la mano y se la unté por toda la cara al mocoso. Nos echaron del

restaurante y, más tarde, comprendí que si el exmiembro de la banda me había pasado su postre, era para que lo probara, no para que me vengara.

Me seco las lágrimas provocadas por la risa ante los recuerdos, y le sonrío a mi compañero de viaje. Es una sonrisa llena de agradecimiento por todos los momentos que hemos compartido juntos.

Ty aprovecha para arrastrarme a un baile frenético cuando suena *Fee Ra Huri*, de Omnia. Somos poseídos por la música celta y enseguida todos los Devil's se unen a nosotros, excepto Clarke y Alec, que hablan alejados. Siento la mirada del chico rebelde en mi espalda, y esa simple sensación enciende mis mejillas.

Sin aliento, alzo la cabeza al cielo, cierro los ojos y dejo que la brisa refresque mi cara.

«Vosotras,
Urd, norna del pasado,
Verdandi, norna del presente,
Skuld, norna del futuro,
las tres hermanas que elaboran el *wyrd*,
la tela infinita del destino en la que cada hilo representa a un ser,
habéis unido el mío al de los Devil's Sons.
Nosotras lo sabemos, pero ellos ignoran que
las llamas del Ragnarök reprimidas en mis ojos
quemarán a cualquiera que se atreva a atacarlos.
En su presencia, ya no protejo el Yggdrasil,
yo soy la que hará arder y sangrar al fresno para protegerlos».

Una fuerza me empuja desde una dimensión paralela hasta que mis pies tocan el suelo. El viento me acaricia los brazos y el calor del fuego me calienta las mejillas.

Abro los ojos bruscamente, confundida y sin aliento por el rumbo de mis pensamientos.

—V, supe apreciar tu mirada, pero aquí me pone los pelos de punta.

Vuelvo a escuchar la música, los latidos de mi corazón se calman y siento el peso de las manos de Jesse sobre mis hombros.

Me observa con preocupación.

Sacudo la cabeza y parpadeo varias veces para anclarme a la realidad. No he dejado el lago ni a mis amigos, solamente estaba… perdida en mis pensamientos.

—¿Practicas el seidh?

—¡No! ¡Claro que no! —grito.

El seidh, en nuestra religión, hace referencia a la práctica que utiliza el trance para descubrir los planes de las Nornas o vislumbrar los resultados de las distintas posibilidades. Son pocos los que lo practican hoy en día. Su práctica es peligrosa y tener una visión no siempre resulta favorable.

Pero… si Jesse tiene razón y vi fugazmente el futuro…

—Conocer el destino nunca me ha interesado. Estaba perdida en mis pensamientos.

Exhibo una sonrisa tranquilizadora, pero no intento convencerlo con argumentos; estoy demasiado confusa.

¿Eso ha sido una advertencia? Pese a ello, soy incapaz de hacer daño a nadie…

Con la sorpresa a flor de piel, mi corazón da un bandazo cuando Jesse se desploma bajo el peso de Tucker, que salta a su espalda. Retrocedo varios pasos, tambaleándome, y choco contra una pared. Una pared que me agarra por los hombros y me hace girar hacia él.

Clarke.

Sus ojos se clavan en los míos. Inclina la cabeza, curioso, sin la más mínima pizca de miedo.

—¿Qué miras?

—Algo maravilloso.

—No más mentiras. Me lo prometiste.

—No te estoy mintiendo, Avalone. Solo tienes que hacer la pregunta adecuada si quieres una respuesta más explícita.

Lo fulmino con la mirada, demasiado preocupada para disfrutar del juego de palabras. Divertido por mi expresión, pasa su brazo alrededor de mis hombros y nos aleja. En un silencio perturbado por los latidos de mi corazón y los ruidos lejanos de la fiesta, llegamos al muelle de madera.

—Haz la pregunta, Avalone.

Trago con dificultad.

—Las llamas de mi mirada. ¿Cómo son?

—Son más intensas, más cálidas. Resplandecen y danzan en respuesta a… *algo*.

Para probar sus palabras, pone su mano en mi clavícula desnuda. Me sobresalto ante el tacto de sus fríos dedos, aunque tal vez sea mi cuerpo el que está ardiendo. Saboreo el frescor de su piel y acaba posando la palma sobre mi mejilla.

—Me hacen creer de nuevo en los dioses. *Tú* me haces creer de nuevo en los dioses.

Alzo la mirada hacia él, curiosa.

—No cuestiono tus dudas, pero tampoco las entiendo.

Una media sonrisa se dibuja en sus labios. Se sienta al borde del muelle, con los pies en el agua. Lo imito.

—Para muchos no creyentes que atraviesan momentos difíciles, empezar a creer en una fuerza superior les ayuda a seguir adelante. En cambio, cuando eres creyente y presencias un horror injustificado, te lo cuestionas todo. Solo la idea de que una deidad podría haberlo evitado, pero no hizo nada, resulta indignante para un chaval de catorce años. Jamás quise honrar a los dioses. Hasta esta noche.

—Quieres decir que…

—Es mi primera celebración en diez años.

De pequeña, me preguntaba a menudo por qué nuestros dioses no habían creado un paraíso y un infierno. Entonces comprendí que no eran lo suficientemente misericordiosos como para juzgar quién merecía la paz o la condena eterna. Acabé entendiendo que, poco importa qué tipo de persona hayamos sido —buena o mala—, a todos nos espera la misma suerte: las llamas del Ragnarök nos consumirán y arrasarán los nueve mundos. Nuestro comportamiento no preocupa a los dioses. Somos lo que queremos ser, y no podemos escondernos detrás de falsos pretextos.

—Desde pequeños aprendemos que nuestra alma arderá durante el Ragnarök. Vivos o muertos, aceptamos nuestro destino. El asesino de tus padres no tiene la más mínima idea de lo que le espera. Huirá de las llamas aterrado, intentará salvarse por todos los

medios… en vano. Y cuando lo consuman, gritará de agonía y experimentará todo el sufrimiento del Yggdrasil.

En respuesta a mis palabras, una sonrisa siniestra se extiende por los labios de Clarke. Debería sentir miedo, pero, en lugar de eso, pongo los ojos en blanco.

—Ahora que vuelves a tener fe en los dioses, quiero oírte decir una expresión pagana.

Clarke enarca una ceja, divertido.

—Ni en sueños.

—Si no lo haces, mi corazón corre el riesgo de fallar.

Me lanza una mirada indiferente. Me llevo las manos al pecho y finjo que no me siento bien. Clarke frunce el ceño de inmediato y mira hacia otro lado.

—Para.

—Te he avisado. Dilo.

—No.

Gimoteo, fingiendo un dolor inexiste, y me encojo. El Devil's me fulmina con la mirada; no le gusta nada mi forma de chantaje. Voy a por todas e imito dramáticamente un síncope.

Su irritación da paso a la burla.

—¡La dramática de Lola claramente te lo está pegando!

La verdad de sus palabras me hace reír. Después, Clarke me atrae hacia él. Los dedos de su mano herida se entrelazan con los míos, y ni él ni yo sentimos asco hacia la sangre del otro. Nuestros ancestros ofrecían en sacrificio ganado e incluso seres humanos. Nuestra reputación de bárbaros no es infundada, pero somos mucho más que eso. Cada ofrenda tenía un fin, era valiosa y respetada.

—¿A qué edad sacrificaste por primera vez tu sangre? —le pregunto.

—A los trece años escribí una redacción para demostrarles a mis padres que mi elección no era la de un niño ingenuo, pero recibí una negativa. Después murieron y dejé de honrar a los dioses. Esta noche ha sido mi primera vez. ¿Y la tuya?

—Hoy también ha sido mi primera vez. Nunca se me había pasado por la cabeza ofrecer mi sangre. A mi madre tampoco, de hecho.

Los demás se unen a nosotros para contemplar el paisaje. Sobre el lago se reflejan las llamas, el bosque y la luna. En la oscuridad de la noche, es un espectáculo que no te puedes perder.

Sentados más o menos en círculo, riendo por las tonterías de Tucker, estoy recostada entre las piernas de Clarke, que se apoya contra un poste de madera. Me toca sin parar y yo me estremezco con cada roce. Juguetea con mi pelo y desliza una mano por mi nuca. Me estrecha entre sus brazos y me atrae hacia él, dándome un beso en la frente. Damos la imagen de una pareja perfecta, y las miraditas que nos dirigen los chicos son prueba de ello. Gracias a los dioses, en un ambiente tan alegre, todos se guardan sus pensamientos, sabiendo que el más mínimo comentario —serio o irónico— podría hacerlo estallar.

Un escalofrío me recorre la columna cuando Ty susurra las primeras palabras de la canción *Odinn*, del grupo Skáld.

—Allt veit ek Odinn, hvar du auga falt Odinn, i deim inum maera Mimis brunni, hvar du auga falt Odinn.

Antes siquiera de poder sonreír, los demás continúan en coro, en una mezcla de tonos guturales y vibrantes, lo suficientemente poderosos como para alcanzar al padre de todos los dioses. Impresionada por la belleza de sus voces, los escucho en silencio, prefiriendo maravillarme con este espectáculo auditivo.

Mis músculos se destensan al ritmo de las palabras, una ligera brisa se levanta y nos acaricia el rostro, como si la naturaleza escuchara nuestra llamada a Odín.

Recostada contra Clarke, cierro los ojos y disfruto de ese canto que me ha acunado muchas noches, saboreando el aliento del motero en la piel sensible de mi cuello.

12

Dado que una noche en compañía de los Devil's Sons nunca termina sin una riña, solo hace falta que Sean se meta con Justin por Kenny, su hermana pequeña, para que los dos se enfrenten. Gracias a los dioses, están de broma, pero no por ello sus golpes son menos fuertes. Justin coge a Sean por la nuca y lo somete, hasta que este último se libera y lo inmoviliza con una llave. Ty los mira con un brillo travieso en los ojos, empuja a uno, que pierde el equilibrio y cae al agua, y agarra al otro, lanzándolo también al fondo del lago.

Mientras todos se ríen, yo miro fijamente la superficie del agua —helada en esta época del año—, esperando ver emerger a los chicos.

Sean es el primero en salir. Empieza a tiritar al instante.

—¡Cabrón!

Justin aparece un segundo después, con los labios azules. Me pongo de pie y me quito la manta, lista para envolverlos y darles un poco de calor, pero es el turno de Ty de caerse al agua, empujado por su gemelo. Alec se gira hacia mí y me dedica una sonrisa cómplice; sin embargo, siente el peligro cuando Ethan se le acerca. Se pelean, mientras Tucker salta voluntariamente al lago y Jesse agarra a Set. Acabo dejando la manta al entender que no habrá ocasión de ayudar a nadie a entrar en calor con ella, ya que mi turno no tardará en llegar. Clarke lanza a los dos últimos al agua, se gira hacia mí e inclina la cabeza.

—El agua está helada, no me puedes tirar ahí… —le suplico.

Con paso desafiante, avanza en mi dirección.

—Te recomiendo que te quites la ropa para cuando salgas.

—¿Sabes que contraer una neumonía con mi estado de salud no es recomendable?

—No dejaré que cojas frío.

Sus palabras dan a entender otras, y la mirada que me lanza hace que me sienta su presa, provocando que una ola de calor arrase mi bajo vientre. Indecisa, echo un vistazo a los chicos. Flotan en la superficie, esperando mi turno con impaciencia.

—¡A la mierda!

Sin pensarlo más, me desato las sandalias y dejo caer el vestido a mis pies. Un silencio absoluto cae sobre nosotros, la propia naturaleza enmudece. Todas las miradas se centran en mí. Un millón de preguntas atraviesan mi mente: ¿he olvidado depilarme?, ¿tengo la ropa interior mal puesta?, ¿llevo bragas de abuela?

—¡Me cago en la puta! —grita Justin.

De repente, los chicos se emocionan y gritan con los puños levantados al cielo. Está claro que ninguno se esperaba que no llevase sujetador, ni siquiera yo. ¿Cómo se me ha podido olvidar? Y a pesar de que creía que un par de tetas provocaría gritos irrespetuosos y frases obscenas por parte de nueve hombres, no hay nada de eso. Es cierto que observan mi cuerpo sin reservas, pero admiran mi feminidad y celebran con orgullo mi valor.

Una prenda de ropa cae a mis pies. Bajo la mirada hacia lo que parece ser un… ¿*bóxer*?

Me río. Set se ha desnudado en un gesto de solidaridad y me guiña un ojo de forma seductora mientras me señala con el dedo.

—La más hermosa de las princesas no debería ser la única en estar desnuda.

La proximidad de Clarke, y su mirada tan peligrosa como ardiente, me hace recuperar la calma. Ante el clamor público, me he perdido su reacción y ahora me impacta de lleno. Exuda testosterona, y el deseo que lo consume es tan ardiente que se me corta la respiración. Examina cada curva de mi cuerpo como un depredador y no detiene su avance hasta que mis pezones rozan su torso y sus labios acarician mi oreja.

—¿Has hecho el amor delante de ocho personas antes, Avalone?

Mi corazón se sobresalta con tal violencia que se me olvida respirar.

Trago con dificultad.

—No… —susurro.

—Entonces, salta al agua antes de que pierda el control por completo.

Retrocede un paso, y lo que veo en su mirada me paraliza. El control que tiene de sí mismo ya se está debilitando. Si no desaparezco de su vista, solo las Nornas saben de lo que sería capaz. Una falsa sonrisa pícara se extiende por sus labios, y de repente me empuja. Bajo los gritos de aprobación de los Devil's, pierdo el equilibrio y me sumerjo en el agua.

La temperatura helada del lago consigue devolverme a la realidad. Tras varios segundos sumergida, muevo los pies y subo a la superficie.

De pie sobre el muelle, Clarke me mira orgulloso. Se desnuda también, con una lentitud que me da la oportunidad de devorarlo con los ojos, y cuando solo le queda el *bóxer*, se zambulle. Emerge a mi lado, su cara a escasos centímetros de la mía, y me atrae hacia él. Ante el contacto de sus manos en mis caderas, ya no siento el intenso frío del agua. Mi pecho desnudo contra su torso no lo deja indiferente. Los dedos del Devil's se clavan casi dolorosamente en mi piel, y su gruñido ronco enciende todo mi ser. Seducida por sus labios, que solo piden estar sobre los míos, le rodeo el cuello. Clarke traga saliva y me anima a que continúe por ese camino al estrecharme un poco más entre sus brazos.

—¡Tíos, tenemos un problema!

La realidad nos trae de vuelta de la forma más desagradable. Habría pagado lo que fuera por encontrarme a solas con Clarke; sin embargo, Set requiere nuestra atención. Desde la orilla, y tal como vino al mundo, agita su móvil.

—¡Ava, querida, posaré desnudo para ti si quieres, pero parece que tenemos asuntos más urgentes!

Divertida, aparto la vista de sus partes íntimas y pongo los ojos en blanco. No digo nada porque me ha pillado con las manos en la masa. No obstante, no le estaba echando un vistazo, ni mucho

menos. Mirar a alguien y encontrarlo desnudo llama, sin duda, tu atención.

Set recobra su seriedad y nos la contagia a todos. Clarke y yo nos separamos, y los chicos han dejado de armar jaleo.

—Un tío le ha preguntado a mi hermana por Avalone. Según la descripción de Lola, se trata de Henzo.

Siento de nuevo la temperatura helada del agua. Mi mente a duras penas es capaz de procesar la información. Clarke me lleva a la orilla y me ayuda a salir del lago. Mientras revivo la negociación, el motero me cubre con la manta.

Escucho la discusión de los Kings of the Law en mi mente, percibo el odio de Henzo en su mirada y lo veo apuntándome con su pistola. Siento el dolor, y después el eco de los gritos de los Devil's Sons recorriéndome el cuerpo.

Sacudo la cabeza y vuelvo a la realidad.

Clarke y Set ya están vestidos. Todos han regresado al muelle, listos para actuar.

Las celebraciones ahora parecen muy lejanas.

—Liner, estáis reclutados. Sean, Justin y Alec, haced el recorrido por el campus. Jesse, Tucker y Ty, los alrededores. Set, ve a poner a tu hermana a salvo —ordena el segundo de Carter.

Los gemelos asienten sin formalidades. Después de todo, «desde siempre y para siempre Devil's».

Clarke me coge del brazo y me arrastra hacia la hoguera. Abre una mochila oculta en una nevera, de la que saca una pistola que se coloca por detrás en la cintura del pantalón, y después una metralleta. Con habilidad y rapidez, hace varios movimientos técnicos. Supongo que está cargándola.

A mi alrededor, todos se mueven, eligen sus armas y su munición. En silencio, el motero me lleva hasta el *parking*, donde nos reunimos con los Devil's. Cuando cada uno monta en su moto, Clarke y yo nos metemos en el coche de Ty. Los motores arrancan a la vez, pero antes de que nadie se aleje, saco la cabeza por la ventana, con el corazón latiendo a cien por hora.

—¡Tened cuidado! Por favor…

—Si crees que un lobo solitario puede hacernos daño, estás completamente equivocada, señorita Arinson.

Ni el mismo Tucker se cree sus propias palabras. Desde luego, un lobo solitario no es capaz de matar a una manada, pero sí de herir a más de uno. *Mortalmente*.

Conducimos todos juntos; después tomamos rumbos opuestos. Clarke y yo dejamos atrás a las motos y nos adentramos en la tranquila noche. El Devil's no aparta la vista de la carretera, con la metralleta sobre las piernas. Su expresión permanece inescrutable y sus sentidos, alerta.

La idea de ver a Henzo me aterroriza. Incapaz de decir nada, me mantengo en silencio y espero llegar sin contratiempos a casa.

Clarke aparca al lado de su apartamento y sale del coche, armado. Irradia peligro. Este enemigo al que no consiguen atrapar lo cabrea mucho. Rodea el coche, todavía alerta, y me abre la puerta. Sus dedos se cierran alrededor de mi brazo y me lleva al interior precipitadamente.

Segura en el apartamento de los chicos, me permito respirar. Nunca antes cuatro paredes me habían parecido tan reconfortantes.

—¿Qué le haréis a Henzo si lo encontráis?

El Devil's se deshace de sus armas, y luego de la camiseta que se le pega a la piel.

—Se niega a hablar y dispara en cuanto nos ve. Tenemos que matarlo.

Contengo la respiración al comprender que, durante mi ausencia, lo han perseguido. Debieron pensar que el King of the Law me había puesto la mano encima.

—Sé lo que me vas a decir y no, no podemos avisar a la policía. Informarles de la negociación que *tú* has dirigido sería estúpido.

—¡La negociación no fue ilegal!

—Pero la falsa denuncia que hiciste, sí. Si los polis recopilan pruebas de tu implicación en nuestros asuntos, tendrás una nueva diana en la espalda. Henzo *debe* morir.

Su mirada se oscurece. Imaginarlo quitándole la vida a alguien me provoca sudores fríos; sin embargo, entiendo que la discusión ha

terminado. Después de todo, ¿por qué querría proteger a un hombre que me quiere muerta?

—No le deseo ningún mal —confieso—. Solo quiero que me deje tranquila.

El rostro de Clarke se suaviza.

—Lo sé, preciosa. Pero, en este mundo, es su vida o la tuya. Y de ninguna manera voy a perderte a ti también, ¿de acuerdo?

Asiento lentamente y contengo la sonrisa que intenta florecer en mis labios. Permanecemos callados hasta que el sonido de mi móvil me sobresalta. Rechazo la enésima llamada de mi madre.

—¿Sabíais lo de mi enfermedad? —pregunto.

—No. Eso fue un golpe para todos, incluso para los Arinson. Y no, no le dije al jefe sobre los medicamentos que encontré en la fraternidad. Se enteró de tu enfermedad cuando Ange los tiró a la piscina.

—¿Por qué?

—Estaba ocultando tu identidad. Tener ese tipo de información y no decírsela fue una especie de venganza que decidí llevar a cabo por ti.

Nuestras sonrisas reflejan cierta crueldad, y le agradezco que tomara la iniciativa.

Ante la vista de su torso húmedo, lo presiono para que se vaya a la ducha. Intenta que vaya yo primero, pero le aseguro que estoy bien calentita con la manta.

Salto del canapé, con los sentidos alerta, cuando un ruido sordo resuena al fondo del pasillo. Varios segundos más tarde, otro ruido. Y otro más. Clarke está a punto de destrozarlo todo. Corro hasta su habitación y entro justo a tiempo de ver cómo su cómoda se estrella contra la pared opuesta.

El autor de esa carnicería se da la vuelta y me fulmina con la mirada, con los músculos tensos. Se contiene para no seguir destrozándolo todo y golpea la pared con el puño y la cabeza gacha.

Me acerco, vacilante. Ser precavida se ha convertido en mi pasatiempo favorito.

—¿Qué ocurre?

Inspira profundamente.

—Los chicos se han encontrado con Henzo. Había gente, no podían correr riesgos. Ese cabrón les ha jurado que te matará y después ha desaparecido.

Acorto la distancia que nos separa y paso mi mano por su espalda.

—Clarke, no me ocurrirá nada, ¿vale?

Me lanza una mirada tan llena de odio que siento que soy la culpable de todos sus males.

—Me dijiste lo mismo antes de desangrarte en el suelo de un almacén abandonado —escupe, apretando los dientes.

—Iré a vivir a casa de Carter si es necesario.

Evita mi mirada, así que me interpongo entre él y la pared.

Nuestra repentina proximidad provoca un incendio en mi interior, contenido desde hace demasiado tiempo y alimentado por nuestros enfrentamientos constantes. En sus ojos, me pierdo en mitad de un océano de emociones contradictorias. Teme por mi vida y siente un profundo odio hacia Henzo. Es su enemigo; quiere verlo morir bajo terribles sufrimientos. Al parecer, no soy la única que haría arder y sangrar a Midgard para protegerlos. Para *protegerlo*. Y nuestra conexión lo atrae tanto como le hace daño. Para él, soy inalcanzable desde el primer día. Pero una orden no tiene el poder de impedir que surjan sentimientos.

Confusa por lo que veo en su mirada, coloco una mano en su mejilla. Cierra los ojos y disfruta de ese pequeño consuelo, pero acaba apartándola, mostrándome su eterno rechazo.

—Prometiste no mentirme más.

Mi voz me traiciona y refleja mi sufrimiento. Él abre los ojos.

—No te he mentido.

—Me mientes con tu actitud. Me besas para después rechazarme. Te pasas toda la noche buscándome, dejándote llevar, y después huyes. *De nuevo*. —Lo obligo a retroceder; su presencia nubla mi mente—. Escucha, Clarke. Sé que tu posición en los Devil's Sons está en riesgo si Carter se entera de lo que hay entre nosotros. Y créeme, lo último que quiero es arrebatarte a tu familia. Así que

este jueguecito se ha terminado. Por ti. Y por mi corazón. Tomo esta decisión por los dos: somos amigos.

Incapaz de hacer contacto visual, por miedo a echarme atrás, aunque sea la decisión correcta, me alejo y entro al cuarto de baño. Con movimientos bruscos, me desnudo y abro la ducha, deslizándome bajo el chorro.

Si tan solo Carter no fuera… Carter, con su autoridad y sus reglas. Y si Clarke no fuera… Clarke, con miedo a lo desconocido, provocado por las emociones y las obligaciones. Pero, si no fueran como son, no estaría frente a ese moreno atractivo y misterioso, ni estaría locamente enamorada de él.

Dejo escapar un grito desesperado que muere en el fondo de mi garganta cuando unos brazos fuertes me rodean. Los latidos de mi corazón se desbocan y resuenan en mis oídos.

—No tienes derecho a tomar esa decisión por mí.

Sus labios me acarician la piel del cuello, justo debajo de la oreja, y desliza sus manos por mi cuerpo. Puedo sentir la intensidad de su deseo contra mi espalda baja.

—No quiero que seas mi amiga.

Me muerde la piel sensible y me arranca un gemido de absoluto placer. El sonido parece acabar con él: su peso cae sobre mí y se apoya en la pared para no ceder.

Este contacto físico nos está matando a los dos.

—Tampoco quiero que seas mi amante.

Me gira hacia él y me empuja contra la pared. Sus ojos negros no muestran ningún destello esmeralda, como cuando está enfadado.

—Soy incapaz de expresar con palabras el lugar que me gustaría que ocuparas a mi lado, pero lo que sí te puedo confesar es que te deseo *a ti*.

No es lo que quería escuchar y no me ha abierto su corazón como lo esperaba; sin embargo, siento que algo ha cambiado en él. Clarke, a pesar de sus cadenas, está decidido a poseerme, aquí y ahora, sin importar las consecuencias de nuestra atracción prohibida.

Bajo el agua, nuestros labios se unen, y esta vez nos tomamos nuestro tiempo en las caricias, en los besos… No tenemos prisa.

Disfrutamos de nuestros cuerpos como si fuera la última vez. Nos impregnamos del sabor, del olor y del tacto del otro con un deseo tan intenso que duele hasta el alma.

Me agarra del pelo y me obliga a echar la cabeza hacia atrás, exponiendo mi garganta. Su lengua saborea mi piel, seguida de sus dientes y labios, y el escalofrío más intenso que he sentido jamás sube por mi espalda. Me aferro a sus brazos y pierdo el equilibrio bajo esta deliciosa agonía.

Sin dejar de hacer proezas con la lengua, coge su gel de baño, que reconozco por el olor. Como excusa para explorar mi cuerpo, me enjabona entera mientras devora mis labios con intensidad. Nuestro beso expresa un millón de emociones indescriptibles. Ahora me toca a mí enjabonarlo, recorriendo con mis manos cada uno de sus músculos y tatuajes. Me estremezco bajo sus dedos, y él gime bajo los míos. Intercambiamos una mirada y perdemos el poco juicio que nos queda. Nuestros gestos, nuestras caricias, todo se vuelve impaciente, salvaje, fogoso, impuesto por una imperiosa necesidad que debemos satisfacer para poder respirar un día más.

Entrelazo mis manos detrás de su nuca, pidiendo aún más, mientras las suyas, en la parte baja de mi espalda, me sostienen contra él e impiden cualquier escapatoria. Tengo la mente nublada por el deseo.

Clarke me levanta, le rodeo la cintura con las piernas y hundo los dedos en su pelo. De una patada, el motero abre la puerta del baño y, empapados, nos lleva a la habitación.

Consumida por mi deseo de saborearlo, inclino la cabeza para alcanzar su cuello. Usando solo mi lengua, subo por su garganta y le muerdo el lóbulo de la oreja. Ante el gruñido ronco que suelta el Devil's, deduzco que la caricia ha surtido efecto, hasta tal punto que se agarra al marco de la puerta para no caerse.

Me tiende en la cama y devora mi cuerpo con la mirada, provocando un incendio devastador dentro de mí. Sus iris no han recuperado su color esmeralda, lo que confirma mis sospechas: no se oscurecen cuando está enfadado, lo hacen cuando experimenta emociones fuertes, sean buenas o malas.

Su atención se centra en la cicatriz que divide mi pecho en dos, fruto de la operación a corazón abierto a la que me sometí nada más nacer. Me sentiría incómoda bajo la mirada de cualquiera, pero con Clarke siento que llevo el colgante Brísingamen de Freya, que aumenta tanto la belleza de la diosa que ni los hombres ni los dioses se resisten a sus encantos.

Se humedece los labios y traga saliva al bajar la mirada a mi ingle. Sabe lo que quiere y no tiene intención de privarse. Sus ojos van hacia la cómoda, donde seguramente guarde los condones, y después vuelven a mí, en conflicto.

—Contigo no. Ese plástico salva vidas, pero *necesito* sentirte. Estoy limpio y sé que tú también; lo mencionaron en tu dosier médico, al igual que el DIU que llevas. ¿Confías en mí?

A pesar del gran número de ligues, no pongo en duda su palabra. Confío ciegamente en él.

—Sí…

Una sonrisa depredadora se extiende por sus labios.

—Habrá preliminares la próxima vez. Te necesito ahora o me volveré loco.

Su voz, ronca, casi animal, me excita tanto como sus palabras.

Mis pensamientos son confusos. Ya no sé qué día es ni cómo hemos llegado hasta aquí, pero eso no tiene la más mínima importancia ahora mismo.

Me mira, a la espera de mi afirmación. Estoy tan confusa que solo soy capaz de parpadear.

—Avalone… —refunfuña, impaciente.

—La próxima vez —asiento.

Me ha hecho anhelarlo tanto desde nuestro reencuentro que ni siquiera intenta torturarme con los preliminares.

Sus pupilas se dilatan. Le rodeo la cintura con las piernas y me atrae hacia él. La mirada que compartimos es más significativa que cualquier conversación. Con ese simple contacto visual, intercambiamos emociones y sentimientos demasiado complejos para analizarlos. Clarke pasa su pulgar por mi labio inferior y me besa con todo el amor que es capaz de expresar.

Después de toda esa frustración, esa contención, está aquí. Y yo también. Inspiramos al mismo tiempo, como si la tensión entre nosotros nos oprimiera el pecho. Por fin tenemos la oportunidad de liberarnos de ella.

Clarke se desliza dentro de mí.

Un gemido de éxtasis puro se escapa de mis labios. Su cuerpo reacciona al instante a mi placer: sus músculos se tensan y su respiración se vuelve entrecortada. Cada roce de su torso contra mi pecho me hace perder la cabeza; cada movimiento de su pene dentro de mí me consume un poco más. Me muerdo el labio para contener los jadeos, con la mano de Clarke aferrada a mi pelo.

—Quiero grabar cada uno de tus gemidos en mi memoria. Te prohíbo que te contengas, belleza.

Respalda sus palabras con un fuerte movimiento de caderas que me arranca un grito de placer, provocando en él un gruñido satisfecho.

«¡Por Frigga, qué hermoso es!».

Siempre lo ha sido, pero, en este instante, con sus músculos tensos por el esfuerzo, con su alma liberada de sus cadenas y su mirada iluminada por un placer puro, es, sin lugar a dudas, el hombre más bello de los nueve mundos.

Acelera el ritmo y pierdo el control. Estoy bajo la influencia de una emoción muy poderosa y de un deseo que crece sin freno.

Arqueo la espalda para estar más cerca de Clarke; lo acaricio y lo beso con la necesidad de crear cualquier conexión posible entre nosotros.

Sus dedos se clavan en mis caderas y su boca atrapa uno de mis pechos, aumentando todavía más mi excitación. Un segundo después, me gira para colocarme de rodillas, con las manos apoyadas en la pared frente a mí.

Su presencia a mi espalda activa todas mis terminaciones nerviosas. Desliza un dedo a lo largo de mi columna que me provoca un intenso escalofrío. Tira de mi pelo para acercar mis labios y, cuando se apodera de ellos, me penetra de nuevo. Siento una sacudida, pongo los ojos en blanco y parpadeo.

Bajo la pasión de sus embestidas, mi cuerpo se aplasta contra la pared. Su boca recorre toda mi piel; me besa la espalda, subiendo hasta mi nuca. Echo la cabeza hacia atrás y gimo. Aprovecha esto para atraparme entre sus brazos.

Me acaricia la mejilla con una ternura infinita. Cuando sus dedos rozan mis labios, los retengo con los dientes y trazo círculos alrededor de ellos con la lengua.

—Avalone —gruñe Clarke.

Me arqueo aún más contra él, muevo la cadera y su respiración se vuelve más pesada, entrecortada. Detiene los movimientos y me cede el control. Me muevo hacia adelante y hacia atrás sobre su miembro. Giro la cabeza y observo cómo su mirada recorre mi cuerpo con adoración y con devota pasión que me llega al corazón.

Todo el mundo debería sentirse así de especial, al menos por una noche. Esta noche, mi cuerpo ya no me pertenece; es completamente de Clarke, que lo colma de un placer inimaginable.

Deslizo una mano por su pelo, acerco su rostro al mío y me apodero de sus labios sin pedir permiso. El gemido masculino y *sexy* que le arranco amenaza con llevarme al séptimo cielo.

Sus últimas barreras saltan por los aires. Me gira de nuevo y me acoge entre sus brazos. Se levanta de la cama y, con mis piernas alrededor de su cintura, me deslizo a lo largo de su miembro. Empiezo a jadear y a gritar… o al revés.

Apoyo la espalda contra la pared, permitiendo que Clarke me penetre más profundamente. Frente con frente, suspiramos a la vez.

—Me vas a matar…

—Ya me has matado…

Una sonrisa depredadora se extiende por sus labios. Clavo las uñas en sus hombros e inclino la cabeza hacia atrás cuando las olas de calor que se apoderan de mí se vuelven cada vez más fuertes, como sus embestidas.

Su boca se apodera de la mía. Le robo un gemido cuando muerdo su labio inferior y sostengo su mirada. Una mirada muy emotiva, única e intensa.

—No hay vuelta atrás.

—Lo sé, preciosa.

La tristeza se apodera de mí y lo contagia. Da igual lo que queramos y las líneas que crucemos, nunca podremos estar *juntos*.

Aplasta sus labios contra los míos con tanta pasión que podría llorar. La conexión que existe entre nosotros transforma nuestro baile desenfrenado en una danza sensual. Nuestros movimientos se vuelven más lentos, el tiempo parece detenerse. Nada más importa.

El Devil's me lleva de vuelta a la cama, sobre la que me recuesta con ternura.

El ambiente ha cambiado por completo. De electrizante, ha pasado a ser erótico y romántico. El rastro de besos que deja a lo largo de mi mandíbula hace que se me ponga la piel de gallina. Sus manos agarran mi culo con posesividad y me acerca a él para entrar en mí con una lentitud desconcertante. Se me escapa un suspiro de satisfacción, de plenitud, y Clarke Taylor me hace el amor. Me acaricia, me mima, está atento a la más mínima de mis reacciones. Es delicioso, *demasiado* delicioso. No podré conformarme con nada más después de esto.

Mis manos recorren su espalda, su abdomen, su cara. Le beso hasta perder el aliento, disfrutando de todo lo que me ofrece. Mi cuerpo arde y siento que me corro con cada movimiento de caderas.

—Joder…

Cada uno de mis gemidos lo vuelve loco, y cuanto más se acerca el orgasmo, más se ilumina su mirada.

La euforia se apodera de mí con tal violencia que siento que salgo de mi cuerpo. Mi espalda se arquea, mis piernas tiemblan y me invade un orgasmo que provoca el de Clarke.

Sin aliento, su cuerpo se derrumba sobre el mío. Con la respiración entrecortada, nos miramos, igual de confusos. Parece que busca respuestas en mis ojos, pero yo estoy tan perdida como él.

¿Cómo podría olvidar alguna vez lo que acabamos de compartir? ¿Cómo podría siquiera sacar a este hombre de mi mente?

Se deja caer de espaldas a mi lado y me atrae hacia él. Es un gesto natural para mí. Pero Clarke no es el tipo de chico que abraza a la chica con la que acaba de follar. Me siento honrada y realmente conmovida. Apoyo la cabeza en su hombro y me acurruco contra él.

Un segundo después, me acaricia el cuerpo desnudo con las yemas de los dedos.

De todas las parejas que he tenido, nunca he encontrado a nadie tan atento al placer del otro como Clarke. Hemos compartido más que nuestra intimidad y, por primera vez en mi vida, he hecho el *amor*. Con Clarke Taylor, que lleva a sus ligues al orgasmo y después se larga sin mirar atrás. A las chicas de la universidad les gusta compartir los éxitos de los Devil's Sons con quien quiera escucharlas. Su reputación es bien conocida. Pero esta noche me ha dado algo que no le había ofrecido a nadie. Cada vez que nuestras miradas se encontraban y el color oscuro de sus ojos me revelaba sus sentimientos, mi amor por él llegaba al máximo. Ahora somos conscientes de que no podemos volver atrás. Algo demasiado fuerte se ha forjado entre nosotros.

En los brazos de Clarke, oigo cómo su respiración se apacigua.

—¿Te arrepientes?

Una de las comisuras de sus labios se eleva y me coloca un mechón detrás de la oreja.

—Aunque lo quisiera, sería imposible.

Mi corazón se sobresalta antes de recuperar su ritmo natural, pero mi felicidad no se puede disimular.

—¿Por qué no dices nada?

Mi pregunta le arranca una preciosa sonrisa. Sus sonrisas son tan escasas como sus palabras, lo que las hace únicas y maravillosas.

—¿Qué? —pregunto, alzando la cabeza—. Sé que expresarte no es tu punto fuerte, pero cada vez que hablas es para decir cosas correctas y sinceras.

—Mis pensamientos son valiosos. Solo revelo lo que quiero. Nunca digo lo que la gente quiere oír.

Me quedo en silencio y pienso en sus palabras.

—Además, si hablara tanto como Tucker o Lola, me quedaría sin «cosas correctas y sinceras», y, por tanto, soltaría la misma cantidad de tonterías que ellos.

Aprieto los labios y me contengo para no reírme de nuestros amigos, a los que adoramos por sus tonterías.

«Y si sonriera tanto como ellos, sus sonrisas no serían tan conmovedoras como las que me dedica».

Nos incorporamos de golpe cuando escuchamos el ruido de una llave entrando en una cerradura.

«¡Mierda!».

Desnudos, saltamos de la cama y nos precipitamos sobre nuestra ropa. Clarke me tira una camiseta y me visto mientras él se pone el pantalón de chándal. Recorro el suelo con la mirada, pero algo llama mi atención.

—¿Buscas esto?

Está girando mi braguita alrededor de un dedo. Me la lanza con una sonrisa sugerente que despierta mi deseo. Pongo los ojos en blanco para ocultar mi nerviosismo, a pesar de que los Devil's ya están en el salón.

Clarke se acerca a mi espalda y entrelaza los brazos alrededor de mi pecho.

—Sal cinco minutos después de mí; de lo contrario, no nos dejarán en paz.

Me da un beso en el cuello, después me gira hacia él y me besa despacio, como una promesa sincera. No soy un ligue de una noche para él y quiere recordármelo.

Lo observo salir de la habitación e intento mantener la compostura. Aún estoy demasiado afectada por lo que acabamos de compartir.

—¿Entonces?

La voz del motero me llega procedente desde el salón.

—Ha huido por Whittaker Road —responde Sean—. Y ha ido de compras; ahora tiene una metralleta.

—¡No me jodas! —dice Clarke, irritado.

—¿Cómo está Ava? —le pregunta Jesse.

—En buena forma…

Me pongo roja por la insinuación y me asusto ante la idea de que nos descubran. No puedo unirme a los chicos en este estado.

Voy al baño a refrescarme y a limpiar cualquier señal del polvo en mi cara.

Cuando creo que estoy presentable, me uno a los Devil's Sons, que me reciben con cariño.

Tucker, sentado en el sillón, me acerca a él y me ofrece el consuelo de sus brazos.

—Vamos a atraparlo, no te preocupes —me asegura.

Me da un beso en la mejilla.

—Sé que esta situación es complicada —empieza Sean—, pero ya no puedes dormir en el campus hasta que paremos a Henzo.

Asiento, con la mente en otra parte. El miembro de los Kings of the Law es la última de mis preocupaciones, por ahora.

—Si Carter está de acuerdo, podrías quedarte aquí —propone Set.

Tucker me aprieta un poco más entre sus brazos como señal de aprobación antes de preguntar al último compañero de piso con la mirada.

—Pues claro. Mi cama es toda suya.

Agacho la cabeza con la pequeña esperanza de ocultar a los chicos el rubor de mis mejillas, cuando Clarke se levanta y va a la nevera.

Me quedo helada ante la visión de su espalda arañada hasta hacerla sangrar. Arañazos de cinco en cinco. Me ahogo ruidosamente, y mis ojos abiertos como platos reflejan mi culpabilidad.

«Por Frigga…».

—¡Me cago en todo! —exclama Ty.

El tiempo se detiene, todos se callan. El antiguo Devil's se parte de risa, y solo hacen falta varios segundos para que el resto de la banda encuentre la causa de sus carcajadas. Enseguida, estallan en risa.

Me hundo en el sillón, deseando que me trague y me ayude a desaparecer.

—¡No me sorprende que quieras que se quede aquí!

—¡Joder, Ava, eres una verdadera tigresa!

—¡Ha probado la fruta prohibida, el gilipollas!

—¡Pedazo de imbéciles, sabía que solo era cuestión de tiempo!

—¿Cómo ha sido el golpe de caderas del Devil's, Ava?

Los comentarios vuelan en todas direcciones, nadie me salva. Clarke mira a sus amigos sin saber cómo lo han descubierto.

—Ponte una camiseta —le suplico.

Con la cara medio escondida entre las manos, miro cómo observa el reflejo de su espalda en la nevera. Aprieta los labios, divertido, y me guiña un ojo antes de dirigirse al grupo que no deja de burlarse.

—Las marcas que me han dejado hasta ahora eran de vuestras madres.

El más hermoso de los silencios nos envuelve. Todos hacen muecas de asco al imaginarse esas horribles imágenes.

Clarke sale de la cocina y aparece de nuevo un segundo después, con una camiseta.

—Lo que has hecho es un golpe bajo, tío —se queja Tucker—. No te imaginas hasta dónde puede llegar mi imaginación…

—¿Se puede saber cómo habéis llegado a eso? —pregunta Set.

—¿Siempre montáis tanto alboroto con todas las chicas con las que os acostáis? —pregunto.

—Tú no eres «todas las chicas», belleza letal —me responde con voz seductora.

Hago un falso gesto de estar conmovida.

Justin se levanta de repente y llama nuestra atención. Sus cejas fruncidas y su expresión molesta no presagian nada bueno.

Me doy cuenta de que no he escuchado su risa mezclada con la de los demás.

—¡Como ha dicho Set, tú no eres como todas las chicas! ¡Eres la sobrina de Carter!

Directo al corazón. Quiero a un chico que no debería desear por mi parentesco con el jefe de nuestra banda.

—Cállate —le escupe Clarke, que carece de paciencia.

—¡No! ¡Es necesario que alguien se lo diga, ya que parece que a nadie le importa!

Justin fulmina a su hermano con la mirada, pero tras su enfado se oculta la preocupación. Teme el día en que suframos las consecuencias de nuestros actos.

—Ningún puto sentimiento debe interferir con las órdenes respecto a Avalone. ¡Nos ha permitido ser sus amigos, pero no te ha dado su bendición! Si Carter se entera, te hará pedazos. Puede que a ti no te importe, pero conozco lo suficiente a Ava como para saber que, si llegamos a eso, se culpará por ello. Además, ¡no es el tipo de chica a la que te follas y olvidas al día siguiente! ¡Hazlo con quien quieras, pero no con ella!

Con una calma que no es normal en él, Clarke se acerca a su compañero.

—¿Te parece que la trato como a *todas las chicas*?

Todos nos levantamos, conscientes de la peligrosidad de su tono. Incluso Justin la percibe; no obstante, no se somete. Eso es lo que siempre he respetado de ellos: se atreven a enfrentarse al miembro más violento e incontrolable de los Devil's Sons cuando no están de acuerdo con él. Sin embargo, esta vez es demasiado peligroso e inútil.

—¡¿Crees que arriesgaría mi puesto por una chica que no me interesa?! —grita Clarke.

Jesse se pone delante de mí para protegerme de un posible golpe desafortunado. Todos piensan que el motero no sabe controlarse, pero están equivocados. Nunca seré un daño colateral.

—Adoras los desafíos, Clarke. ¡Es la única razón por la que has ido detrás de ella!

Set, demasiado ocupado fulminando a Justin con la mirada, no contiene a su mejor amigo cuando lo coge por el cuello de su chaqueta de cuero y lo zarandea con odio.

—¡Esta chica es el reto de mi vida, hijo de puta! Si crees que alguien se sacia de ella después de un polvo, eres tú quien la está denigrando.

—¡Ya la hemos hecho sufrir lo suficiente, no la empujaré a tus brazos!

Clarke acorrala a Justin contra la pared, listo para golpearlo. Gracias a los dioses, Ty se mete entre los dos, con los nervios a flor de piel.

—¡Y vosotros continuáis hiriéndola comportándoos de esta forma! —exclama.

El segundo de la banda se cruza conmigo y percibe la desesperación en mi mirada. Nuestro amigo acaba de recordarnos que lo que hemos hecho es algo prohibido e imprudente y, sobre todo, que él, más que nadie, puede hacerme daño. Pero ¿qué es la vida sin riesgo?

Intercambiamos una mirada comprensiva y me giro hacia Justin.

—Te quiero y me alegro de tener a alguien como tú que se preocupa por mi felicidad. Pero soy adulta, tomo mis propias decisiones y asumo las consecuencias. No hace falta que te metas.

—Entonces, ¿qué? ¿Esperamos a que la situación te estalle en la cara y recojamos tu corazón roto?

En su mirada resplandece una preocupación desmesurada que me conmueve. Tomo sus manos y las beso.

—No esperamos, vivimos. Vivimos y nos apoyamos en los otros cuando la vida nos ponga de rodillas. —Le sonrío con cariño y me enfrento a Clarke—. Y tú… Tus pensamientos son valiosos y respetables. Pero si no hablas nunca con tus mejores amigos, no pueden conocer tus intenciones, y entonces es normal que desconfíen. Usar tus puños no los va a convertir en telépatas. No los utilices para calmar tu necesidad de destrozar cosas.

Me mira divertido, casi sorprendido de que sepa que su comportamiento no tiene nada que ver con una supuesta falta de control sobre sus emociones. Pensaba que ya se lo había confesado, pero puede que estuviera demasiado cabreado la última vez para asimilar mis palabras.

—¡Joder! —exclama Set. Se deja caer en el sillón, como si hubiera sido golpeado por la palabra divina—. ¡Nunca has tenido problemas de autocontrol!

—¿Pensabas que no sabía controlarse? —le pregunta Justin, sorprendido.

Debería habérmelo imaginado. Pese a seguir a Tucker en sus tonterías, tiene la mente despierta. Entendió hace mucho tiempo que Clarke solo encontró una solución para calmar el odio que lo consume: golpear primero.

—¿Clarke sabe contenerse? —pregunta Tucker, perdido—. ¿Sabes controlarte, imbécil?

Una sonrisa divertida se extiende por los labios del motero, que se encoge de hombros.

—Pues claro.

Todos se quedan con la boca abierta y el ambiente se vuelve incómodo.

—¿Sois gilipollas o qué? —exclama Justin—. ¡Si Clarke fuera incapaz de controlarse, el cuerpo de Carter estaría frío a estas alturas y Avalone tendría la cara desfigurada desde hace tiempo! Pero en serio, ¿habéis visto la violencia de este tío? ¡Gracias a los dioses que se controla, si no, estaríamos todos muertos!

—Llevo cinco años pensando que no tienes ningún autocontrol, cuando en realidad disfrutas enviando a los gilipollas al hospital —bromea Set—. ¡Eres un puto psicópata!

—¿Lo encuentras gracioso? —se queja Sean—. ¡He perdido la cuenta de los puñetazos que Clarke nos ha dado! ¡Este cabrón nos ha roto la nariz y la mandíbula al menos una vez a cada uno!

Las acusaciones de sus amigos se propagan, pero el culpable solo pone los ojos en blanco.

—Con o sin control, las reglas siempre han sido las mismas: me molestas, pruebas mi puño; me paras cuando me peleo, pruebas mi puño.

—¿Y Ava? —pregunta Tucker—. ¡Ella te ha fastidiado mucho más que todos nosotros juntos y te ha parado varias veces!

—En primer lugar, es una chica. En segundo lugar, tiene una cara demasiado bonita para dañarla, y en tercer lugar…

Clarke me mira y deja la frase en el aire.

—Y, en tercer lugar, la quieres —acaba Ty por él.

—¡Cierra la boca!

Las risas burlonas aumentan, a pesar de que algunos no saben si están enfadados con su segundo o si, a fin de cuentas, les da igual.

Debido a lo tarde que es, los chicos terminan recogiendo sus cosas y se despiden. Sean mira fijamente a Clarke, pero le acaba dando un abrazo fraternal.

—No estoy enfadado, cabrón.

—Tu nariz es mucho más bonita después de la rinoplastia.

Me ahogo y toso hasta tener lágrimas en los ojos.

«¡Por Odín, Sean recurrió a la cirugía por culpa de Clarke!».

—Rinoplastia que pagó Carter —refunfuña.

—La pagué *yo*.

Sean frunce el ceño, sorprendido.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—¿Y mostrarte que me sentía culpable de haberte destrozado la nariz? Preferiría morir.

El rencor de la víctima desaparece de inmediato y los dos amigos se ríen.

Clarke me atrae hacia él.

—¿Le reconstruyeron la nariz por tu culpa? —le susurro mientras vemos cómo la banda se va.

—Y la mandíbula —dice Tucker, divertido.

Me libero de los brazos del Devil's y lo enfrento, horrorizada. Sin embargo, ni siquiera estoy enfadada con él. Como los chicos, acepto quién es y lo quiero a pesar de todo.

Asiento, desesperada, después dejo el salón para ir a la habitación, con Clarke pisándome los talones.

—¡Sabes lo estrecho de miras que es Sean! —se justifica.

—¿Nadie te paró?

—Carter me apuntó con su pistola, pero solo un golpe fue suficiente para romperle la mandíbula y la nariz. ¡Sus huesos son jodidamente frágiles!

Freno tan bruscamente que Clarke choca conmigo. Ante la violencia de la colisión, me caigo hacia delante. Los brazos del motero me agarran por los pelos, pero me lo llevo conmigo. En la caída, invierte nuestras posiciones para recibir él el impacto en la espalda.

—Ya ves —exhala, con la mirada en mis labios—. Sé hacer algo más que herir a aquellos que quiero.

—Siempre me has protegido. Y siempre has protegido a los chicos.

—No solo nos protege —dice Set detrás de nosotros.

Intrigada por sus palabras, me enderezo. Nuestro amigo está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y un aire

serio.

—¿Qué quieres decir?

—Se sacrifica.

Me acuerdo de lo que los Devil's me contaron. Clarke ha recibido disparos, puñaladas y puñetazos por ellos. No solo los protege. Se *sacrifica* por ellos.

—¿Por qué?

Si actúo como si Clarke no estuviera aquí, Set se mostrará mucho más comunicativo. Y, después de esa confesión, necesito respuestas.

La tristeza y la culpa oscurecen sus ojos, que miran a su mejor amigo.

—No tiene nada que perder. Todos nosotros tenemos familia, gente que nos quiere y que espera pasar muchos años a nuestro lado. Tenemos planes de futuro. Pero Clarke no tiene ni una cosa ni la otra.

Evita mirar a su hermano y cierra la puerta detrás de él cuando se va.

Sus palabras resuenan en mi mente, y mis manos empiezan a temblar. Clarke debe sentir mi angustia, ya que se acerca y aparta varios mechones de mi cuello para besarme.

Cierro los ojos, disfrutando del delicioso contacto, pero no puedo contener mi pregunta.

—¿Es verdad?

Pegado a mi espalda, entrelaza los brazos alrededor de mi pecho.

—Mi vida se resume a esta banda, Avalone. Solo pienso en ellos en los momentos críticos, así que, cuando se trata de protegerlos, nada me retiene.

Sus palabras me oprimen el pecho. Me niego a aceptar que nadie más en este mundo le pueda importar.

—Tienes a tu tía, tienes a…

—Mi tía falleció hace años.

Se me acelera el pulso, me giro hacia él y lo miro. No hay ni una pizca de ironía en sus ojos. Dice la verdad y, sin embargo, no refleja ningún dolor.

«Por todos los dioses, Clarke ha perdido tanto…».

—Pero los chicos…

—Los chicos no lo saben.

Con un gesto de la cabeza en dirección a la cama, me invita a acostarme. Obedezco, con el corazón pesado por todo lo que no digo, y me deslizo bajo las sábanas. Observo cómo se mueven sus músculos cuando se deshace de su camiseta. Apaga la luz y se une a mí.

Su cálida piel se encuentra rápidamente con la mía, me estrecha entre sus brazos e inspira profundamente, como si mi presencia fuera dolorosa para él.

—He dejado tus medicamentos en la mesita de noche. Ty me ha dicho que tienes ataques de pánico últimamente. Bastante seguido…

Sonrío contra su cuello, conmovida por su atención.

—¿Duele?

—Sí, ya lo creo. Pero sobre todo es… aterrador. El aire…

—Ya no entra por los pulmones —acaba por mí.

Reafirma su agarre alrededor de mi cuerpo y me besa la frente.

—¿Qué es lo que te angustia hasta ese punto?

—La muerte —confieso—. Voy a…

—Vivir muchos años a nuestro lado —me corta.

Qué forma tan bonita de decir que mi eternidad es mucho más corta.

Clarke coge mi muñeca tatuada, que debió descubrir en el lago, y la besa como signo de aprobación. Me tumba boca arriba y devora mis labios con una pasión que no conocía hasta hace unas horas.

Estoy completamente mareada cuando se separa de mí para recuperar el aliento.

Ahora ha encendido el deseo. No podemos quedarnos así.

Lo empujo y me pongo a horcajadas sobre él.

—Es mi turno —le susurro.

Me quito la camiseta. Contiene la respiración, y su mirada se vuelve cada vez más ardiente.

13

Entre las caricias que compartí con Clarke, la enésima pesadilla de la noche y los abrazos, no he dormido demasiado. Sin embargo, nunca me he sentido más en forma que esa mañana, como si hubiera comido una de las manzanas de Idun, aquellas que les proporcionan a los dioses la juventud y la fuerza eterna. Al despertar, el Devil's me abrazaba, y su voz ronca fue de lo más *sexy* cuando amenazó con «disparar a ese jodido móvil si no se apaga».

Sacarlo de la cama ha sido complicado, hasta que lo he besado. Se ha mostrado *muy* receptivo a mis besos. Hemos desayunado con Set y Tucker, que no han dejado de tomarnos el pelo sobre lo que Clarke y yo somos ahora, aunque no pueda afirmar que haya un «nosotros». Soy consciente de que no debería ponernos una etiqueta, pero él me ha hecho entender que soy *suya*. Es mucho más posesivo de lo que creía. Cada uno de sus gestos durante esta noche estuvo lleno de significado.

¿Abandonará sus pasatiempos? No me voy a mentir a mí misma. Sé que Clarke Taylor es un mujeriego, pero también sé que le gusto y que es lo suficientemente inteligente como para entender que no voy a ir detrás de él.

En mi habitación de la universidad, saco la ropa para hoy.

Clarke me ha traído al campus y no tiene pensado quitarme los ojos de encima hasta que Henzo esté fuera de las calles. Está tumbado en mi cama, con los brazos detrás de la cabeza, y observa la fila de tacones altos bajo mi escritorio. Al ver su sonrisa, prefiero no saber lo que trama.

—¿Puedes mirar a otro lado mientras me cambio?

Durante unos segundos, no pestañea; su rostro permanece impasible.

—Conozco cada centímetro de tu cuerpo —afirma.

Aparto la mirada y contengo una sonrisa.

—No es lo mismo.

Se levanta y viene caminando hacia mí como un felino, hasta que sus labios acarician mi oreja. Es peligroso para mi corazón.

—¿Y anoche en el muelle, cuando tenías el pecho desnudo? —me susurra.

Su aliento contra mi piel hace que se me entrecorte la respiración. Cuando vuelve a estar frente a mí, Clarke me besa con una delicadeza infinita. El único contacto que tenemos es el de nuestros labios, pero tengo la sensación de que acaba de pasar sus manos por todo mi cuerpo.

—Vaya giro de los acontecimientos —susurro.

Desde que salimos de su habitación, nada ha dejado traslucir que hemos compartido una noche de pasión, hasta ahora. Sin embargo, sé que no puedo exigirle mucho más por ahora a alguien que nunca ha tenido ataduras. Y adoro sus inseguridades, porque lo hacen ser quien es.

Clarke se gira y me da la intimidad que necesito. Me quito la ropa y, solo por precaución, me aseguro de que no está echando un vistazo. Lo descubro mirándome fijamente. El destello de deseo y admiración que ilumina sus ojos hace desaparecer mi vergüenza. Se humedece los labios, y mi corazón se acelera.

—Mierda, no había previsto esto…

Su vaquero le aprieta y su expresión frustrada me arranca una carcajada. Se queda mirando la decoración de la habitación, con los puños apretados, como si tuviera que contenerse para evitar acercarse a mí.

—Vístete —me suplica.

Divertida, pongo los ojos en blanco y elijo mi ropa interior. Cuando me inclino y cojo un tanga, escucho cómo se le escapa un gruñido.

—¡Joder, no me lo pones fácil!

Lo miro desde el espacio entre mis piernas y lo descubro observando mi culo de reojo. Se restriega los ojos para intentar mantener la compostura.

—¿Sabes qué? Mejor te espero fuera.

Abre la puerta y se va.

Ahora que estoy por fin sola, me permito sonreír y mostrar mi alegría. Estoy contenta con la manera en la que han ocurrido las cosas entre nosotros.

Una vez lista, encuentro a Clarke apoyado en la pared del pasillo, con la mirada de todas las chicas de la planta sobre él. Aunque algunas lo miran con insistencia, ninguna se atreve a acercase. Hasta donde yo sé, son muy pocas las que se arriesgan, sobre todo en estas circunstancias. Clarke es antipático y asocial, no pierde el tiempo en trivialidades. Si presta atención a alguien, es para follar en ese momento.

Sus ojos, que aún arden de deseo, se han centrado en mí desde el momento en el que he abierto la puerta. Despreocupadamente, pasa su brazo alrededor de mis hombros y cruzamos el campus.

—Si no me ves al terminar la clase, no salgas del aula, ¿entendido?

Teniendo en cuenta el alcance del peligro, estoy de acuerdo. Henzo ha preguntado por mí, ha encontrado mi habitación en el campus, y no me extrañaría que también hubiera conseguido mi horario. Tiemblo solo de pensarlo.

«¿Cuándo me va a dejar en paz ese psicópata?».

Clarke me acaricia los labios con el pulgar. Los mira fijamente, pero no me besa. Con la amenaza que representa mi padrino y las dudas de su segundo al compromiso, esperar que lo haga sería absurdo.

Vuelvo a encontrarme con su mirada, que expresa mucho más que cualquier palabra. No me quiere dejar ir, preocupado ante la idea de que Henzo pudiese llegar a mí, pero también porque siente esta conexión palpable entre nosotros, una especie de deseo sin límites que va más allá del sexo.

Incapaz de decir nada o de hacer el más mínimo movimiento, es Clarke quien rompe el contacto.

—Vamos, ve a clase.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano, pero me alejo. Veo a Emily y me acerco a ella, poniendo la mayor distancia posible entre el que hace latir mi corazón y yo.

Entramos en el anfiteatro y nos sentamos. Por fin siento que puedo respirar.

—¿Estoy soñando o Clarke y tú estáis locos el uno por el otro?

Me río nerviosamente.

—No —miento—. Es solo amistad, es como un hermano mayor para mí.

Emily entrecierra los ojos, pero acaba asintiendo. No me cree, lo que no me sorprende en absoluto. Todos los que nos han visto han debido notar lo que pasaba entre el motero y yo. Por suerte, Emily es amable, atenta y no lleva a la gente al límite. Respeta el silencio de los demás, y eso es lo que más necesito durante las siguientes tres horas de clase para poner en orden mis pensamientos.

A mediodía, Emily me deja para ir a su cita diaria con el fisioterapeuta. Jackson tiene un gripazo, Aurora está cuidándolo y Daniel tiene entrenamiento, así que Lola y yo comemos con la banda en un restaurante del campus. El ambiente es tenso. Solo se habla de nuestra seguridad. Ahora que Henzo sabe que Lola es mi amiga, irá escoltada a cada una de sus clases, al igual que yo, y los chicos han decidido que lo mejor es que durmamos en su apartamento hasta que mi agresor esté bajo tierra.

Clarke se desploma en su silla y pega su pierna a la mía. Se suceden largas miradas cargadas de insinuaciones.

Sean me lleva de vuelta a clase. A Lola la ha acompañado su hermano, mientras los otros se han ido en busca del King of the Law.

Durante mi segunda hora de clase, la puerta del anfiteatro se abre y aparece Clarke con expresión urgente. El profesor interrumpe su explicación y todas las miradas se dirigen hacia él, pero el Devil's solo me mira mí. Como imanes, sus ojos se encuentran con los míos.

Entonces entra el director de la universidad junto a un hombre trajeado y rodeado por dos guardaespaldas.

—Disculpe, profesor —dice el director McLaguen—. Tengo que llevarme a Avalone Lopez.

«¿Qué coño está pasando?».

Bajo los gritos de los estudiantes, Clarke lo empuja violentamente contra la pared.

«¡Por todos los dioses!».

Los dos se susurran cosas inaudibles para los demás. Privado de su autoridad, el director parece buscar las palabras que convenzan al criminal. La mano derecha de Carter acaba por soltarlo y se gira hacia mí. Con un gesto de cabeza, me pide que me una a ellos.

Desconfiada, recojo mis cosas y bajo por las escaleras, alentada por su mirada. Cuando llego a él, tomo la mano que me tiende.

McLaguen nos ordena que lo sigamos. Obedecemos y salimos detrás de la comitiva. Al doblar la esquina del pasillo, el director y el hombre de negocios son recibidos por las pistolas de Tucker y Justin. Los guardaespaldas intentan sacar sus armas, pero cambian de opinión cuando Sean pega los cañones de las suyas en la parte posterior de sus cabezas. Todos están retenidos a punta de pistola.

—Cualquier movimiento y estáis muertos —susurra Clarke.

Su voz es fría. Está seguro de sí mismo y no dudará en ordenarle a los chicos que disparen.

McLaguen levanta las manos para calmar la situación.

—Diles que bajen las armas, Clarke… Estos hombres han sido asignados para proteger a Avalone.

—Es poco probable, ya que Carter no los ha contratado.

Clarke hace una señal con la cabeza a los chicos, que quitan el seguro de sus pistolas.

Estoy congelada en el sitio, aterrorizada ante la idea de que disparen. Y no soy la única: los tres desconocidos están pálidos.

—Habla usted de protección. Pero no están hechos para velar por la seguridad de nadie —continúa Clarke con desprecio.

El hombre trajeado lanza una mirada asesina a sus guardaespaldas.

—No son ellos los que tienen que proteger a la señorita Lopez. Estos dos son mis guardaespaldas personales y, en efecto, es necesario bajarles de rango. ¡Os han engañado como a un par de inexpertos!

Percibo el característico ruido de los pasos de Carter antes incluso de verlo. Sus zapatos de cuero a medida y su paso autoritario le otorgan un sonido particular que reconocería entre un millar.

—¡Bajad las armas!

Los chicos obedecen, para alivio de los cuatro hombres. Loco de ira, Clarke me lleva con él cuando va directo hacia el jefe.

—¿Qué cojones es todo esto?

—Mike los ha contratado para proteger a Avalone —nos dice Carter en voz baja—. Al menos ha tenido la sensatez de hacerse pasar por mí y falsificar mi firma.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

—Me acabo de enterar —dice con cierto resentimiento.

Su segundo suelta una risa nerviosa, al borde del colapso. Que una persona de fuera tenga poder en la toma de decisiones no le gusta ni un pelo, y eso es quedarse corto. Carter tampoco aprecia esa iniciativa.

—Somos *nosotros* los que garantizamos su protección desde el día en el que puso un pie en esta maldita ciudad, ¿y es *él* quien hace un contrato a tu nombre sin decirte nada? ¡Estaba a punto de eliminar a estos hombres!

—Yo me encargo de esto.

Carter echa un vistazo alrededor y se asegura de que ningún estudiante esté presenciando esta confrontación.

—Por favor, discutamos esto en otra parte —continúa, con una voz audible para todos.

El director, que muestra una sonrisa desconfiada desde la llegada de Carter, se pone en marcha.

Entramos en el edificio de piedra y nos dirigimos a su despacho, frente al cual hacen guardia los dos guardaespaldas.

Mantengo mi primera impresión: esta habitación es demasiado pequeña para albergar la presencia del jefe.

—¿Podría presentarse y recordarme los términos de nuestro contrato? —le pregunta Carter al hombre de negocios.

Si el implicado encuentra esta pregunta extraña, no lo deja ver.

—Soy David Sprit, director general de la compañía canadiense de seguridad privada. Usted nos ha contratado para mantener la seguridad de la señorita Lopez. Se acordó que treinta de mis hombres vestidos de civiles garantizarán una vigilancia de veinticuatro horas en el campus. Otros diez serán enviados a la residencia. Mis agentes han sido informados del aspecto físico de Henzo Rodriguez, y Avalone estará bajo vigilancia constante.

Ya siento el peso de las cadenas que restringen mi libertad. Por un momento, me pregunto si Mike se ha dado cuenta de que el enemigo es el King of the Law y no yo. *Yo* soy la víctima; sin embargo, me vigilan como si fuera una delincuente.

Atónita y molesta por tantas medidas de seguridad, me enfrento al director.

—¿Y usted acepta esto? ¡Es su campus, y estos hombres llamarán la atención y alarmarán a los estudiantes!

Por la mueca que disimula con la mano, comprendo que McLaguen no tiene otra opción. Carter debe tener alguna información sobre él y mi padre, que se ha hecho pasar por el jefe, debe de haberse aprovechado de ello y lo ha amenazado.

—¡Avalone, es mi deber proteger a los alumnos de esta universidad!

Su mentira enciende la mecha. Su verdadero deber era avisar a la policía, pero en vez de eso, ha aceptado esta parodia.

—Admita que la presión externa compromete la tranquilidad del campus. ¡Tenga al menos la cortesía de mentir un poco mejor! —Me doy cuenta de que estoy a punto de explotar cuando el ruido del impacto de mis palmas resuena contra el escritorio—. La universidad de Michigan es la primera en la clasificación pública, y ese puesto es muy importante para usted, ¿no es así? ¿Qué pasaría si un periodista se entera de que hay alrededor de cuarenta guardaespaldas vigilando el campus? Se pondría en duda la seguridad de los estudiantes, se llevaría a cabo una investigación, ¡y solo con los rumores podría hacerle perder diez puestos en esa puta

clasificación! Y eso sin tener en cuenta los testigos que podría reunir sobre una banda llamada Devil's Sons, cuyos miembros sacan sus armas cada dos por tres.

—¡Avalone! —me regaña Carter.

—¡No! —replico—. ¡He aceptado muchas cosas, demasiadas, pero ya es suficiente! ¡Vas a anular este contrato porque no voy a consentir esto! Primero una manada de perros guardianes pisándome los talones, ¿y después qué? ¡Lo que necesito es libertad, no una jodida jaula de oro!

Es la primera vez que experimento la auténtica severidad y superioridad del jefe de los Devil's Sons. Con solo un paso, elimina la distancia entre nosotros y me falta el aliento. Contra mi voluntad, encorvo los hombros, pero le mantengo la mirada con un esfuerzo sobrehumano, negándome a someterme. Si esta es una demostración de fuerza, no creo que pueda resistir. Incluso dejo de respirar.

Y cuando creía que deseaba verme de rodillas, el jefe de la banda habla.

—Los Devil's Sons están y seguirán asignados a la protección de la señorita Lopez. No necesitamos vuestros servicios —dice Carter sin dejar de mirarme. Llama la atención de Sprit y McLaguen—. Han firmado un contrato de confidencialidad independientemente del contrato que acabo de romper, no lo olviden.

Ante mi mirada atónita, el jefe sale del despacho. Entendemos que debemos seguirlo, así que los chicos y yo nos ponemos en marcha. En un silencio abrumador, bajamos las escaleras y regresamos a los arcos de piedra. Carter le ordena a Tucker, Justin y Sean ir a la mansión y, poco después, su teléfono suena.

—Esperadme aquí.

Desaparece tras la esquina del edificio y no tengo la menor idea de cómo reaccionar. ¿Debería sentirme victoriosa por haber conseguido lo que quería o desaparecer por haber desafiado a Carter?

Obtengo la respuesta cuando Clarke me mira.

—¿Crees que va a hacer que me arrepienta de haber nacido?

—Creo que está orgulloso de ti.

Me recupero de la sorpresa, frunzo el ceño y después sacudo la cabeza, incrédula.

—He desafiado a Carter Brown, ¡el jefe de los Devil's Sons!

—Has desafiado a Carter Brown, pero es a Carter Arinson, tu padrino, a quien has golpeado.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

—Porque nunca aceptas lo que te damos, te lo ganas. Carter te ofreció un puesto en su banda y en su corazón, pero has demostrado que te lo merecías. Te has ganado su confianza y su aprecio. Nosotros te ofrecimos nuestra protección y nuestro aprecio por obligación y, una vez más, te lo ganaste. Ange no tenía otra opción que someterse a ti, pero te ganaste su simpatía. Lucas te dio el beneficio de la duda y también supiste ganarte su confianza. Cada persona que hable contigo, aunque solo sea por unos minutos, te respetará y admirará.

Parpadeo, aturdida. Sus palabras me llegan al corazón y me tocan el alma. Después de todo, mi paso por la tierra no será en vano. Mi nombre no figurará en las estrellas, pero he conseguido ciertas cosas de las que puedo estar orgullosa. Y seguiré haciéndolo, para darle sentido a mi corta vida.

Clarke reduce la distancia entre nosotros y me mira como si fuera un misterio que tiene que resolver. Coge mi rostro entre sus manos y su mirada se dirige a mis labios. No nos besamos, sería demasiado arriesgado, pero lo que compartimos es tan íntimo que bien podría ser un beso.

—A la mansión. Ahora.

Me alejo rápidamente del Devil's y me giro hacia Carter. Mi padrino tiene una mirada oscura, una que creía que solo Clarke era capaz de tener. Su ira es evidente. De repente, me aterra pensar en lo que sería capaz de hacerle el jefe de la banda a su hombre si creyera que hemos desafiado sus límites. Aunque me esfuerzo en mostrar una indiferencia total, por dentro soy un caos. En este momento, siento la necesidad de cruzar la mirada con el motero para que calme mi miedo, pero eso sería echar leña al fuego, así que, cuando Carter me ordena que lo siga hasta el coche, no me hago de rogar.

Cuando Carter se pone al volante de su Mercedes, me siento de copiloto con un nudo en el estómago. Arranca sin problemas y se lanza peligrosamente a la carretera. El ambiente sofocante me hace abrir la ventana con la esperanza de respirar mejor, pero es en vano.

Cuanto más nos acercamos a la propiedad y a la confrontación, más mareada me siento. Creo que voy a vomitar. Mi cabeza va a mil por hora, no consigo pensar con claridad, y mucho menos encontrar una ruta de escape.

—¿Qué ocurre entre mi hombre y tú?

Su tono no revela ninguna amenaza; se podría pensar que solo busca llenar el silencio. Es perturbador.

Presa de un ataque de pánico, decido utilizar mi talento como actriz.

Lo miro, frunciendo el ceño.

—¿Vas a responder a mi pregunta o no?

—Yo… Tú… —Sacudo la cabeza—. ¿No estás enfadado por lo que ha pasado en el despacho del director?

Desconcertado, es su turno de fruncir el ceño. Incluso deja de observar la carretera para mirarme.

—¡Me importa una mierda lo que ha sucedido en el despacho! ¡Lo que quiero saber es lo que hay entre Clarke y tú!

Finjo una risa de alivio.

—¡Joder, pensaba que echarías sobre mí la ira de Thor!

—¡Avalone! —dice, impaciente.

Abro la boca y la cierro, para mostrar mi incomprensión. De repente, hago como que me doy cuenta de a dónde quiere llegar y suelto una carcajada.

—¿Clarke? ¿En serio? Si buscara una relación, no sería con alguien tan… *tocado del ala*.

Mi respuesta siembra la duda, pero mi padrino se mantiene desconfiado.

—Escucha —continúo—. Quiero a Clarke como a todos los Devil's Sons. Son como hermanos; créeme, la idea de tener una relación sentimental con uno de ellos nunca se me ha pasado por la cabeza. Además, ya cuesta entenderlo como amigo, así que como

pareja… ¡Por la cabeza de Mimir, ese hombre sería imposible de domar! —bromeo.

Carter sigue en silencio. Sus manos se destensan del volante.

«Gracias, dioses».

Los latidos de mi corazón se calman. Creo que lo he convencido. Pero cuando repite en un susurro «imposible de domar», sé que sabe que miento. He entrado en una banda y he dirigido una negociación sin perder la esperanza. «Imposible» nunca ha formado parte de mi vocabulario cuando se trata de la naturaleza humana, y Carter lo sabe. Creo que vuelvo a ponerme verde; las náuseas regresan.

Mi padrino no pierde el tiempo dejando el coche en el garaje; aparca delante de la fuente. Salimos del Mercedes y lo sigo en silencio hasta el vestíbulo de la mansión, donde nos esperan los Devil's Sons.

Carter lanza las llaves sobre el mueble de la entrada y empieza a arremangarse la camisa. Ese simple gesto es suficiente para que se me revuelva el estómago. Busco establecer contacto visual para tranquilizarme, pero todos evitan mi mirada, especialmente Clarke, cuyo rostro es impasible.

El jefe, calmado en apariencia, encara al hombre que sabe que es culpable.

—Te voy a hacer una pregunta, ya que Avalone es demasiado buena mintiendo. ¿Ha ocurrido algo entre mi sobrina y tú?

Dejo de respirar, incapaz de controlar mi pánico de otra forma.

Aunque Clarke ya me había advertido que él se lo había prohibido.

«¿Qué he hecho?».

Decidido a permanecer en silencio, mira fijamente a su jefe sin dejar translucir ninguna emoción. Carter pierde la paciencia y, con el semblante serio, va directamente hacia Sean hasta detenerse frente a él.

—¿Ha ocurrido algo entre Clarke y Avalone?

El Devil's no dice nada.

Grito cuando el puño de Carter se abalanza sobre su hombre de confianza. Set me agarra rápidamente y me empuja contra su torso,

mientras mi corazón golpea furiosamente en mi pecho. La sangre gotea de la nariz de Sean, que, a pesar de todo, le mantiene la mirada a su jefe, inquebrantable. Por su compañero y por mí, está dispuesto a soportar la ira del jefe de la banda. Pero este último ya ha pasado al siguiente.

—¿Clarke le ha puesto la mano encima a Avalone?

Tucker tampoco responde, se mantiene en silencio.

Suplico y forcejeo, pero cada una de mis súplicas cae en saco roto: mi padrino le propina un puñetazo al Devil's y la sangre corre. Las lágrimas de culpa que contengo me queman; me duele en el alma. Sin moverse y con los labios sellados, los chicos están dispuestos a sufrir las consecuencias de nuestros actos, sin traicionarnos. Incluso Justin, que nos advirtió de que esto pasaría.

Carter le pregunta. No hay respuesta. Levanta el brazo para golpear.

—¡Basta! —grita Clarke.

Temblando por la rabia contenida, ha dejado caer la máscara, incapaz de ver cómo sus hermanos pagan por él.

—¡Sí, ha pasado algo entre Avalone y yo!

Transcurre un segundo de silencio. El miedo me atenaza las entrañas. Con los ojos abiertos de par en par por el pánico, observo a mi padrino dar media vuelta. Con una violencia inaudita, golpea a su segundo. Se me corta la respiración y una repentina ráfaga de calor me marea.

—¿La has besado?

Me sacudo el aturdimiento y le grito a Set que me libere, pero no hay nada que hacer, no cede.

—Sí.

El puño de Carter choca de lleno con la mandíbula de Clarke, que lo aguanta sin pestañear. Forcejeo más, sintiendo un profundo odio y gritando todo mi dolor y mi enfado.

Cuando le doy una patada a Set en la entrepierna, suelta una palabrota y me libera. Justin toma el relevo y me retiene antes de que alcance al jefe de la banda.

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y maldigo a Carter por su violencia y por todo lo que lo hace ser quien es. Después me

maldigo a mí misma por enamorarme de Clarke, aunque me rechazara. Me maldigo por haber creído en nuestra relación prohibida y por haberlo puesto en esta situación.

—¡Para!

Carter no me escucha.

Presencio la escena con impotencia. Le propina un nuevo golpe, Clarke no reacciona y escupe sangre. Tan solo su mirada oscura demuestra la ira que reprime.

—¡¡Defiéndete!!

La mirada que Clarke me dedica me destroza. Se culpa a sí mismo. Pero no tiene razón. Si hay alguien a quien culpar, es a mí. Y, sin embargo, si pudiera volver atrás, no estoy segura de que cambiara algo.

—¡Sabías las reglas! —grita Carter, golpeándolo de nuevo.

Las lágrimas que me empañan la visión no impiden que el color de la sangre se grabe en mi mente. Ni el siguiente golpe. Retumba en mis oídos como un puto eco interminable.

El motero ha recibido disparos, cuchilladas… Al lado de eso, los puños de Carter no son nada, lo sé. Pero verlo sufrir por mi error es insoportable.

—¡Justin, sácala de aquí! —le ordena Clarke.

El Devil's se prepara para sacarme de la habitación, pero la repentina rigidez de mi cuerpo se lo impide. Cuando me mira, se encuentra con una mirada tan fría como el Niflheim.

Pálido, traga con dificultad.

—No te atrevas —le digo con una voz glacial—. Quiero saber qué clase de monstruo es mi padrino para poder odiarlo en igual medida.

El hombre en cuestión por fin me presta atención. Sus hombros se hunden, sus ojos revelan su vulnerabilidad, pero suspira y vuelve a centrarse en Clarke. A pesar de la tensión en sus rasgos, continúa el interrogatorio.

—¿Te has acostado con Avalone?

—Sí.

Una palabra. Dos letras. Una sílaba.

Las venas de su frente se hinchan de ira, su mirada se llena de rabia y lo que yo piense de él ya no le importa. Su imparcialidad vuelve de golpe.

Un nuevo puñetazo, con una violencia que me deja sin respiración.

El odio paraliza mi cuerpo, la oscuridad se extiende por mi mente. Sin moverme, miro fijamente a Carter con un deseo imperante: escuchar a su alma gritar de sufrimiento como lo hace la mía.

—Otro paso en falso y dejas la banda. ¡No te vuelvas a acercar a Avalone, ni le dirijas la palabra! —El jefe no espera respuesta, se gira hacia los demás chicos, indiferente—. A partir de ahora, que ninguno se le acerque. Tendrá a sus cuarenta guardaespaldas. —Finalmente, se vuelve hacia mí—. Ya no formas parte de los Devil's Sons, y la banda ya no se encarga de tu protección. Se acabó.

Algo se rompe dentro de mí. Si antes era una persona compasiva y dócil, eso ha terminado. Una ola devastadora se extiende por mis venas y alimenta mi maltrecho corazón con oscuridad. Cuando me miro en el espejo, me alegro de ver ahí las llamas del Ragnarök, más caóticas que nunca, al igual que mi existencia.

—¿Qué sucede?

La puerta de entrada acaba de abrirse para dejar pasar a mi madre y a Mike. No podían haber llegado en mejor momento para la reunión familiar. Ellos también merecen pagar por mi sufrimiento.

—Avalone…

Claire se acerca a mí, demasiado distraída por sus propios sentimientos para darse cuenta de que estoy destrozada. Por eso, cuando separa los brazos con la esperanza de abrazarme, le doy una bofetada.

«¡Benditos dioses, qué bien sienta!».

La conmoción la deja paralizada, muda. Su marido —o *exmarido* —da un paso hacia mí. No le ha gustado que le levante la mano, pero no tiene el valor suficiente para regañarme como lo haría un padre.

—Carter *nunca* será mi padrino y Mike *nunca* será mi padre. En cuanto a ti, no eres más que mi progenitora. ¡Que le den a tu pseudofamilia! —La sonrisa que se dibuja en mis labios cuando miro a Carter es de las más crueles—. Quiero el dinero que me debes por el trabajo que hice para la banda, así como una generosa indemnización por despido improcedente. Una transferencia será suficiente. Si en una hora no tengo varios ceros nuevos en mi cuenta, no vacilaré en prender fuego a la mansión.

Mi vida ha cambiado por completo desde que entré a la universidad. He convivido con una violencia sin igual, me he adaptado y he conseguido seguir adelante. Gracias a los chicos. Gracias al amor. Pero ahora Carter me priva de ambos. Eso va a tener consecuencias. Voy a volverme loca, lo sé, y por las miradas de los que me rodean, ellos también lo saben.

Como un cuerpo cuya alma ha sido desnaturalizada, salgo de la mansión riendo. Una risa nerviosa que refleja la locura que solo puede venir de un dolor atroz.

14

Una cálida mano me despierta acariciándome la cara. Una mano tan dulce que creo estar soñando, pero, cuanto más parpadeo, más se materializa Ty delante de mí.

Necesito varios segundos para recordar todo lo que pasó ayer. Después de dejar la propiedad, caminé como un alma en pena. Acabé en el hospital, en la cama de Élisa. Me dejó llorar en su regazo, me escuchó y me susurró palabras tranquilizadoras hasta que, al final, las dos quedamos dormidas.

Estoy lo bastante despierta para saber que estoy en casa de los gemelos y reconozco al antiguo Devil's cuando se tumba a mi lado. No es Ty, es su hermano.

—¿Ayer tuviste un día de mierda? —pregunta.

—Eso se queda corto.

Esbozo una sonrisa poco convincente, y Alec me ofrece sus cálidos brazos.

Al no haber pasado mucho tiempo juntos, no tengo una relación tan cercana con él como con Ty, pero cada vez que ha podido ayudarme, no lo ha dudado ni un segundo.

—Clarke me llamó después de que te fueras de la mansión y me pidió que hablara contigo. No se mostró muy hablador sobre lo que ocurrió. ¿Quieres hablar de ello?

Trago con dificultad, con el corazón lleno de remordimientos, y me acurruco un poco más en su abrazo.

—Carter se enteró de lo nuestro. Le dio una paliza y después me echó de los Devil's Sons.

Un ruido de algo rompiéndose me sobresalta y me giro hacia la puerta. Ty, al parecer, había preparado una taza de chocolate

caliente y acaba de tirarla. Sin preocuparse por el desastre, entra en la habitación. El cristal cruje bajo sus zapatos.

—¡Desgraciado!

Me río. Me río por el comportamiento ridículo de Carter, y por el mío. Me río por el desastre en el que se ha convertido mi vida desde que llegué a esta ciudad. Después, las lágrimas se entremezclan con la risa y termino sollozando. Me siento impotente. Los gemelos se lanzan a por una caja de pañuelos, como si este espectáculo fuese horrible de ver. Casi se pelean por ofrecérmela.

Ty se sube a la cama y me atrae hacia su pecho, mientras que Alec me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¡Ni siquiera quería formar parte de los puñeteros Devil's Sons!

Comprensivo, mi compañero de viaje me aprieta más entre sus brazos y su gemelo entrelaza sus dedos con los míos.

—Está cabreado, pero sabe que te necesita en su vida tanto como en su banda.

—De momento te ha arrebatado a tu familia. Pero no puede quitarte el amor de los chicos.

—Les ha ordenado que no se me acerquen —confieso, con el labio inferior temblando.

—¡Menudo gilipollas! —suelta Alec.

—Los chicos no lo escucharán. Te quieren demasiado como para alejarse de ti.

Me gustaría pensar que Ty tiene razón, pero ya han probado el puño del jefe de la banda. No quiero que soporten más por mi culpa. El momento que temía desde que me enteré de mi verdadera identidad ha llegado: Carter les ha dado a sus hombres una orden que me destroza.

Tres golpes en la puerta principal me sobresaltan. Alec se levanta para recibir al invitado sorpresa, y Lola aparece sin aliento. Antes de que pueda regañarla, me explica que Set la ha contado la situación y la ha acompañado hasta aquí. Horrorizada por las decisiones de mi padrino, se deja caer en la cama.

—Avalone… lo siento muchísimo… Carter no tiene derecho a actuar de esa manera… Encontraremos una solución… Tú…

Se queda pensando y recorre la habitación con la mirada, como si la respuesta estuviera escondida en algún lugar.

Y pensar que no hace tanto tiempo buscaba liberarme del control del jefe de los Devil's Sons… ¡Qué ironía!

—¡Alguien tiene que convencerlo!

—¿Y quién lo haría? —bromeo, pesimista.

Mis amigos me miran con las cejas enarcadas, y sé que la respuesta no me va a gustar.

—¿Quién convenció a Carter para que me dejara fuera de la banda?

—Solo aceptó porque era a mí a quien quería, a su *sobrina*.

—¿Quién convenció a Clarke de quedarse en cama después de que lo dispararan? ¿Quién persuadió a los agentes canadienses para que la dejaran cruzar la frontera? ¿Quién consiguió que una banda rival dejara la ciudad y se fuera a Panamá? Y antes de que Carter se enterara de todo, ¿quién lo convenció de despedir a los guardaespaldas?

Aunque la suerte me ha acompañado en todas esas victorias, Lola consigue que se me dibuje una ligera sonrisa en los labios.

—Avalone Arinson, eres la chica más elocuente que he conocido. ¡Podrías venderle un peine a un calvo! De hecho, no sé qué haces en Humanidades, deberías estudiar Empresariales o ser abogada… En fin, que me voy por las ramas. Todo esto es para decirte que, si alguien puede hacer que Carter cambie de parecer, esa eres tú.

Es posible que pueda recuperar el favor del jefe, pero no he hecho nada malo y me niego a implorar clemencia. Sería contraproducente, y, aun así, me gustaría que se arrepintiera de su comportamiento y que la culpa le remordiera.

Para cambiar de tema, Alec nos cuenta cómo me salvó del personal hospitalario que me quiso echar por la noche. Llegó justo a tiempo, cuando las enfermeras se preparaban para despertarme. Con una mirada desagradable, les quitó las ganas. Me levantó bajo la atenta mirada de su madre y me trajo hasta aquí.

Aunque tenemos clase, Lola y yo pasamos la mañana en el apartamento de los chicos. Gracias a mis amigos, sonrío e incluso

bromeo de vez en cuando. Aunque mi corazón sigue roto, siento una chispa de alegría cuando los Devil's Sons llegan para hacerme una visita. Preocupados, me abrazan y se aseguran de saber cómo estoy, excepto Clarke, que se queda apoyado en la puerta de entrada, refugiado en el silencio. Incapaz de enfrentarse a mí, aparto la mirada, con ganas de vomitar. Mi mente se abstrae de mi entorno y me dejo llevar por la culpa.

No soy consciente de lo que me rodea hasta que es demasiado tarde: el segundo de Carter se ha ido. Salgo del apartamento y bajo rápidamente los escalones para alcanzarlo dos pisos más abajo.

—¡Clarke!

Cuando se gira, descubro las heridas que nuestra relación ha dejado en su rostro. Los cortes de su labio y su ceja me hacen estremecer. Al ver su ojo morado, me aferro a la barandilla y bajo la mirada al golpe de su mandíbula.

—Lo siento mucho… —susurro, con el corazón en un puño.

—No tienes por qué. Jugamos con fuego y nos quemamos.

Un escalofrío desagradable me recorre la espalda.

—No era un juego.

—¡Pues claro que sí! ¿Cuándo lo entenderás? Hay reglas, y tú y yo las rompimos. Las rompimos y hemos sido castigados. Fin del juego.

Creía que mi corazón no podía romperse más, pero me equivocaba. Mi idea del amor se desmorona, mis esperanzas se desvanecen. Me siento abrumada, abandonada, sola en el mundo.

—Es el final del juego para ti —resoplo—. Tú puedes empezar uno nuevo. Pero para mí, se ha terminado.

Desde hace dos semanas, los guardaespaldas han hecho del campus su hogar. Catorce días en los que apenas me he cruzado con los chicos. Trescientas treinta y seis horas sin que Clarke me dirija la palabra.

Ni Carter ni mis padres han aparecido. En cuanto a Henzo, aún sigue ahí fuera, manteniendo un perfil bajo.

La presencia de los guardaespaldas no afecta a mi vida estudiantil. Está claro que Carter ha cambiado algunos términos del contrato para que pasen desapercibidos. Si corriera el rumor de que el jefe de los Devil's Sons ha contratado una empresa para velar por la seguridad de una chica, no nos beneficiaría en absoluto. La amenaza de los BloodBro sigue pendiendo sobre nuestras cabezas.

Soy rica. Al menos, más de lo que nunca he sido, gracias a la transferencia de Carter. Sin embargo, no tengo posibilidad de gastar ese dinero, ya que soy una prisionera. Y mis propios guardaespaldas son mis secuestradores, contratados por mi padre. Todo esto me parece completamente ilegal, pero a nadie parece importarle.

Cada uno de mis intentos de fuga ha terminado en fracaso. Al principio, Lola y yo compartíamos nuestra frustración, ya que ella sufre las mismas restricciones que yo. Pero después nuestra relación empezó a deteriorarse por mi culpa. Puede que tuviera a cuarenta tíos preparados para defenderme, pero nunca me había sentido tan insegura. Solo los Devil's Sons calmaban mis preocupaciones. Y desde que ya no están, he estado contando los días hasta que Henzo me atrape. Así que, para tener una pequeña posibilidad de sobrevivir, me puse en contacto con Ange.

Sin aliento, el Demon's Dad entra en mi habitación. Clarke tenía razón. Me gané su simpatía, tanto que mi llamada urgente lo ha preocupado.

—¿Qué ocurre?

Me ve en buena forma, a pesar de haber perdido varios kilos, y me mira con desconfianza. De repente, su mirada se vuelve desafiante. Termina negando con la cabeza y dando un paso atrás.

—¡No! ¡Te prohíbo que me pidas eso!

—¡Ange, me han echado de la banda! ¡Necesito la demonio!

Da media vuelta, negándose a escuchar nada más. Pero me interpongo entre la puerta y él.

—¡Los Devil's Sons ya no están, pero Henzo sí! No estoy segura de poder escapar. Si me atrapa, quiero pelear. ¡Nunca te delataré, tienes mi palabra!

Su corta vacilación desaparece rápido.

—¡Por la barba de Odín, Avalone, no me vengas con esas!

Le agarro las manos y le suplico. He privado a mis amigos de mi profunda mirada, pero le transmito a Ange todo el miedo que me oprime las entrañas. Le revelo la magnitud de mi inquietud.

—Si Henzo consigue atraparme, la demonio podría salvarme la vida.

Dividido por las emociones, se queda callado unos segundos, pero termina asintiendo y me lleva a la cama, donde nos sentamos para hablar.

—Con varias condiciones. A pesar de que la droga desarrolla tus capacidades físicas, prométeme que no la usarás nunca para hacer deporte. Tu único objetivo es defenderte si es necesario.

—Te lo prometo.

—La tomarás cada dos días. Es lo máximo que puedes consumir de la demonio en tu caso, o te matará.

No es más que una posibilidad mínima, pero hay que tenerla en cuenta.

—Última condición: si tienes el más mínimo problema, el mínimo dolor, le pides a la primera persona con la que te cruces que te lleve al hospital.

Asiento.

Ahora que he aceptado sus condiciones, parece tan aliviado como preocupado.

—Los efectos de la demonio duran diecisiete horas. Tómatela por la mañana, así el bajón te dará mientras duermes. Si estás despierta cuando pase, envíame un mensaje. Estaré ahí.

Saca de su bolsillo un plástico con cincuenta pastillas amarillo neón en su interior. Coloca cuatro en el hueco de mi mano.

—Si Henzo sigue suelto la semana que viene, volvemos a vernos. Y te lo advierto: esta droga lleva a los consumidores al límite.

Se lo agradezco, consciente de lo difícil que es para él concederme lo que quiero…

La misma noche en la que el Demon's Dad me la dio, Lola miraba por la ventana y me preguntó qué hacía él abajo, sentado en la entrada del edificio. Me eché a llorar. Se quedó ahí hasta la mañana siguiente, vigilando después de ver el pánico en mi mirada; ese miedo insoportable que me carcome día tras día, temiendo morir a manos de Henzo, lejos de mi familia. Desde entonces, cuando tiene tiempo libre, pasa la noche velando por mí. Solo en esos momentos mis preocupaciones se calman. Los agentes no tienen permitido disparar primero, mientras que el miembro de la banda no dudará.

La presencia de Ange consigue que duerma un poco mejor, hasta que me despierto por temor a que él corra peligro. Por lo general, cuando lo hago, el bajón ya ha pasado. Así que salgo de la cama, sin despertar a Lola, y bajo para unirme a él, siempre vigilada por los perros guardianes ocultos entre las sombras. Hablamos durante horas bajo las estrellas. Se ha convertido en nuestra rutina. Evita los temas incómodos, como mi expulsión de la banda. Creo que prefiere mantenerse en la ignorancia para no tener que traicionarme.

Una noche, después de haberme mandado de nuevo a la cama, lo vi huir ante la llegada de las Harley-Davidsons. Los Devil's Sons se quedaron en el *parking* hasta el alba, a pesar de las órdenes de Carter, mientras lanzaban miradas hacia mi ventana. Cuando vislumbré el rostro casi curado de Clarke, una señal del tiempo transcurrido, sentí como si me hubieran dado una puñalada en el corazón.

No bajé a saludarlos, demasiado asustada ante la idea de que el jefe no estuviera lejos. Y no me sorprendería. Cada vez que los Devil's Sons intentaban encontrar un momento para reunirse conmigo, Carter se adelantaba y los enviaba a misiones. Los únicos a los que no controla son los gemelos. Así que, los días en los que no consumía droga, aceptaba sus visitas.

En dos semanas me he convertido en una sombra de mí misma. Herida por lo que Carter me arrebató, aterrorizada ante la idea de morir por algo que no sea mi enfermedad; he tocado fondo.

Y estar encerrada en el campus ha sido la gota que ha colmado el vaso.

15

El sol se está poniendo en el horizonte cuando vuelvo a mi habitación, escondida bajo la capucha. Me sorprendo al encontrar a Ethan y Lola esperándome, apoyados contra mi escritorio con los brazos cruzados. Sus miradas serias y enfadadas me hacen desconfiar, y enseguida obtengo las respuestas a mis preguntas: mi compañera de cuarto tira a mis pies la bolsita con las pastillas amarillo neón.

Mierda.

—¿Puedes explicar esto? —exige furiosa.

Me juzgan duramente y, por unos segundos, me planteo darme la vuelta. Pero está oscureciendo, el frío ahuyenta a los estudiantes y, que yo sepa, ni Ange ni los Devil's Sons están por la zona.

—¡En realidad, no! ¡No digas nada! ¡¿Estás loca o qué?!

Con la cara roja de rabia, se acerca y agita las manos delante de mí. Ethan también se acerca, fuera de sí.

—¿La demonio? ¿Se te ha ido la olla, Avalone? Si ha sido Ange…

—No ha sido Ange —suspiro.

Aceptó ayudarme y ha pasado horas velando por mi seguridad. No voy a traicionarlo. Mentiré hasta el día de mi muerte sobre quién me dio la droga.

—¿Entonces quién? —exige Ethan, cabreado.

Sacudo la cabeza, cansada.

—Un alumno de mi clase. No sé su nombre.

—¿Quieres morir? ¿Eso es lo que quieres? —grita Lola.

Me río por lo absurda que es su pregunta. Eso es exactamente lo que intento evitar. No ha sido la mejor solución, pero era la única que tenía a mano.

—Si quisiera morir, saldría del campus. O gritaría mi identidad a los cuatro vientos. O iría a casa de Carter a buscar una pistola para pegarme un tiro. Así que no, morir no está en mis planes.

Lola se queda en silencio; su mirada es triste. Está más afligida por mi comportamiento que enfadada.

—¿Por qué? —pregunta Ethan, con voz ronca.

No puedo culparlos por no entenderlo, ya no saben cómo me siento de verdad; sin embargo, este interrogatorio empieza a cabrearme. Intento tener en cuenta que no se merecen mi rabia, pero la demonio anula cualquier culpa.

—¡Ahora entiendo por qué siempre estás a la defensiva! —añade Lola.

—Soy adulta, sé lo que hago. Y mis motivos solo me conciernen a mí… Ni los Devil's Sons ni mis padres necesitan saberlo, ¿entendido?

Ellos no son los únicos que se sorprenden ante mis amenazas. Avergonzada, estoy lista para salir de la habitación, pero Lola se planta delante de mí, decidida.

—¡No podemos dejar que consumas esa droga!

—Cuando Henzo esté muerto, la dejaré.

La empujo al pasar.

—¡Entonces es eso! —exclama Ethan a mi espalda—. Quieres estar preparada por si Henzo llegara hasta ti… ¡Tienes miedo!

Fuera de mí, me giro hacia ellos.

—¡Estoy aterrorizada! ¡Ya me ha disparado, y las únicas personas en las que confiaba tienen órdenes de mantenerse alejadas de mí! —grito.

Se hace el silencio en la habitación e intento calmarme. Cuando Lola se acerca, doy un paso atrás. No quiero ni su compasión ni su consuelo. Ni siquiera las lágrimas en sus ojos me harán cambiar de idea.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡Te comportas como si todo estuviera bien, como si toda esta situación… los Arinson, los BloodBro, Henzo, los Devil's Sons, no te afectara! No eres tan fuerte como todos creen.

Viniendo de Lola, esas palabras no suenan a reproche. Son un hecho, y hasta parece aliviada al comprobar que soy humana. Pensaba que mis emociones habían desaparecido, pero eso no me impide odiarla.

—¡No te pasará nada! —me tranquiliza Ethan.

—¡No lo entiendes!

—¡Entonces explícanoslo!

No quiero hablar más. No quiero escucharlos. A punto de explotar, recojo la bolsita de la demonio y salgo de la habitación.

—¡Que no me sigan!

El guardaespaldas vestido de electricista bloquea a mis amigos y aprovecho para salir corriendo. Bajo las escaleras y, al salir del edificio, me encuentro bajo la nieve. Un clima que siempre me ha gustado, excepto estas dos últimas semanas. Está muy oscuro y no hay ni un alma en la calle. El momento perfecto para que Henzo ataque.

Con la capucha sobre los ojos y la mirada en el suelo, atravieso el campus. Me centro en mi respiración, intentando ahuyentar mi miedo. Por fin, entro en la cafetería sin problemas. Paso mi tarjeta de estudiante y cojo comida para llevar.

—¡Ava!

Jackson, sentando en una mesa con Daniel, Aurora y Emily, me hace gestos. Lo ignoro y voy directa a la salida. Cuando abro la puerta, me golpea una ráfaga de viento. Unos copos de nieve se cuelan en mi capucha, de la que tiro en un vano intento por protegerme del frío. Retomo el camino e intento no chocar con alguien que se me pone en el medio, a quien identifico por sus zapatos: Set.

—¿Ava?

Levanto la mirada y me encuentro con la suya. Enseguida, la preocupación oscurece sus ojos.

—¿Va todo bien? —me pregunta Sean.

Tucker hace amago de venir hacia mí, pero lo rodeo y continúo mi camino. Gritan mi nombre, pero no me giro, hasta que Clarke me agarra de la muñeca. Sé que es él por el hormigueo que me sube por el brazo. Me coloca un dedo debajo de la barbilla para obligarme

a mirarlo. Su rostro está ileso y, lo más importante, ha recuperado su máscara de completa indiferencia. Estamos de vuelta en la casilla de salida, sin ninguna visión de futuro, y eso… *eso* me hace daño.

Me libero de su agarre y me alejo. Esta vez no me retiene, y eso me tranquiliza. No soportaría una sola pregunta más esta tarde. Sé quién me aceptará sin tener que dar explicaciones. Así que doblo la esquina de la cafetería y observo al guardaespaldas que ha abandonado su puesto para pedir fuego. Me lanzo cuando veo mi oportunidad, agacho la cabeza y dejo atrás la universidad. Atravieso rápidamente la calle y me precipito por la primera callejuela que aparece delante de mí.

¿Cómo no estar aterrorizada cuando salir del campus, a pesar de mis cuarenta guardaespaldas, resulta ser un juego de niños? Si yo consigo salir de aquí sin que se den cuenta, Henzo puede entrar igual de fácil.

Me paro en un portal y saco mi móvil.

¿Puedes venir a buscarme?

Le envío mi localización.

Trip boy me responde al instante.

Cojo el coche. Mantente alerta.

Ty llega pocos minutos después, pero yo ya estoy congelada. Entro en el coche y me recibe con una gran sonrisa, que desaparece al no ver la mía.

—¿Te quedas a dormir? —me propone.

Asiento.

—Gracias.

—No me las des.

Conduce en silencio. Apoyo la cabeza contra la ventanilla y miro fijamente el exterior, sin ver realmente lo que pasa frente a mis ojos. Siento la mirada preocupada de Ty sobre mí y agradezco que se guarde sus preguntas.

Cinco minutos después, aparca debajo de su edificio y subimos a su apartamento. Como el de su gemelo, el entusiasmo de Alec desaparece cuando ve mi mirada perdida. Mete las manos en los bolsillos, desconcertado.

—Doble A.

—Sad Boy.

Él también se merece un apodo. Ty es el hermano extrovertido, de sonrisa genuina, mientras que Alec tiene ese aspecto sombrío, melancólico.

De repente, está a mi lado y me ayuda a cambiar mi sudadera húmeda por la suya, mucho más calentita.

—¿Tienes hambre? —me pregunta mi compañero de viaje.

Le enseño mi bolsa de plástico, que coge y tira a la basura haciendo una mueca.

—He descubierto una pizzería perfecta para tu régimen alimentario. Podemos elegir todos los ingredientes.

A pesar del estado en el que me encuentro, una sonrisa cariñosa se dibuja en mis labios.

—Eso me gusta más. Ven, te enseño mi habitación.

Sigo a Ty a través del pasillo hasta la habitación de su infancia. Me habría gustado verla mejor, cotillear un poco para saber más sobre él, pero no tengo fuerzas para eso.

—Date una ducha caliente antes de que cojas un resfriado. Hay pijamas en la cómoda, sírvete.

—Muchas gracias.

Me atrae hacia él y me da un beso lleno de amor en la frente.

—Te lo dije, no tienes que darme las gracias.

Está a punto de salir, pero, en lugar de pasar por la puerta, se para y se gira hacia mí, afligido.

—Poco importan las decisiones de Carter; tienes el alma de un Devil's Sons. Eres una de los nuestros, y eres mi familia. Siempre estaré ahí para ti, Alone. *Siempre*. Te quiero…

Sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Inspiro una gran bocanada de aire y enjugo la lágrima que me recorre la mejilla.

Si tan solo tuviera fuerzas para decirle cómo me siento…

La ducha caliente no me sirve de nada. Hace días que el agua ya no ahoga mi dolor ni destensa mis músculos. Sus beneficios se han esfumado; es como si sufriera una lluvia punzante. Salgo de ahí drenada de energía.

Me pongo un pantalón de chándal y una camiseta, y me uno a los gemelos en el salón. Apenas he puesto el culo en el sofá cuando Ty agita un porro delante de mis narices. Pero esta vez lo cojo y lo enciendo. Ya he tocado fondo, de todas formas.

—Tendríamos que avisar a Carter de que estás aquí. Los chicos deben estar a punto de poner patas arriba el campus.

Alzo la vista hacia su hermano y su eterno aire sombrío.

—No vendrá a buscarte. Sabe que aquí estás segura.

El telefonillo suena; las pizzas han llegado.

Los chicos se lanzan sobre la comida como si estuvieran famélicos, mientras yo apenas picoteo. No pienso en nada… o tal vez en tantas cosas que soy incapaz de nombrar una sola.

El porro rota entre Alec y yo. Ty tiene dolor de garganta y no quiere empeorarlo. O quizá quiere mantener la mente clara para poder apoyarme de forma racional y prudente.

Estoy sentada en el sofá, fumando, cuando la preocupación de los dos moteros se vuelve demasiado grande como para seguir en silencio.

—He consumido la demonio. —Con la mirada perdida, doy una calada y expulso el humo—. Lola lo descubrió y llamó a Ethan. Estaban enfadados.

—Ava…

—Tengo miedo. Me aterroriza la idea de morir, incluso más desde que tengo una verdadera familia. Y no hablo de mis padres. Cuando me dispararon durante la negociación, no estaba tan asustada, porque *ellos* estaban allí. Los Devil's Sons. Rodeada de las personas a las que quería, podía irme en paz. Pero ahora Carter me los ha arrebatado. Me ha quitado a la banda que me enseñó a vivir. Antes de ellos, no había conseguido nada; mi vida no tenía ningún sentido. Ser una niña buena, seguir las órdenes del médico y sacar buenas notas, ya que mis días estaban contados… ¿Y todo eso para qué? ¿Para tranquilizar a mi madre? ¿Para tener una muerte un poco

más tranquila? Al lado de los Devil's Sons he comprendido el valor de cada día que pasa. He experimentado las emociones que me han hecho sentir *viva*. Pero ahora estoy de vuelta en la casilla de salida. He vuelto a ser esa persona marcada por la muerte. La primera pastilla que tomé fue por mi seguridad. No podía desaparecer antes de recuperar a mi familia. Las siguientes me ayudaron a olvidar.

Un lamento llama mi atención hacia Ty, que se agarra la camiseta a la altura del pecho, con los ojos brillantes.

—Me duele el pecho, joder. No me puedes decir eso.

Me entra la risa y enjugo las lágrimas con la parte posterior de mi manga. Los fuertes brazos de Alec me rodean, y cuando va a susurrarme algo, Ty se levanta.

—Abrígate. Vamos al tatuador.

Miro a mi amigo y la mano que me tiende.

—¿Confías en mí?

«Siempre».

Llevada por el entusiasmo —o por el THC del porro— siento un chute de energía. Acepto su mano y me levanto. Los chicos me abrigan como si fuéramos a soportar un huracán: botas, anorak, bufanda… Parezco un esquimal, pero estoy calentita.

Salimos del apartamento con mucha energía. Ty toma el volante, Alec se sienta en el asiento de atrás, y yo me subo al de copiloto justo antes de que mi compañero de viaje suelte la bomba que hará gritar a su hermano.

Ty y yo intercambiamos miradas cómplices.

—Deberías tener cuidado con tu ropa —le aconseja Trip boy a su gemelo.

Alec enarca una ceja, sin entender. Divertida, me aclaro la garganta para recuperar algo de seriedad y le echo un vistazo por encima del hombro.

—Gary, el antiguo propietario del coche, aceptó venderle su bebé a Ty si le prometía no deshacerse del último recuerdo que su esposa dejó en el asiento trasero.

Alec levanta el culo de golpe y pone cara de asco.

—¿Murió en este asiento?

—No realmente —continúa Ty—. La tapicería conserva la semilla de sus últimos encuentros sexuales.

Está vez, estallamos en carcajadas. El coche se sacude por todas partes bajo los movimientos del antiguo Devil's, que, a punto de vomitar, intenta alejarse lo máximo posible del asiento trasero. Gracias a los dioses, estamos parados. Sin saber cómo, me levanta del asiento y me encuentro sentada encima de sus piernas; Alec me ha robado el sitio.

—Da igual cómo me mires, no voy a volver ahí atrás. A menos que quieras sentarte sobre una corrida, te vas a quedar en mis rodillas.

—Tus piernas son suficiente.

—Todos estamos de acuerdo, entonces. ¡Venga, nos vamos!

No soy la única que se tatúa esa noche. Los gemelos también salen con una nueva marca en la piel. Tienen una idea para hacernos los tres, pero quieren mantenerla en secreto hasta el final.

El tatuador me pide que me tumbe bocabajo después de que los chicos le hayan pasado las indicaciones. Soy la primera en hacerlo, y el dolor que siento sobre el omóplato derecho es una liberación.

Un cuarto de hora más tarde, es el turno de Alec. Como no me dejan mirar, descubriré el suyo al mismo tiempo que el mío. Luego le toca a Ty y, de repente, los tres estamos tatuados. La impaciencia me puede y, cuando por fin me miro en el espejo, puedo admirar la nueva línea escrita sobre mi piel.

«(A)Alive».

Viva.

Es una combinación de los apodos que me han dado los gemelos: el Doble A de Alec, y el Alone transformado en «Alive» de Ty.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, pero los chicos no me dejan tiempo para llorar.

Me desvelan sus tatuajes.

«Trip boy of Alive tribe» está escrito en el omóplato de Ty.

Con los ojos como platos, suelto un grito de sorpresa y descubro el de Alec: «Sad boy of Alive tribe».

La emoción se apodera de mí y tengo que morderme el interior de las mejillas para no llorar. Miro nuestros tres tatuajes y descifro la promesa que esconden. Formamos nuestra propia tribu y nos protegemos mutuamente. No dejarán que nadie me mate.

—No morirás antes de haber recuperado a los Devil's Sons —me prometen los gemelos a coro.

—Los Devil's Sons… y la vida —concreta Ty.

Emocionada, y demasiado sensible, miro al techo e intento contener las lágrimas. Lo que acaban de tatuarse significa mucho para mí. Estoy muy abrumada.

A cambio, y porque confío ciegamente en estos dos chicos, saco la bolsita de plástico con las pastillas que siempre llevo conmigo y se la tiendo. Alec me dedica una mirada llena de orgullo. La coge y vacía su contenido en el fregadero del tatuador.

El agua se lleva tanto las pastillas como mi miedo.

Este fin de semana no tengo ganas de salir de la cama para volver a los incómodos asientos de clase. Sueño con subirme al primer autobús, pero eso es imposible. Carter me asesinaría, y Ty debe quedarse cerca de su madre. No sería capaz de irme sola. El dolor que mi padrino me ha causado siempre está presente, no disminuye. Sin embargo, gracias a los gemelos, mis preocupaciones se han disipado. Al comprender mi sufrimiento, y mientras el jefe no acepte mi relación con los Devil's, Ty y Alec han decidido seguirme como si fuesen mi propia sombra. No sé si merezco amigos así, pero, joder, los quiero muchísimo. Son ellos los que me dan la fuerza necesaria para levantarme hoy. Ellos y un delicioso olor a tortitas.

Mientras Ty está en los fogones, Alec intenta ponerse crema sobre el tatuaje del omóplato. Me dan los buenos días cariñosamente, pero aun así parecen preocupados. Los tranquilizo con una sonrisa sincera, le quito la crema de las manos a Alec y se la hecho yo. Ahora que tengo la mente más despejada, su tatuaje

me conmueve de otra forma. Es como si, al verlo, mi corazón tuviera alas; su peso en mi pecho se vuelve insignificante.

Alec me da las gracias con un beso en la sien, y luego se encarga de mi tatuaje.

A pesar de la falta de energía que me ha dejado el consumo de drogas, el desayuno transcurre entre risas. Agradezco a los dioses haber traído a Ty y a Alec a mi vida. Sin ellos, no sé cómo podría soportar esta cadena de acontecimientos desastrosos.

—Después de tu *fuga*, Carter exige tu presencia. Sean va a venir a buscarte en unos veinte minutos —me dice Ty, con los ojos fijos en su teléfono.

Me gustaría poder decir que no me afecta, pero me sienta como una ducha de agua fría. Hace más de dos semanas que me prohibió todo contacto con sus hombres, y ahora me envía a uno como chófer, por una supuesta fuga, en lugar de venir él mismo.

La indiferencia que intento mostrar no engaña a nadie. Menos aún con las manos aferradas a la mesa y las uñas hundidas en la madera.

—Te acompañamos —dice Alec.

—No. —Niego con la cabeza—. Tenéis que ir a ver a vuestra madre. Nos vemos esta tarde.

Empiezan a protestar, pero la mirada inflexible que les lanzo los disuade de insistir. Me niego a que se olviden de sus problemas por estar demasiado ocupados resolviendo los míos.

—Te castigan, te prohíben salir, te vigilan y te citan cuando infringes una de sus estúpidas reglas —susurra Ty—. Los Arinson quieren compensar diecinueve años de ausencia en dos semanas. ¿No crees que se están tomando demasiado en serio su nuevo papel?

Mi risa ahuyenta cualquier impulso asesino. Las carcajadas que sacuden nuestros hombros son agradables; sin embargo, cuantos más minutos pasan, más se asienta la realidad. Con el alma herida, dejo la mesa. Cojo mi ropa del radiador del baño y me visto. Me sorprendo al encontrar una pastilla amarillo neón en el fondo del bolsillo; debió caerse de la bolsita ayer. Me acerco al váter para deshacerme de ella, a pesar de esa voz que me susurra que esta

pequeña pastilla haría mí día más llevadero, sin importar a qué tuviera que enfrentarme.

Antes de ser consciente de lo que hago, ya me la he tragado. Y en este momento, ya no es Carter a quien odio, sino a mí misma.

Mientras me preparo, la demonio hace efecto. La culpa y el cansancio desaparecen. Esta droga me da un chute de energía increíble, acompañado de un estado de ánimo agradable pero efímero. *Demasiado* efímero.

Cuando recibo el mensaje de Sean avisándome de su llegada, voy al salón y me muestro indecisa para que los Liner no descubran el pastel. Les pido que le den un abrazo a su madre de mi parte y les agradezco que sean tan buenos amigos.

—Un placer, princesa —me responden a coro—. Llámanos y vamos a buscarte.

Siempre me ha fascinado su conexión. No son gemelos por nada.

Les doy un abrazo cariñoso y salgo del apartamento después de que me deseen buena suerte.

Fuera, voy directa hacia la Harley de Sean, que me espera, inquieto.

Ve mi semblante sonriente y frunce el ceño.

—¿Estás bien? —pregunta, desconfiado.

—¿Por qué no lo estaría?

Le sonrío, me subo detrás de él y le doy un beso en la mejilla.

Desconcertado por mi comportamiento algo voluble, el Devil's arranca. Set y Justin llegan en moto y nos siguen. Tan pronto llegamos a la propiedad, no puedo evitar abrazarlos. Intercambian miradas extrañados, pero estoy demasiado feliz para preocuparme por ello. Subo los escalones del porche cantando y entro a la mansión, con los chicos pisándome los talones. Con nosotros cuatro, la gran familia está completa.

—¡Kate! ¡Cuánto tiempo!

Como siempre está viajando por negocios, no la había visto desde hace mucho. Me precipito hacia la mujer de mi padrino y le doy un abrazo, contenta de verla.

—¿Cómo estás? —me pregunta amablemente.

—Bien, gracias.

Me acerco a mi madre con una gran sonrisa en los labios y le hago una reverencia.

—Mami.

Les concedo el mismo trato a mi padre y a mi padrino: una reverencia y un nombre cariñoso. El jefe abre la boca, pero la cierra enseguida, desconcertado.

El ambiente es incómodo, nadie habla. Todos me miran como si fuera un mono de feria y, a decir verdad, no me importa.

Clarke, con quien he evitado voluntariamente el contacto visual, acorta la distancia entre nosotros.

—¡No debiste salir del campus! —me regaña.

—¡Carter, sal de este cuerpo! —contesto con ironía.

El motero me fulmina con la mirada, mientras Kate y algunos de los chicos se ríen. Mike, por el contrario, se levanta del sillón y se acerca.

—Tiene razón, Avalone. Ha sido una imprudencia.

No sé si la droga está alterando mi percepción de la realidad, pero, de repente, me doy cuenta del parecido que tengo con mi padre. Abro la boca, sorprendida, y llevo las manos a su pelo.

—Tenemos el mismo color de pelo. ¿Cómo no me di cuenta de que eras mi padre?

Atónito, no dice nada. Pego mi brazo al suyo para comparar el tono de piel. Moreno. Un tono similar.

Rápidamente pierdo el interés por nuestro parecido y lo miro con seriedad.

—No soy un perro al que puedas atar. Si quieres ponerle correa a alguien, practica con mi madre.

—¡Avalone! —me regaña ella, atónita.

Sacudo la cabeza y le lanzo una mirada suplicante, intentando convencer al padre que hay en él.

—Retira los guardaespaldas, por favor… No me siento cómoda con esta situación.

Su mirada se suaviza. Voy por buen camino. Voy a por todas y me dirijo a Carter.

—Vuelve a poner a los Devil's Sons para que me protejan. Me voy a volver loca sin ellos…

Se acerca a mí, afectado por mi estado. La vulnerabilidad y la duda están marcadas en su rostro. Si está preparado para bajar la guardia tan fácilmente, es porque la decisión de echarme de la banda no estaba planeada; la tomó en un ataque de rabia.

Ante la idea de recuperar a mi familia, una ola de esperanza me recorre por dentro.

—Los Devil's Sons no pueden vigilarte y atrapar al King of the Law al mismo tiempo.

Ni él mismo se cree sus propias palabras, pero tengo que seguir su razonamiento si quiero convencerlo.

—Pon a los guardaespaldas a buscar a Henzo. Cuarenta serán más eficaces que seis… —Me giro hacia los chicos—. Sin ofender.

Tucker me guiña un ojo, algunos se ríen y otros parecen preocupados; no obstante, todos esperan impacientes la respuesta de Carter.

Kate pone su mano sobre la espalda de su marido. Le dedica una sonrisa cómplice.

—Tiene razón. Devuélvele a su familia —le dice.

Mi padrino suspira y levanta la barbilla hacia el pasillo para pedirle a Mike que lo siga. Desaparecen, con sus mujeres pisándoles los talones, bajo mi mirada victoriosa. Me dejo caer en el sofá con una gran sonrisa.

—Como en casa, en ningún sitio —afirmo.

Ansiosa por enseñarle mi nuevo tatuaje a los chicos, me aparto el pelo y me subo el jersey apresuradamente para mostrarles mi omóplato.

—¡Por todos los dioses! —exclama Justin horrorizado—. ¡Está en plena crisis maníaca, la hemos vuelto bipolar!

Me río, pero los chicos parecen dispuestos a creerlo. Pasan la mirada entre Justin y yo.

Recupero mi seriedad; ya no tengo ganas de reírme.

—No soy bipolar —siseo entre dientes—. Solo estaba contenta de volver a veros.

Me dirijo hacia las puertas francesas, pero Jesse me agarra de la muñeca.

—¿Estás segura de que estás bien? Lola nos ha hablado de tus palpitaciones cardíacas, nos pidió el número de Ethan. ¿Te tomas la medicación?

—Sí, sí…

Clarke, al otro lado de la habitación, me mira fijamente como si me leyera. Me pongo de pie, un poco asustada ante la idea de que descubra lo que se esconde detrás de mi comportamiento.

—Ayer por la tarde parecías… *vacía* —señala Set.

—Repito: estar encerrada en el campus me está volviendo loca.

—¿Estás segura de que estás bien? —insiste Tucker, cruzado de brazos.

Asiento y les dedico una sonrisa forzada.

—Sabes que puedes contárnoslo todo —interviene Sean.

—¡Joder, dejadme en paz! —salto, enfadada.

Jesse me suelta, y el silencio cae sobre nosotros, hasta que Carter, Kate y mis padres aparecen de nuevo.

—Quince hombres se quedarán contigo por tu seguridad. Cuatro frente a tu habitación, once repartidos por el campus, además de la banda —anuncia el jefe—. Los otros veinticinco buscarán a Henzo. Podrás salir de la universidad con un mínimo de cuatro Devil's, siempre que me hayan avisado antes, y te acompañarán a cada una de tus clases. Es mi última palabra.

Creo que estoy soñando.

Una gran sonrisa aparece en mi rostro. Corro hacia él y lo abrazo. Me estrecha torpemente entre sus brazos.

Mi madre reclama mi atención.

—Podrías cenar aquí esta noche… con nosotros. Incluso podrías invitar a Lola…

—¿Y a los Devil's?

Sus rasgos se crispan, pero asiente, tensa, como si estuviera una contractura en el cuello. Sin pensarlo dos veces, acepto su propuesta.

Los rostros de mis padres se iluminan. Están demasiado contentos como para sospechar que pasa algo. Pero no es el caso de

Carter ni de la banda. En especial Clarke, que me mira fijamente sin ningún reparo.

Mi madre se gira hacia los Devil's Sons, esperando su veredicto y, para no quitarle la ilusión, aceptan.

—¡Perfecto! ¿A las ocho? ¿Os viene bien?

Asentimos, y cuando el jefe, acompañado de su segundo, hace ademán de dar un paso hacia mí, decididos a no dejar que me vaya, pongo pies en polvorosa y salgo de la mansión.

16

Cuantas más horas pasan, más me maldigo por mi comportamiento. Se acabó la demonio. Si no hubiese estado bajo sus efectos, nunca habría aceptado esa ridícula cena. Quería que me diera el valor necesario para enfrentarme a Carter, no que inhibiera todo mi odio, el cual reapareció por la tarde. Puede que el jefe acceda a reasignar a los Devil's Sons para mi protección y Mike a reducir los guardaespaldas, pero eso no significa que los haya perdonado. No borra sus errores, a pesar de que eso es lo que parecen creer.

En cuanto a los chicos, creen que soy bipolar. No se equivocan; después de todo, esta droga es la personificación de la inestabilidad. Mi único consuelo ha sido enterarme de que mi madre también ha invitado a los gemelos a la cena. Un consuelo efímero, ya que Lola me ha enviado un mensaje en el que me decía que venía esta noche. Después de cómo nos separamos y de mi pésimo estado de ánimo, esta noticia está lejos de alegrarme.

Mientras los Liner y yo salimos del coche, llegan los Devil's Sons y Lola. Se han unido a nosotros debajo de la casa de Élisa para garantizar mi seguridad durante el trayecto.

Al ser incapaz de mostrarme tan alegre como esta mañana, me apresuro a subir los escalones del porche para no tener que enfrentarme a ellos. Me obligo a sonreír, pero el espejo de la entrada me devuelve una mueca. Entro en el salón y me encuentro la gran mesa preparada por Marie y los aperitivos a un lado.

Confirmo con amargura que no hay ni rastro de alcohol. Es una decisión de mi madre. Cree que me ayuda de esta forma, cuando es todo lo contrario. Al actuar así delante de mí, me siento diferente.

—¡Avalone! ¡No he sabido nada de ti desde ayer! No estarás intentando evitarme, ¿verdad? —resuena la voz de mi mejor amiga.

Pongo la sonrisa más hipócrita que puedo y me giro hacia ella. Los Devil's Sons permanecen a su lado y me miran. Clarke, apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta de entrada, frunce el ceño.

—No creía que fuera necesario estar siempre a tu lado. Te conseguiré un cachorrito. Al menos él disfrutará de tenerte siempre encima.

Entreabre la boca y finalmente cede, por ahora. La he herido, lo veo en su mirada. Alejo la culpa que empieza a invadirme y muestro una expresión indiferente.

—Háblanos, V —me suplica Jesse—. Sabemos que no estás bien.

Darles una excusa no los tranquilizará. Ahora están de nuevo a mi lado, es el momento de recuperar el control y avanzar. Sin embargo, hay algo que me detiene. Cuando me dispongo a abrirme, los propietarios de esta maldita mansión y mis padres, seguidos de Marie, aparecen. Basta con que mi madre cruce su mirada con la mía para que desaparezca mi sonrisa. Nos miramos fijamente mientras el resto empieza la velada con risas. Aparto la mirada cuando Tucker me llama.

—¡Mierda, Ava, por tu culpa no hay alcohol!

Una débil sonrisa empieza a dibujarse en mis labios, pero la voz de Lola la borra al instante.

—Estoy segura de que hay otras opciones. Deberías compartirlas con nosotras, V.

Todo en esa frase intenta desestabilizarme, hasta el apodo que Jesse me puso.

—¿Quieres saber qué otras opciones hay al alcohol o a nuestra amistad? —siseo entre dientes, presa de un ataque de ira.

No le da tiempo a contestar porque Alec interviene.

—En lo relativo a las opciones que hay al alcohol, puedo ofrecerte un vaso de zumo o, si no, puedes preguntarle a Daniel, *tu novio*, dónde consigue él la droga.

Lola palidece, Set se tensa de repente y mi madre reprime un grito. En cuanto a mí, estoy impactada.

«¡No puede ser! ¡Si me lo hubiera dicho otra persona que no fuera un Devil's Sons, no me lo habría creído!».

—Los Demon's Dads han descubierto a su mejor cliente: el equipo de fútbol de la universidad —continúa Alec maliciosamente—. Todo empezó porque Logan quería ser el mejor. No le fue difícil convencer a los demás… Pero no te preocupes, los jugadores solo lo consumen los días de partido.

—Pensaba que ninguna banda tenía derecho a vender droga en vuestro territorio —me dirijo a Carter.

A pesar de lo que dicen y de lo que yo misma he llegado a creer, los Devil's Sons no trafican con droga. Dejan que ese rumor circule para que la policía se agote buscando pruebas donde nunca las encontrarán. En Ann Arbor no hay camellos, y todos aquellos que se arriesgan a traficar aquí son cazados cruelmente por los propios Devil's Sons.

—Así es. Los consumidores salen de la ciudad para abastecerse.

—¿Está seguro? —le pregunta Lola, mirándome fijamente, enfadada.

Pongo los ojos en blanco ante su nuevo intento de desestabilizarme, pero siento una punzada en el pecho. Lo que acaba de descubrir de su novio… Tras días de ausencia, vuelvo a sentir algo de compasión. Hago el amago de dar un paso hacia ella, pero saca su móvil para llamar a Daniel. Set la amenaza con el dedo, prohibiéndole tajantemente volver a verlo, y los hermanos empiezan a discutir mientras desaparecen del salón.

Alec me guiña un ojo victorioso, pero no tiene el efecto deseado. Me hubiera gustado que Lola lo descubriera en otras circunstancias. Merecía algo de tacto y apoyo, lo que no he sido capaz de darle en los últimos días.

La conversación gira en torno a esta sorprendente noticia. Los Devil's Sons deciden contárselo a Wyatt. Creen que él no ignorará el consumo de droga de sus compañeros de equipo. Los chicos se alejan para llamarlo y urden un plan que destituirá a Logan como capitán del equipo de fútbol. Después, Sean llama al director

McLaguen y, tras un breve intercambio, el imbécil es expulsado de la universidad. Wyatt se convierte en el nuevo quarterback y en capitán de los Wolverines de Michigan.

La noche continúa con normalidad. Marie nos sirve refrescos o zumo de tomate. Mi padre alza su copa para brindar.

—Los secretos han quedado atrás, ¡por la verdad!

Lola vuelve a nuestro lado y me mira fijamente a los ojos.

—Por la verdad… —susurra.

Intentando huir de mi madre, que busca cualquier excusa para hablar conmigo, me encierro en el cuarto de baño. Con los nervios a flor de piel, me refresco la cara. El reflejo de Clarke en el espejo hace que me sobresalte.

Me doy la vuelta, enfadada.

—¡Lárgate!

Le tiro lo primero que tengo a mano. Esquiva la pastilla de jabón como si nada y se acerca. Mi ira desaparece y retrocedo, abrumada por su cercanía. En dos semanas, no ha cambiado nada para mí. Lo sigo queriendo y deseando. Y esa es la razón por la que no soporto su presencia. Sufro al verlo, al tenerlo cerca y saber que puedo tocarlo sin poder tenerlo.

Se inclina hacia mí y se apoya en el lavabo, encerrándome entre sus brazos. Ya no puedo moverme por miedo a rozarlo, y contengo la respiración por temor a mezclarla con la suya. Su aliento sobre mis labios ya es suficiente peligro para mi corazón.

Trago con dificultad e intento no pensar en nuestra cercanía, pero, de repente, no siento nada más que eso.

Con los ojos entrecerrados, me examina.

—Tienes las pupilas dilatadas.

No respondo, me quedo quieta.

—Has perdido peso. Lola nos pidió el número de Ethan por unas supuestas palpitaciones. Esta mañana estabas llena de una alegría casi eufórica, bajo la que se podía vislumbrar el nerviosismo y la impaciencia. Y unas horas más tarde, ninguna alegría de vivir es capaz de silenciar ese fuego; podrías atacar a cualquiera que cruce

miradas contigo. Y esta noche, no eres más que un manojo de nervios.

«Dioses todopoderosos, lo sabe».

Y su calma no augura nada bueno. Levanta la mano hacia mi rostro y me coloca un mechón de mi pelo detrás de la oreja.

—¿Qué te pasa, joder? —me susurra al oído.

Sus palabras tienen un regusto desesperado.

Casi sin aliento, lo empujo e intento huir. Pero antes de que llegue a la puerta, me presiona contra la pared.

—No soy Lola, Avalone —susurra en mi oído, serio—. No voy a intentar desestabilizarte delante de todos. Pero empieza a temer el momento en el que estemos solos, tú y yo, porque créeme, no te dejaré en paz. Y cuando me confieses que has consumido droga, lamentarás esta calma mía que tanto te desconcierta.

Dicho esto, sale del cuarto de baño, dejándome sin aliento y angustiada. No lo necesito para darme cuenta de mis errores, pero, como ha dicho Lola, no soy tan fuerte como todo el mundo cree.

Ty entra en el cuarto de baño y cierra la puerta detrás de él con prisa.

—¡No mires a nadie a los ojos, tienes las pupilas superdilatadas!

Examino su mirada, buscando algún rastro de decepción. Después de todo, me deshice de la droga ayer y vuelvo a estar bajo su influencia. Pero solo hay comprensión y un apoyo incondicional.

Bajo la cabeza, avergonzada.

—Lo sé. Clarke me lo acaba de decir.

—¿Lo sabe?

—Tiene la esperanza de que no sea tan tonta como para consumir droga. —Suelto un profundo suspiro—. No he vuelto a comprarla —me siento obligada a aclarar—. Encontré una pastilla en el fondo del bolsillo. Se debió caer de la bolsita antes de que os la diera.

Ty coloca un dedo debajo de mi mentón y me obliga a enfrentar su mirada.

—Se acabó, ¿de acuerdo? Si tengo la más mínima sospecha, no dudaré en encerrarte el tiempo que haga falta para que vuelvas a ser tú misma.

—Se acabó —confirmo.

—Bien.

Me abraza, aliviado, y escondo la cara en el hueco de su cuello para que no pueda ver el dolor que siento.

—Cuando se trata de Clarke, te arriesgas a pasarlo mal, pero te obsesionas pensando en ese tipo. Las cosas se arreglarán más rápido de lo que crees.

Me río tristemente y me acurruco en sus brazos.

—No soy más que un juego para él, Trip boy.

—Si pudieras ver, a través de mis ojos, cómo te mira, entenderías que nunca serás un simple juego para él, Alive.

Ya no puedo pensar eso, ya no puedo tener esperanza, o me arriesgaré a romperme completamente.

—La esperanza me mata.

Sin embargo, sus palabras logran colarse en mi mente y resuenan con fuerza. Su eco alcanza a mi corazón, a pesar de las barreras que he levantado a su alrededor.

Confundida, salgo del baño y me encuentro con Carter. Sus labios se mueven, pero no escucho nada.

Estoy preparada para aceptar que sea mi padrino. Lo habría perdonado por golpear a Clarke. Pero echarme de la banda es el mayor error que ha podido cometer si quería que algún día sintiera algo parecido al amor por él.

—¿Tus reglas de mierda son mucho más importantes que la felicidad de tu sobrina, a la que supuestamente tanto quieres?

Se queda inmóvil mientras los invitados irrumpen en el pasillo. Miro a mi madre y decido que ha llegado el momento de ser sincera, de terminar con las mentiras y las falsas apariencias.

—Si crees que cenar todos juntos nos hace una familia, te equivocas. Tu hipocresía apesta tanto como el perfume caro que tu *marido* te ha regalado. Está claro que no quieres a los Devil's Sons en tu vida ni en la mía.

Esta mañana, con la euforia, no presté atención a ciertos detalles. Su mirada se oscureció cuando Kate presionó a Carter para que me devolviera a mi familia y su sonrisa se crispó cuando le pedí que los Devil's Sons cenaran con nosotros. Y esta noche, se

comporta como si no existieran. A sus ojos, solo son criminales de los que tiene que mantenerme alejada.

—Te comportas como una niña caprichosa que rechaza el amor que le damos porque la hemos castigado sin algo —me responde, con cierto rencor en la voz.

Abro los ojos como platos, atónita. Mi madre siempre me ha entendido, pero hoy me temo que ya no queda nada de nuestra relación.

—No me habéis castigado, me habéis privado de ello, mamá. Me habéis arrebatado a los Devil's Sons, a *mi* familia. ¿Y crees que la tuya puede reemplazarla?

—¡Los conoces desde hace tres meses! —dice indignada.

—Aunque supieras lo que hemos vivido en esos tres meses, tampoco lo entenderías. Porque a Claire Arinson le da igual. Si te conviertes en esta mujer cuando estás con Mike, ¡no quiero tener nada que ver contigo! —La rabia aumenta dentro de mí; doy un paso hacia ella sin dejar de mirarla—. ¡Para aceptaros a ti y a tu marido, deberías haber ampliado esta familia! —exclamo, señalando a los Devil's Sons, a los gemelos y a Lola—. Eres tú quien tendría que adaptarse a mi nueva vida. Pero en vez de eso, habéis destruido todo lo que tenía con la única finalidad de imponerme *tus* deseos. ¡Nunca permitiré eso! Si Carter ha sido capaz de meterme en su banda con engaños, yo también soy capaz de volver a unirme a ella, sin importarme el daño que pueda causarte. Porque estas personas de aquí son muy importantes para mí. A su lado, estoy viviendo por primera vez. Y no dejaré que nadie me los arrebate.

Mi padre, sobrepasado por la situación, entrelaza los dedos con los de su mujer, cuyas mejillas están empapadas de lágrimas.

No aparto la mirada; necesito que me entienda.

Una chaqueta de cuero negro cae a los pies de Carter, arrojada por su segundo.

—O Avalone vuelve a los Devil's Sons, o dejo la banda.

Mi corazón se acelera. Miro la chaqueta y después a Clarke, para asegurarme de lo que acabo de escuchar.

Abro la boca, pero no soy capaz de decir nada.

«Dioses todopoderosos, el motero pone su posición en la banda en juego por mí…».

Lo miro, sin aliento, hasta que una segunda chaqueta se une a la primera, delante las narices del jefe.

—Pienso lo mismo —dice Tucker.

Es el turno de Justin de deshacerse de su chaqueta de cuero.

—Sin Avalone, me retiro.

Sean se quita la suya y también la tira al suelo.

Mis manos empiezan a temblar, mi corazón late desbocado. Contengo las lágrimas, conmovida por lo que se desarrolla ante mis ojos.

—Es nuestra familia —añade Set, decidido.

Se quita su chaqueta.

El silencio cae sobre el pasillo, la atención de todos se centra en Jesse. Este último ya se ha quitado de los hombros su bien más preciado. Mira fijamente la cabeza del Vegvisir y después alza la mirada hacia Carter.

—O seguimos todos juntos, o se acabó.

Su chaqueta de cuero cae; el golpe sordo resuena entre las paredes.

«¡Por el Yggdrasil!».

Jesse. Jesse, para quien la chaqueta de cuero es lo más importante, está dispuesto a poner punto y final a esto si no vuelvo a la banda.

Superada por todos los acontecimientos, me ahogo en un mar de emociones. Decir que estoy confundida es un eufemismo. Estoy abrumada por sentimientos demasiado fuertes para una simple mortal. Solo las lágrimas y la sonrisa emocionada que me lanza Lola hacen real este momento.

A la espera del veredicto, me centro en Carter, que mira fijamente a mi madre con imparcialidad.

—No te atrevas —le advierte ella.

Mike le lanza una mirada amenazante a su hermano, y mi hipótesis se confirma: el jefe nunca quiso echarme de los Devil's Sons. Lo hizo a petición de mis progenitores.

Mi padrino centra su atención en mí. Me mira con cierto orgullo, y luego dirige una sonrisa llena de respeto a cada uno de sus hombres. Cuando sus ojos se centran en mis padres, su aura cambia.

Carter Brown, el jefe de la banda, retoma su lugar. La determinación que emana es feroz, y el ambiente se llena de autoridad.

—Dentro de los Devil's Sons, los lazos de sangre importan muy poco. Elegí a mis hombres y ellos me concedieron su lealtad, al igual que he elegido a Avalone. Y ella me ha dado su confianza, a mí, Carter Brown. Ninguna amenaza ni manipulación pondrá en riesgo su lugar en la banda. Si estáis en contra de esta decisión, os ruego que os marchéis de mi propiedad, a menos que prefiráis ser escoltados por seguridad.

Mike, furioso, desliza la mano por su espalda. Antes de que pueda apuntar a Carter, anticipo su gesto y le arrebato la pistola a mi padrino. Como uno solo, los Devil's Sons, los gemelos y yo sacamos nuestras armas y nos colocamos delante de nuestro jefe para protegerlo. La pistola de Mike apunta directamente hacia mí, y la mía lo apunta a él, así como las de los otros ocho hombres de mi familia.

Mi madre suelta un grito, asustada, al igual que Marie, Lola y Kate. Mi padre está desestabilizado por la rapidez que hemos demostrado y por nuestro cara a cara. Sin vacilar, baja la pistola mientras mantenemos las nuestras a la altura de su mirada.

Esta noche, comprende quiénes somos.

—Aunque no siempre ha tomado las decisiones correctas, Carter Brown ha hecho lo imposible por incluirme de nuevo en su vida y mantenerme en ella. Ha dejado que me ponga en peligro después de comprender mis deseos y necesidades. Soy parte de su familia, y él de la mía. Ahora que ya no podéis arrebatármela, no estoy en contra de aumentarla, si la respetáis. Fijaremos más tarde un día para escuchar vuestras disculpas, pero, por ahora, tenéis que dejar la propiedad e iros a un hotel. Creo que ya habéis abusado suficiente de la hospitalidad de vuestro anfitrión.

Mi padre palidece y Carter se ríe en su cara.

—No te preocupes, Mike, aprenderás a apreciar el carácter de tu hija cuando no vaya dirigido a ti. Ahora, largaos. Jesse tiene mecha corta cuando se meten con los suyos, y me sorprendería mucho que aceptaseis que os suturasen sin anestesia. Vuestra hija os enseñará a tener valor la próxima vez.

En silencio, y afectados por el giro de los acontecimientos, mis padres salen de la mansión. Cuando la puerta se cierra tras ellos, respiro un poco mejor, pero me detengo de inmediato. No me atrevo a hacer frente a la banda por miedo a que todo esto no sea más que un sueño. ¿Y si Carter nunca reconsideró su decisión?

Lola pone una mano sobre mi hombro y lo presiona en un gesto de apoyo. En su mirada, encuentro la fuerza para enfrentarme al jefe.

—Me parece que esto te pertenece.

Sostiene entre sus manos una chaqueta de cuero de los Devil's Sons. Inspiro una gran bocanada de aire, aliviada. Creo que podría llorar de lo contenta que estoy.

Voy hacia él, insegura, y cojo la chaqueta que me tiende. Miro fijamente el Vegvisir con nostalgia. Estas dos últimas semanas me han parecido una eternidad, pero por fin me reencuentro con mi familia.

—Lo siento. No debería haberte echado de la banda.

—Carter Arinson lo hizo por mis padres.

—No debería haberlo hecho. Es tu vida; solo te pertenece a ti. No debería haber dejado que interviniesen en asuntos de los Devil's Sons. Además, eres imprescindible para nosotros. Te necesitamos, Avalone.

No consigo ocultar la alegría que me producen sus palabras; incluso creo que ya lo he perdonado. Quería ayudar a su hermano y a su mejor amiga después de años sin verse. Ha debido de ser duro ver las cosas en perspectiva.

—Si me disculpáis, esta noche no ha sido como me la imaginaba. Estoy agotado —dice el jefe—. Ya conocéis la salida.

Nunca he estado tan entusiasmada de que me echen. Con Henzo por ahí, mi padrino habría exigido que durmiera en su propiedad. Pero esta noche es el jefe de la banda quien habla, y me

deja elegir. Porque sé que, da igual qué versión de Carter tenga delante, considera que su casa es mi casa.

Coge la mano que Kate le tiende y se van juntos por el pasillo.

—Avalone, duermes con los gemelos —ordena, sin girarse hacia nosotros—. Clarke, Sean y Jesse seguirán vuestro coche. Set, Tucker y Justin, acompañaréis a Lola a la residencia. Creo que tiene asuntos que resolver con su novio.

17

Me despierta el tono de llamada de mi móvil. Me abalanzo sobre él para no despertar a Ty, que duerme profundamente a mi lado, y miro la hora.

«¡Son las dos de la mañana, joder!».

Al ver el número de Lola, me levanto sin hacer ruido y me encierro en el cuarto de baño. Descuelgo, con la mente todavía nublada por el sueño.

—¿Estás bien? —susurro.

—Avalone.

Una voz cruel me contesta. Se me hiela la sangre y vuelvo de golpe a lo sucedido hace semanas en mitad de un almacén abandonado.

Siento un nudo en el estómago y un escalofrío de miedo ahuyenta todo mi cansancio.

—Henzo…

—Muy perspicaz —bromea al otro lado de la línea.

«Que los dioses nos ayuden…».

—¿Dónde está Lola?

—Está aquí. Conmigo.

Se cierra una puerta. Escucho los sollozos y los gritos aterrorizados de mi mejor amiga. Despierta en mí un miedo crudo, parecido al de una madre por su hijo. Un escalofrío me recorre el cuerpo; de repente tengo demasiado calor.

—Envíame una dirección —susurro.

Las ganas de vomitar me pueden, pero me tapo la boca con la mano.

—Lo pillas rápido. Es agradable hablar contigo. No necesito decirte…

—Que vaya sola —lo corto—. Lo sé.

Cuelga, y me lanzo hacia el váter a tiempo para echar hasta la primera papilla. Mi cuerpo se sacude, me arde la garganta y mi estómago no se calma. El sudor me cubre la espalda como una segunda piel; entiendo que estoy sufriendo un bajón de la demonio. Y ya no tengo más para enfrentarme a Henzo.

Alive.

No puedo despertar a los gemelos o el King of the Law matará a alguien que quiero. Había llegado a creer que no me enfrentaría sola a mis enemigos, pero la realidad es que no siempre tenemos elección. Hay veces en las que perdemos y nuestro adversario tiene la oportunidad de ponernos en una situación incómoda. Además, los Devil's Sons están a mi lado, en mi corazón, y es todo lo que necesito. Los quiero, y ellos me quieren a mí. Si tengo que morir, lo haré sin remordimientos.

Perder el tiempo pensando y elaborando una estrategia es demasiado arriesgado. Cuanto más espere, más se convencerá Henzo de que he pedido refuerzos. Me agarro al lavabo para mantener el equilibrio. El agua que me echo en la cara disipa los destellos que veo al cerrar los ojos. Después me enjuago la boca y me bebo casi un litro de agua, sedienta.

Mi móvil vibra en el suelo; acabo de recibir la dirección. Lo cojo y, temblorosa, salgo del cuarto de baño. El miedo controla mis movimientos, me proporciona la fuerza necesaria para mantenerme de pie. Cruzo sigilosamente el pasillo y paso por delante de la habitación de Alec. En la entrada, me pongo el jersey que Ty ha dejado ahí y mis zapatos.

Se me pasan tantas cosas por la cabeza que no soy capaz de pensar con claridad. Me dejo guiar por la adrenalina y la urgencia.

Salgo del apartamento con el móvil al oído y llamo a un taxi.

Los veinte minutos de trayecto son los más largos de mi vida. Tiemblo con el miedo en el cuerpo. Aunque también podrían ser

efectos secundarios de la demonio. Mi malestar general me impide pensar.

El taxi se detiene enfrente de una fábrica abandonada. Empiezo a estar harta de este tipo de edificios que ponen los pelos de punta. Siento que se me va a salir el corazón del pecho, pero no me voy a echar atrás. Y hasta que Lola no esté a salvo, no intentaré nada peligroso.

—¿Está segura de que es aquí? —me pregunta el taxista.

—Una amiga mía va a venir a coger el taxi. ¿Puede esperarla, darle mi móvil y llevarla después al campus de la universidad? Llámela si no la ve.

Asiente, desconfiado. Le doy mi móvil y salgo del coche. Me siento enferma, hasta el punto de temer perder el conocimiento antes de salvar a mi amiga. Cada paso hacia la fábrica hace que me duela todo mi cuerpo, que aún está eliminando la droga, mientras mi instinto de supervivencia me grita que dé la vuelta.

Con algo de suerte, Henzo no me matará tan pronto llegue, y Lola podrá escapar para llamar a los Devil's y ellos me rescatarán. O tal vez muera. Tengo que contemplar esa posibilidad. He burlado a la muerte demasiadas veces como para estar tranquila; sé que los dioses no estarán siempre de mi lado. Las puertas del Valhalla seguramente estarán cerradas para mí, pero quizá Freya me acoja en su salón por haber luchado con las pocas fuerzas que me quedaban.

Respiro hondo con la esperanza de ahuyentar el miedo y el dolor —en vano—, y empujo la puerta oxidada; sus goznes chirrían, poniéndome la piel de gallina.

A pesar de todos los escenarios que me había imaginado, lo que me encuentro me hiela la sangre. En el centro de la polvorienta estancia, Lola está amordazada y atada a una silla, con las mejillas llenas de lágrimas. Su mirada me encuentra y sus gritos aumentan. Intenta liberarse, da un grito desgarrador y solloza tan fuerte que tiene convulsiones.

Henzo está sentado despreocupadamente frente a ella, con una pistola en la mano.

—Has venido rápido. Te debe importar mucho.

La rabia se apodera del miedo; ambas emociones me consumen por dentro y me debilitan.

Cuando doy un paso, la puerta se cierra detrás de mí con un desagradable ruido sordo, que me recuerda a una sentencia irrevocable.

—¡Déjala marchar!

—Tienes mi palabra.

Se levanta, y Lola grita aún más fuerte cuando se acerca a ella, pero deshace las ataduras sin hacerle daño. Se levanta rápidamente y se arranca el pañuelo de la boca. Entonces corre a toda velocidad hacia mí.

—¡Sal! ¡Corre, Avalone, huye!

Sus órdenes se vuelven más urgentes a medida que acorta la distancia entre nosotras. Al llegar a mi altura, me coge la mano, lista para llevarme con ella, pero me suelto. Se detiene de golpe y se gira, con la mirada llena de miedo.

Cierro los ojos, devastada por su estado. Si sobrevivo, no sé si algún día podré perdonarme por haberla puesto en esta situación.

Cojo su cara entre mis manos y hago que me mire a los ojos.

—Tienes que irte de aquí, Lola. Estaré bien, pero debes irte ahora.

Se ahoga con sus sollozos, llora tanto que quizá no escuche mis palabras. Su cuerpo tiembla y se agarra mis brazos como a un salvavidas.

—¡Vete!

Sacude la cabeza y dice palabras incomprensibles.

La cojo por los hombros.

—¡Vete! ¡Lárgate de aquí! —le grito a la cara.

Se sobresalta y, por fin, retrocede, tensa.

—Thor, defensor de Midgard, amigo de los hombres, ten piedad —gime.

—¡Vete!

A regañadientes, se da la vuelta, corre hacia la puerta y desaparece en la noche. El alivio que siento es tan grande que vuelvo a respirar. Incluso creo que dejo escapar una pequeña risa. Después, el silencio regresa a la fábrica y no me atrevo a hacer

ningún movimiento por miedo a que Henzo se ponga agresivo. Pero tengo que enfrentarme a él y descubrir qué ha hecho con la pistola.

Con el corazón en la garganta, me giro hacia él y descubro su sonrisa arrogante. Da varios golpecitos a la silla con el cañón de la pistola. El mensaje no puede ser más claro.

Paralizada por el miedo, una lágrima me resbala por la mejilla. La enjugo con la mano y voy hacia él. Tomo el lugar que ocupaba Lola hace un instante y, cuando pensaba que me iba a romper, el alivio que siente mi cuerpo dolorido me insufla una dosis de valor.

Henzo se acerca y me examina.

—Pareces exhausta. ¿Es abstinencia? ¿De heroína? ¿De coca?

—De la demonio.

—No la conozco.

—Y yo que pensaba que llevabas aquí el tiempo suficiente para saber cuál es la especialidad de la zona… Supongo que intentar matar a alguien mientras evitas que acaben contigo no deja demasiado tiempo para hacer turismo.

Por sus labios se extiende una sonrisa divertida. Me enjugo la gota de sudor que siento deslizarse por la sien y me doy cuenta de que no me ha atacado. Después de todo, mi estado lo dice todo: no soy una amenaza.

—Ha sido difícil atraparte. Pero comprendí que, si no podía llegar a ti, tendrías que ser tú la que vinieras a mí.

Si Lola se ha subido al taxi, ya ha debido de pedir ayuda a los Devil's Sons. Pueden llegar a la fábrica en diez minutos, siempre y cuando no tengan en cuenta el límite de velocidad. Tengo que ganar tiempo y, para conseguirlo, he de avivar su curiosidad.

—Quieres terminar lo que empezaste. Casi muero la primera vez.

Mi voz no tiembla y ya no lloro. La única debilidad que no soy capaz de ocultar es la de mi cuerpo.

—Así es, sobreviviste. *Milagrosamente*.

—Así lo han decidido las Nornas.

Frunce el ceño y se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas.

—Escuché que erais creyentes. ¿A qué tipo de dios veneras para estar segura de que te salvará?

No es un dios quien vendrá a rescatarme esta noche, sino los Devil's Sons.

Vienen de camino, lo sé.

—Creo en varios dioses. El tipo de dioses que desencadenan una guerra por ego. Como tú. Podrías encontrar la felicidad en mi religión, estoy convencida.

—¿Por qué creer en dioses malintencionados? —escupe, condescendiente.

—No son malintencionados, son seres vivos, capaces tanto de lo mejor como de lo peor. En nuestra religión no hay pecado ni *mea culpa*. Ni infierno ni paraíso. Todos tenemos reservada la misma suerte, así que no perdemos el tiempo haciéndonos pasar por alguien que no somos, porque al final no habrá nadie que nos juzgue. Nuestra fe carece de hipocresía. Si tú quieres pecar, arrepentirte delante de tu dios aunque, en realidad, no sientas remordimientos ni tengas intención de cambiar, y vivir como si fueras un buen creyente… ¡siéntete libre! Pero no juzgues mi religión.

Con las cejas enarcadas, se deja caer contra el respaldo de la silla y juega con la pistola.

—Tienes que aprender a respirar.

Efectivamente, estoy casi sin aliento después de haber soltado a toda velocidad lo que pensaba de su menosprecio.

—Entonces, si lo he entendido bien, ya que tu religión no condena los actos reprensibles, decidiste ser una mala persona.

Me río sarcásticamente, agotada y sin fuerzas.

—No soy mala persona.

—Formas parte de una banda.

—¡Y te recuerdo que puse mi vida en riesgo para evitar una guerra por el territorio!

—¡Una niñata recién salida del nido no puede decidir mi futuro! —grita—. ¿Entraste en una banda para rebelarte contra tus padres? ¿Es una experiencia que le contarás a tus hijos en el futuro? Te voy a enseñar que esto no es un juego del que se salga indemne.

Así que es eso. Piensa que mi vida es un camino de rosas y no me cree capaz de entender su dolor.

—¿Quieres jugar la carta de la lástima? Muy bien. Mi madre ha sido mi única familia. Mi padre murió antes de que naciera. Apenas teníamos con qué vivir porque las facturas del hospital no paraban de llegar. Ah, sí, me olvidaba: nací con una malformación del corazón que derivó en una insuficiencia cardíaca. Mi corazón puede dejar de funcionar en cualquier momento. De hecho, ya tendría que estar muerta, porque cuando aparecen los síntomas, la esperanza de vida baja a cinco años. ¿Por qué sigo respirando? La verdad es que no tengo ni puñetera idea; los médicos hablan incluso de un milagro. Pero volviendo a lo importante, la causa de un corazón así de inútil: mi madre consumió droga cuando estaba embarazada, aunque nunca la he culpado por ello. Porque sí, sé hasta qué punto puede ser dura la vida. En cuanto a mi incorporación a los Devil's Sons, he entendido hace poco que siempre he tenido elección. Podría volver a mi vida normal, pero deseo fervientemente proteger a mis amigos, esos que solo saben resolver los problemas a puñetazo limpio y a punta de pistola. Poseo un don para apelar a la humanidad de la gente y, ahora, esa banda es todo lo que tengo. Así que, créeme, soy consciente del peligro. Estoy aterrada ante la idea de perderlos. Y ya que estamos en este momento de confidencias: desde que entré en los Devil's Sons, por fin *vivo*, tras diecinueve jodidos años *sobreviviendo*. Formar parte de esta banda no es una experiencia, es la llave de mi *libertad*. Una libertad al lado de la gente que, hoy en día, considero mi familia.

Henzo ha perdido su sonrisa arrogante a favor de una expresión más humana. No sé si me cree, pero lo importante es ganar tiempo. Y me escucha.

—¿Tienes problemas cardíacos y consumes drogas?

Si mi vida no estuviera en juego, eludiría la pregunta para conservar un poco de dignidad.

—Me echaron temporalmente de los Devil's Sons por petición de mi madre. Perdí su protección. Y la demonio potencia las capacidades físicas. La tomé para poder defenderme si me atrapabas, pero te habrás dado cuenta de la ironía de la situación. —

Temblando, separo los brazos y le muestro la magnitud de los daños —. Ha sido un error.

Se ríe de forma sincera, como si sintiera simpatía por mi estado, o más bien compasión.

—No me quieres hacer daño, Henzo.

—Presuntuosa.

—Te voy a decir lo que creo.

Se sienta cómodamente en su silla, curioso.

—Resumiendo la situación… Has tenido una infancia miserable. Te uniste a una banda para sobrevivir y crees que yo me metí en este mundo por diversión, inconsciente del peligro y de las consecuencias. Creo que nunca has tenido la intención de matarme. Asustarme, sí. Pero no matarme. La trayectoria de la bala que me dio en la arteria estaba mal calculada. Después pensaste que Lucas no te querría en su banda al comportarte tan impulsivamente, por lo que te quedaste en Ann Arbor. Lleno de rabia contra mí por haber decidido tu futuro, contra tu jefe por haber aceptado mi propuesta, y contra ti mismo por haber estado a punto de quitarme la vida, te has perdido y te has convencido de que querías matarme, cuando solo querías enseñarme que «esto no es un juego del que se salga indemne».

Henzo me mira fijamente sin verme, con la mirada perdida.

—Una lección. Eso es lo que me quieres dar. Esa es la razón por la que estás aquí, escuchándome y no enterrando mi cadáver detrás del edificio… No eres como tu padre. Él golpeó a tu madre hasta matarla, pero tú eres incapaz de tomarla con inocentes.

Se levanta tan bruscamente que su silla cae detrás de él con un estruendo.

—¡Cierra esa puta boca!

Me apunta con el arma, pero no tengo miedo. Ya no lo tengo. No va a dispararme.

—Sabes que tengo razón, Henzo.

Con la cara desfigurada por el odio, pega la pistola a mi sien. El metal frío me muerde la piel, pero le sostengo la mirada.

—Te he dicho que te calles —escupe entre dientes.

—Demuéstrame que me equivoco y dispara.

Lo tomaría por loco si no reconociera la desesperación en su grito. Un hombre loco es peligroso, mucho más que quien no tiene nada que perder. Pero Henzo no es ninguno de los dos. No quiere ensuciar el recuerdo de su madre cometiendo los mismos errores que su padre.

Retrocede varios pasos, tambaleándose, y se cubre el rostro con las manos. No me muevo, consciente de que un intento de fuga podría firmar mi sentencia de muerte.

—¡No me conoces, ni te imaginas los horrores que he cometido!

Desorientado, me vuelve a apuntar con el arma. Trago con dificultad, siento la lengua pastosa y mis ojos se empiezan a cerrar; tengo que luchar para mantenerlos abiertos.

—Sé que abatiste a tres hombres que secuestraron a unas jóvenes en una cueva en Brasil. Acabaste con un tipo que golpeaba a su mujer y con una madre que envenenaba a sus hijos. Sí, has matado a gente. Pero eran personas malvadas, culpables de atrocidades. Personas como tu padre.

—Entonces, ¿por qué te apunto con esta pistola?

Sin dejar de mirarlo, me levanto como puedo. Mi cuerpo tiembla de cansancio, ya no tengo fuerzas. Mis piernas ceden y, cuando me voy a caer, Henzo suelta el arma para agarrarme.

—Porque necesitas que alguien te recuerde que *no* eres como tu padre. Lucas te ha hecho mejor persona, ha ahuyentado tus demonios.

En sus pupilas veo cómo cede. Veo ese miedo que no parece abandonarlo nunca: el de tener los genes de su padre, el de haber sufrido demasiado para ser una buena persona.

—Tienes el poder de convertirte en lo que quieras. Tu pasado no te define, puedes liberarte de él.

—¿Por qué crees en mí? —me susurra.

—Tu *örl*…

Henzo se tensa y gira rápidamente la cabeza hacia la entrada, alerta. El rugido del motor de un vehículo, el de una Harley, nos alcanza.

Clarke ha llegado.

Reúno mis últimas fuerzas, libero al King of the Law de mi peso y me encuentro con su mirada asustada.

—Te va a matar. Tienes que irte. ¡Ahora!

Sorprendido por mis palabras, me observa sin hacer ni el más mínimo movimiento.

—¡Vete!

Un segundo. Necesito solo un segundo para leer en su mirada toda su gratitud antes de que se dé la vuelta y se dirija hacia la parte trasera de la fábrica.

Al instante aparece Clarke. Su mirada se clava en la mía; el alivio que veo en ella es tan intenso que me conmociona. Coge una gran bocanada de aire, como si hubiera dejado de respirar en el mismo momento en el que se enteró del peligro al que me enfrentaba. Después, su expresión cambia: tiene sed de venganza. Saca sus armas, las apunta hacia Henzo y retira los seguros. Cuando escucha ese sonido, el King of the Law se queda quieto. Se gira hacia el Devil's, resignado. Pero yo no lo permitiré.

Me pongo delante de Henzo y me enfrento al odio de Clarke. La energía que emana es destructiva.

—¿Eres consciente de que tu cuerpo no oculta el suyo? —me escupe.

—Un día me dijiste que cada persona que hablara conmigo, aunque solo fuera por unos minutos, me respetaría y admiraría. Eso es lo que ha pasado con Henzo. Se ha tomado el tiempo de escucharme.

De manera imperceptible, los dedos de Clarke se relajan alrededor de las culatas de sus pistolas. Su mandíbula se tensa. Los dos lobos de la leyenda de Ty libran un combate dentro de él.

—Quiero volver a casa sin dramas, por favor.

Veo cómo su ira aumenta, pero nuestra conexión sigue ahí, como un hilo que une nuestras almas. Todo pasa a un segundo plano, incluso la venganza.

Clarke no pasará a la acción. Por mí.

Despacio, para no presionar al Devil's, me giro hacia Henzo.

—Vete —le repito—. Nunca disparará a alguien desarmado, y aún menos si le da la espalda.

Confundido, frunce el ceño. Su estado psicológico es inestable y siento el profundo malestar que le impide sanar. Sin embargo, decide confiar en mí. Se gira y empieza a correr hacia la salida trasera.

Cuando desaparece, Clarke baja las armas.

—¡Me vas a volver loco! —me grita.

Una débil sonrisa se dibuja en mis labios. Examina mi aspecto con recelo y viene corriendo hacia mí antes de que mis piernas fallen. Segura en sus brazos, mi cuerpo tiembla. Me pesan los párpados y no consigo mantenerlos abiertos. Mi mente se nubla; estoy a punto de perder el conocimiento.

—Gracias —susurro.

Clarke me estrecha contra él.

—Creo que sería capaz de todo por ti.

Mi corazón da un vuelco y sonrío. A pesar de lo que le dije a Ty hace unas horas, nunca he dejado de tener esperanza.

—Lola…

—La has salvado. Está bien.

El calor de su cuerpo me reconforta. Entreabro los ojos justo a tiempo para ver al resto de los Devil's Sons entrar en la fábrica, asustados. Y, por fin, me dejo llevar por el sueño.

CLARKE

Se ha quedado profundamente dormida contra mi pecho. Ni siquiera los gritos de los chicos la despiertan. Yo tampoco los escucho, concentrado en los débiles latidos de su corazón. Su rostro está demasiado pálido y sus mejillas se han hundido mucho en apenas unos días. Su agotamiento, los temblores de su cuerpo y el sudor de su frente no dejan lugar a duda: está en plena bajón. Sin embargo, hasta que no escuche de su boca que se droga, mantengo la esperanza de que se aferre a la vida. *Por mí*…

Cuando Jesse intenta cogerla de mis brazos, le doy una patada. Justin examina su cuerpo en busca de heridas; también lo aparto. Sean me exige una explicación, pero no le respondo. El resto de la

banda se empuja entre sí para acercarse y asegurarse de que está bien, pero con una simple mirada los obligo a retroceder.

Ignoro las preguntas y la angustia de los chicos, salgo de la fábrica y llego al coche de Ty. Me siguen, gritando enfadados por mi silencio, pero su corazón late, y eso es todo lo que me importa. Está viva y, por fin, puedo respirar.

Abro la puerta del coche mientras Ty saca unas mantas del maletero. Extiende una en el asiento trasero y me asegura que Avalone estará encantada de saber que no ha dormido sobre la tapicería. Una historia de relaciones sexuales de viejos, o algo así. La tumbo y la cubro con una segunda manta más gruesa.

Le coloco un mechón de cabello detrás de la oreja, con el corazón en un puño. Me gustaría quedarme a su lado y no quitarle nunca más los ojos de encima, pero tengo una banda en apuros que debo liderar. Así que me aparto de ella, enciendo el coche y pongo la calefacción al máximo. Tras un último vistazo a la bella durmiente, cierro la puerta y me giro hacia los chicos. Con una mirada amenazadora, los mando callar y saco el móvil del bolsillo.

—Dime que está viva —me suplica Carter al descolgar.

—Lo está. Está dormida en el coche de Ty.

Creía que no podría haber nadie más aliviado que yo, pero parece que el amor del jefe por su sobrina es infinito.

—¿Henzo está muerto?

—No. Cuando llegué ya estaba huyendo, dejando a una Avalone intacta detrás de él. Ella me impidió que apretara el gatillo.

Maldice, e incluso si he dejado que ese cabrón se vaya, solo tengo ganas de pegarle un tiro en la cabeza y contemplar cómo la vida desaparece de sus ojos.

—¿Qué piensas al respecto? —me pregunta el jefe.

—Creo que ha entendido que ella se merece vivir más que nadie.

Carter se mantiene en silencio. Unas interferencias me arrancan una mueca.

—¿La has salvado? —La hermana de Set acaba de quitarle el móvil de las manos al jefe.

—Está bien.

Empieza a sollozar tan alto que estoy a punto de colgar, pero una pregunta me quema la garganta. Creo que nunca sentí tanto miedo en mi vida como cuando me explicó la situación. Nunca he conducido tan rápido y, joder, tenía el corazón en vilo. Solo de pensar en perder a Avalone…

Me alejo de los chicos y me aclaro la garganta.

—¿Por qué me has llamado *a mí*? —le pregunto, vacilante.

Deja de llorar, pero no responde. Aprieto los dientes y me maldigo por haber hecho la pregunta. Estoy a punto de colgar, cuando oigo sus pasos amortiguados alejándose de Carter.

—Todos la quieren como si fuera su propia hermana, pero tú estás enamorado de ella. Si alguien podía salvarla, ese eras tú, Clarke. ¿Tengo razón?

«¿Tiene razón? Sin ninguna duda. Pero ¿lo voy a admitir?».

—Dile al jefe que no estaremos allí hasta dentro de varias horas. Necesita dormir, y si salimos ahora, se despertará.

Cuelgo sin perder el tiempo en cortesías. La llegada de Ethan me impide reflexionar sobre mis sentimientos por Avalone. Lo he llamado mientras me subía a la moto. No sabía en qué estado encontraríamos a la princesa Arinson y no quería perder ni un segundo esperando a nuestro médico.

Les hago una señal a los chicos para que se queden aquí y me uno al médico en grandes zancadas.

—No está herida —le informo.

Suelta un gran suspiro de alivio, pero comprende por mi expresión insegura que hay algo más. Lola pidió su número supuestamente por las palpitaciones cardíacas que sufría Avalone, y más tarde nos confirmó los síntomas sin darnos explicaciones. Si ella se está drogando, él lo sabe.

—Está durmiendo en el coche de Ty. Está débil, deberías examinarla.

No consigo decir nada más; sin embargo, entiende a dónde quiero llegar.

«Joder, esto me está matando».

Se dirige al coche, con su mochila a la espalda, y se ocupa de ella. Sigo sus movimientos con la mirada hasta que me confirma que

su vida no corre peligro. Mi pecho se libera de un inmenso peso.

Alzo los ojos hacia el cielo y los cierro.

—Gracias, dioses… —susurro.

Lleno de energía positiva, me uno a los Devil's y les presto toda mi atención.

—Poneos cómodos, aún no estamos listos para volver. Necesita descansar.

No les digo toda la verdad; no soy quién para desvelársela. Y si salimos ahora, seguro que Avalone no se despertará, pero una vez en la propiedad, Mike y Carter exigirán respuestas, y no está en condiciones de darlas. Por lo tanto, esperaremos el tiempo que haga falta para que recupere sus fuerzas, haga o no frío.

Está amaneciendo cuando me pongo al volante del coche de Ty. Le he confiado mi moto a Alec. Nos dirigimos hacia la propiedad, con Avalone dormida en el asiento de atrás.

Los chicos están furiosos de que Henzo aún siga vivo y, por primera vez en mi vida, me han echado en cara ser demasiado sentimental. Su enfado se ha disipado rápidamente por el alivio. Lola tenía razón: la quieren como si fuera su propia hermana, y perderla nos arruinaría la vida a todos.

Ty llena el coche con su culpabilidad. Es realmente desagradable, pero lo entiendo. Ninguno de nosotros ha podido protegerla esta noche.

—No tienes la culpa.

Suelta una carcajada y se pasa la mano por la barba incipiente.

—Dormía conmigo, Clarke.

Se me forma un nudo en el estómago. Lucho contra ello, pero una imagen de los dos juntos se imprime en mi mente. Me sudan las palmas de las manos, se me agita la respiración y cada uno de mis sentidos incita a mis emociones a expresarse en una ira violenta. Aprieto las manos sobre el volante y hago un esfuerzo sobrehumano para contenerme y no darle un puñetazo en toda la cara.

Sé que Ty no tiene segundas intenciones con Avalone, pero podría satisfacer sus deseos por ella sin pensarlo dos veces. Estoy

convencido de que ni siquiera Carter impediría una relación sentimental entre ambos. Porque Ty ya no es un miembro activo de la banda y no tiene tantos enemigos como yo. Es su libertad lo que me enfurece. Puede tenerlo todo, cuando ni siquiera siente deseo hacia ella. Si esta vida no es una perra, no sé qué es lo que es.

—Dormía plácidamente mientras ella iba hacia el corredor de la muerte, sola.

—Quería salvar a su amiga —le digo—. Nadie podría habérselo impedido.

—Tú sabes muy bien que sí.

—Créeme, es ingeniosa. Lo más importante es que está viva.

Mira por encima de su hombro al cuerpo dormido de su amiga y, por enésima vez desde que hemos salido, le echo un vistazo a través del retrovisor para asegurarme de que sigue respirando.

—No está bien.

Él también lo sabe.

Mis dedos se crispan sobre el cuero del volante y miro fijamente la carretera. Sé que no está bien y eso me carcome por dentro. Si tan solo fuera menos cobarde y le preguntara por qué consume, lo sabría. Pero hacerle la pregunta la haría admitir que lo ha hecho, y mi reacción podría hacerle incluso más daño.

—Yo me encargo —le digo.

—¿La quieres?

Maldigo y giro la cabeza hacia él.

—¿Qué os pasa a todos hoy con eso?

Alza las cejas, esperando pacientemente que conteste.

—Sabes la respuesta.

—No, Clarke, no la sé.

Lo miro con desprecio.

—Si ni siquiera tú lo sabes, ¿cómo quieres que yo entienda lo que siento?

—¡Son tus sentimientos, tío! —exclama Ty, incrédulo.

—¡Y tú eres un descodificador humano! Eres capaz de experimentar veinticuatro emociones a la vez, identificarlas y expresarlas. ¡Yo no!

—Entonces, va siendo hora de que empieces, porque esta chica no se quedará soltera toda su vida.

Lo fulmino con la mirada. Iba a dejarlo pasar, pero sus palabras resuenan en mis oídos y me recuerdan que no tengo la libertad para hacerla mía. Suelto el volante y le doy un golpe en las costillas. Contiene un gemido de dolor, después echa pestes sobre mí y termina insultándome. Cuanto más agresivos son sus insultos, más aumenta mi sonrisa. En cambio, cuando se endereza con esa apariencia victoriosa, la desconfianza sustituye a la diversión.

—La quieres —afirma.

Suelto una palabrota que haría palidecer a los mismísimos dioses.

Al lado de la mansión, los motores se apagan unos tras otros. El ambiente está cargado. Ty y yo salimos del coche mientras los chicos se bajan de sus motos. Nos miramos entre nosotros, aliviados, pero también cansados. Cuando me preparo para sacar a la bella durmiente del coche, alza la voz.

—¿Y si cuelgo la chaqueta para unirme a los *scouts*?

Alzamos todos las cejas, y en mis labios ya se dibuja una sonrisa. El estallido de las risas rompe la tranquilidad del alba y, a pesar de la seriedad que nunca me abandona, me uno a ellos.

En nuestras risas se revela la alegría de oírla bromear. La preocupación desaparece, pero aparece la culpa. Está aquí, a nuestro lado, y, sin embargo, todos nosotros nos sentimos culpables por no haber podido evitar esto. Hemos estado demasiado cerca del desastre y me niego a pensar qué hubiera podido pasar si…

«No. Está viva».

Cuando se prepara para salir del coche, con los ojos entrecerrados, siento que mi corazón se hincha en el pecho. Ha recuperado el color y parece estar mucho mejor. El alivio que siento es tan fuerte que tengo que contenerme para no besarla, aquí y ahora. Con cierto pesar, le tiendo la mano y la ayudo a ponerse de pie. Al tocarla, deseo más. *Mucho más*. La agarro del brazo y la pego a mi pecho, donde pertenece. Al encontrarme con la intensidad de

su mirada ardiente, me prometo a mí mismo que romperé las cadenas que me atan lo más rápido posible. No puedo mantenerme alejado de ella, ya no soy capaz de seguir. No importa cuánto luche, es superior a mis fuerzas.

La puerta principal se abre y Avalone se aleja de mí de un brinco. En ese momento, maldigo a Claire y sus ojos enrojecidos por las lágrimas que me alejan de su hija.

—Entro en dos minutos.

Su madre desaparece a regañadientes dentro de la mansión, con su marido —o exmarido—, ya ni lo sé.

Avalone sonríe y centra su atención en nosotros.

—No pensé que atendiera a razones —nos confiesa—. El objetivo era avivar su curiosidad por mí para ganar tiempo; sabía que estabais de camino. Si no hubiera estado convencida de que me salvaríais, creo que me habría callado para que todo acabara más rápido. Así que, gracias. Gracias por estar siempre ahí para mí.

—Te has salvado tú sola. Nosotros no hemos estado a la altura —susurra Ty.

Antes de que rehúya nuestras miradas, atisbo la lágrima que recorre su mejilla. Alzo los ojos al cielo en un reflejo involuntario, porque, en el fondo, no soy insensible a su sufrimiento.

Triste por ver a Ty llorando a lágrima viva, su amiga se acerca a él.

—Ni siquiera te oí —susurra él, con la voz temblorosa.

Su dolor se refleja en Avalone, y sus increíbles ojos verdes también se llenan de lágrimas.

—El sueño se caracteriza por la ausencia de control. Tienes que juzgarte solo por tus actos. Cuando te han llamado para ayudar, has acudido. Es todo lo que cuenta, Ty.

Le acaricia la mejilla y él le ofrece una sonrisa secreta solo para ella; el tipo de sonrisa que te hace olvidar los peores males y reconforta los corazones más fríos.

—¿Alguien más se siente culpable? —pregunta ella, divertida. Pero los chicos apartan la mirada y ella palidece—. No puede ser… ¿Todos os sentís culpables?

—Henzo no debería haberte puesto la mano encima —dice Tucker.

—Te prometí que te protegería cuando alejaste a Lola de la banda —añade Set—. He fallado estrepitosamente.

Avalone nos mira uno a uno sin excepción.

—Erais conscientes del peligro cuando entrasteis en los Devil's Sons, y yo también lo sabía. Hoy mismo podría elegir dejar la banda, pero por nada del mundo me lo plantearía. A mí me gustan los riesgos. Me encantan los desafíos que me hacen arriesgarme. Antes de conoceros, vivía esperando la muerte. Ahora me siento útil y capaz de lograr grandes cosas. Siempre he creído que el Valhalla nunca me abriría sus puertas, pero vosotros me habéis dado la llave. Si muero luchando a vuestro lado, nos encontraremos todos en la mesa de Odín. Tengo la esperanza de no acabar en las cuevas húmedas y frías de Helheim, y eso es lo más bonito que me habéis podido dar. Así que no os sintáis culpables por los riesgos que tomo, porque son un regalo.

Las palabras de Avalone tocan las almas guerreras de los chicos, que recuperan la sonrisa. Tucker saca pecho, y se lo golpea a un ritmo regular y constante. Canta las palabras del grupo Skáld.

—Oh, Valhalla

—Oh, Valhalla —repite Justin.

—Oh, Vallhala —se unen Sean y Ty a ellos.

—Oh, Valhalla —continúan todos a coro.

Avalone, con los ojos brillantes, escucha a nuestros amigos cantar con emoción. Golpean con fuerza sus pechos con los puños y sus voces graves se elevan al cielo como una oración a nuestros dioses.

—*Sal veía ek standa*.

«Un salón se eleva».

—*Sólu fegra, gulli betra* —continúa Avalone.

«Más hermoso que el sol, con un techo cubierto de oro».

—*Fiar skulu dyggvar, dróttir byggja*.

«Es aquí donde vivirán las fieles las tropas».

—*Ok of aldrdaga, yndis njóta* —proclaman todos con una misma y única voz.

«Por toda la eternidad, de la dicha ellas disfrutarán».

Sin aliento, una nueva energía circula entre ellos.

—Todos acabaremos en el Valhalla —afirma Jesse, dirigiéndose a Avalone—. Pero de ninguna manera morirás mañana, ni en tres meses ni en cinco años. Viviremos tanto tiempo como sea posible. Y tan solo cuando hayamos dado todo en vida, nos volveremos a encontrar. Y esa vez será en compañía de Odín.

Los chicos lanzan gritos de aprobación bajo la mirada conmovida de Avalone.

—¡Me muero de ganas de ver a Carter enfrentarse al padre de todos los dioses! —exclama Tucker—. Dos personalidades sedientas de autoridad y un solo trono, ¡no me lo puedo perder! Por mucho que el jefe venere a Odín, no creo que pueda aceptar recibir una orden, ni siquiera por parte del padre de todos.

Los chicos se ríen de la absurda veracidad de sus palabras. Carter no se doblegará nunca delante de nadie, salvo que se trate de Avalone. Odín maldecirá a sus valkirias por llevarle al jefe de los Devil's Sons.

La puerta de entrada se abre y aparece el jefe, pero él no nos concede más tiempo. Ya es de día y hemos abusado suficiente de su paciencia. No obstante, la ira fluye por mis venas y acaba con cada emoción positiva que pudiera sentir. Subo los escalones del porche y le pongo un dedo acusador en el pecho.

—Lo que estás haciendo no tiene sentido, Carter. ¿Y quieres saber quién está detrás de todo esto? Mike y Claire Arinson. Si no hubiera sido por ellos, las chicas habrían dormido en nuestro apartamento, como lo habíamos planeado antes de que metieran sus narices en nuestros asuntos, y Henzo no les habría puesto la mano encima ni a una ni a la otra. Avalone jamás debería haber tenido que elegir entre la vida de su mejor amiga y la suya.

Con su eterna apariencia de superioridad, baja los ojos hasta mi dedo.

—¿Necesito recordarte qué es la subordinación? Quita ese dedo de mi pecho. Ahora mismo.

Cegado por la ira, una sonrisa desafiante se extiende por mis labios. Pero en menos de un segundo, Carter desenfunda su arma y

pega el cañón a mi hombro. Saboreo la tensión de la situación y mi sonrisa se extiende hasta formar una mueca sádica.

La mayor parte del tiempo no necesita llegar tan lejos para conseguir que lo obedezca, pero cuando no le queda otra, siempre acaba disparando. No me está dando una lección. No importa que me dispare, nunca me someteré a él. Dispara porque se niega a ser el que ceda.

—Tienes cinco segundos para sacarlo de aquí o se queda sin clavícula —les dice a los chicos.

Sé de antemano que ninguno de ellos va a mover ni un dedo.

—Lo siento, jefe —responde Set—. No quiero que me reviente la nariz.

La duda brilla en sus ojos y experimento una satisfacción malsana. La presencia de Avalone mina su intransigencia. Lo que no había previsto es que ella nos empujara para entrar en la mansión. Con el impacto, mi dedo deja el pecho de Carter y su arma se aleja de mi hombro.

Fiel a sí misma, nos obliga a ceder a ambos. La valentía que demuestra para apaciguar los conflictos siempre me sorprende.

La observo caminar por el suelo de mármol de la mansión y mi mirada se me va hacia su trasero; ladeo la cabeza. El efecto es inmediato: la deseo. La sonrisa que florece en mis labios se congela cuando siento el arma del jefe apuntándome a los huevos.

—Espero que no estés mirándole el culo, imbécil.

Bajo la mirada hacia su pistola y confirmo que, si dispara, los daños serán irreversibles.

—Son importantes para mí, así que digamos que no la estaba mirando, ¿vale?

Con eso, me escabullo y entro en la mansión.

La hermana de Set se lanza sobre Avalone y la abraza, lloriqueando histérica.

—¿Por qué fuiste? ¡Tenías que avisar a los chicos, podría haberte matado!

Su amiga la estrecha contra ella, ya sea para callarla o tranquilizarla; tiene el mismo efecto.

—Lo siento mucho —solloza Lola en sus brazos.

No se disculpa solo por haber sido el anzuelo. Lamenta los comentarios que le hizo durante la cena. Comentarios que pasaron inadvertidos para todos, pero no para mí. Saber que tanta gente —Ethan, Lola, Ty y seguramente Alec— estaba al corriente de que la princesa Arinson estaba consumiendo y que nadie me lo dijera, me sumerge en una rabia ciega.

—Es culpa mía —se disculpa Avalone con una voz llena de culpabilidad—. No deberías haberte encontrado nunca en esa situación. Lo siento mucho, si supieras…

Lola suelta un grito muy agudo y se separa de su amiga.

—No tienes nada por lo que disculparte, tú…

Kate y Marie vienen corriendo, las dos mostrando su preocupación, y con ellas ya estamos todos.

La ilusión de calma que mantenía el jefe desaparece; la ira endurece sus rasgos cuando mira a su hermano.

—Se acabaron los guardaespaldas. Vamos a volver a hacer las cosas a mi manera.

—Carter…

—¡No! Os di las riendas y mirad dónde estamos. Sois sus padres, pero los Devil's Sons y todo lo relacionado con ellos está bajo mi jurisdicción. No hemos pegado ojo en toda la noche, así que deberíamos descansar. —Inflexible, se dirige a Avalone y Lola—: Os quedáis aquí y no consentiré ninguna queja.

La morena interroga con la mirada a la rubia, que asiente, agotada.

—Déjame poner guardaespaldas en la propiedad —ruega Mike.

—¿Insinúas que un invitado indeseado podría entrar en mi casa? ¿Te atreves a insultarme bajo mi propio techo? —dice Carter enfadado—. ¡Piérdete con tu mujer! Nos veremos más tarde. Tomaré una decisión sobre el tema de Henzo cuando haya escuchado a Avalone.

El estado en el que se encuentra el jefe deja ver que la presión a la que ha estado sometido por parte de su hermano y su cuñada es considerable. Pero eso se ha terminado. Ha recuperado el control y ya nadie podrá llegar a él.

—Me desquicias —le dice Mike.

Se va de la mansión mientras Claire insiste en acompañar a su hija a su habitación. Miro fijamente a Avalone, que avanza por el pasillo en silencio. Aprieto los dientes con frustración; me duele verla alejarse de mí. Pero, de repente, se detiene y gira la cabeza en mi dirección. Me susurra un «gracias» con esos labios carnosos y sensuales. En respuesta, mi corazón se acelera.

Necesito una ducha fría.

18

Voy a ver a Daniel, me acompaña Tucker.
¡Nos vemos esta noche!
Te quiero,
Lo.

Dejo caer el trozo de papel y me estiro sobre las sábanas. Todavía me siento cansada, pero es más de la una y no quiero retrasarme.

Esta mañana he podido hablar unos minutos con mi madre. La presencia de Lola no nos ha dejado abrirnos, pero se ha disculpado por haber interferido en mi familia. Después, me ha confesado que esta habitación siempre había sido mía. Cuando era un bebé, veníamos a casa de Carter todos los fines de semana, y no ha dejado que nadie más duerma aquí.

Decidida a eliminar de mi cuerpo cualquier resto de esta caótica noche, me tomo una larga ducha de agua hirviendo. Pero, por más que me enjabono, todavía siento una capa de sudor sobre mi piel.

Ange me había avisado: el bajón de la demonio no es agradable. Si no he tenido alucinaciones o pensamientos oscuros, se debe a que la urgencia de la situación me ha mantenido lúcida.

Después de lavarme los dientes y ponerme mi propia ropa limpia, que Marie ha lavado mientras dormía, salgo de la habitación y sigo el olor a tortitas hasta la cocina. La mujer de edad avanzada me recibe con los brazos abiertos, me abraza y después me examina de la cabeza a los pies.

—¿Cómo estás, mi niña? Siéntate, te mereces tomarte un buen desayuno.

Obedezco y me siento a la mesa, llena de rebanadas de pan tostado, buñuelos, crema de chocolate para untar y un gran vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—Carter está al teléfono, no debería tardar. Y Mike está de camino.

—¿Dónde está mi madre?

—En el hotel. Su último mensaje es de hace tres horas. Su preocupación la ha mantenido despierta, así que supongo que estará dormida.

Asiento y me lanzo sobre la comida, bajo la mirada maternal de Marie.

Me limpio las comisuras de la boca cuando aparece Carter.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has descansado bien?

Más bien debería preguntárselo a él. Tiene las ojeras muy marcadas y parece agotado, como si no se hubiera molestado en dormir. No sé qué ha hecho desde nuestra vuelta, pero estoy segura de que tiene que ver con mi seguridad. Se preocupa por mí, lo veo en su mirada. Así que no puedo evitar tranquilizarlo, porque, por muy extraño que pueda parecer, creo que lo quiero. Me gusta ese personaje que ha organizado planes inimaginables para que esté cerca de él. Me gusta lo que ha hecho con sus hombres, la oportunidad que les ha dado. Y si me siento especialmente segura con los chicos, es porque el genio que está detrás de ellos es Carter.

—Estoy bien —le aseguro.

Le dedico una sonrisa sincera e incluso le ofrezco una tostada de la que ya he comido un bocado. Divertido, lo rechaza.

Marie me pone una mano en la espalda y me anima a levantarme.

—Id a hablar al salón, estaréis más cómodos.

Carter y yo atravesamos el pasillo y, después, nos encontramos con Mike, que ya está sentado al final del sofá. Al verme llegar, se levanta y hace amago de venir hacia mí, pero cambia de opinión al momento. Los últimos acontecimientos no han ayudado a romper el hielo entre nosotros.

—¿Qué pasó anoche? —me pregunta mi padrino sin rodeos y con el rostro serio.

—Henzo no tenía la intención de matarme. No la toma con inocentes, nunca, y cuando se acordó de eso, bajó el arma. Dejé que escapara porque ya no representaba ningún peligro.

—Necesito que me cuentes vuestra… *entrevista* con todo detalle para poder juzgarlo por mí mismo.

Mi decisión lo molesta, pero está dispuesto a escucharme. Aunque con Mike me parece que es una historia completamente distinta. Parece tener una opinión muy definida de la situación.

Me recuesto y comparto con ellos todo lo que hablamos: las reacciones de Henzo, la posición de su arma… Una vez he terminado, el jefe cruza la sala de un lado a otro. En silencio, se restriega la barbilla, nervioso, y después se detiene delante de mí.

—No nos pones fácil la tarea de protegerte, Avalone. Deberías haber dejado que Clarke lo matara. Hay riesgos que no podemos permitirnos.

Me decepciona un poco que no esté de mi lado, pero no pierdo la esperanza. Lo que hace de Carter un muy buen jefe es que toma en consideración la perspectiva de sus hombres. Él es el cerebro, mientras que ellos son sus ojos y orejas; así es como funcionan los Devil's Sons.

Me levanto y lo miro fijamente.

—Tienes que creer en mí. No es…

—¡Por Tyr, ni se te ocurra! —grita Mike—. ¡Te ha disparado y secuestrado! ¿Y tú confías en él porque ha sentido piedad durante un segundo?

Aprieto los dientes, casi tan irritada por su condescendencia como por la opinión que tiene de la situación sin conocer a los protagonistas.

—¿Y tú todavía confías en tu *clarividencia* después del gran error que cometiste hace veinte años? Pensaste que los BloodBro no se darían cuenta de tu fraude, que eran demasiado estúpidos, ¡y mira donde estamos ahora!

—¡Eso fue porque en ese entonces no era tan desconfiado como lo soy ahora! —grita.

Furioso, su pecho se levanta al ritmo de su respiración irregular. Me arrepiento de mis palabras al instante; he sido injusta. Cometió

un error, pero no se merece que se lo eche en cara a la primera de cambio. Debe de haberse castigado durante años, ya ha sufrido bastante. Pero no puedo dejarle tomar posiciones de forma arbitraria.

—Es aquí donde entra en juego el discernimiento. No todos los criminales se merecen la pena capital. Además, todo el mundo pierde el rumbo en algún momento. Lo importante es volver a encontrar el camino. Henzo está en la buena dirección. No le neguéis una segunda oportunidad porque, en toda esta historia, él es el que más sufre.

Mike me mira seriamente, después sus hombros se hunden. He conseguido hacerle dudar; era todo lo que necesitaba.

—Voy a llamar a Lucas. Me dirá las coordenadas de Henzo —dice Carter—. Si acepta una reunión para aclarar sus intenciones, estaremos en paz.

Se va del salón con el portátil en la mano. Mi padre y yo esperamos en silencio hasta que me acerco a él con la esperanza de tranquilizarlo.

—No digo que yo sea adivina o que lea la mente de la gente. Solo soy una pagana que cree en la humanidad. Pero tengo la certeza de que tender la mano puede salvar una vida. Los Devil's Sons son prueba de ello. Solo los dioses saben en qué se habrían convertido sin Carter.

Mike me observa con los ojos resplandecientes por la emoción.

—Tu mirada… no ha cambiado, incluso después de tantos años…

Sonrío, conmovida por el temblor de su voz.

En ese momento, el jefe se aclara la garganta para hacernos saber que ha vuelto. Se une a nosotros y me da su móvil.

—Cita al King of the Law a las ocho en la mansión. Viniendo de ti, debería mostrarse menos reticente.

Se lo agradezco y salgo de la sala para que los dos hombres no me observen fijamente mientras llamo. Eso me pondría nerviosa y Henzo sacaría conclusiones precipitadas. Me detengo en medio del pasillo y hago la llamada. Al tercer tono, el King of the Law

descuelga, pero no dice nada. Tan solo su respiración me indica que está al otro lado de la línea.

—Soy yo. Avalone. Carter quiere verte. Si vienes a la mansión a las ocho de la tarde y afirmas que ya no quieres matarme, te perdonará la vida. Obtendrás la redención.

Su risa amarga resuena en mi oído.

—¿Y caer en una emboscada? No soy tan tonto.

—Tienes mi palabra y la suya. Ninguno de nosotros irá contra ti.

Guarda silencio.

—No te he protegido para tenderte una trampa, Henzo —añado.

—Puede que tu jefe te oculte sus verdaderas intenciones.

—A veces no tenemos otra opción que dejar nuestra suerte en manos del enemigo. Así es como se crean alianzas. Si rechazas este encuentro, te perseguirán y esta vez lo harán con todos sus recursos. Te interesa venir en son de paz.

Sin esperar una respuesta, cuelgo y vuelvo al salón.

Le devuelvo el móvil a su dueño.

—Vendrá —digo—. Le he asegurado que se irá vivo de aquí. No os interesa…

—Respetaré mi promesa —afirma Carter.

Le lanza una mirada cómplice a su hermano.

Y se asegurará de que Mike no traicione su palabra.

Solo queda convencer a los Devil's Sons, o más bien, convencer a Clarke para que no lo eche todo a perder.

Debo llamarlo con mis pensamientos, porque justo en ese momento entra en la mansión junto a sus compañeros.

Me sudan las manos y observo su reacción.

—A las ocho, recibiremos a Henzo con un mínimo de amabilidad —dice Carter.

El rostro de su segundo se congela. Su impasibilidad se transforma en un odio tan palpable que pone nervioso a cualquier ser con instinto de supervivencia.

Los chicos se inquietan y protestan.

—¿Me tomas el pelo? —exclama Clarke, callándolos.

—¡Te recuerdo que fuiste tú quien lo dejó irse! —lo acusa el jefe.

—¡Para que se largara de esta puta ciudad, no para invitarlo a tomar el té!

—Si Avalone tiene razón, se irá vivo. ¡No hay más que hablar!

Clarke parece buscar apoyo entre sus amigos. Espera un comentario, e incluso emana cierta desesperación, pero nadie interviene. Alza las cejas y da un paso atrás, después otro. Su mirada revela un sentimiento de traición que le cuesta encajar. Contrariado, nos mira con un profundo desprecio, como si fuéramos los seres humanos más estúpidos que haya conocido.

—Le perdoné la vida *por ella*, una vez. Si me vuelvo a cruzar con ese hijo de puta, lo mato.

Sin mirar atrás, se va.

Cuando Carter da un paso para intentar alcanzarlo y forzarlo a obedecer, le corto el paso.

—Déjame razonar con él.

Acepta con un asentimiento de cabeza y corro hacia la salida. Bajo los escalones del porche para detener al Devil's. Cuando lo agarro, se libera de mi mano, furioso.

—¡No creas que vas a hacerme cambiar de idea!

Las emociones de su mirada reavivan las palabras que Ty me dijo ayer.

«Si pudieras ver a través de mis ojos cómo te mira, entenderías que nunca serás un simple juego para él».

En este instante, siento la necesidad de obligarlo a admitir lo que siente por mí. Aunque ni él mismo lo sepa, su comportamiento y sus reacciones revelan mucho sobre sus sentimientos.

Tiro de él hacia la parte trasera de la mansión, lejos de miradas indiscretas.

—¿Qué es lo que…?

Estrello mis labios contra los suyos. El vacío que dejó en mi pecho hace dos semanas se llena al instante. Con un gruñido, Clarke responde a mi beso, y cuando su cuerpo cede y se apoya en la pared que hay detrás de mí, gimo contra su boca. Me encuentro con la fogosidad de sus labios, el calor de su lengua y la firmeza de sus manos sobre mi espalda. Mis sentidos se despiertan y me arde la sangre en las venas. Hemos saboreado el placer de nuestro

reencuentro y ahora sentimos la necesidad casi vital de ser uno. Le araño la espalda y él agarra una nalga. Mi gemido es absorbido por el suyo, viril y primitivo.

Sus manos se alejan de mi piel y se aferran a la pared. Me priva de sus labios, pero no se aparta. Su respiración es tan entrecortada como la mía, sus músculos tensos. Lucha ferozmente por no poseerme, aquí y ahora, mientras yo lucho por recuperar el aliento. Mi mente se nubla por el fuerte deseo que siento por Clarke.

—Me has mentido, una vez más… —susurro—. Nunca he sido un juego. Nosotros *nunca* hemos sido un juego.

La desesperación empaña su mirada.

Clarke actúa por impulsividad, pero siempre asume sus elecciones sin remordimientos. Y probablemente, por primera vez en su vida, tiene uno: yo.

—¡Claro que no, joder!

Pega su frente a la mía. Cierro los ojos y disfruto de este contacto.

—Tu rechazo lo respetaría, pero el de Carter… ¿Por qué no me odias? Sería más fácil —jadea.

Da un paso atrás, rompiendo todo contacto físico, y me mira. Se va a abrir, lo veo en sus hombros tensos y en su expresión dubitativa. Mi corazón late a toda velocidad mientras le doy el tiempo que necesita para ordenar sus pensamientos.

—Si Carter se entera de que le he fallado de nuevo, me echará de los Devil's Sons, y los chicos dejarán la banda por solidaridad. Es posible que el jefe no nos quiera a ninguno y reclute nuevos miembros para volver a formarla desde cero.

Se estremece, señal de que su confesión le cuesta.

—Pero tú siempre serás Avalone Arinson, la sobrina de Carter y la hija de Mike. Todos sus enemigos cargarán contra ti, de modo que ni yo, ni Set, ni ninguno de los chicos tendrá los medios necesarios para protegerte. Y no voy a permitir que te pase algo solo porque los nuevos Devil's Sons no sepan coger una pistola. Que quiera estar contigo no importará si estás muerta. Tu seguridad depende de mi posición en la banda. Nunca podría protegerte tan bien sin las ventajas que Carter nos da.

Sus revelaciones me llegan al alma y me confunden.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar, incapaz de hablar. Ya no es solamente su amor por la banda lo que rige sus actos.

Ahora yo también formo parte de la ecuación.

La felicidad invade mi alma tanto como la frustración y la rabia. El atractivo y misterioso motero tiene sentimientos por mí, y yo estoy enamorada de él. Habría un *nosotros* si Carter fuera indulgente. Él es nuestro único obstáculo.

Consciente de que Clarke es una bomba de relojería por la prohibición de tocarme y por Henzo, me trago la rabia para no contagiársela ni reforzar la suya.

Acorto la distancia entre nosotros y le doy un beso tan suave e íntimo que pierdo la cabeza.

Cuando hago amago de alejarme, Clarke me agarra de la cintura y prolonga nuestro beso. Me fallan las piernas y me aferro a sus fuertes brazos.

—Vuelve dentro antes de que aparezca Carter —me susurra.

Apoyo las palmas en su pecho y siento cómo su corazón late acelerado. Sonrío, contenta de confirmar que tengo ese efecto en él.

—Ven esta tarde.

Suspira y tensa la mandíbula, a la defensiva.

—Por favor…

Lo beso con ternura y su mirada se suaviza. Vuelvo a hacerlo y le suplico de nuevo. Mi lengua acaricia la suya, pero mi ardid se vuelve contra mí cuando, con cada caricia, mi respiración se acelera. Mi piel se estremece bajo el roce de sus dedos y mi corazón da un brinco cuando sus manos tiemblan por la contención.

—Necesito que estés ahí.

Lo beso una última vez y, después, me encuentro con sus ojos, oscurecidos por la emoción.

—Vale —susurra.

Disimulo mi apariencia victoriosa y, a regañadientes, doy un paso atrás. Subo los escalones del porche antes de que la confusión provocada por mis besos se disipe.

—¡Petarda! —exclama a mi espalda, consciente de mi ardid.

Contengo una carcajada y continúo mi camino sin mirarlo. Hago un gran esfuerzo para borrar mi sonrisa.

Al tratar de no chocar con Carter al entrar, consigo recuperar la compostura, aunque desvío la mirada. Todavía siento los labios y las manos de Clarke sobre mí.

—Estará allí —afirmo.

Mientras los Devil's Sons me lanzan miradas cómplices, el jefe no parece sospechar nada.

—Bien. Si quieres volver al campus esta noche, Tucker y Justin te acompañarán. Nunca se es demasiado prudente.

Los aludidos asienten, pero, cuando vamos a salir de la mansión, Carter me detiene en la entrada y les hace una señal a los chicos para que me esperen fuera. Indeciso, se ajusta la corbata azul cielo.

—Probablemente no entiendes la regla que le prohíbe a Clarke tener una relación contigo, pero… No es estable, Avalone. Y, en el mundo en el que nos movemos, todo es una fuente de peligro. Si te encuentras en una situación complicada, perderá el control y ya no responderá a nada ni a nadie. Sus sentimientos hacia ti no deben entorpecer mis órdenes, sobre todo con los BloodBro sueltos.

Arqueo una ceja y lo miro.

—Son tus propios sentimientos hacia mí los que influyen en tus órdenes. Carter Brown, el jefe de los Devil's Sons, ¿habría prohibido una relación entre dos de sus miembros?

Entiende por mi respuesta que no voy a ser obediente. Y asiente, listo para tener esta conversación.

—No, si los interesados fueran capaces de controlarse y de confiar ciegamente en mí en un momento crítico. Lo cual no es el caso de Clarke.

Asiento.

—Ahí es donde te equivocas. ¡Te seguiría al fin del mundo si es necesario porque eres la persona en la que más confía! —digo con convicción.

—Tiene enemigos, Avalone. Demasiados enemigos que la tomarían contigo para llegar a él.

Lo detengo con un gesto autoritario de la mano.

No me lo permitiría si tuviera delante al jefe de la banda, pero esta prohibición nos la ha impuesto mi padrino, al igual que toda la incertidumbre y el dolor que refleja.

—Los Devil's Sons también tienen enemigos. *Tú* tienes enemigos. Sin olvidar los míos. Contradíceme si me equivoco, pero me parece que los BloodBro son la amenaza más grande que la banda ha tenido jamás.

—He recopilado información sobre cada uno de nuestros enemigos para poder hacerles frente si intentaran cualquier cosa. Clarke ha enviado a demasiada gente al hospital, hombres cuya existencia ni siquiera conocía. Son desconocidos que pueden aparecer en cualquier momento.

Sorprendida, entrecierro los ojos.

—¿Me pides que renuncie a él por unos desconocidos? ¿Cuándo él está dispuesto a estar conmigo mientras un peligro muy real nos acecha? ¡Eres injusto y lo sabes!

Molesto, se rasca a la barbilla.

—Clarke solo sabe destrozar cosas, Avalone. Te romperá el corazón.

—¡Mi corazón *ya* está roto! Estoy enferma, Carter. ¡Voy a morir! Si Clarke se compromete a estar conmigo, es él quien asume más riesgos. Ahora, deja de intentar convencerme, ya es suficiente. Si renuncia a mí por la razón que sea, lo aceptaré. Pero no seré yo quien renuncie a nosotros. —Suspiro y, a pesar de todo, apoyo la mano en el brazo de mi padrino con cariño—. Sabes que nadie me protegerá ni me respetará tanto como él. Es el momento de que aceptes que es el hombre en el que más confías.

Con estas últimas palabras, salgo de la mansión y dejo a Carter reflexionar sobre ello.

De vuelta en el campus, la desagradable sensación de estar cubierta por una fina capa de sudor todavía persiste. Voy directa a las duchas comunes de las chicas, con Tucker y Justin pisándome los talones. Me esperan frente a la puerta, para regocijo de las estudiantes. Escucho a los dos idiotas entretenerse en el pasillo mientras el agua

cae por mi cuerpo; una vez limpia y vestida, me uno a ellos. Estas estrellas de la universidad reciben una gran cantidad de números de teléfono y promesas de encuentros inolvidables.

Vamos a mi habitación. Recojo mis libros con la intención de ir a la biblioteca, para consternación de los chicos. He faltado a bastantes clases desde el comienzo del curso; tengo que ser más responsable si quiero aprobar.

—No estáis obligados a seguirme.

—Sí lo estamos —gruñe Justin.

—No será mucho tiempo, bastará con tres horitas.

Mis amigos abren los ojos aterrados.

—*¿Tres* horas? —exclama Tucker, moviendo los brazos.

—¿Sabéis qué? Voy a estudiar en la habitación. ¡Así tendréis todo el tiempo libre del mundo para echar un polvo!

Los chicos lanzan gritos de victoria y hacen un baile con gestos obscenos que me hace reír.

Cuando les pido que se vayan, parecen desconfiados.

—No salgas de la habitación, ¿entendido? —me ordena Justin—. No abras a nadie. Si tienes cualquier problema…

—Os llamo —lo corto—. No te preocupes, no me pasará nada.

Al final lo piensan mejor y deciden acompañarme a la biblioteca, con el pretexto de que Henzo todavía anda suelto. Aunque su preocupación me conmueve, finjo estar herida y enfadada para echarles en cara la poca confianza que tienen en mis habilidades. Casi les grito, mientras ellos juran que creen en mí y me adulan con toda clase de cumplidos. Pero sigo en mi papel. Y por cada paso que doy en su dirección, ellos retroceden uno hacia la salida.

Cuando llegan a la puerta, mi sonrisa es radiante.

—Os quiero mucho. ¡Disfrutad!

Con eso, les cierro la puerta de mi habitación en las narices y echo la llave. Los escucho insultarme a través de la puerta y me siento en mi escritorio, divertida.

Absorta en mis estudios, me sobresalto y casi me caigo de la silla cuando suena mi teléfono. Suelto un insulto, después levanto uno a uno todos los libros para buscarlo y contestar antes de perder la llamada.

Descuelgo.

—¿Estás lista? —pregunta Clarke.

—¿Para qué?

—Voy a buscarte. Son las siete y media y has invitado al tipo que intentó matarte *dos veces* a una fiesta de pijamas.

Frunzo el ceño y miro por la ventana. Ya es de noche. No me había dado cuenta de la hora que es.

—Sí, estoy lista.

Sin decir nada más, me cuelga en las narices, señal inequívoca de su irritabilidad.

Cierro el libro de literatura y me recojo el pelo en un moño casual. Solo tengo tiempo de ponerme el abrigo cuando Clarke llama a la puerta. Me mira de arriba abajo con cierta irritación.

—Si quieres que ese imbécil caiga rendido a tus pies, corres el riesgo de conseguirlo.

Bajo la mirada hacia mi ropa. Llevo un vaquero negro, una gabardina de ante y mis botines de tacón alto. Un conjunto cómodo que me pongo hasta para ir a clase.

Divertida por su mala fe, lo observo.

—¿Qué te hace pensar que todavía no ha ocurrido?

Me lanza una mirada asesina y su mandíbula se tensa tanto que temo por sus dientes. A pesar de que se manifiestan a través de la ira, sus celos me provocan una sensación de euforia.

—La única persona con la que uso mis encantos, es contigo —susurro, recordándole la forma en la que he conseguido que viniera esta noche.

Clarke no puede disimular su sonrisilla. Me pasa el brazo por encima de los hombros mientras salimos de la habitación y abandonamos el edificio.

—¿Por qué los dos gilipollas no estaban contigo?

—Tenían chicas a las que satisfacer y yo necesitaba estudiar tranquila.

—¿Un sábado? ¿Horas después de haber sido secuestrada? —me pregunta, burlón.

Ofendida, me paro frente a él.

—Por culpa de las innumerables llamadas urgentes que hacen los Devil's Sons que, la mayoría del tiempo, terminan en locuras inverosímiles, ¡he perdido un montón de clases! ¡Todos os preocupáis por mi seguridad, pero nadie parece preocuparse por mi futuro!

Un futuro no muy largo, pero me prometí vivir como si tuviera la eternidad al alcance de la mano.

Clarke pone los ojos en blanco y yo le respondo con una peineta. Me agarra la muñeca y me atrae hacia él con tanta fuerza que mi pecho choca contra el suyo. Su sonrisa divertida desaparece poco a poco. Sus manos en mi cintura desprenden un calor insidioso que enciende todo mi ser. Con suavidad, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y su mirada cae sobre mis labios.

El sonido del claxon rompe la burbuja de deseo en la que estábamos perdidos. En el Mercedes, instalado en el asiento del copiloto, Set se parte de risa.

—¿Os montáis?

El Devil's gruñe, molesto. Nos acercamos agarrados de la mano.

—¿Qué le ha pasado a tu moto? —le pregunto.

—Carter pensó que sería más seguro ir en coche. Y tenía razón.

Set sale y me abre la puerta. Me deslizo dentro del coche y el calor del interior me reconforta.

—Henzo no quiere matarme, ya lo veréis.

—Cuando quieras que lo matemos a él, hazme una señal —dice Clarke.

Set guiña un ojo y sube al asiento del conductor.

—Quiere colgar la chaqueta de cuero para convertirse en *scout* —dice—. No la empujes a hacerlo.

Veinte minutos más tarde, estamos todos reunidos en el salón de la mansión cuando se escuchan unos golpes en la puerta. Siento que la tensión crece entre los Devil's Sons y observo con temor cómo cierran los puños sobre sus armas. Forman una línea de defensa impenetrable delante de mí, listos para actuar ante la menor señal. Sin embargo, estoy convencida de que el *örlög* de Henzo le impedirá

hacernos daño.

En nuestra religión, el destino se resume en dos palabras: *örlög* y *wyrd*.

El *örlög* es la ley esencial. Es lo que nos define en lo más profundo y puede interpretarse como la esencia de nuestra alma. Nos convertiremos en aquello que estamos destinados a ser. El *wyrd*, en cambio, gobierna el universo. Es el concepto de causa y efecto, generalmente representado por una red infinita tejida según las acciones de uno, las reacciones del otro y sus consecuencias. Cada uno de nuestros actos afecta a otras vidas, como la nuestra se ve afectada por las acciones de los demás. Es la inevitable consecuencia de nuestras acciones individuales en relación con el mundo que nos rodea. Por eso el *wyrd* está en constante cambio: encarna nuestro libre albedrío. Pero está limitado por el *örlög*, que influye en nuestras elecciones. No podemos ir en contra de lo que somos.

A la cabeza de los Devil's Sons están los Arinson. Mi madre quería estar presente, pero se rieron en su cara cuando lo propuso. Según el jefe, cuantas menos personas haya que proteger, más supervivientes habrá. Carter le abre la puerta al King of the Law, correcto y orgulloso, y no pierde el tiempo en demostraciones de fuerza. No lo necesita, emana superioridad.

—Deja tus armas —le ordena.

Henzo lo fulmina con la mirada. Rezo para que su jueguecito termine antes de que mi familia pierda la paciencia.

—No estoy armado —dice—. Confío en Avalone.

No me lo esperaba. Sonrío, agradecida, y Carter enarca las cejas con cierta desconfianza.

—Sean, registra a nuestro invitado.

El King of the Law da un paso al frente y abre dócilmente los brazos. Durante el registro, el Devil's le suelta un fuerte puñetazo en el abdomen. La respiración de Henzo se corta y las sonrisas satisfechas se dibujan en los labios de los miembros de mi banda.

—Ups. Se me fue la mano —miente Sean.

Su víctima resopla de dolor y desaprobación, pero no se defiende.

Cuando mi amigo confirma la ausencia de armas, rodeo a los chicos y me coloco delante de Henzo. A pesar de su orgullo, veo en su mirada el terror de que no mantengamos nuestra palabra. Así que me vuelvo hacia los Devil's Sons y les ordeno que se deshagan de sus armas.

—Ha demostrado que no vino aquí para matarme. Pagadle con la misma moneda.

La tensión en sus caras es visible; ahora mismo solo desean una cosa: acabar con el King of the Law. Pero, sin pedir siquiera la aprobación de Carter, dejan sus pistolas en la caja fuerte al lado de la chimenea. Clarke es el único que aún tiene la suya aferrada entre los dedos.

—¡Clarke, tu pistola! —le ordena el jefe.

El Devil's aprieta la mandíbula y permanece impasible.

—¡Ahora!

Su actitud hostil persiste, pero el motero deja el revólver con los otros.

Carter se dirige al salón con esa autoridad innata que lo caracteriza, incitando a Henzo a seguirlo. Rodeado de hombres que quieren su pellejo y lo manifiestan sin tapujos, el King of the Law no puede evitar estar nervioso.

—Si estás vivo hoy, es gracias a la bondad de Avalone —afirma Carter.

—No lo dudo.

Mike, con los brazos cruzados, se acerca al que considera su enemigo. Ya no hay nada del padre amoroso que ha intentado ser hasta ahora; quien lo enfrenta es el proveedor de armas intimidante y capaz de lo peor para mantener el orden.

—¿La muerte de Avalone ya no está en tus planes?

Henzo frunce el ceño y se gira hacia mi padrino.

—¿Quién es el jefe? ¿Usted o él?

—Yo —responde Carter.

—Entonces, ¿quién es el que alardea?

«¡Por Odín, menudo gilipollas!».

Mike cierra los dedos alrededor de su cuello y lo empuja contra la pared. Los Devil's se ríen a expensas del King of the Law, pero yo

me pongo cada vez más nerviosa.

—¡El que alardea es el proveedor de armas de la mayor parte del continente, y también el tuyo, mierdecilla!

Henzo se tensa y, para mi gran alivio, no responde a la violencia de mi padre. Aunque no esperaba que un hombre tan importante como Mike se desplazara hasta un clan de Michigan, entiende que no tiene derecho a faltarle el respeto.

—Avalone no corre ningún peligro. Cometí un error, no volverá a repetirse.

Carter pronuncia el nombre de su hermano a modo de advertencia, y Mike suelta al brasileño.

—¿Cómo podemos estar seguros de que dice la verdad? —escupe Tucker.

—De lo contrario, cada miembro de su banda será torturado y asesinado, y después sus abuelos también pagarán las consecuencias —susurra Mike—. Y esta vez, serán mis propios hombres los que se encargarán.

El tono de mi progenitor me hiela la sangre. Es como si tuviera dos personalidades: una gentil, compasiva y cariñosa; la otra, cortante, feroz y violenta.

Prefiero la primera.

Henzo mira fijamente a Mike y asiente, con miedo de haber perjudicado a los suyos.

—Ahora que hemos aclarado las cosas, me voy.

El King of the Law cruza el salón hacia la puerta de entrada a paso rápido, sin que nadie se lo impida. Hago amago de ir tras él, pero Clarke me lo impide.

—Ni lo pienses.

—No me hará ningún daño —protesto, molesta.

Lo rodeo, y cuando el motero va a agarrarme, Carter se lo prohíbe. Salgo de la mansión.

—¡Henzo, espera!

Se gira, con los rasgos tensos por la duda. ¿Huir o escuchar lo que tengo que decir?

Acorto la distancia que nos separa y le tiendo un pedazo de papel.

—¿Qué es esto?

—Encontrarás a tu banda en esta dirección, en Panamá.

—Les traicioné. Lucas no me aceptará.

Tomo su mano y pongo en su palma una segunda oportunidad.

—A quien traicionaste fue a ti mismo. Lucas piensa lo mismo. Lo llamé antes de que llegaras. Te están esperando.

Al ver su expresión perdida, le doy varios segundos para asimilar mis palabras. Pasa de la incredulidad a la confusión.

—¿Por qué haces esto? ¿Tienes un fetiche con los criminales en apuros?

Suelto una risa sincera y sacudo la cabeza.

—Tu *örlög*.

Me mira como si pensara que estoy aún más loca de lo que ya creía.

—Es algo de nuestra religión. Prométeme que lo investigarás para entender su significado.

Asiente, con la mirada llena de emoción.

Le deseo un buen viaje, me giro y vuelvo a la mansión.

Cuarenta y nueve días después de la negociación, por fin todo se ha terminado. Ya no hay banda enemiga, ni un miembro descarriado que busque acabar con mi vida —al menos por ahora, porque los BloodBro todavía siguen sueltos—. Los guardaespaldas han desaparecido del campus, he vuelto a formar parte de los Devil's Sons y hemos dejado los secretos atrás. Un sentimiento de plenitud me recorre las venas. Me siento viva, querida y respetada por las personas que me importan. Mi opinión significa mucho para la banda y, juntos, estoy segura de que podremos superar cualquier obstáculo que se presente en nuestro camino.

Freno y me quedo quieta a los pies del porche. Clarke, apoyado contra el marco de la entrada, se endereza y baja los escalones que nos separan, mirando fijamente al King of the Law con sus iris negros.

Le bloqueo el paso.

—¡Tenemos un trato!

—No lo voy a matar.

Asustada, lo veo acercarse a un Henzo resignado. Acepta lo que sea que Clarke le tenga reservado. Entonces, el Devil's alza el puño y lo golpea en la cara con una fuerza aterradora. Escucho dos crujidos sordos; le salta un diente, la sangre brota y el King of the Law cae al suelo.

Me llevo las manos a la boca en *shock*, y corro hacia el herido. Sangra tanto que apenas puedo ver nada, pero por la forma en la que se agarra la nariz no es difícil imaginarse los daños. En cuanto a su mandíbula y a sus dientes…

«¡Thor todopoderoso!».

El dolor le deforma los rasgos mientras Henzo intenta enderezarse.

—Tendrías que pagar con tu vida por lo que has intentado hacerle. Tienes hasta mañana para salir de los Estados Unidos, y no te interesa volver aquí. Créeme: si estás cerca, lo sabré. Habrás firmado tu sentencia de muerte en cuanto cruces la frontera.

Me giro hacia el Devil's furiosa. Le había prometido a este hombre que no le ocurriría nada, pero Clarke ha pisoteado mi palabra, quitándole todo valor.

—¡Tiene la nariz y la mandíbula rotas! —grito.

—Le enviaré el contacto del cirujano de Sean. Que dé mi nombre en recepción; le enviarán la factura a Carter.

Suelto un gruñido de frustración y me centro en Henzo.

—Ven, te llevo al hospital.

—¿Tiene mal los ojos? —pregunta Clarke en un tono desagradable.

—No.

—¿Tiene las piernas rotas? ¿O las manos?

Le lanzo una mirada llena de desprecio.

—No.

—Entonces, es capaz de llegar al hospital solito. ¡Entra!

—¡Ni lo sueñes!

—¡A casa, Avalone! —grita.

Me congelo al entender que en este momento estoy tratando con el segundo de Carter, puro reflejo de autoridad e intransigencia.

Aprieto los dientes y me disculpo con Henzo, que se ríe, algo desquiciado. Tiene que intentarlo varias veces para poder hablar, no sin vacilar.

—Has mantenido tu palabra, estoy vivo. Me merezco estas heridas. Grac…

No tiene tiempo de terminar la frase; Clarke me agarra del brazo y me arrastra hacia la mansión a la fuerza.

En el vestíbulo de entrada, maldigo y forcejeo, pero no me suelta hasta que Carter se une a nosotros.

—¿Qué le has roto?

—La nariz, la mandíbula y uno o dos dientes —responde Clarke con una sonrisa cruel que refuerza sus palabras.

El jefe le da una palmada en la espalda.

—Olé, campeón.

Atónita, no soy capaz de decir nada.

La mirada de Carter cae sobre los nudillos ensangrentados de su hombre y muestra una expresión compasiva dirigida a la víctima.

—Ayúdalo a que se limpie —me ordena.

Entrecierro los ojos.

—¿Yo?

El jefe de la banda se aleja mientras Clarke y yo nos quedamos mirándolo. Desaparece al final del pasillo sin dar explicaciones. No me atrevo a moverme, por miedo a que sea una prueba. ¿Por qué ordenar que nos encerremos los dos solos en un baño, si no?

Los segundos pasan y ninguno se mueve ni un centímetro. No importa cuánto analice la situación, no logro descifrar el enigma que es Carter.

Harta, termino yendo hacia mi cuarto de baño, y el Devil’s me sigue de cerca.

Mientras busco el botiquín, se apoya en el lavabo y espera.

Cojo una aguja de coser y, antes de que pueda anticipar mi movimiento, se la clavo en el brazo con tanta fuerza que queda incrustada en su piel.

Clarke se endereza a toda velocidad, mirándome mal.

—¡¿Estás loca?!

—¿Qué? ¿Te duele? ¡Imagínate cómo se siente Henzo! —exclamo, fuera de mí.

—Y tú, dime, ¡¿cuánto sufriste cuando te disparó?!

Se saca la aguja y la tira al otro lado del baño. Con los músculos tensos y los rasgos crispados, me da la espalda y abre el grifo. Coloca su mano herida bajo el agua, frotándola de forma compulsiva, lo que en vez de limpiar solo empeora la herida.

Creo que sufrió tanto como yo aquel día. Volvió atrás en el tiempo y se enfrentó, una vez más, a la imagen de sus padres desangrándose.

Suspiro y detengo sus movimientos con suavidad. Curo sus heridas con gasas y productos desinfectantes. Clarke sigue mis gestos con la mirada, hasta que se coloca detrás de mí y me abraza con su brazo libre. Mi respiración se corta y me concentro como puedo en mis tareas.

—Lo siento. No pretendía romper tu promesa.

Cierro los ojos y repaso mi comportamiento. Quise que estuviera a mi lado esta noche, cuando sus intenciones eran claras desde el principio. A pesar de todo, ha hecho un esfuerzo sobrehumano, se ha contenido para no acabar con Henzo a golpes. No tengo derecho a exigirle más.

—Yo también lo siento —exhalo—. No lo has matado, como os pedí. Darle un puñetazo en la cara era lo mínimo. Todos pagamos el precio de nuestros errores.

Miro nuestro reflejo en el espejo y observo su cuerpo musculoso contra el mío, tan frágil en comparación. Un cuerpo musculoso que me da seguridad… y despierta mi deseo.

—Una palabra y lo atrapo, y después lo mato.

Contengo una sonrisa e inclino la cabeza hacia un lado mientras me besa a lo largo del cuello. Tiemblo de placer.

—Si lo matas, no será el Valhalla el que te abra sus puertas, sino la cárcel. Y nunca aceptaré que te sacrifiques por nadie. Porque sacrificarte es sacrificarme *a mí*, Clarke.

Levanta bruscamente la cabeza y me mira a través del reflejo del espejo, confundido.

—Si te ocurriera cualquier cosa, sería capaz de…

Respiro hondo.

—Crees que tu deber es arriesgarte porque piensas que nadie te lloraría, ni una madre ni un padre. Bueno, pues yo sí te lloraría. Si te pasara algo, no creo que pudiera recuperarme. Así que te prohíbo que te sacrifiques, ¿vale? Pase lo que pase entre nosotros.

—Anoche te sacrificaste por Lola —susurra, confundido.

—Era a mí a quien quería Henzo; ella solo fue un cebo. Era mi responsabilidad.

—Eso también cuenta como sacrificio. Prométeme que no lo volverás a hacer.

Al entender que ni él ni yo podemos prometer algo así, me quedo en silencio.

Ambos estamos dispuestos a todo por aquellos a quienes amamos.

19

De vuelta al salón, Clarke y yo nos cruzamos con Carter que, contra todo pronóstico, no hace ningún comentario. Nos propone que nos quedemos a cenar con mis padres. La última cena que compartimos no resultó bien, así que acepto con la esperanza de romper el hielo.

El Devil's y yo nos unimos a los chicos fuera. Helada por las bajas temperaturas de noviembre, me acurruco contra Jesse y Tucker para robarles algo de calor.

—He hecho lo correcto —suspiro.

Jesse pasa su brazo alrededor de mis hombros y me estrecha contra él.

—Lo has hecho genial, como siempre.

—Sí. Aunque si lo hubiese matado, no habría dudas —interviene Clarke.

Me abstengo de contestar; se divierte molestándome.

Mis pensamientos vuelan hasta mi cama en la residencia, a la que no tengo ganas de volver después de cenar. La idea de salir juntos a divertirnos me emociona. Han pasado más de dos semanas desde la última vez que fuimos de fiesta. Es el momento de liberar tensiones.

En silencio, vuelvo al interior de la mansión y me dirijo al despacho de Carter, donde me reciben las cálidas sonrisas de los hermanos Arinson.

El jefe me indica que me siente frente a él.

—Me gustaría ir al Degenerate Bar con los chicos después de cenar. —No le doy tiempo para responder y continúo—: Antes de que te niegues, tengo que insistir en que, aunque Henzo todavía sigue en la ciudad, su redención significa mucho para él. Y para mí

ya está absuelto. ¿No crees que, al venir aquí, aceptó la posibilidad de no salir vivo? Aceptó el destino que le teníamos reservado. El puñetazo que le dio Clarke fue tan redentor para uno como para el otro.

Carter hace amago de contestarme, pero no le doy tiempo a formar las palabras.

—Sé lo que me vas a decir: la imprevisibilidad humana. Si una locura asesina se apodera de Henzo, no se la tomará conmigo en medio de un bar lleno de gente. Además, está solo, y yo estaré rodeada de los Devil's Sons y los gemelos. Todos armados. Por lo tanto, está claro que si salgo de fiesta esta noche, no me va a costar la vida.

Respiro hondo y recupero el aliento tras haber soltado ese discurso a una velocidad récord. Mi padre y mi padrino se ríen de mí; casi parece que se están burlando.

El silencio se alarga y empieza a volverme loca, pero entonces los dos hombres se miran y Carter por fin me responde.

—Creo que todos merecéis tomaros un descanso.

Salto de la silla, con los puños en alto, ante la aprobación de los hermanos Arinson.

—En lo que respecta a Henzo, es cierto que ya no supone un peligro para nosotros. Contactó con Lucas y va a reunirse con su banda en Panamá.

Una sonrisa se extiende en mis labios. Me alegra saber que el solitario King of the Law por fin va a reencontrarse con su familia. Se merece estar en paz. Aun así, miro a Carter desconfiada.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mansión tiene una antena pirata que intercepta todas las llamadas realizadas dentro de la propiedad y en un radio de doscientos metros a su alrededor. Antes de que me llames psicópata, quiero aclarar que es un *software* informático el que clasifica las grabaciones. Y sí, hay una carpeta con tu nombre; cada miembro de los Devil's Sons tiene la suya. En cuanto a las grabaciones de los transeúntes, están todas agrupadas en una carpeta común. Y no, no las reviso salvo en caso de emergencia. El *software* puede avisarme si detecta ciertas palabras clave. En ese caso, la escucho para

asegurarme de que mis hombres no planean traicionarme o, aún peor, que mis enemigos no están vigilando mi propiedad.

Aprieto los labios, temiendo que se me descuelgue la mandíbula.

¡Eso es claramente ilegal!

Miro a mi padrino de arriba abajo con una expresión que ni yo sabría definir, luego asiento.

—¡Por Hlidskjálf, eres tan previsor que da miedo!

Me giro para salir del despacho.

—¡Psicópata! —le digo por encima del hombro.

Todavía puedo oír las risas de los Arinson a través de las paredes mientras recorro el pasillo.

Emocionada, entro al salón y me acerco dando saltitos, como una niña pequeña, hasta los chicos. Me abalanzo sobre la espalda de Justin y rodeo su cintura con las piernas.

—¿Y si salimos esta noche?

No pensaba que cinco palabras pudieran hacerlos tan felices, aunque algunas sonrisas se desvanecen.

—¿Degenerate Bar? —propone Tucker, de pie, listo para bailar.

—Carter no lo aprobará —gruñe Set.

—Ya le he preguntado y… acepta con la condición de que invitemos a Henzo como ofrenda de paz —los vacilo.

Apenas tengo tiempo de observar cómo sus caras palidecen cuando Justin me suelta sin previo aviso. Mis pies tocan el suelo, pero mi cuerpo se inclina hacia atrás. Pienso que la caída es inevitable, hasta que los dedos de Clarke me agarran del brazo. Me atrae hacia él y le lanza una mirada furiosa a su amigo. Este último se disculpa, y después sigo de cerca a los Devil's mientras entran a la mansión, visiblemente cabreados.

Intento hablar con ellos para confesar que solo era una broma, pero Clarke me pide educadamente que cierre el pico. Así que, mientras van directos hacia el despacho de Carter, yo me tiro en el sofá a esperar. Las protestas de los chicos llegan hasta mis oídos, y un segundo después, reina el silencio. Me río yo sola, imaginando la discusión a unos metros de distancia.

Escucho a los Devil's Sons antes de verlos. Se parten de risa. Pero mi sonrisa se desvanece al ver a Sean y el pañuelo empapado de sangre que tiene pegado a la nariz.

—Cuando hemos entendido que solo era una broma —me cuenta Tucker—, este gilipollas ha dicho literalmente: «¡Será zorra, la voy a ahogar en la piscina!». Es tan testarudo que Carter ha tenido que pegarle para hacerle entrar en razón.

Me río. Pero mi ánimo decae rápidamente bajo las miradas de los chicos.

—¡Creía que tú, al menos, te compadecerías un poco! —me suelta Sean—. La antigua Avalone habría estado horrorizada. ¡Se supone que tienes que sentirte culpable!

—Mierda, lleva demasiado tiempo con nosotros —resopla Justin.

—¿Crees que la hemos convertido en un monstruo? —susurra Tucker.

Me entra un ataque de risa y, poco después, los Devil's se unen a mí.

El desafío que brilla en la mirada de Sean me dice que tengo que salir corriendo, y rápido.

Salto del sofá, pero justo cuando me preparo para huir, sus brazos me agarran de la cintura y me levantan del suelo.

Pensé que mis padres estarían molestos por la decisión de Carter de reintegrarme en sus filas y las armas apuntando hacia ellos, pero fue como si nada de eso hubiera ocurrido. La alegría y el buen humor prevalecieron durante la cena.

Me emocioné al escuchar las risas de los chicos mezcladas con las de mi madre. Y ver a Mike darle una palmadita cariñosa en la espalda a Clarke, aunque él permaneciera impasible, me impresionó. Fue como si tuviéramos la costumbre de reunirnos los domingos al mediodía para una gran comida familiar. Que todos estuvieran tan relajados alrededor de la mesa hizo que me sintiera cómoda.

Entramos en el Degenerate Bar en compañía de los gemelos, y Clarke no me presta la más mínima atención. Es un cambio respecto a las intensas miradas que intercambiamos durante la cena. Ahora,

crea un abismo entre nosotros. No importa que conozca sus motivos, la distancia que él nos impone me deja un nudo en el estómago.

—¡Avalone! —me llama Liam, el camarero.

Sorprendida de que se acuerde de mi nombre, me acerco a la barra y dejo atrás a la banda.

—¿Dónde está Lola? ¿Quién es el afortunado que tiene el honor de acompañarte?

Mira por encima de mi hombro, y lo que descubre no parece gustarle.

—Mierda, los Devil's Sons están aquí.

Me giro y observo a mis amigos sentarse alrededor de una mesa.

—Clarke va a liarla otra vez. No sé qué le pasa ese tío, pero habría que internarlo. ¡A todos!

Soy consciente de los estragos que los chicos suelen dejar a su paso, pero no puedo evitar defenderlos.

—Están lejos de ser…

—Si fuera por mí, los pondría de patitas en la calle —me corta Liam—. Suelo hacer apuestas con mis colegas sobre quién la va a palmar el primero. Ojalá que, después de Clarke, sea Jesse.

La crueldad de sus palabras me golpea violentamente. Siempre he sido protectora con mis amigos, pero nunca me había sentido tan furiosa. Ha ido demasiado lejos, sobre todo teniendo en cuenta que los BloodBro son mis enemigos y, por consiguiente, también los de los Devil's Sons. Podrían matarnos a todos; el orden no tendría ninguna puñetera importancia.

Ante la mirada que le lanzo, el camarero se traga su sonrisa.

—Eso depende de ti, Liam. Una razón legítima para negarte a servir a un cliente es el comportamiento agresivo o peligroso. Y los Devil's Sons tienen un historial. Así que, por favor, ve a decirles que no son bienvenidos y, de paso, aprovecha para compartir tus predicciones sobre sus muertes.

El chico palidece; sus ojos oscilan entre la banda y yo.

—No soy un aguafiestas, les daré el beneficio de la duda.

—¿Sabes qué es lo que pienso? Que hablas demasiado, pero no actúas. Les tienes miedo, y lo entiendo. Ninguno es un modelo de virtud. Ambos sabemos que, si quisieran deshacerse de alguien, apretarían ellos mismos el gatillo antes que rebajarse a hacer apuestas sobre la muerte de esa persona. —Me inclino sobre la barra y cojo una botella de alcohol cerrada sin pedir permiso—. Pero no te preocupes, me aseguraré de que se porten bien.

Le guiño un ojo y me giro. De espaldas al camarero, siento su mirada fija en el logo de mi chaqueta de cuero con el símbolo de la banda.

«Pedazo de gilipollas…».

Pongo la botella que me he adjudicado en el centro de la mesa y me dejo caer en una silla libre entre dos Devil's.

—Liam os regala esta botella, ¡qué amable!

—¿Ese desgraciado te ha pedido una cita a cambio? —me pregunta Justin.

De repente, Clarke me otorga toda su atención. Espera mi respuesta con impaciencia, incluso parece nervioso.

—No. Y eso es casi humillante. No se me puede comprar con una botella… ¡que ni siquiera puedo beber!

—Tiene mala cara —comenta Set observándolo—. ¿Qué le has hecho?

Echo un vistazo por encima del hombro y me cruzo con la mirada de Liam, que la aparta de inmediato. Se le resbala un vaso y se rompe en el suelo. Parece que no escuchó los rumores. No esperaba que estuviera a su lado… o más bien, que fuera una de ellos.

—Acaba de darse cuenta de que no tiene la menor oportunidad de conquistarla si estamos cerca —afirma Sean.

Alzo las cejas, sorprendida.

—Ah, así que si he entendido bien… ¿necesito vuestra bendición para salir con alguien?

—¿Tú qué crees? —interviene Tucker—. Formas parte de nosotros, tienes una reputación que mantener.

Le tiro el posavasos a la cabeza ante las risas de los chicos.

—Lo que quiere decir Tucker es que, si un tío te rompe el corazón, estaremos obligados a molerle a palos —lo corrige Jesse.

—¡Oh, eres tan mono! —le molesto, con un todo de voz cursi.

—¡Vete a la mierda, V!

Me enseña el dedo corazón, a lo que respondo enviándole un beso.

—Eso, eso es exactamente lo que quería decir —afirma el Devil's con el ego por las nubes.

—¡Mentiroso!

Una camarera se acerca a nuestra mesa y nos toma nota. Set se aprovecha la ocasión e inicia un discurso de bodas digno de los más grandes dramaturgos. Contengo a duras penas una carcajada, como el resto de los chicos.

—¿Has estado alguna vez en Asgard? Porque estarías tan aturdida que no reconocerías a nuestros dioses. Incluso podrías tomarme por uno de ellos —finaliza el donjuán.

—Acabo de trabajar a las tres de la mañana —deja caer la camarera.

—No soy del tipo que espera. El almacén servirá.

Atónita, me atraganto con mi propia saliva. Si todo esto les parece normal a los chicos, para mí las palabras de Set son simplistas y poco respetuosas. La camarera sonríe y se come con los ojos al Devil's como si fuera un trozo de carne. Están en sintonía. Le da igual la buena educación; solo quiere echar un polvo.

—No me quiero encontrar restos de semen en mi vaso. Tráenos nuestro pedido antes de follar —ordena Clarke, impasible.

La camarera y yo lo miramos mal a la vez, pero el motero no nos presta atención y la joven se aleja.

—¡Sé que solo son conquistas para vosotros, pero tener un mínimo de respeto no os mataría! —exclamo.

Set alza las manos en señal de inocencia.

—Eres una de las pocas chicas que ha conseguido una cama —suelta Clarke—. No des por sentada la suerte que has tenido.

—Un almacén o una cama, mientras los dos estéis de acuerdo, me da igual. Solo digo que hay formas de dirigirse a la gente. —Me inclino por encima de la mesa y le susurro al oído—: Y tú y yo

sabemos que no es cuestión de suerte ni una historia del pasado. Deja de rechazarme, no vas a conseguir que te odie.

Mis labios le rozan la línea de su mandíbula hasta la comisura de la boca con sensualidad. Cuando vuelvo a mi silla, sus músculos están tensos y su pecho sube y baja rápidamente, siguiendo los latidos de su corazón. Me fulmina con sus intensos ojos negros. Victoriosa, le guiño un ojo y luego cojo la mano de Ty para arrastrarlo a la pista de baile.

Suenan las Spice Girls y se desata la locura, pero ningún fiestero nos empuja.

El poder de los Devil's Sons.

Mi compañero de viaje, siempre con ganas de bailar, guía mis movimientos, y por fin puedo afirmar que mi vida continúa su curso.

—¿Sabes que te quiero? —me pregunta.

Lo miro, sintiendo una presión en el pecho. No me gusta el tono en el que lo ha dicho, como si tuviera que decir esas palabras antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Es un adiós?

—Todavía no, Alive. Todavía no.

La tristeza se vislumbra a través de mi sonrisa. Cuando se vaya, se me romperá el corazón. Es una certeza. Se ha convertido en un pilar fundamental de mi vida, el que ha sostenido mi mundo cuando sus bases se rompían y agrietaban.

Ty me atrae hacia él y me obliga a enfrentarme a su mirada.

—Siempre estaré ahí cuando lo necesites.

—¿Y si te digo que te necesito en mi vida a diario?

Su mirada se ilumina, y el brillo de felicidad en sus ojos le confiere una extraña belleza.

—¿Me estás pidiendo que me quede?

—Nunca te pediría que te quedaras si no tuvieras ganas de estar aquí.

—Volveremos a hablar de esto cuando sea el momento.

Cuando su madre muera…

¿Querrá huir de la ciudad y de sus recuerdos o, por el contrario, vivir con ellos y avanzar?

Nos dejamos llevar por el ritmo. Desplegamos nuestro talento de bailarines en una canción y en la siguiente, y luego simplemente nos movemos haciendo el tonto, riendo.

Angels, de Robbie Williams, suena. De espaldas a mi compañero de viaje, siento que sus brazos me rodean. Solo tardo un segundo en darme cuenta de que no es Ty. La increíble rigidez de su pecho, ese olor a noche estrellada de verano, mi cuerpo entero electrizado por el contacto que despierta mis deseos más inconfesables… *Clarke*.

—Te dije que temieras el momento en el que estuviésemos solos, tú y yo —me susurra.

«La demonio. Por fin me lo va a preguntar».

—Concédeme un baile antes de echar a perder mi noche.

La sonrisa que siento contra mi cuello me provoca un escalofrío delicioso. Estrecha su agarre en mi cintura y pasea sus labios por mi piel. La suavidad del beso, la posesividad de sus brazos y nuestros cuerpos moviéndose al son de esta maravillosa canción… Todo esto me parece un sueño. Este momento inhibe mi miedo a confirmar sus sospechas, así que me dejo llevar, pegada a su pecho, y saboreo lo que compartimos.

El Devil's me hace girar hacia él y pone sus manos en la parte baja de mi espalda. Ya estoy enamorada de Clarke, pero esta noche caigo bajo el hechizo de su mirada, oscurecida por la emoción. Es incomparable, tan compleja como hermosa.

Encontramos de nuevo el ritmo lento sin perder nunca el contacto visual.

Me encantaría que nuestra despreocupación durara para siempre y nos liberara de nuestras restricciones.

—*Wherever it may take me, I know that life won't break me, when I come to call she won't forsake me* —susurro a coro con Robbie Williams.

Cuando sus ojos dejan los míos, es para mirar fijamente mis labios. Traga con cierta dificultad. La tensión es palpable y el ambiente está cargado de electricidad. Siento con intensidad cada una de sus exhalaciones, cada roce de sus dedos sobre mi piel.

Las últimas notas de la música resuenan y nos quedamos quietos. Luchamos contra las ganas irrefrenables de besarnos, hasta que Clarke rompe todo contacto y me hace la pregunta que se lleva días negándose a hacer.

—¿Te drogas?

La suavidad de sus rasgos ha desaparecido. No es más que una bomba de relojería, lista para destruir el mundo.

Se me hace un nudo en el estómago; mi instinto me impulsa a dar un paso atrás.

—*Drogaba*. En pasado. Se ha terminado.

Una expresión que me congela en el sitio deforma su rostro. Juraría que, si no fuera una chica, me daría una paliza por esa respuesta.

Clarke se gira hacia los fiesteros, que han dejado de bailar, testigos del cambio radical de ambiente.

—¡¿Quién vende la puta droga en el campus?! —grita.

Los estudiantes se sobresaltan. La mayoría intenta hacerse a un lado, temerosos ante la idea de encontrarse en la mira del Devil's.

—No haré la pregunta dos veces —continúa con una voz aterradora.

—¡Un tal Dewis! —exclama un veinteañero—. No sé su nombre.

Clarke acorta la distancia entre ellos y lo agarra por cuello de su chaqueta.

—Descripción.

—Pelirrojo. Con pecas —dice el pobre chico, asustado—. Un metro ochenta, no más. La compra fuera de la ciudad y la vende en vuestro territorio.

Ese Dewis no es culpable de haberme vendido la droga, pero sí de haberla comercializado en Ann Arbor. Pase lo que pase, los Devil's Sons no lo dejarán pasar. Pero me niego a que ese tipo pague por mis errores.

En un arranque de valentía, aparto a Clarke del chico y le suplico que me siga fuera, a poder ser antes de que la banda entera se entere de que me he drogado. Furioso, me sigue hacia la salida. Le da una patada tan fuerte a la puerta de atrás que choca contra la pared.

Su ira y el frío de la noche me hacen temblar. Se tira del pelo, nervioso, y luego se gira hacia mí.

Ya no me gustan sus iris negros. Ahora mismo son destructivos.

—¿Qué droga?

Niego con la cabeza.

—No tiene importancia.

—¿Qué droga, Avalone?

—La demonio.

La necesidad de bajar la mirada es casi incontrolable, pero lucho contra ella. Tengo que asumir las consecuencias de mis actos y, por tanto, enfrentarme a su ira. Le sostengo la mirada. Me sobresalto cuando su puño se hunde en la pared, a varios centímetros de mi cara, rompiendo un poco más la piel ya herida de sus nudillos. Presiono los labios y cierro los ojos para no ver cómo la sangre gotea por su mano.

—Ange es hombre muerto.

Lo agarro del brazo cuando hace amago de ir hacia su moto.

—¿Qué tiene que ver Ange en todo esto?

—¿Quién te la vendió? —me pregunta, impaciente.

—Ni Ange ni ese Dewis. Fue una chica de mi curso. Les contó a sus amigas que la había comprado fuera de la ciudad —miento.

Le hice una promesa al Demon Dad's, y no lo traicionaré. Su apoyo ha ido más allá de la droga que me facilitó. Sacrificó sus noches velando por mí y se ha convertido en un amigo.

—¿Por qué? ¿Por qué te matarías así? —grita.

Es la primera vez que Clarke está tan alterado conmigo, y lo odio. La situación lo sobrepasa hasta tal punto que no sabe cómo reaccionar.

Intento cogerle la cara entre las manos, pero me aparta y me prohíbe tocarlo. Me muerdo el interior de las mejillas, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

—¡¿Por qué?!

Las palabras se niegan a salir de mi boca. Nunca me ha gustado hablar de mis debilidades y miedos. Y, bajo su mirada asesina y sus gritos, no puedo hacerlo.

Cuando entiende que no voy a responder, se da media vuelta para marcharse y acabar con esta noche. Se me hiela la sangre. No puedo dejar que se aleje, ya no puedo soportarlo más.

—¡Por favor, Clarke, quédate!

Para en seco. Después de varios segundos de duda, alza la mirada al cielo.

—Los gemelos lo saben, ¿no?

Se gira hacia mí, inescrutable.

—Has dormido en su casa, te has hecho un tatuaje. *Alive*. ¿Por qué has confiado en ellos y no en mí?

—Porque es fácil hablar con ellos.

Suelta una risa nerviosa y empieza a caminar en círculos, como un león enjaulado.

—¿Insinúas que conmigo no?

—¡No! ¡No es fácil confiar en ti! Te abres muy pocas veces. Dejando de lado tu ira, parece que no sientes ni miedo ni tristeza. ¡Sería como contarle a un superhéroe que me he clavado una astilla en el dedo!

Viene hacia mí y, por sorprendente que parezca, deja caer la máscara. Durante un instante, su cara y su mirada son más transparentes que nunca. No creía que pudiera mostrarse vulnerable, pero es lo que me está revelando.

—¿Quieres saber cuándo he tenido miedo, Avalone? La noche que te escuché gritar cuando un hijo de puta quería abusar de ti. O cuando decidiste dirigir la negociación con los Kings of the Law. También me sentí aterrorizado al ver cómo te desangrabas en el suelo del almacén. Tenía miedo de que no volvieras a dirigirnos la palabra si te enterabas de tu verdadera identidad… Y después ocurrió lo peor: huiste, desapareciste. ¡Pasamos días sin tener ninguna noticia tuya y estaba acojonado! Entonces Henzo te puso la mano encima y, solo de pensar en perderte, yo… El miedo me carcomía por dentro. Atacó mi jodido corazón, ¡y no sabes hasta qué punto! En cuanto a mi tristeza, se hace eco de la tuya. ¡Si sientes y expresas esa emoción, me contagias! Me destrozó tu dolor y tus súplicas cuando Carter me castigó a puños. Sufrí por tener que mantenerme lejos de ti, y aún sufro cada vez que me viene a la

mente la prohibición de tocarte o de sentir algo por ti. Así que ya ves, ¡escuchar lo que sientes es todo lo que quiero, porque haces que me sienta vivo!

Respira hondo y aparta la mirada, incapaz de enfrentarme después de haberse desahogado de esa forma. Mi sorpresa se disipa poco a poco sustituida por la emoción. Creo que sonrío, pero no estoy segura. De lo que sí estoy segura es que adoro que comparta conmigo sus pensamientos. Me encanta la vulnerabilidad que esconde a la vista de todos por su instinto de supervivencia.

—No quería morir sin teneros a mi lado.

Clarke centra su atención en mí y frunce el ceño.

—Los guardaespaldas me recordaban continuamente lo que había perdido: *a vosotros*. Tenía la sensación de que tenía que enfrentarme a Henzo sola.

Su mirada se suaviza, a pesar de que sus rasgos se mantienen fijos por la ira.

—Es la cosa más tonta que jamás he hecho —continúo—, lo sé, pero… Mi madre se ha convertido en una extraña. No conozco ni a mi padre ni a mi padrino. Ahora solo me siento segura, confiada, con los Devil's Sons, mi familia. Sin vosotros, ya no soy nada. La demonio me daba esperanza, la posibilidad de luchar, y puede que de sobrevivir para recuperaros. Quería tener toda la suerte de mi parte para seguir viviendo esta vida que comenzó en el momento en que os encontré.

Clarke se acerca a mí, y cuanto menos metros nos separan, más crece su determinación. Sus dedos se aferran a mi pelo y me empuja contra la pared. Me falta el aliento y mis piernas tiemblan en respuesta a nuestra proximidad.

Pone su mano en mi corazón y se asegura de la regularidad de mis latidos.

—Estoy bien —susurro.

—Por ahora. Hasta tu próxima locura. No sé hasta dónde eres capaz de llegar, ya sea por ti o por aquellos a los que quieres… y eso me vuelve loco, Avalone. Si te pasara algo, desencadenaría el puto Ragnarök.

De repente, aprieta sus labios contra los míos. Fuegos artificiales explotan en mi bajo vientre, haciendo que todo mi cuerpo arda. Gimo, y gruñe en respuesta. Me ofrezco a él sin reservas, le muestro la magnitud de mi deseo, de mi anhelo de estar juntos. Lo que siento por este hombre es demasiado fuerte; ya no puedo ocultarlo. A cambio, Clarke me castiga con mordiscos y su dominio de la lengua. Es un combate intenso y sensual. Sin interrumpir la profundidad de nuestro beso, desliza las manos bajo mis muslos y me levanta. Le rodeo la cintura con las piernas y hundo los dedos en su pelo. Devora mis labios, insaciable, como si fuera la cosa más deliciosa que jamás haya probado.

—¡Avalone!

Nuestra burbuja explota, siento que el mundo se tambalea bajo mis pies. Los rápidos latidos de mi corazón ya no son agradables y ruego no devolver la cena. Con los rasgos muy tensos, el Devil's afloja el agarre alrededor de mis muslos y me suelta hasta dejarme de pie.

Nos giramos hacia Carter. Su ira nos golpea con violencia, y, cuando retrocedo un paso, asustada, Clarke no se mueve.

—Venía con buenas intenciones, pero esto… me ponéis realmente, *realmente* furioso.

Con el estómago revuelto hasta el punto de querer vomitar, tengo ganas de llorar. Doy un paso hacia él, preparada para implorar clemencia, pero Clarke me corta el paso y se coloca delante de mí.

—Déjate de tanta palabrería, hombre. ¿Me quieres echar de la banda? Vale, ¡hazlo! Pero no vas a poder impedir que la toque ni que tenga sentimientos por ella. No después de lo que me hizo con su lengua cuando follábamos como los dioses —dice, rencoroso.

Un pequeño grito se escapa de mi boca. La vergüenza pasa a un segundo plano; el miedo por las consecuencias es demasiado grande.

—¡Cierra la puta boca, Clarke!

Me sobresalto mientras su segundo suelta una escandalosa risa. A punto de perder la paciencia, el jefe pasa una mano por su mandíbula y parece debatirse entre el corazón y la razón.

—Había venido a decirle a mi sobrina que tenía razón: eres el hombre en quien más confío, y nadie la protegerá tan bien como tú. ¿Aún sientes la necesidad de contarme lo que hace con la lengua?

La sorpresa me deja paralizada y muda.

Clarke mira a mi padrino, desconfiado.

—No me puedo creer lo que voy a decir, y menos aún después de lo que me has echado en cara. No eres más que un jodido imbécil, pero… tienes mi bendición. Cuida de mi sobrina.

Estoy alucinando, es la única explicación. A pesar de la mirada cómplice que me echa Carter, no consigo asimilar sus palabras. Sonríe dulcemente frente a mi silencio y parece esperar una reacción por parte de su hombre.

Clarke asiente, tan sorprendido como yo.

Pasan los segundos, quizá incluso minutos, durante los cuales Clarke y yo miramos fijamente el lugar donde se encontraba mi padrino hace un instante. Ha desaparecido en la noche como un fantasma.

Estallo en una risa ruidosa e incontrolable, salida directamente de lo más profundo de mi ser. El motero se gira hacia mí y alza las cejas. Incapaz de parar, acabo sacándole una sonrisa; entonces se une a mí y se ríe con ganas.

—¿Puedo saber qué es tan gracioso? —me pregunta.

Me llevo la mano al pecho e intento calmarme, pero no funciona. La tensión abandona mi cuerpo gracias a la risa.

—¡Carter… tiene… razón, eres un… imbécil!

Las lágrimas causadas por la risa me nublan la visión, pero distingo la silueta de Clarke acercándose a mí.

—¡Te has… atrevido… a contarle… lo que… te hice con… mi… mi lengua!

—¡Pensaba que me iba a echar! —se defiende el Devil's, divertido.

Cuando sus manos me agarran de las caderas, mi risa se calma poco a poco hasta que se detiene. Mi ritmo cardíaco está descontrolado por la aprensión. Carter nos ha dado su bendición, pero ¿qué relación quiere tener Clarke conmigo? ¿Sus sentimientos serán más fuertes que sus dudas?

—¿Eres consciente de que no queremos lo mismo? —susurro.

Inclina la cabeza; después, su mirada se desvía hacia algo detrás de mí y se ensombrece.

—¿Avalone? ¿Podemos hablar?

Cierro los ojos y presiono los labios al reconocer la voz de Liam. Le echo una mirada inconfundible con la esperanza de que entienda que estoy ocupada, pero Clarke aprovecha el momento para huir. Entra al bar con los puños apretados.

«Me. Cago. En. La. Leche. Odio. A. Liam».

Muy enfadada, rodeo al camarero y me arriesgo a ir tras el Devil's. No tiene derecho a huir de mí, no después de lo que acaba de pasar.

Abro la puerta, pero se cierra de repente bajo la mano de Liam. Me empuja contra ella y se lanza a mis labios. Siento una fuerte náusea, lo empujo y me limpio la boca con asco.

—¡Estás enfermo!

—¡Parecía que lo querías! —exclama, molesto.

Palidezco. Toda la amabilidad que irradiaba solo era una ilusión. No es el buen chico que aparenta ser.

Una furia cegadora se apodera de mí, y juro que, si supiera pelear, ya estaría en el suelo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te he dado señales de eso?

—¡En la forma en la que me miras! Vas pidiendo sexo…

«A la mierda».

Le doy una bofetada.

—¡Vete a la mierda, gilipollas!

20

Entro al bar llena de rabia. Los juegos de luces me ciegan; apenas puedo sostener la mirada de la gente.

—¡Avalone, lo siento! No pienso eso.

La presencia de Liam a mi espalda me parece insoportable. Solo me apetece hablar con Clarke, con nadie más.

—No te quiero ver ni escuchar. ¡Lárgate! —digo, enfadada sin molestarme en girarme. Ya he pedido la paciencia.

—¿Beso mal? ¿Es eso? Dame otra oportunidad.

Esto es una pesadilla.

«No puede ser tan imbécil, es increíble…».

No tengo tiempo de responderle porque me choco con Clarke, que palidece al comprender el significado de las palabras de Liam. Con la mirada vacía, le propina un fuerte derechazo, luego otro. El camarero se desploma. Ignoro los gritos que se alzan; el estado del Devil's me preocupa más. Se tambalea hacia atrás, con una expresión divertida.

Clarke parpadea y sacude la cabeza, como si recobrara el sentido, y después centra toda su atención en mí.

—Aléjate de mí —me suelta con una voz tan fría como Niflheim.

Mi corazón recibe un gran golpe, pero no tengo tiempo para concentrarme en mi dolor. Entre la pérdida de conocimiento de Liam y la huida del chico al que quiero, aprieto los dientes. Si mi conciencia me dice que me ocupe del herido, los pocos fiesteros que se acercan a él me liberan de toda vacilación.

Corro tras Clarke e intento razonar con él.

—¡No lo he besado, ha sido él! ¡Lo he rechazado, hasta le he dado *dos* bofetadas!

El motero se para en seco y me da el golpe de gracia.

—Me importa una mierda. Que Carter nos haya dado su bendición no significa que estemos juntos.

Me tambaleo sobre mis tacones altos y parpadeo. Lo que más temía ha pasado. No puedo fiarme ni de sus actos ni de sus palabras bonitas. Somos como un castillo de naipes que Clarke destruye a su antojo cuando sus dudas, amplificadas por la ira, se vuelven demasiado grandes.

Con el corazón encogido, le observo desaparecer entre la multitud, sin mirar atrás.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Justin.

Cuando llega a mi lado, lo agarro y entierro mi cara en su brazo para ocultar el grito de rabia. Lo libero y respiro hondo.

—Carter nos ha visto besándonos detrás del bar…

Mi amigo palidece.

—Oh, mierda.

—No, no, todo está bien. Nos ha dado su bendición.

Su boca abierta y sus ojos como platos consiguen divertirme.

—Joder, ¿me vacilas?

Niego con la cabeza, y su sonrisa se vuelve contagiosa. Está tan contento por nosotros que resulta enternecedor. Se prepara para chocarme la mano y mostrar toda su alegría, pero se echa atrás y frunce el ceño.

—¡Espera! ¿Entonces cuál es el problema?

Suspiro y miro de reojo a Liam, semiinconsciente.

—Ese imbécil me ha besado. Lo rechacé, hasta le he dado dos bofetadas… pero Clarke no quiere saber nada del tema. Es mucho más testarudo que Sean.

Cuando Justin se ríe, lo miro mal. Coge mi cara entre sus manos y me da un beso en la frente. Después, clava su mirada en la mía.

—Se vuelve más testarudo que Sean cuando tiene que ver contigo. Así que, si ese imbécil de Liam se ha atrevido a tocarte, tenemos que estar contentos de que aún siga vivo. Dale una hora o dos, algo de tiempo para que se calme y se dé cuenta de su error. Va a volver a ti. *Siempre* vuelve a ti.

Y yo que creía que esta sería la noche ideal para reunirnos todos… al parecer, había olvidado lo complicado que puede ser nuestro día a día, incluso si no hay ningún peligro a la vista.

—¡Tiene los dientes clavados en el labio! —exclama un chico con asco.

Justin y yo nos giramos hacia el camarero y observamos los daños. Tiene la nariz amoratada y le gotea sangre; su cara está completamente hinchada, hasta el punto de que no es capaz de abrir los ojos, y su ceja sangra abundantemente. Pero cuando tose, no escupe ningún diente; al menos, eso es un consuelo.

—Por Odín… —resoplo.

Justin va hacia el herido y evalúa sus heridas como si lo hubiera hecho toda la vida.

—Su nariz está rota, necesita puntos de sutura en el labio y en la ceja, y… puede tener una conmoción cerebral. Llevarlo al hospital, Carter se ocupará de la factura.

Y ya van dos.

Un grupo de hombres asiente y se encarga de Liam. Sujetan el cuerpo herido y salen del Degenerate Bar.

Mi amigo vuelve a mi lado como si nada.

—¿Crees realmente que tiene una conmoción?

—En mi opinión, puede que incluso un edema cerebral.

Palidezco. Un sofoco casi consigue que me desmaye.

—En la época en la que entró a los Devil’s Sons, los golpes de Clarke eran tan fuertes que los chicos lo apodaron «one shot», o «campeón». Un único puñetazo y su víctima acababa con una conmoción, en el mejor de los casos. En el peor, con un edema cerebral o un hematoma subdural.

El alcance de su violencia no tiene límites; me da escalofríos.

—¿Qué ha cambiado? —pregunto con dificultad.

—La mayoría de los chicos que Clarke enviaba al hospital pasaban por quirófano, y el jefe no podía salvarle el culo de la justicia sin parar. Además, comprometía los negocios. Pero creo que los Devil’s Sons tenían, sobre todo, miedo de que un día matara a alguien inocente. Carter empezó a pegarle cada vez que se pasaba

de la raya. Tuvo efecto, hasta que lo amenazó con echarlo de la banda. Entonces, sus golpes se volvieron más suaves.

Miro fijamente el charco de sangre donde chapoteaba el camarero hace un momento.

—¿Más suaves dices?

Justin hace una mueca.

—Sí. Henzo y Liam han probado la legendaria fuerza de Clarke. No te preocupes, Carter se hará cargo de hacer desaparecer cualquier denuncia. Venga, vamos. Volvamos con los demás.

Sacudo la cabeza, intentando disipar mi malestar, y sonrío para mantener la compostura. Descubrir al motero sentado a la mesa no me tranquiliza. A mi llegada, todo su ser muestra aversión. Aprieto los dientes y me dejo caer en la silla.

Las conversaciones se apagan una tras otra, los ojos del Devil's con el ego por las nubes oscilan entre Clarke y yo.

—¿Cuál es el problema?

—Cierra la boca —gruñe el segundo de Carter.

Me enderezo y apoyo los codos sobre la mesa, buscando su mirada, que me esquiva.

—Estás celoso —afirmo.

Gira rápidamente la cabeza hacia mí, mientras los otros disfrutan del espectáculo.

—Yo no…

No acaba la frase, pero aparta la mirada. Intentar hablar no tiene sentido: Clarke se encierra en sí mismo.

Cansada, me apoyo en el respaldo de la silla y cruzo los brazos.

—¿Se puede saber qué pasa? —nos pregunta Sean.

—Liam me besó. Le di una bofetada. *Dos* veces.

—¿Ese comemierda de Liam te ha besado sin tu consentimiento? —exclama Set, cabreado.

La pierna de Clarke tiembla. La mesa y todos los vasos que hay encima empiezan a vibrar. Esto no presagia nada bueno. He presenciado sus crisis de ira demasiadas veces, pero solo sus puños y su cara dejan traslucir su estado.

—Me ha dicho que voy pidiendo sexo.

Clarke se levanta tan bruscamente que nuestros vasos se vuelcan y se rompen al caer al suelo.

—No digas ni una palabra más. ¡No lo quiero escuchar!

Su mirada es la encarnación del asco, hasta tal punto que me pregunto si aún hay esperanza para nosotros.

¿Se piensa que he besado a Liam de buen grado… o, peor, que lo he *buscado*?

—¡Arde con los nueve mundos!

Dejo la mesa y voy hacia la salida. Cuanto más avanzo, más aumenta mi enfado. He sido una ingenua. Por muy convencida que pudiera estar, Carter tenía razón: Clarke está roto. Demasiado roto para permitirse probar la felicidad. Y yo ya no tengo la fuerza necesaria para luchar por los dos.

El Devil's me detiene a mitad mi camino y me bloquea el paso. Lo empujo con todas mis fuerzas, agotada por su comportamiento. Apenas se mueve; solo parpadea, sorprendido.

«Gilipollas…».

—¡No puedo más, se acabó! ¡No quiero nada contigo!

Su máscara impenetrable se agrieta, encajando dolorosamente mis palabras.

—Has dicho que no queríamos lo mismo, tú y yo. ¿Por qué?

La suavidad de su voz me sorprende, al igual que sus palabras. Si cree que va a obtener una respuesta, se equivoca. Intento rodearlo, pero me agarra del brazo. Pongo en práctica lo que me enseñó en Canadá, pero no cede. Mi mirada se desvía hacia sus partes bajas, pero no tengo tiempo de alzar la rodilla; Clarke se desliza hacia mi espalda y me sujeta contra su pecho.

«¡Por todos los dioses! ¡Qué rápido es!».

—Respóndeme —me susurra al oído.

Cierro los ojos y lucho ferozmente por apagar el calor que se extiende por mi cuerpo recorriendo mis venas. Acceder a su petición se convierte en mi única salida.

—Estás dispuesto a acusarme de haber seducido a Liam para sabotear lo que estamos construyendo, cuando todo lo que deseo es a ti…

Me río, con amargura y decepción. Tengo la sensación de que, a pesar de todos mis esfuerzos, nunca conseguiremos estar en la misma página.

—En ningún momento he pensado eso, Avalone. Mi asco no iba dirigido a ti. Creo que, por primera vez, he perdido el control. Me vuelvo loco cuando se trata de ti. Quería matarlo por lo que ha intentado tomar por la fuerza. Me he alejado y te he pedido que te callaras para recuperar la calma, por miedo a terminar lo que había empezado.

El agarre de su brazo alrededor de mi cuerpo se afloja. Me giro hacia él y me encuentro con su intensa mirada oscura.

—Tú…

—Joder, Avalone… Carter te hizo entrar en mi vida, ¡pero te has metido en mi mente sin mi puto consentimiento! Incluso cuando aún no te había besado, ya pensaba en ti durante todo del día. Así que, créeme, desde que te saboreé, solo deseo hacerte mía.

Tiemblo de emoción. Sus palabras hacen eco en mi alma. Desencadenan en mí la liberación de las cuatro hormonas de la felicidad, incluida la oxitocina: la hormona del amor.

«Solo deseo hacerte mía».

Clarke me acerca a él. Un escalofrío de una intensidad poco común me recorre la espalda e intensifica la capacidad de cada una de mis terminaciones nerviosas, volviendo su contacto más poderoso que todos los orgasmos del universo.

—Te quiero. A ti, y *solamente a ti*, Avalone. Sé lo que eso implica. Y no, no tengo miedo. ¡Ni siquiera tengo una jodida duda!

Las mariposas de los nueve mundos parecen haberse refugiado en la boca de mi estómago. Se me atasca el aire en los pulmones y creo que hasta pierdo el equilibrio.

—Dime que eso es lo que tú también quieres —me pide.

Presiona un poco más las manos sobre mi cintura y me deja ver la sinceridad de su mirada.

—No comparto, Clarke.

—Yo tampoco —gruñe.

Por fin me besa, y es apoteósico. Todo pensamiento abandona mi mente, mis sentidos se multiplican. El Devil's me devora ahí,

delante de todos. Me demuestra que me pertenece con su pérdida de control, sus gruñidos roncos y su necesidad de contacto. Y yo le demuestro lo mismo con mis caricias, mi respiración entrecortada y mi abandono puro, total. No hay ni ternura ni sensualidad. Clarke está marcando su territorio.

La emoción me aturde y quiero más.

—¡Joder, no quiero parecer un pervertido, pero, si seguís así, me voy a empalmar! —exclama Tucker.

Nos separamos a regañadientes. Frente con frente, intentamos recuperar el aliento con dificultad. Me alegra descubrir en su mirada certeza, determinación y un montón de emociones, algunas más íntimas que otras.

—Solos, tú y yo —repite.

¿Quién habría pensado que Clarke Taylor pronunciaría algún día esas palabras?

Mi mirada radiante se refleja en sus ojos. Le rozo los labios con el pulgar, pero, antes de que pueda volver a besarlo, los Devil's Sons empiezan a gritar de alegría. Divertidos, renunciamos a darnos otro beso y nos unimos a nuestros amigos, que son más ruidosos que todos los fiesteros juntos.

—¡Por Loki, cuántas peleas! —exclama Ty llevando las manos al cielo.

Por el guiño que me dedica Justin, entiendo que ha compartido con la banda la aprobación de Carter. Se sube a la barra con Tucker y Ty, y empiezan a descorchar botellas de champán.

La fiesta continúa con más intensidad; nos envuelve una nueva energía.

—Te doy dos horas para disfrutar. Después, tú y yo nos vamos —me susurra Clarke al oído.

Mis mejillas se sonrojan de inmediato; mi cuerpo anhela el suyo.

—Bastará con una hora —afirmo.

La sonrisa que me dirige es prometedora. Mis instintos me incitan a saltar encima de él ahora mismo. Pero respiro hondo e intento mantener la mente despejada. Decidida a que todos se relajen, incluido Clarke, lo empujo bajo las botellas que alzan los chicos, de pie sobre la barra.

Mi *novio* levanta la cabeza y abre la boca a tiempo para tragar el líquido que Tucker vierte. Observo el alcohol correr a raudales. Los participantes resisten; nadie se retira. El segundo de Carter traga sin titubear, mientras que su compañero no parece satisfecho con la cantidad. A nuestro alrededor, los fiesteros vitorean a Clarke, así como Sean y Jesse, que se han unido a la borrachera.

Tucker pone una expresión satisfecha y endereza la botella.

—¿Me emborrachas para llevarme a tu cama? —me pregunta el motero.

Contengo una sonrisa y reduzco el espacio entre nosotros. Bajo su mirada ardiente, le rodeo el cuello y lamo una gota de champán de la comisura de sus labios. Sus dedos se clavan en mis caderas, dejándome un regusto a victoria.

—No necesito alcohol para llevarte a mi cama —susurro.

—Media hora —dice entre dientes—. Media hora y nos vamos.

Le contesto con una sonrisa descarada y sensual. Después, los chicos nos empujan a la pista de baile y empiezan a saltar enérgicamente al ritmo de la música tecno. En este momento, solo somos unos jóvenes que disfrutan de la vida como todo el mundo, si no más, porque este tipo de momentos, despreocupados, son escasos. Así que, con nuestros cuerpos llenos de sudor, bailamos, nos reímos a carcajadas, nos peleamos y, por primera vez, veo a los Devil's Sons dejarse llevar sin restricciones.

—La fieeesta no ha terminado aún —dice penosamente Tucker.

Intenta subirse a su moto y se inclina hacia atrás. Lo agarro justo a tiempo. Me sorprende no caer bajo su peso y, al echar un vistazo por encima del hombro, me doy cuenta de que Clarke nos ha sujetado a ambos. Gruñe y balbucea un insulto, disgustado ante la idea de que me pudiera hacer daño.

Tucker se endereza, alegre.

—No vas a conducir —le digo, intransigente.

—¡Somos los Devil's Sons, nadie nos pondrá las esposas por conducir borrachos!

—Más bien estoy pensando en el padre de familia al que es probable que atropelles. O al accidente mortal al que te expones.

Deja de moverse y se gira hacia mí, con apariencia pensativa.

—¡Haría falta más que esto!

Le da un beso al depósito de su Harley y la mira con ternura. Una mueca bobalicona se extiende por sus labios; está totalmente borracho.

—Papá volverá mañana, peque. Y te montaré como nadie.

Me río por lo bajo y le robo las llaves. Con él, nunca se es demasiado prudente.

Clarke y yo teníamos previsto volver hace ya varias horas, pero nos hemos dejado llevar, y cuando el deseo se volvió insoportable, ya era demasiado tarde. Los chicos estaban todos borrachos; no podíamos dejarlos solos. Así que seguimos de fiesta, sin pensar en la vuelta. Ahora ninguno está en condiciones de conducir, por eso que me siento aliviada al ver el Mercedes de Carter. Entra en el *parking* a toda velocidad y frena en seco delante de Sean, que, disgustado y de forma imprudente, le da un puñetazo a la carrocería.

—¡Hijo de puta, por poco me atropellas!

Ignora la identidad del conductor hasta que la puerta se abre y aparece mi padrino, a punto de estallar.

—¡Es Cartou, el hijo de puta! —exclama Tucker, alegre.

—No hacía falta que vinieras para pagar la cuenta, te enviarán la factura.

—¡El vejestorio ha venido a menear las caderas! —exclama Ty, riéndose.

Cabreado, el jefe viene directo hacia mí. Sin hacer caso a las tonterías que sueltan los chicos, enderezo los hombros y suelto una risa nerviosa.

—¡Por Odín, son las cinco de la mañana, Avalone! ¡¿Y me despiertas para recoger a estos imbéciles que ni siquiera son capaces de mear de pie?!

Me río ante el enfado de Carter.

—¿Qué les has hecho a mis hombres? ¡Joder, míralos!

Mi atención se centra en Alec. Se inclina para atarse los cordones y se cae hacia delante. Su cabeza se da contra el suelo y

sus piernas pasan por encima de su cuerpo. Termina de bruces balbuceando palabrotas entre dientes. Suelto una fuerte carcajada, como Clarke, que es el único que también ha visto la escena.

Rencoroso, Alec coge su tobillo y hace tropezar al segundo de Carter, que se sujeta a Ty y caen los dos juntos.

Me río tanto que me duele la tripa.

«¡Mierda, Clarke está igual de borracho que los demás! ¡Lo ha ocultado bien!».

A varios metros, Tucker golpea una señal de tráfico. Al tercer golpe, salta un perno y la señal en forma de flecha se gira bruscamente sobre la barra y golpea de lleno a Sean. Aturdido, el Devil's se tambalea, llevándose las manos a la nariz.

—¡Me he meado en los zapatos! —protesta Justin.

Está frente a la pared, haciendo pis, igual que Set, que se gira hacia su amigo y se ríe de él. Pero no logra controlarse y le mea sobre el pantalón de Justin, que salta hacia atrás, pierde el equilibrio y se cae de culo, con el miembro a la vista.

Mi risa alcanza su máximo, me falta el aire.

—¡Al coche! —grita Carter.

Demasiado borrachos para protestar, los chicos se acercan. Algunos se molestan, otros se pelean, y los gemelos son los primeros en montarse en la parte de atrás, seguidos de Sean y su ensangrentada nariz.

—El tito Arinson viene a rescatarnos. Muy bonito, sí, pero no sé cómo vamos a entrar todos en ese coche —suelta Set—. Si no hay más remedio… antes había dos chicas, no tendría ningún problema en…

—Por abrir la boca, te toca el maletero.

En un primer momento, el donjuán se ríe, totalmente enajenado. Pero pronto se da cuenta de que el jefe no bromea. Suspira y arrastra a Tucker con él, bajo el pretexto de que, si tenemos un accidente, se niega a ser el único que la palme.

—No quiero pis en mi coche. Tira la ropa.

Carter le bloquea el camino a Justin y lo mira con asco.

—¡Hace mucho frío!

—¡Me da igual!

El Devil's se quita la ropa y la deja en la acera. Muerto de frío, corre hacia la parte delantera y cierra la puerta del coche. Clarke se inclina sobre el asiento trasero y les ordena a los chicos que se muevan. A pesar de las protestas, se hace hueco, se acomoda y me coloca sobre su regazo. Entrecierro los ojos al ver a Sean, un tipo grande y corpulento, sentado sobre las piernas de Alec, otro grandullón con la misma musculatura. Los dos me fulminan con la mirada antes de que me ría, pero al final es la carcajada de Ty la que desencadena la mía.

El jefe se pone delante del volante y arranca el coche. Me acurruco en los brazos de Clarke, preocupada. Tengo la sensación de que nos olvidamos de algo, pero no consigo recordar el qué.

Cuando Carter está a punto de incorporarse a la carretera, le grito que dé media vuelta. Los chicos se sobresaltan, mi padrino pisa el freno y el coche se sacude por esa parada brusca.

Cuando el coche se estabiliza, todos me miran.

—¿Dónde está Jesse?

Se produce un largo silencio, el tiempo necesario para que la información llegue a sus cerebros nublados por el alcohol. Por fin, los Devil's Sons miran a su alrededor y confirman que Jesse no está en el coche.

El silencio se rompe con mi risa nerviosa. Y todos me siguen, riéndose a costa de nuestro amigo desaparecido. Abro la ventana tintada. No hay ni rastro del chico de la cabeza rapada en el *parking*. Las risas aumentan, las bromas incomprensibles empiezan a surgir y, aunque confieso que la situación tiene gracia, estoy preocupada.

—Por la cabeza de Mimir, menuda panda de imbéciles… —resopla Carter. Desesperado, se pasa las manos por la cara antes de continuar con una voz cansada—. ¿Ha estado de fiesta con vosotros?

—He bailado con él no hace ni quince minutos —afirmo.

Abro la puerta y salgo del coche, seguida por Clarke, y me dirijo a la entrada del Degenerate Bar, pero, tal y como me esperaba, la puerta está cerrada. Los empleados se han ido al mismo tiempo que nosotros. Un montón de escenarios posibles aparecen en mi mente, y ninguno es agradable. Esta noche, han sido uno detrás de otro.

—¿Jesse? —grito.

No hay respuesta.

Clarke gira sobre sí mismo y observa los alrededores, en vano. Saca el móvil y marca el número del desaparecido. Después de tres tonos, nuestro amigo descuelga.

—¿Estás bien? —preguntamos a coro.

—Increíble.

Doy un salto del susto. El Devil's y yo nos miramos, con el ceño fruncido.

—¿Sean?

—¿Quién queréis que sea?

—¡Jesse, imbécil! ¿Por qué tienes su móvil? —le pregunta Clarke, mirando hacia el Mercedes.

El silencio nos responde, señal de que Sean ni se acuerda de haber cogido el móvil de su compañero.

—¡Menudo gilipollas! —suelta el motero.

Cuelga sin perder más tiempo.

«Dioses todopoderosos, ¿qué le ha pasado?».

Mi cerebro va a mil por hora. Intento recordar cuándo fue la última vez que lo vi.

—¡Eh! —escuchamos a lo lejos.

Nos tensamos y agudizamos el oído. Un ruido sordo llega del otro lado de la puerta y, al entender que ese imbécil está encerrado en el bar, nos echamos a reír.

Clarke se da media vuelta.

—¡Hasta mañana, tío! —dice por encima del hombro.

Por alguna razón, ya no me hace gracia. Se aleja, y la esperanza de que esté bromeando se desvanece.

«Joder, va en serio. ¡Piensa abandonar a su amigo!».

—¡Clarke! —exclamo, atónita.

Se gira hacia mí y levanta las manos en un gesto de inocencia.

—Es broma…

Arqueo una ceja, sin creerme ni una palabra, y vuelve sobre sus pasos.

—Vale, puede que no. Pero serás tú la que le explique a Carter por qué la puerta se suma a la cuenta.

Saca su arma, apunta a la cerradura y me sobresalto cuando dispara.

—Pensaba forzar la puerta con una tarjeta, pero supongo que tu método también es eficaz.

Le da una patada a la madera y entramos al bar, a oscuras. El motero enciende las luces y damos una vuelta rápida por el interior, sin cruzarnos con nuestro amigo.

A menos que nos lo hayamos imaginado, diría que las Nornas nos están tomando el pelo.

Salimos, avergonzados, cuando escuchamos el mismo repiqueteo contra una superficie dura.

—¿Jesse?

—¡Aquíííí!

Decididos a encontrar a nuestro compañero, nos desviamos hacia el callejón que bordea el bar. Vacío. Excepto por dos contenedores de basura. El Devil's y yo hacemos una mueca a la vez y nos acercamos al potencial escondite de nuestro amigo.

Más ruidos salen del primer contenedor y me sobresaltan. Jesse está ahí dentro. O al menos hay alguien ahí.

Clarke abre la tapa y una silueta se pone de pie bruscamente. El segundo de Carter lo golpea sin previo aviso. Jesse cae entre los desechos y gime de dolor.

Fulmino con la mirada a su agresor.

—¡Me ha sorprendido! —se defiende.

Me subo al contenedor, me inclino sobre mi amigo y su labio ensangrentado.

—Una puerta y una boca. Carter no va a estar contento.

Clarke no parece ni un poquito arrepentido de haber herido a su compañero. Al contrario, la situación le divierte.

—¿Estás bien?

—¡Seaaan! ¡Me acompañó para vomitar! ¡El gilipollas… el… gilipollas… me empujó!

Y estaba demasiado borracho para salir solo, mientras su mejor amigo ni siquiera se acuerda.

La risa contagiosa de Clarke resuena entre las paredes del callejón. El sonido es un placer para mis oídos y no puedo evitar

unirme a él. Cuando se calma, el motero se hace cargo de la situación y me aparta con suavidad. Normalmente no habría tenido ningún problema para sacarlo de ahí, pero con el alcohol corriendo a raudales por sus venas, es otra historia. Jesse cae una y otra vez entre la basura, pero gracias a la determinación de Clarke, el superviviente vuelve a ser libre. Ante su falta de equilibrio, aguanto el hedor nauseabundo y lo sostengo los pocos metros que nos separan del Mercedes.

—¿Qué es ese olor a mierda? —maldice Carter desde su ventana.

Su mirada se detiene en la camiseta de su hombre, manchada con un líquido sospechoso, y luego sube hasta su boca ensangrentada.

—Quítate la ropa.

Justin le guiña el ojo de manera cómplice a Jesse, y nos alejamos, dejando dos conjuntos de ropa al borde de la carretera.

Reina la calma en el coche y pienso en los maravillosos momentos que hemos pasado.

—Esta… —empieza Ty.

—Noche… —sigue Justin.

—Ha sido… —continua Set.

—Inolvidable… —suspiro.

—Es jodidamente bonito, lo que acabas de decir, V —susurra Jesse, tumbado a nuestros pies.

Como uno solo, todos los chicos asienten y lo aprueban.

—¡Menuda panda de gilipollas! —suelta Carter.

21

Bien entrada la madrugada, Carter, al borde de un síncope, nos dejó a todos en el apartamento de Clarke, Tucker y Set. Contactó con una grúa que se encargó de traer las motos y luego, en un tono formal, les sugirió a los chicos que se fueran a la mierda y nunca más esperaran su ayuda para este tipo de situaciones, aunque eso significara dormir en la cuneta. Por lo que a mí respecta, me dijo puedo llamarlo para lo que necesitara.

Mientras todos se recuperan de la borrachera en las otras habitaciones, permanezco frente al espejo del baño, vestida con una camiseta de Clarke, y recuerdo lo que hemos compartido al regresar.

El señorito tuvo problemas para sacar a su amigo de un contenedor de basura, pero estaba muy sobrio cuando me quité la ropa con la intención de ducharme antes de dormir. Aún siento sus manos agarrándome las caderas y acariciándome el cuerpo. Siento su lengua, sus dientes y sus labios recorriendo mi pecho y mi cuello, poseyéndome, haciéndome el amor, mimándome y admirándome. Y esta vez, yo fui suya y él fue mío. El ambiente crepitaba de emoción, de sentimientos; nuestra entrega fue apasionada, maravillosa. *Inolvidable*.

Me cuesta asimilar que Clarke y yo seamos pareja, a pesar de que, después de nuestro reencuentro, tuve la sensación de que siempre le he pertenecido.

A mi reflejo se une el de Clarke, con el pecho desnudo, que me mira intensamente desde el marco de la puerta. Acorta la distancia entre nosotros y me rodea con sus fuertes brazos.

Cierro los ojos y disfruto de este delicioso contacto.

—¿Has dormido bien, preciosa?

—Como un bebé. ¿Y tú?

Me giro hacia él y entrelazo mis manos detrás de su nuca. Inclina la cabeza hacia un lado y una sonrisa pícara se extiende por sus labios.

—Como un bebé —repite.

Sin previo aviso, me invade la angustia. Soy tan feliz que tengo miedo. Miedo de que esta felicidad se me escape de entre los dedos, de que Clarke esté insatisfecho. Miedo de que vuelva a sus viejos hábitos —que no son tan viejos, a fin de cuentas—. Miedo de dejarme llevar y acabar con el corazón roto.

—¿Qué ocurre?

Me muerdo las uñas, nerviosa, e intento salir con evasivas, en vano. Con dulzura, Clarke me alza el mentón y me anima a hablar.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? —susurro.

Frunce el ceño y su mirada se oscurece. Como si mi piel le diera calambre, retrocede y rompe todo contacto físico.

—¿Por qué? ¿Ya no lo quieres?

Le agarro la mano rápidamente y lamento haberle contaminado con mis dudas.

—¡Pues claro que sí! Es *a ti* a quien deseo, Clarke. —Sus músculos se destensan al instante e inspira una bocanada de aire—. Pero me aterra que *tú* no quieras más, que no te sientas preparado para esta relación.

Me atrae hacia él. La caricia de su pulgar en mi mejilla tiene una ternura infinita.

—Nunca he estado tan seguro de algo, Avalone. Te lo dije: ahora eres *mía*.

Sus palabras me liberan de un peso colosal y despiertan en mí un sentimiento de plenitud. Soy incapaz de disimular la sonrisa de felicidad que surge en mis labios. Pestañeo y recorro con mi dedo toda la longitud de su pecho desnudo.

—¿Estás seguro de que puedes estar satisfecho solo con mi cuerpo? —le pico.

Una chispa de pasión ilumina sus ojos esmeralda. Apoya las manos en el lavabo, detrás de mí, a ambos lados de mis caderas, atrapándome.

—Oh, créeme —me susurra al oído—, eres lo más delicioso que hay en esta tierra. Solo un loco podría cansarse de ti.

El ambiente se carga de tensión sexual y cuando me roza…

—¡Clarke, date prisa! —grita Tucker a través de la puerta—. Nos vamos en veinte minutos.

Le pregunto con la mirada, pero su boca captura la mía en un beso que me hace perder el control por completo. Después sale del cuarto de baño, dejándome aturdida detrás de él.

—Hay que recoger una mercancía en Canadá. Tucker y yo haremos el viaje de ida y vuelta.

Me lo encuentro en la habitación, poniéndose una camiseta.

—¿Mercancía de…?

—Joyas.

Me tenso al instante. El corazón me late descontrolado.

Uno de los negocios más importantes de los Devil's Sons consiste en comprar joyas robadas. Después, gracias a sus contactos, Carter consigue certificados de autenticidad y recibos producidos de todas las piezas, que no presentan ningún signo de falsificación. Así pueden revender esos tesoros a precio de mercado. No es el tipo de pieza que se encuentre en el escaparate de una joyería de barrio; son conjuntos de diamantes y de piedras preciosas cuyo valor sobrepasa, normalmente, los dos cientos cincuenta mil dólares.

El jefe tiene una lista de vendedores y compradores más larga que los días que me quedan de vida, y ninguno es de los que le tienden la mano al prójimo. Son criminales capaces de matar por un maletín lleno de dinero. La mayoría de las ventas conllevan un gran riesgo, sin contar la ilegalidad de las transacciones y el cruce de la frontera.

Hace tiempo que conozco en detalle sus actividades, pero presenciar la partida de Clarke para una las vuelve reales.

—¿Y si le pedís a Carter el día libre?

El Devil's interrumpe lo que está haciendo y se gira hacia mí con una emoción característica en la mirada.

—¿Te preocupas por mí?

Le doy un puñetazo en el pecho.

—¡Pues claro que sí, imbécil!

A pesar de su máscara de impasibilidad, no consigue ocultar la gratitud que siente, como si fuera la primera persona que se preocupa por él desde hace mucho, mucho tiempo.

—Hacerlo hoy o mañana no cambiará nada, Avalone.

Una mueca nerviosa se extiende por mis labios. Me llama la atención su pantalón manchado de pintura.

—¿Qué es eso?

—El plan. Un camión de albañilería, cargado con todas las herramientas y el equipamiento necesario para hacer una renovación, nos espera abajo. La pasta está escondida en un falso techo.

No estoy del todo convencida con sus tejemanejes.

—¿Y si los agentes de aduanas revisan el contenido del camión?

—La frontera no será un problema, Carter tiene un contacto allí. Lo peor que puede pasarnos es toparnos con un control policial en carretera. Abrirán el camión y el material los disuadirá de inspeccionarlo. Nos dejarán irnos.

—¡La policía de Ann Arbor, no! ¡Bill está detrás de vosotros!

—Por eso tu padrino está ahora mismo conectado a los sistemas de seguridad de todos los bancos de la ciudad. En unos diez minutos, las alarmas sonarán una tras de otra. La policía no nos prestará ninguna atención; estarán demasiado ocupados con los robos inexistentes.

«Carter, eres un genio, cabrón».

Clarke toma mi cara sorprendida entre sus manos y me besa la frente. Después, se anuda los zapatos de construcción.

—Si solo sois dos, los vendedores podrían tenderos una emboscada.

—Créeme, los que lo intenten son los más imbéciles del Yggdrasil.

—Tu arrogancia será tu perdición.

—Y tu falta de confianza en mí va a terminar afectando a mi ego —replica con una provocadora sonrisa.

—Déjame acompañaros…

Suelta una carcajada y niega con la cabeza, categóricamente.

—¡La última vez lo hice bien! —protesto.

—La última vez no llevábamos nada ilegal, Avalone.

—Entonces admites que es arriesgado.

—*¡Siempre* es arriesgado! —Me atrae hacia él y me aparta un mechón de pelo—. Para esta misión, el riesgo es ínfimo, pero existe. De ninguna manera vas a ponerte en peligro por miedo a no volver a vernos. Hemos vuelto de cada misión, y eso hoy no va a cambiar… No cuando me estás esperando.

El beso que me da me llena de una falsa sensación de paz interior. Tan pronto como se aparta de mis labios, el velo cae. Recuerdo una frase que me dijo un día: que las bandas eran efímeras y terminaban cayendo tarde o temprano. Ante ese pensamiento, la cara de Carter aparece en mi mente. He aprendido a confiar en ese hombre y en su inteligencia.

Sabe lo que hace.

Sin poder darle más vueltas, Clarke me lleva al salón. Alrededor de la mesa se sientan los Devil's Sons. Solo faltan los gemelos, que se fueron a visitar a su madre hace unas horas.

Algunos tienen peor cara que otros, pero todos parecen tener una resaca increíble. Y están casi desnudos. Siento que estoy en el rodaje de un anuncio de *bóxers*: abdominales de mármol, pectorales de acero y músculo por todas partes.

Renuncian a saludarnos, pero mi pijama, que es solo una camiseta de Clarke, llama su atención. De repente, me siento expuesta, y las expresiones de aprobación que muestran no ayudan.

—¡Al último que no aparte la mirada le meto mi pistola en el culo! —los amenaza Clarke con una voz tan cortante que todos entendemos que va en serio.

Cuando cuatro pares de ojos bajan la mirada, Tucker toma la palabra, molesto.

—En serio, ¿por qué es él quien se acuesta con esta chica? Nos la ha jugado… ¡Fuimos *demasiado* lentos!

—Aunque no lo hubiéramos sido, creo que *esta chica* habría pasado de largo —contesta Set, divertido.

—¿Bromeas? ¡Ha elegido a Clarke porque no tenía más opciones! ¡Ha sido el único que se ha atrevido a desafiar los límites!

—Más serio que nunca, el imbécil de Tucker se levanta y rodea la mesa—. Rebobinemos y volvamos varios meses atrás, chicos. —Cuando Clarke le corta el paso, le dedica su famosa sonrisa de idiota —. Si te haces a un lado, campeón, me gustaría presentarme a esta hermosa y radiante chica, para que entienda por fin que sí tiene dónde elegir.

Bajo la diversión de todos, Clarke agarra a su compañero por la nuca y lo empuja violentamente contra la pared.

—¿Sabes lo que hago con las segundas oportunidades, Tucker?

El implicado, en mala posición, se ríe a regañadientes.

—Tengo una ligera idea.

—¿Aún quieres que me haga a un lado para que puedas presentarte a esta «hermosa y radiante chica»?

—Diría que Ava se merece que me lleve un puñetazo en su honor, pero mi instinto me dice que no te detendrás ahí, y me preocupo por mi pene mucho más que por cualquier otra cosa. Me imagino todas las atrocidades de las que serías capaz para incapacitarme. Así que no. No quiero que te hagas a un lado. Me retracto de mis palabras. Pero deberías centrarte en estos pervertidos. Miran descaradamente a tu chica. Después de todo, ya le han visto las tetas, y eso no ha mejorado las cosas.

Clarke se gira bruscamente hacia los Devil's Sons y los pilla mirándome. No se ocultan, al contrario. Su objetivo es hacer enfurecer a su segundo, lo que, tengo que admitir, me divierte mucho.

—El siguiente que se la coma con los ojos o la mire de una manera que no me guste, va a sufrir tanto que las llamas del Ragnarök serán una bendición al lado de la suerte que le tengo reservada, ¿está claro?

—Como el agua —afirma Justin—. Pero créeme, no tenemos segundas intenciones. Como adoradores del género femenino, sabemos reconocer un regalo de los dioses. Tan solo lo admiramos. Piensa en nosotros como apasionados del arte que contemplan una obra.

—¡Cierra la boca o lo único que vas a contemplar es el fondo del váter!

Justin hace una mueca de asco y, por fin, nos sentamos a la mesa entre pechos desnudos y musculosos.

—¿Ya te has despedido de tu chico? —se burla Set.

Me tenso al recordar la misión que les espera hoy. Tucker lleva la misma ropa manchada de pintura que su compañero de crimen.

—Dad las gracias al universo, porque al menos habéis tenido una luna de miel —añade.

—¡Cállate! —exclamo—. No le des ideas a las malintencionadas Nornas, imbécil.

Los chicos se ríen mientras Clarke me guiña un ojo cargado de promesas, como la de volver de una pieza.

—¡Conmigo a su lado, este tío no corre ningún peligro! —dice Tucker con el ego por las nubes.

Aparece detrás de mí y me da un beso en la sien. Si querían tranquilizarme, han fallado. Pero solo es mi mala fe la que habla. Aunque Tucker es el rey de las tonterías, sabe ponerse serio cuando la situación lo requiere.

Desayunamos todos juntos y la conversación se desvía hacia Élisa. Está empeorando. Solo es cuestión de días. Mis padres y Carter la han visitado en varias ocasiones. Según me dijo Ty, su madre estaba radiante cuando los vio por primera vez; fue como si nunca se hubieran separado.

Comento mi intención de ir al hospital al mediodía y dejo mi tostada sobre el borde del plato. Ser consciente de que Élisa pronto dejará de estar entre nosotros me ha quitado el apetito. Pienso en los gemelos y en todo lo que estarán pasando. Nos necesitarán a todos a su lado para superar el duelo.

—Quédate aquí, es peligroso —afirma Clarke—. No sabemos si Henzo ya se ha ido de la ciudad.

Se aclara la garganta y añade un pequeño «por favor».

—La acompaño, no te preocupes —lo tranquiliza Set.

Sonrío a mi amigo, agradecida. Me ha evitado una conversación larga e inútil que habría acabado en una discusión. Aun así, aprecio el gesto de Clarke al expresar una petición, no una orden.

Llega la hora de que los chicos se vayan. Siento un nudo en el estómago. Mi *novio* me da un beso en la frente. Su móvil vibra y

responde sin mirar el número que aparece en la pantalla.

—¿Hola?

Tras varios segundos de silencio absoluto, en los que juraría escuchar a los dioses celebrar en Asgard, toda alegría desaparece de su rostro. Una furia sorda, pero insidiosa, arremete contra su cuerpo. Hace mella en su humanidad y la reprime, hasta que su mirada queda completamente vacía.

Cada vez que creo que lo he visto en su peor momento, me equivoco. Estoy aterrorizada; sea cual sea la noticia, debe de ser grave. Aterrorizada por lo que les puede ocurrir a quienes estén detrás del problema, y por lo que Clarke podría sufrir si da carta blanca a ese odio destructivo.

—¿En Ann Arbor? —pregunta.

Lo miramos con aprensión. La preocupación de los Devil's Sons ante la reacción de su amigo no me tranquiliza. Normalmente se toman sus ataques de ira con ligereza y diversión. Esta vez es diferente. Todos lo sentimos.

Clarke cuelga, alterado.

—¿Va todo bien? —le pregunto con una voz tranquila pero desconfiada.

No me presta atención. No se la presta a nadie. Abre la puerta principal y le ordena a Tucker que lo siga.

Salen del apartamento, dejando tras de sí un frío más gélido que el de Niflheim.

Set, con los brazos cruzados, mira fijamente la puerta por la que su mejor amigo ha desaparecido.

—¿Sabes quién lo ha llamado? —le pregunto.

—No. Pero no pinta bien. Nada bien.

Estoy perdida en mis pensamientos, hasta el punto de que apenas noto a los Devil's abrazarme y tranquilizarme por turnos antes de salir del apartamento. Set y yo volvemos al salón y nos tiramos en el sofá.

Me sudan las manos y tengo un nudo en el estómago.

—La venta va a convertirse en un drama —susurro, asustada.

—No te preocupes. Clarke sabe cómo manejar las cosas.

—Set, ¿hemos visto al mismo Clarke? ¡Parecía una bomba nuclear! ¡A la primera palabra fuera de lugar, va a explotar!

—Avalone, preocúpate más bien por lo que lo ha puesto en ese estado. Ahí está el verdadero peligro.

Me levanto y recorro la habitación de un lado a otro. Mis pensamientos se desbordan y chocan entre sí. Siento la mirada de Set sobre mí, y cuanto más vueltas doy, más nerviosa me pongo.

—¡Siéntate, me estás estresando!

Me quedo quieta y, a pesar de lo que me acaba de exigir, ahora es él quien empieza a caminar de un lado a otro frente a mí.

—¿Y si Henzo es el problema? ¿Y si no ha dejado la ciudad y va a atacarte?

—Imposible. Clarke nos lo habría dicho —respondo—. Habría abandonado la misión para matarlo y me habría prohibido salir.

Vuelvo a dar vueltas por la sala, como un león enjaulado. Empezamos a mencionar todas las posibilidades, incluso las más inverosímiles.

—Solo sus padres tienen el poder de afectarle hasta ese punto.

—Ava, sus padres fallecieron. No es como si pudieran morir una segunda vez.

—No lo sé, puede que se haya acordado de que hoy era el aniversario de su muerte.

—No lo creo. Nunca lo he visto en ese estado. ¿Y si ha pensado que te reías de él? ¿O que uno de nosotros ha traicionado a la banda? ¿O incluso que Carter no es tu tío y que estés en la banda forma parte de un plan para vengarte de un enemigo con el que tienes parentesco?

Me paro en seco y lo miro, con las cejas alzadas. El rumbo de sus pensamientos me asusta un poco.

—¿Tú te escuchas? Vale, creo que hemos caído muy bajo. Por ahora, vamos a ir a ver a Élisa. Obtendremos respuestas cuando vuelva.

Doy media vuelta y me dirijo a mi habitación.

—¡Eh! ¡Es culpa tuya, belleza divina, has sido tú la que me has hecho entrar en pánico! —grita a través de la pared.

A pesar de todo, consigo reírme.

Set y yo llegamos al hospital. Decididos a no dejarnos vencer por nuestros miedos, los relegamos a un rincón de la mente para más tarde.

Llamo a la puerta de Élisa y la abro cuando me da permiso. Sus ojos resplandecen al verme.

Tímida, pero sonriente, entro en la habitación.

—¿Tú eres Set Collins? —le pregunta a mi amigo.

—Sí, señora.

Tomamos asiento en los sillones blancos a ambos lados de su cama.

—¡Es un placer volver a verte, Avalone! ¡Y, Set, estoy muy contenta de conocerte! Si hubiera sabido que recibiría visitas, me habría arreglado —bromea, peinándose.

—Está usted maravillosa —la tranquiliza el Devil's—. Si no estuviera encamada, le habría metido mano.

Los tres estallamos en carcajadas, pero la risa de Élisa carece de energía. Está demasiado débil para la sinceridad que quiere expresar. Mi sonrisa se desvanece.

—No te preocupes por mí, Avalone. Estoy lista para morir.

Es mentira. Nadie está listo para morir. Nos hacemos a la idea, incluso aceptamos nuestra suerte, pero en el fondo le rogamos a los dioses que nos concedan un milagro. La vida es esperanza. Si la perdemos, ya no nos queda nada. Así que nos aferramos a eso con todas nuestras fuerzas.

—Carter podría contactar con los mejores médicos y…

Élisa coloca una mano sobre la mía y me sonríe con ternura. Por su mirada, entiendo que mi padrino ya ha contactado con los mejores médicos. Ya no pueden hacer nada por ella. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero me muerdo el interior de las mejillas y las reprimo.

—Me iré con el corazón liviano, querida. Mis hijos están bien, tienen buena salud, han conocido a la hija de mis mejores amigos y tú estás junto a tu familia… Estamos todos juntos. No podría querer nada más. Mi único remordimiento es esta asquerosa comida —bromea.

Se me contrae el pecho y lo único que puedo hacer por ella es apretarle la mano.

Los segundos pasan y me niego a quedarme de brazos cruzados. De repente, una idea me atraviesa la mente y me levanto.

—¿Hay alimentos que te hayan prohibido?

Frunce el ceño, sin saber a dónde quiero llegar.

—Yo diría que no, ya que estoy en las últimas.

—¡Set, sígueme! Élisa, volvemos en diez minutos. ¡No hagas tonterías en nuestra ausencia! —bromeo.

Se ríe y yo arrastro al Devil's fuera del edificio. Por poco nos atropella un coche cuando cruzamos la carretera, pero entramos ilesos a una tienda.

—¿Quieres decirme qué estamos haciendo aquí?

Me vuelvo hacia él, muy seria.

—¡Su único remordimiento es la comida asquerosa del hospital! Así que le vamos a comprar comida basura, grasienta y deliciosa.

—Ava, no podemos llevarle comida. El hospital es muy estricto con eso.

Una mueca maliciosa aparece en mi cara y Set se muestra desconfiado.

—Vamos a ser discretos.

—¿Y cómo? ¡Los pasillos están llenos de doctores y enfermeras!

—Crearemos una distracción —dice una voz detrás de nosotros.

Nos giramos y descubrimos a Alec sonriéndonos.

—He venido a traerle ropa limpia a mi madre cuando casi atropello a dos imbéciles que cruzaban por donde no debían. Es decir, vosotros… Muy buena idea, Doble A. ¿Entonces, empezamos las compras?

Asiento, emocionada, y deambulamos por los pasillos. Llevamos los brazos hasta arriba de patatas fritas, salchichón, galletas, chocolate y dulces. Cualquier movimiento en falso, y estas montañas de comida podrían venirse abajo.

—¡Mi madre va a estar en la gloria!

Salimos de la tienda con cinco bolsas de plástico repartidas entre los tres, y llegamos al ascensor del hospital sin que nadie se fije en nosotros.

—¿Cómo los distraemos? —pregunta Set, cuando las puertas del ascensor se abren en la planta de Élisa.

Desde la recepción de esta ala se ve fácilmente la habitación a la que debemos llegar, y las entradas y salidas son numerosas.

A grandes males, grandes soluciones.

Le paso mis bolsas a Set y le ordeno al antiguo Devil's que haga lo mismo y me siga. Camino por el pasillo y me detengo en un punto estratégico, a pocos pasos de la recepción. Levanto la mano y le doy un bofetón a Alec con rabia, fingiendo estar furiosa.

—¡No me digas que la has vuelto a ver! —le grito, atrayendo todas las miradas.

Frunce el ceño, se masajea la mejilla dolorida y entra en juego.

—Bebé, te expliqué que no pasó nada. Deja de ser paranoica…

—¿*Paranoica*? —me río con amargura—. ¿Pillar a tu polla dentro de su culo no me da ningún motivo para ser paranoica?

—¡Tú te acostaste con mi hermano, no eres quién para hablar! —se enfada él también.

—¡Sois gemelos! ¡Pensaba que eras tú! —contesto, indignada.

—¿Hace cinco años que estamos juntos y aún no eres capaz de diferenciarnos?

—¡Lo único que os diferencia es el lunar que tiene en el glande!

Alec palidece.

—¿Cómo lo sabes?

El personal, los visitantes, los pacientes… todos han interrumpido sus actividades y nos observan, algunos indignados, otros divertidos. Set aprovecha para colarse en la habitación de Élisa, cargado con las bolsas de comida.

—Si tienes que enfadarte con alguien, es con tu hermano. Él sabía con quién estaba. ¡Y eso no le impidió que le hiciera una mamada!

—¿Se puede saber qué está pasando?

Alec y yo giramos al mismo tiempo la cabeza hacia el recién llegado. Ty.

«Joder…».

Sin entender nada, nos mira como si estuviéramos locos, mientras los espectadores contienen el aliento.

—Pensaba que su lunar hacía que nos diferenciaras —me dice Alec—. ¿Y aun así se la chupaste?

Da un paso atrás y suelta una risa triste. El sentimiento de traición que desprende provoca el desprecio del público. Incluso yo me siento culpable por un acto que nunca he cometido. Da media vuelta y desaparece en la habitación de su madre.

Ty se acerca a mí, desconfiado, y cuando le hago señas para que me siga, una enfermera se nos acerca.

—Deberías estar avergonzados. Arrepentíos ante Dios, lo necesitáis…

—Nuestros dioses son polígamos, no se preocupe por nosotros —contesto.

Tomo el brazo de mi compañero de viaje y lo arrastro hasta la habitación. Cierro la puerta detrás de nosotros y me reclino contra ella, con una sonrisa victoriosa. La mirada de Ty cae sobre la comida que Set ha esparcido sobre las piernas de su madre, y suelta una carcajada. Élisa, que ha estado atenta a nuestra falsa discusión, se une a él. Y, de repente, todos nos estamos riendo.

—Recuérdame que no me crea todo lo que sale de tu boca. Eres una actriz excepcional —me elogia Alec.

Hago una reverencia y su madre observa su festín con los ojos abiertos de par en par y resplandecientes.

—Por el banquete de Odín, no os imagináis la felicidad que me dais. ¡Patatas fritas de pollo a la parrilla!

Abre la bolsa y se come una patata. Suelta un gemido de placer, para nuestra gran satisfacción.

Los gemelos están radiantes y observan a su madre con una mirada llena de amor. Ty me atrae hacia él y me lo agradece al oído.

Élisa se ha quedado satisfecha. Sus hijos incluso se enzarzaron en una batalla de comida cuando Alec le pidió a su hermano que le pasara un *cupcake* que terminó estampado en su cara. Los daños fueron superficiales y nos reímos un montón. El ambiente es relajado, lleno de buenas energías.

De repente, la puerta se abre y entra una enfermera, que descubre varias bolsas de comida basura y palidece.

—¡Oh, Dios mío!

Se abalanza sobre la cama e intenta quitarnos todo, pero Set se interpone en su camino.

—Vuestro Dios no es bienvenido entre estas paredes. Los nuestros están presentes. ¡Esta comida es una ofrenda, y usted está profanando este lugar sagrado!

Para apoyar sus palabras, recito un pasaje de la Völuspá que espero que la asuste.

—«Los hermanos se enfrentarán hasta la muerte. Los primos violarán las leyes sagradas de la sangre. El horror reinará entre los hombres. El desenfreno predominará».

Alec, Ty y Élisa cierran los ojos y se unen a mí a coro.

—«Llegarán los tiempos de las hachas y las espadas, los escudos se romperán. Vendrá un tiempo de tormentas y lobos, antes de que el mundo de desmorone».

—¿Ve? —le susurra Set.

Entreabro los ojos y atisbo a la pobre mujer observándonos con miedo. Entonces salto varias estrofas del poema y recito la que me interesa.

—«El sol se oscurecerá, la tierra se hundirá en el mar, las estrellas resplandecientes desaparecerán. El humo se arremolinará, el fuego rugirá y las llamas danzarán hasta el cielo».

La puerta se cierra de golpe. La enfermera ha huido, aterrorizada por la profecía sobre el Ragnarök.

Nos echamos a reír. Podríamos haberla dejado hacer su trabajo. Teníamos previsto irnos igualmente, ya que Élisa está cansada, pero no habría sido tan divertido.

Recuperamos el aliento, y tras largos abrazos, salimos del hospital bajo los agradecimientos de los gemelos. Aprovecho para disculparme con Alec por el bofetón que le di, pero solo ríe y se masajea la mejilla.

—Ha sido por una buena causa. No te culpo.

A pesar de que no teníamos ningún plan para el resto de la mañana, recibimos una llamada de Jesse, que nos propone comer

en un restaurante a orillas del río Huron. Acepto sin dudar. Eso evitará que me desespere esperando la vuelta de Clarke.

Las horas que pasé en compañía de los chicos han sido maravillosas. Seguirles el ritmo no es tarea fácil, pero ha merecido la pena. Alec perdió el equilibrio en la silla, lo que le valió una caída en el río helado. Por supuesto, se agarró al mantel, arrastrando con él todo lo que había en la mesa. ¡Adiós a mi deliciosa *mousse* de chocolate y hola a los ataques de risa incontrolables!

Su desgracia pareció un accidente, pero yo vi a Ty sonriendo con malicia y empujando la silla de su gemelo con la punta del pie. En medio del caos, los camareros se precipitaron a ayudar a Alec, que, molesto, se levantó y tiró de la manga de su hermano. A su vez, Ty cayó al fondo del río. Se estaba riendo… hasta que se llevó un puñetazo.

A partir de ahí, los Liner empezaron a pelearse y a salpicar a la clientela. El propietario del lugar exigió que pagáramos y nos fuéramos. Cuando quise pagar la cuenta, contenta de invitar a mi familia, Sean me echó sobre sus hombros y me sacó de allí, dejando que los chicos se encargaran de la cuenta.

Después fuimos al hipódromo. Asistí a una carrera de caballos por primera vez en mi vida. Mientras los Devil's Sons se jugaban cientos de dólares, y los perdían, yo observaba el desarrollo de las carreras, leí el programa y me familiarizaba con las estadísticas. Luego aposté veinte dólares y gané una pequeña suma de dinero, y así sucesivamente. Saltaba de alegría con cada victoria, bajo las miradas resentidas de los chicos.

—¡Me han desplumado! —exclamó Jesse—. V, elige un caballo. Voy a apostar cinco mil dólares. Eres mi última esperanza.

Me atraganté y negué frenéticamente con la cabeza.

—¡Ni de coña me responsabilizo de cinco mil dólares!

—No serás responsable.

—¡Pues claro que sí! ¡Si por mi culpa pierdes una suma tan grande, me sentiré tan culpable que acabaré llorando!

Tras varias suplicas, promesas y abrazos, cedí.

—El número cinco. Acabará el primero.

Y antes de que fuera consciente de las consecuencias de mi elección, los chicos ya habían apostado un total de cuarenta y un mil dólares por el mismo caballo. Creo que nunca me había faltado tanto el aliento. El gesto de salida vibró en todo mi ser y seguí la carrera con el corazón en un puño. Vi al número dos y al cuatro adelantar al cinco, y luego este último aceleró hasta cruzar la línea de meta.

Saltaron sobre mí y me zarandearon. Me encontré en el aire, sostenida por unos brazos musculosos. Al final, entendí que el número cinco había ganado la carrera y, por extensión, mis amigos saldrían de allí con los bolsillos llenos. Me reí, aliviada, con lágrimas en los ojos, y los Devil's Sons me lo agradecieron como si hubiera salvado el Yggdrasil del Ragnarök.

22

Son más de las nueve y acabamos de cenar en el apartamento de los chicos cuando Clarke y Tucker regresan de una sola pieza. El suspiro de alivio se me atasca en la garganta y me quedo paralizada al ver la cara del chico que quiero. Se ha cerrado aun más que cuando nos conocimos; su expresión, deformada por una ira latente. Ni siquiera nos ha mirado.

Suena su móvil con la notificación de un mensaje. Lo lee y, en ese momento, un abismo más grande que Ginnungagap se abre entre nosotros. Su odio impregna el ambiente. Se da la vuelta, sale corriendo hacia la puerta y desaparece.

Salto del taburete y corro tras él. Mi corazón golpea con fuerza mi pecho; bajo las escaleras y lo sigo de cerca.

—¡Vuelve al apartamento! —me ordena con una voz que no parece suya.

—¡Dime qué está pasando!

Sale del edificio. Acelero el paso, salto los últimos escalones y lo alcanzo fuera. Por fin, se detiene.

—¡Entra!

El tono brusco de su voz me sobresalta. Debería estar asustada por el vacío de su mirada. Ahora mismo, es aterrador. Pero me niego a abandonarlo.

—¡No entraré hasta que no me des explicaciones! ¿Y por qué tienes la pistola en la mano?

—Carter puede que te deje entrometerte en los negocios de los Devil's Sons, pero de ninguna manera te vas a meter en los míos. No eres más que una niñata aburrida por la monotonía de su vida que

busca un poco de acción en una banda, pero no conoces la verdadera violencia. ¡Lárgate, antes de no quiera volver a verte!

Retrocedo, sorprendida. Sus palabras son crueles, afiladas como la hoja de una navaja que desgarra mi corazón.

Sin mirar atrás, Clarke se aleja y cruza la carretera. Lo observo recorrer el *parking* en dirección a un bar. Un hombre está saliendo del establecimiento y, de repente, el Devil's le da un puñetazo. El borracho cae a sus pies. Aparto la mirada. No sé quién es ese tipo, ni si un día le hizo daño a Clarke, pero doy media vuelta. Le dejo cometer sus errores. Si va demasiado lejos, pagará las consecuencias y no podrá culpar a nadie más que a sí mismo. Ya he hecho suficiente.

Pero no contaba con mis estúpidas piernas. Dan media vuelta y van rumbo al agresor.

No. No puedo solucionarlo abandonándolo. Así soy. Deseo ayudar y estar ahí para aquellos que quiero. No abandono a la gente ante la primera dificultad.

—Joder, ¿qué quieres? —grita el hombre desde el suelo.

Se roza el labio ensangrentado con la yema de los dedos y no parece comprender qué ha hecho para merecer eso.

¿Clarke es capaz de tomarla con un inocente que ni siquiera se ha dirigido a él? Sí, claro que sí.

Paro bruscamente cuando Clarke levanta su pistola y apunta al cincuentón. Este último se queda paralizado por el miedo, alza una mano temblorosa delante de él, como si pudiera protegerlo de una bala.

—¿No tienes la mínima sospecha? —le pregunta el Devil's—. Nos cruzamos hace diez años.

«Por el Yggdrasil…».

Me quedo paralizada, incapaz de hacer o decir nada. Si es lo que creo que es, el hombre ya está muerto.

—¡Entré a la cárcel en esa época!

Clarke alza las cejas, con una sonrisa siniestra en los labios. Al tipo no le hace falta nada más para entender a quién tiene delante. Tiembla aún más, literalmente se mea encima. Intenta retroceder, pero su agresor quita el seguro de su arma y lo disuade de hacerlo.

—¡Escucha, chico! He aprendido de mis errores, he cambiado…

El Devil's suelta una risa nerviosa. Ya no es él mismo. Está en un estado de animadversión donde su lobo bueno se está muriendo, demasiado débil para despertar su humanidad.

—Firmaste tu condena de muerte el día que les quitaste la vida. —Su cara se deforma por un odio profundo, enquistado desde hace años, que ha estado aguardando esta fatídica confrontación—. No pasa una noche sin que sueñe contigo y con la suerte que te tengo reservada. Qué alegría me dio imaginar todo tipo de torturas. Me acunaron durante una puta década.

Se me hiela la sangre. Tengo ante mis ojos su lado más oscuro, la parte atormentada y deshumanizada de su alma.

Por fin, recupero el control de mi cuerpo. Doy un paso hacia él. Un solo y único paso, temblando tanto como el antiguo prisionero, sobre el charco de su propio pis. Las lágrimas de terror le recorren las mejillas.

—Clarke, no hagas esto…

Los dos hombres reparan en mi presencia. Solo que, si el motero está más que cabreado por verme, el otro parece esperar de mí un acto de misericordia.

—¡Te he dicho que te vayas!

No me sobresalto. No me muevo. Pero tengo miedo. Estoy aterrorizada por lo que puede sacrificar en nombre de la venganza.

—No puedes matarlo…

Su risa siniestra resuena en la noche.

—No eres un asesino —añado.

—¡*Ya* he matado!

Su grito desprende tal desesperación que cierro los ojos y dejo de respirar.

—Para protegerte, o para proteger a aquellos que quieres. No a sangre fría. Eso no te lo perdonarás jamás.

Su mirada torturada recae sobre mí, y luego se centra de nuevo en el hombre culpable de todos sus males.

—Mató a mis padres —escupe, con odio.

—Eso no los traerá de vuelta…

Las lágrimas me nublan la vista y me falta el aliento. Recorro los últimos metros que nos separan, tan lentamente como si me acercara a un animal herido, y consigo deslizar mi mano en la suya.

—No podemos cambiar el pasado, pero tu futuro es prometedor. Tus padres no querrían que lo echaras a perder.

—¡Los muertos ya no quieren nada!

—¿Lucharon?

A través de sus ojos veo todo su sufrimiento, todo lo que ha intentado reprimir desde hace años. Ahora, su peor pesadilla está ante él, en carne y hueso.

—¿Tus padres lucharon? —repito.

—Lucharon. Se defendieron hasta su último aliento.

Su voz se rompe del mismo modo que mi corazón.

«Por todos los dioses…».

—Entonces sabes dónde están. En el Valhalla, al lado de Odín. O en el Fólkvangr, con Freya. Podrás volver a verlos.

Se ríe con tanto desprecio que es difícil no sentirme ofendida. Pero no suelta mi mano. Una parte de él, inconscientemente, desea volver conmigo.

—¡No podemos saber quién es elegido por el Valhalla o a la morada de Freya!

Aprieta un poco más los dedos alrededor de la culata de su pistola y apunta a su peor enemigo. No tiene escapatoria.

—Es verdad —admito—. Esta religión está llena de incertidumbres. Algunos dicen que aquellos destinados a unirse a Odín son los que consagran su vida a la guerra y a las batallas. Dicen que quienes buscan encontrarse con Freya ganan a los conflictos para proteger a su familia, a su clan y sus bienes. Si seguimos esa lógica, tus padres están cerca de la diosa, y si tú mueres protegiendo a los tuyos, también acabarás cerca de Freya. *Con ellos*. En cambio, si los asesinos a sangre fría acaban en las cuevas de Niflheim, es ahí abajo donde te pudrirás, como este asesino, y nunca tendrás la ocasión de reencontrarte con tu familia ni de ser feliz después de la muerte. No te sacrifiques, Clarke…

Una lágrima resbala por mi mejilla y atrae su mirada, señal de una grieta en su armadura.

Nuestra religión contiene tantas incógnitas que me siento aterrorizada por las consecuencias que tendría esta venganza. No es solo su vida en la Tierra lo que está poniendo en peligro, sino toda su existencia, su gran viaje hacia algo mucho más importante que nosotros.

—¡Ya no tengo fe en nada de eso!

Controlo mi respiración para controlar mi voz. No quiero que haga lo correcto por mí. Quiero que tome la decisión correcta por *él*, por su propio bien.

—En el fondo de tu corazón, siempre has tenido fe en el Yggdrasil, Clarke. Tan solo has olvidado cómo apoyarte en una fuerza superior.

—¡Intentas convencerme solo para poder mirarme a la cara! —escupe, con la esperanza de mantener su odio.

Sacudo la cabeza y me llevo una mano al pecho.

—Estaré ahí, dispares o no. Mi mirada nunca cambiará. Y si creyera que tu felicidad no está en juego, estaría de acuerdo con la muerte de este desgraciado. Porque eso es lo que se merece. Pero tú y tu alma valéis mucho más que esas represalias.

Doy un paso atrás y suelto su mano, que cae a su costado. Respiro hondo para compartir con él unas últimas palabras. Después de esto, le dejaré enfrentarse a sí mismo. Y mis sentimientos hacia él seguirán siendo los mismos, pase lo que pase, porque sé que, si hubieran asesinado a mis padres, también me enfrentaría a este dilema. Así que, le recito dos estrofas del *Hávamál*.

—«Desaparecen los bienes, mueren los padres. Y tú, tú también morirás, pero la reputación, aquella que hemos adquirido, nunca muere. Desaparecen los bienes, mueren los padres. Y tú, tú también morirás, pero yo sé algo que nunca muere: el juicio emitido sobre cada muerto».

Su cara palidece, como si volviera a escuchar, por primera vez en años, una melodía olvidada que hace latir su corazón.

—Sabes lo que quieren decir esas palabras, Clarke. La reputación de una persona es lo que permanece mucho tiempo después de su muerte, si hay alguien ahí para recordarla y mencionar su paso por la Tierra. Es la verdadera inmortalidad. En

ese caso, poco importa que nuestros dioses y el Valhalla existan, porque esas palabras siguen siendo verdad. Y tú eres el único capaz de dar a tus padres esa vida eterna. No les queda nada más que tú en Midgard. ¡Así que acuérdate de ellos, cuenta quiénes fueron, dedícales altares y ofrendas! Tienes el poder de hacerlos vivir a través de ti. Pero si acabas con este hombre, acabarás en prisión y ya no habrá nadie que te escuche. Condenarás a tu padre y a tu madre, porque un ancestro olvidado es un ancestro muerto para siempre. Este tipo mató a tus padres, pero tú podrías matarlos una segunda vez, Clarke. Depende de ti decidir si eso vale realmente la pena…

Con estas últimas palabras y bajo su mirada desolada, camino hacia atrás. Después me doy la vuelta, cruzo la carretera y entro en el edificio.

Conmocionada, subo las escaleras rápidamente y llamo a la puerta, una y otra vez. Tan pronto se abre, me precipito hacia delante. Tucker me coge en sus brazos, los Devil's Sons se levantan, más preocupados por mí que por su hermano.

Si ellos supieran…

Ante mi angustia, mi amigo me susurra palabras reconfortantes de camino al sillón y me deja en brazos de Ty.

—El asesino de sus padres ha quedado libre —digo en voz baja —. Está abajo. Clarke lo está apuntando con su pistola.

La sorpresa es tan grande que nadie sabe cómo reaccionar durante un momento que me parece eterno. No me atrevo a cruzarme con sus miradas, por miedo a lo que podría leer en ellas.

—¡Me cago en todo! —grita Set.

Su vaso vuela a través de la habitación y se rompe en mil pedazos contra la pared. Me sobresalto y alzo los ojos hacia él. Comparte el dolor de su mejor amigo. Saber que Clarke se enfrenta a su pasado, ser consciente de que sufre, le causa un dolor genuino.

—¿Contenerlo y velar por su futuro o dejar que ese hijo de puta muera? —resopla Alec.

—¡Contenerlo! —exclama Justin, asustado—. ¡Si ese tipo acaba de salir de la cárcel, tiene a un agente de la condicional pegado al culo! Tendrá controles judiciales, y si falta, ¡esto se va a la mierda!

Hacer desaparecer un cuerpo, justificar su ausencia mientras se mantiene lejos de toda sospecha… ¡Incluso para Carter, me parece complicado!

Cuando Sean se levanta, listo para encontrar a Clarke con la esperanza de hacerle entrar en razón, lo detengo.

—¡Esa decisión no tenemos que tomarla nosotros! ¡Le he dicho todo lo que tenía que oír!

—Ava…

—Si se abstiene de su venganza para complacernos, sentirá rencor y su odio perdurará eternamente. Así que siéntate.

El ambiente se llena de tensión; todos estamos al punto de explotar.

—¿Me das órdenes? —protesta Sean, irritado.

Me levanto con el cuerpo tembloroso. Mis emociones se agolpan en mi mente. Estoy a la vez asustada y rota por los propios tormentos de Clarke.

—Si es así como te lo tomas… Pon tu culo en el sillón, Sean.

Tengo los nervios a flor de piel, y su risa despectiva no ayuda en nada.

—La única persona aquí que puede darme órdenes es Clarke.

—¿Estás seguro? —interviene Ty—. Avalone es la sobrina de Carter y ocupa la tercera posición en la jerarquía de la banda, después del jefe y del segundo. Puede darte una orden en su ausencia, a menos que Carter impugne su autoridad, cosa que nunca ha hecho.

Se hace un silencio absoluto durante el cual me siento avergonzada. No busco un estatus superior ni enfrentarme a mi familia. Pero, si me tengo que subir a un pedestal, será por Clarke.

Sean mira a cada uno de los chicos. Abre los ojos al percatarse de su postura: todos se ponen de mi lado.

—¿Habláis en serio?

—Ty tiene razón —afirma Set—. Y Avalone también. Clarke debe enfrentarse solo a sus demonios.

El Devil's, más terco que nadie, da media vuelta y abre la puerta de entrada. De inmediato, sus compañeros desenfundan las armas y le apuntan.

—Pon un pie fuera de este apartamento y dile adiós a tu dedo del pie —amenaza Jesse.

Nos hace una peineta, cabreado, y se dispone a cruzar la puerta cuando un disparo resuena y me deja sorda.

—¡No! —grito.

Me lanzo hacia Sean, con los ojos llenos de lágrimas, y observo la bala que ha disparado Tucker encajada en la madera, a menos de tres centímetros de la pierna de Sean. Suspiro aliviada, y entonces me invade la ira.

—¿Estás loco? —grito—. Todos estamos a punto de explotar, lo sé, pero a estas alturas lo más probable es que ya haya un hombre tirado en una cuneta… ¡No hay necesidad de sumar más víctimas a nuestro historial!

No estoy enfada con Tucker; él ha fallado deliberadamente. Estoy cabreadísima con Sean, que ha actuado con plena conciencia. Sabía que sus hermanos apretarían el gatillo, pero el imbécil es demasiado testarudo para dar marcha atrás.

—Cierra esa puerta y siéntate —le ordeno con una voz glacial.

Después de varios segundos de duda, Sean suspira y obedece. Una expresión de disculpa se extiende por sus labios, me da un beso en la frente y finalmente se sienta.

—Desde hace diez años, Clarke espera a que liberen al asesino de sus padres para matarlo. Diez años centrado en ese único propósito. No podemos arrebatarle eso, ¿lo entendéis? Si lo hiciera, perdería los papeles. Si renuncia a ese deseo, que sea por su propio interés y no por el nuestro.

Todos asienten con rostro serio.

—¿Alguno puede llevarme al campus? Estoy agotada.

Una vez más, asienten. Justin busca las llaves de su Harley mientras yo recojo mis cosas.

—Quédate con nosotros…

La petición de Set tiene un regusto desesperado.

—Creo que Clarke necesitará más a sus mejores amigos que a su novia en este momento.

Me pregunto si las palabras que me acaba de escupir en la cara con rabia las piensa realmente.

Set me abraza, preocupado.

—Es *a ti* a quién necesitará.

—Lo dudo. Pero si es así, sabe dónde encontrarme.

Tras varios abrazos rápidos, Justin y yo salimos del apartamento en silencio. Me da miedo salir y, aunque consigo ignorar la potencial escena del crimen hasta que subo a la moto, acabo echando un ojo hacia el *parking*, temerosa. Ya no hay ningún rastro ni de Clarke ni del asesino de sus padres. La preocupación me atenaza; cierro los ojos y aparto todos los escenarios improbables.

Está en una posición dominante, sano y salvo.

Si la policía se lo hubiera llevado, no podrían haberse ido tan rápido.

Me lo repito hasta recuperar un atisbo de esperanza.

En mi habitación de la residencia, leo la nota que Lola me ha dejado en el escritorio. Esta noche se queda a dormir con Daniel en la fraternidad y me manda un beso.

—¿Vas a estar bien? —me pregunta Justin.

—Sí, no te preocupes por mí.

Una ligera sonrisa se dibuja en sus labios. Toma mis manos entre las suyas.

—Te conozco, Ava. Sé que no estás bien.

Suspiro.

—Digamos que, tras todo lo que hemos vivido este último mes, pensé ingenuamente que todo volvería a la normalidad… Pero parece que siempre hay alguien nuevo dispuesto a arruinarnos la vida. Se nos pone a prueba constantemente y esto se está volviendo abrumador.

—Desde que entré en los Devil's Sons me he sentido sobrepasado. Ahora, cuando todo está tranquilo, me aburro. Pero tenemos suerte, somos una familia. Nos protegemos y nos apoyamos cuando el día a día resulta demasiado duro. En cierto modo, ha sido gracias a todos esos sucesos que nos hemos unido. ¿Crees que seguiríamos igual de cercanos si nuestros únicos

momentos juntos fueran al mediodía con un café o una noche en la fraternidad?

Sonrío débilmente.

—No, claro que no. Somos una verdadera familia porque hemos atravesado tormentas. Nos arriesgamos por la seguridad de las personas a las queremos.

—Eso es. Siento lástima por quienes no conocen este amor incondicional. Es nuestra fuerza. Nadie nos lo podrá arrebatar.

Me atrae hacia él y ese achuchón me transmite la seguridad que necesitaba. Compartimos ese instante de vulnerabilidad que ninguna palabra podría aliviar.

Cuando nos separamos, me despeina y le lanzo un insulto.

Sonriendo, se dirige hacia la puerta y me promete que cuidará de Clarke.

Cuando se va, el silencio me oprime. Decido tomar una ducha caliente, con la esperanza de calmarme. Salgo de la habitación cargada con mis cosas y recorro el pasillo hacia las duchas.

El agua caliente, casi hirviendo, cae sobre mi espalda, ahogando mis miedos y vaciando mi mente de cualquier pensamiento. Llevo cinco minutos escuchando a las chicas impacientarse detrás de la mampara. Decido no jugar con sus nervios y cierro el grifo.

—Justo a tiempo —refunfuña una estudiante.

Me envuelvo con la toalla y abro la mampara. Tres chicas con el ceño fruncido están esperando listas para reprenderme.

—Lo siento mucho —les digo al pasar.

Las rodeo y entro en los vestuarios, de nuevo sobrepasada por la preocupación que se adhiere a mi piel y me impide respirar. Me siento en el banco cuando una de ellas se acerca. Muevo la cabeza, intentando parecer cordial pese a mis preocupaciones.

—¿Va todo bien? —me pregunta.

Mi mirada se pierde en el vacío. Aparece la imagen de Clarke armado ante mí. Tras diez años de noches sombrías, mecidas por su dolor, se ha rendido a una violencia sin igual que lo acompaña desde su más tierna infancia como una vieja amiga.

—¿Has sentido alguna vez que el control sobre tu vida se te escapaba? —susurro.

—Es aterrador, ¿verdad? Pero supongo que así es la vida.

La observo y asiento. Su mirada es bondadosa, desprende franqueza, y es agradable.

—Si necesitas un poco de normalidad tras un día siendo una mafiosa cuestionable, llámame —bromea—. Soy Charlie.

Coge mi móvil, guarda su número y, después una última sonrisa reconfortante, vuelve a las duchas.

No he tenido el valor de decirle que posiblemente nunca la llamaré. Los Devil's Sons no se mezclan con otros estudiantes por una razón: no queremos que gente ajena a la banda se enteren de nuestras actividades. Ya he empezado a descuidar a mi grupo de amigos; inventar una excusa para cada pregunta incómoda me resulta complicado.

Me pongo el pijama y arrastro los pies hasta mi habitación. Doy vueltas y miro la pantalla del móvil desesperadamente, sin un solo mensaje.

«Clarke debería haber vuelto a estas alturas. ¿Por qué no hay ninguna noticia? ¿Y cómo es posible que el asesino de sus padres haya sido liberado de la cárcel tan solo diez años después? ¡Lo que se merece por ese doble asesinato es cadena perpetua!».

Este nuevo misterio se suma al de su presencia justo bajo el apartamento de los chicos. Hay algo que no cuadra.

Me dejo caer en la cama y escondo la cara bajo la almohada cuando llaman con fuerza a la puerta.

Me pongo de pie, pero entonces recuerdo que no hace tanto un hombre intentó abusar de mí aquí. Carter lo denunció a la policía y desde entonces no lo pierde de vista. Los Devil's Sons pueden ser criminales, pero se toman muy en serio la seguridad de la ciudad.

—¡Abre esta puerta o te prometo que la echo abajo!

Siento alivio al reconocer la voz de Clarke, pero también preocupación. Ha golpeado tan fuerte la madera que me mantengo alejada de ella. No le tengo miedo, pero mi cerebro me envía señales de alerta que soy incapaz de ignorar.

—Intenta calmarte.

—¡Abre!

—¡No puedo! ¡Mi instinto de supervivencia me lo impide!

Ya no se oye ni un ruido; el silencio es tan repentino que me hace desconfiar. De puntillas, me acerco a la puerta y pego la oreja. Solo alcanzo a oír la respiración del Devil's. Cojo aire y desbloqueo la cerradura.

Clarke entra rápidamente, nervioso. No se queda quieto; su nerviosismo está a flor de piel. Incapaz de centrar su mirada en un punto concreto, da vueltas y se tira del pelo.

—¿Por qué te has ido?

Desconcertada por los acontecimientos, permanezco callada.

Se gira hacia mí.

—¡Respóndeme! ¿Has cambiado de opinión, es eso? —grita.

Me sobresalto y frunzo el ceño, molesta ante la idea de haberme asustado.

—Pensaba que querrías estar solo…

Abre la boca, listo para gritar de nuevo, pero se controla a tiempo, aunque sin conseguir relajarse. Su angustia me aflige, me duele en el alma.

—Te lo dije. Da igual la decisión que hayas tomado, me quedaré, Clarke. No me voy a ir a ninguna parte.

Deja escapar un suspiro que debía de estar conteniendo y me atrae hacia él. Sus musculosos brazos me rodean con posesividad, apoya la nariz en el hueco de mi cuello y se impregna de mi olor.

—Está vivo —me susurra al oído—. No disparé, no lo maté. Mis padres… alcanzarán la inmortalidad.

El peso que desaparece de mi pecho es tan liberador que se me forman lágrimas en los ojos. Mis pulmones se abren y por fin respiro. Las consecuencias de esa muerte habrían sido devastadoras; se habría condenado —al igual que a sus padres— por la eternidad.

«¡Y por Odín, qué orgullosa estoy de él!».

Renunciar a esa venganza que esperaba desde hace diez largos años es seguramente lo más difícil que ha tenido que hacer. Pocas personas habrían sido capaces de ello. Su fuerza de voluntad no tiene límites. Tengo ganas de besarlo, de felicitarlo, pero me abstengo. Necesita tranquilidad.

Me aparto de él y miro sus atormentados ojos.

—¿Qué es lo que sientes?

—Alivio. Creo.

Una sonrisa se extiende por mis labios, a pesar de que no me parece del todo sincera.

—¿Quieres hablar de ello?

Me dice que no e intenta zafarse, así que me anticipo y pongo mis manos sobre su pecho.

—Esperaré el tiempo que haga falta, pero tendrás que hablar con alguien tarde o temprano, Clarke.

Asiente.

Por fin dejo que la ira fluya en mí. Es más intensa de lo que había pensado.

Mi mano le abofetea la mejilla y su cara se gira por el golpe. Tensa la mandíbula y aprieta los puños.

—¿Se puede saber qué te sucede? —sisea entre dientes.

—¿«Una niñata aburrida por la monotonía de su vida»? ¿«Lárgate, antes de no quiera volver a verte»?

Un destello de arrepentimiento atraviesa la oscuridad de su mirada.

—No pienso eso, lo sabes…

—Es la última vez —le advierto, enfadada.

Sus rasgos se endurecen; no le gusta el tono que empleo.

—¿Me amenazas?

—No, te lo advierto. Ya me cuesta trabajo creer en nosotros, teniendo en cuenta tus inseguridades. No voy a vivir con miedo a que puedas dejarme cada vez que te enfades ni con esa incertidumbre que me carcome. Así que, si vuelves a decir esas palabras, ¡seré yo la que no quiera volver a verte! Ahora, sal de mi habitación.

Clarke, decidido, hace amago de dar un paso hacia mí, pero retrocedo y mis brazos caen a mis costados.

—No.

—¿No? —pregunto, fuera de mí.

Acorta la distancia que nos separa y me arrincona contra la pared. Clarke apoya las manos en ella, a ambos lados de mi cabeza,

y esa proximidad me provoca un escalofrío de una intensidad que solo él conoce.

—Necesito esta noche para que me perdones. Y si no es suficiente, insistiré mañana, y también al día siguiente. Te demostraré que puedes confiar *en nosotros* y ya no tendrás más dudas. Voy a cometer errores, Avalone, porque nunca he tenido pareja, no sé cómo se hace. No te pido que me perdones lo imperdonable, te pido que me enseñes.

23

Esta mañana, despertarme resulta complicado. Tras un fin de semana lleno de imprevistos, habría cogido con mucho gusto un tercer día libre. Aunque pasar horas en la cama en compañía del atractivo moreno es tentador, mi conciencia me devuelve a la realidad. *Tengo* que acabar la carrera y he tenido un mal comienzo. Intento incorporarme como puedo, a pesar de que los brazos de Clarke me lo impiden, y apago la alarma. El Devil's gruñe y se esconde de la luz; su cabeza desaparece bajo la almohada. No es una persona mañanera y nunca lo será, eso seguro.

Después de lo que me dijo ayer, tuve miedo de que se me derritiera el corazón. Se pasó hasta altas horas de la mañana desviviéndose por demostrarme que nuestra relación era sólida, real. *Sincera*. Su determinación pudo más que mis dudas. Ahora puedo imaginar un futuro junto a él, y es una sensación alucinante.

—No me quejo, pero la próxima vez dormimos en mi casa. En una cama de verdad.

Me río y estiro el cuerpo; estoy llena de agujetas. Un colchón de noventa centímetros para su considerable complexión y para mí no es suficiente. Me he pasado la noche tumbada encima de él, aunque ha resultado bastante cómodo.

Salgo de la cama y mis pies entran en contacto con el suelo helado. El motero tira de mí hacia atrás. Caigo encima de su cuerpo y me besa de esa forma que me hace perder la cabeza.

Esta mañana empieza realmente bien.

Con ropa de abrigo y mis libros de clase en la mochila, estoy

preparada para afrontar el mundo exterior. Al menos, eso parece. Quedarme en la cama con Clarke sigue siendo una opción tentadora, incluso cuando pasa el brazo alrededor de mis hombros y salimos de mi habitación.

Nos paramos sobre el césped frente al edifico donde tengo clase. El Devil's se separa de mí y luego se mete las manos en los bolsillos. Me pregunto si va a besarme delante de todos o…

—Nos vemos más tarde —me suelta.

Me guiña un ojo y se aleja.

… o si va a huir.

Una sonrisa se extiende por mis labios y acabo riendo. Su actitud no me molesta. No es más que la falta de costumbre por su parte.

—Te lo dije, ese rumor es falso —escucho a alguien murmurar detrás de mí—. Y aunque no lo fuera, en la próxima fiesta acabará en mi cama igualmente.

Me quedo helada. Luego alzo las cejas. ¿No se supone que las chicas tenemos que apoyarnos mutuamente? ¿La sororidad femenina no es más que una utopía?

—Deja de decir esas tonterías —susurra su amiga—. Eres demasiado decente para comportarte así.

—Lo sé —responde la primera—. Adiós, chico atractivo y *sexy*…

Gratamente sorprendida, mis hombros se relajan. Me doy la vuelta y me dirijo a clase. Aprovecho para echar un vistazo a las dos estudiantes y les lanzo una sonrisa tímida. Una vez pasada la sorpresa, me devuelven el gesto y entro al aula. Llego tarde por culpa de Clarke y sus besos.

Veo a Emily y Jackson, que me han guardado un sitio, y me uno a ellos de la manera más discreta posible para no interrumpir la clase. Saco mis apuntes cuando me llega una notificación de un mensaje de Clarke.

> ¿Te acuerdas de los errores de los que te hablé ayer?
>
> Ligeramente.

¿Necesitas una lección?

Solo si puedo pagar en especies.

Aula 205

A Clarke no le falta valor. Lo que piensen los demás estudiantes es lo último que le preocupa. Hace lo que quiere, cuando quiere. Sin mencionar el ego de los Devil's Sons. Desafíalos y nunca se escabullirán.

Con la respuesta que me envía, pierdo la sonrisa.

¿Y si eres tú quien viene?

Aula 103

Interrumpir una clase y reclamar el beso que me debe… Sí, me falta valor. Cuanto más lo pienso, más descontrolados se vuelven los latidos de mi corazón. Me sudan las manos y me insulto mentalmente.

«Maldita sea, ¡no soy una cobarde!».

Guardo los libros antes las miradas interrogantes de mis amigos, que ignoro, y bajo los escalones para salir del aula.

El aire fresco calma mi respiración entrecortada. Las clases del último curso se dan al otro lado del campus, cerca del despacho del director. Este paseo me vendrá bien, o puede que tenga un montón de tiempo para devanarme los sesos. Rodeo la residencia y continúo mi camino con un nudo en el estómago.

—¿Ava?

Me giro a tiempo para abrazar a Lola cuando salta a mis brazos. Mi cuello cruje; se disculpa mientras recoloca mi chaqueta de cuero. Seguramente viene de la fraternidad y, como no tiene clase por la mañana, decido reclutarla. Le explico rápidamente la situación y espero que me tranquilice.

Pero su sonrisa, parecida a la del gato Cheshire en *Alicia en el país de las maravillas*, no presagia nada bueno. Entrelaza nuestros dedos y me arrastra hasta el lugar de mi cita.

Al llegar al aula con el número 103 grabado en la piedra, creo que palidezco.

—Vale, belleza divina, todo va a salir bien. ¡Eres Avalone Arinson, joder! Los dioses pusieron en tus ojos las llamas del Ragnarök. Así que, inspira y…

Le da un gran puntapié a la puerta y me empuja dentro. Pierdo el equilibrio, agito los brazos y me agarro como puedo a una barandilla.

—¡Perra! —digo insultándola.

De repente soy consciente de mi entorno. Alzo la mirada y descubro cientos de cabezas giradas en mi dirección. Se podría oír volar a una mosca.

«Mierda».

—¿Señorita? —me pregunta el profesor.

Detrás de su mesa, al pie de la escalera, se ajusta las gafas sobre la nariz. Si quería cumplir la misión de forma discreta, he fallado.

—Discúlpeme por interrumpir su clase, lo siento. Tengo que…

Veo a Clarke de pie en un escalón en la parte baja, apoyado en la pared. Me está esperando. Los latidos de mi corazón reaccionan a su presencia y se calman. Ya nada tiene importancia; me olvido de dónde estamos.

—¿Es esto lo que quieres? —le pregunto.

—Esto es ser pareja, ¿no? Estar juntos en privado *y* a la vista de todos.

La gente deja de respirar y empieza a susurrar. Bajo un escalón, sin dejar de mirarlo.

—Nuestras vidas están lejos de ser normales. Y nuestra relación tampoco lo será nunca.

—Es posible —admite—. Pero eso no nos impide compartir algunos momentos de normalidad. Incluso creo que es necesario.

—¿Me estás pidiendo una cita, Taylor?

Un destello ilumina sus ojos mientras reduce el número de escalones entre nosotros.

—¿Quieres?

—Te quiero *a ti* —jadeo.

Me empuja contra su pecho y, aquí y ahora, delante de todos, me besa como solo él sabe hacerlo.

«Nadie te besará como yo, Avalone».

Tenía razón. Y, por muy sorprendente que pueda parecer, los aplausos suenan entre las paredes del anfiteatro.

—¡Esa es mi chica! —grita Lola.

La mayoría de los estudiantes nos animan con vítores; el profesor hasta silba con los dedos, indiferente al caos en el que se ha convertido su clase. Set, sentado despreocupadamente varias filas más abajo, me guiña un ojo con tanto cariño que me alegra el corazón.

—¡Oh, callaos! —se enfada Clarke, fiel a sí mismo. Centra su atención en Lola y se dirige a ella, amenazante—. Y tú… Empuja a Avalone una vez más, da igual el contexto, y te arranco la cabeza, ¿entendido?

—¡Eh, eh, deja a mi hermana en paz! —exclama Set.

Antes de que el motero responda, mi amiga nota la testosterona llenar el ambiente y decide retirarse.

—Vale. Bueno, ya la hemos liado, es hora de irse.

Lola me coge del brazo y tira de mí, pero Clarke me abraza con tanta fuerza que no me muevo ni un centímetro. Para salir de esta, tendremos que hacernos los locos.

—¡Suelta. A. Mi. Amiga! —dice Lola molesta.

Aplica toda su fuerza; como siga así, me va a dislocar el brazo.

—¡Basta! —interviene el profesor.

Clarke me suelta. Mi amiga tira tan fuerte de mi brazo que caemos las dos, pero el segundo de Carter me coge a tiempo y Lola se choca de frente contra la pared, soltando un grito.

«¡Lo ha hecho aposta, el gilipollas!».

—¡Casi me dejas tetrapléjica! —gime mi compañera.

Hace una mueca de dolor, pero está viva y muy lejos de estar tetrapléjica.

—¡Gilipollas! —se cabrea su hermano, protector.

Salta de su asiento y empuja a un estudiante que acaba en el suelo de espaldas. El caos aumenta y el profesor llama a la calma. Set sube los escalones, listo para enfrentarse a Clarke por el honor de su hermana.

—¡Huyamos antes de acabar en el despacho del director! —me susurra Lola, que de repente no siente dolor… o debería decir que nunca lo ha sentido.

Me arrastra hacia la salida más cercana. Echo un vistazo hacia atrás y veo a los dos Devil's Sons empezar una pelea. Se empujan mientras el profesor les grita que salgan de su clase. Después, se escucha un ruido sordo. Mi compañera, por segunda vez, choca con una pared… o, más bien, con Carter.

Se ríe nerviosa y le alisa la corbata a mi padrino. Este último la coge por los hombros y la hace retroceder para recuperar un poco de espacio personal. Su atención se centra en sus dos hombres, que parecen encontrar un malsano placer en provocarse en medio del caos.

—¡Fuera, antes de que sea yo el que os golpee, pedazo de idiotas!

Sin protestar, los chicos se unen a nosotras, armando jaleo y riéndose.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Carter.

—Tengo una reunión con McLaguen.

Siento un poco de desconfianza al recordar el campus invadido por los agentes de la empresa de seguridad canadiense.

—Nuestro querido director es uno de los peristas de la banda —me informa Set en voz baja—. El que dirige esta prestigiosa universidad revende los juegos de diamantes que les robó a sus exmujeres.

—¡No me jodas! —exclamo.

He ahí el motivo por el cual el jefe lo mangonea. Así fue como mi padre pudo presionarlo y obtener permiso para poner vigilancia dentro del campus.

—Aprovecho para invitarte a cenar en la mansión esta noche —continúa Carter—. Con tus padres. Tienen algo que contarte.

Mi aprensión es legítima, si tenemos en cuenta el número de errores que han cometido. Y se intensifica cuando veo la profunda tristeza que brilla en los ojos de mi padrino. Trago con dificultad y asiento.

Este hombre, que normalmente anda por la vida erguido y orgulloso, como si tuviera el mundo a sus pies, da media vuelta con los hombros encorvados. Esta imagen me llega al corazón y todo mi ser se rebela contra su dolor. Corro hacia él y lo detengo.

—¿Qué ocurre?

—Está todo bien, Avalone.

Una sonrisa falsa se extiende en sus labios.

—No más mentiras…

—Le prometí a tus padres que no te diría nada.

—Pero me prometiste mucho antes que no habría más secretos entre nosotros.

Sonríe, esta vez es sincera, y levanta el mentón, recuperando su legendaria postura de hombre invencible.

—Pequeña listilla… De acuerdo. Tus padres han decidido volver a Canadá. Juntos. Les encantaría que te mudaras con ellos.

Al principio, siento alivio. No vamos a sufrir por uno de sus locos planes. Después viene la emoción; los dioses les ofrecen una segunda oportunidad y, por fin, podrán entregarse a su amor. Expreso mi alegría, lo que asusta a Carter y me hace asimilar sus últimas palabras. «Les encantaría que te mudaras con ellos…». A Canadá. Lo que equivale dejar Michigan, a mis amigos y a los Devil's Sons. A dejar a mi padrino y… a Clarke. Solo imaginar una vida en la que todos ellos no estén presentes hace que se me forme un nudo en el estómago. Poco a poco, pierdo la alegría.

Nunca renunciaré a mi familia por otra que me es desconocida.

—No me iré con ellos —afirmo—. Mi lugar está aquí, en esta ciudad, con los Devil's Sons. No diré adiós a mi felicidad por su propio interés.

La confianza resurge en los ojos de Carter, pero hace todo lo posible para mantener la discreción, temiendo que cambie de opinión. Oculta su esperanza por puro instinto de conservación, para no sufrir una desilusión si vuelvo a desaparecer de nuevo. Me

prometo que eso no ocurrirá. El amor que siente por mí es el mismo que yo siento por él. Necesito que esté en mi vida.

—No tomes una decisión precipitada, Avalone. Son tus padres. Pueden ofrecerte una buena vida, la que siempre te has merecido. Tendréis que ser cuidadosos si queréis sobrevivir juntos, pero haré lo que sea necesario para manteneros con vida.

Entonces soy consciente del peligro que implicaría. Después de todo, puede que sí suframos por uno de sus locos planes.

—Deja de ser tan desinteresado. ¡Ya va siendo hora de que digas lo que piensas, sin pensar en ellos y en su felicidad!

Abre la boca e, inmediatamente, la cierra, incapaz de demostrar el mínimo egoísmo. Desea más que nada que me quede en Ann Arbor, cerca de él, pero no quiere influir en mi elección. Incluso está preparado para empujarme a los brazos de mis padres si eso es lo que deseo.

—Tal vez que esta noche, cuando escuches mi rechazo categórico, me confieses lo que sientes.

Retrocedo y, con una última sonrisa, dejo atrás a un vacilante Carter.

Me uno de nuevo a mis amigos y a su animada conversación.

—¡No se ha hecho daño! ¿Ni siquiera eres capaz de notar que está fingiendo? —dice Clarke, molesto.

Mientras Lola imita una reverencia, con los ojos llenos de malicia, su hermano sostiene que Clarke ha ido demasiado lejos y podría haberle hecho daño de verdad. Es una conversación de besugos, ninguno de los dos está preparado para darle la razón al otro.

Intervengo y pongo fin a su discusión. Decidimos comer juntos y luego volvemos cada uno a nuestras respectivas clases.

Vuelvo a mi aula y encuentro mi sitio al lado de Emily y Jackson. Este último me susurra al oído que, a pesar de su pasado con Clarke, si yo soy feliz, él también lo es. Me pregunto cómo se ha enterado tan rápido de que el Devil’s y yo hemos hecho nuestra relación oficial.

Tras dos horas de clase, Jackson se despide de nosotras y se da prisa para ir a su entrenamiento, mientras que mi compañera deja el campus para su cita con su fisioterapeuta.

Sonrío al ver a Sean venir hacia mí.

—¡Mi rubia favorita!

—Hum, creía que esa era Samantha.

—Ya sabes lo que se dice: ¡la familia antes que un par de tetas!

Me río y lo acerco a mí en un achuchón cariñoso. Nuestra pelea de ayer parece muy lejana.

—¿No será ese beso matutino lo que te hace estar tan radiante?

Miro frente a mí, como si aún pudiera ver el anfiteatro lleno. Después, inclino la cabeza, entrecierro los ojos y lo observo, desconfiada.

—¿Cómo lo sabes?

Me tiende su móvil con Twitter abierto, donde hay subido un vídeo corto del Devil's y yo. *Besándonos*.

Nuestro beso ha sido inmortalizado.

—¿Un *gif*? —exclamo, horrorizada—. ¡¿Nos han convertido en un *gif*?!

—Y ya ha sido retuiteado nueve mil cuatrocientas catorce veces.

Con los ojos como platos, tomo aire.

Sean se ríe, pero yo no tengo ni idea de cómo tomármelo. El *gif* no está tan mal, salimos superguapos, pero la velocidad en la que lo están compartiendo es aterradora. *La gente* es aterradora.

Unos brazos me rodean y reconozco el perfume de Ty. Me da un beso en la sien.

—¿Cómo está mi estrella de las redes? —me susurra.

Pongo una expresión de disgusto, lo que aumenta las risas de los chicos.

—Si te desagrada tanto, pídele ayuda a Carter. Con una llamada, borrará todo rastro de ti en las redes sociales —me consuela.

Por ahora, no es mi prioridad. Tengo cosas más importantes en la cabeza.

Veo a Charlie, la guapa estudiante que conocí en las duchas. Sale de la cafetería y viene directa hacia mí, con una gran sonrisa en

los labios. Me confiesa que ha estado preocupada por mí y que se alegra de verme bien. Intercambiamos algunas trivialidades y el resto de la tropa se une a nosotras.

Clarke me atrae hacia él y me besa el cuello. Si sabe lo del *gif*, no dice nada.

—¿Por qué todo el mundo te mira? —se sorprende Justin.

Tiene los puños apretados y lanza miradas sombrías a nuestro alrededor. Su reacción me enternece.

—¡Porque es amiga mía! ¡Eso provoca envidias! —le explica Tucker, que lo dice en serio.

Pongo los ojos en blanco y le doy un codazo en el costado. El Devil's protesta e intenta argumentar a su favor. Solo lo escucho a medias y cruzo la mirada con Charlie que, ignorada hasta ahora, se siente apartada.

—Chicos, os presento a Charlie. La conocí ayer en las duchas comunes.

Los chicos por fin reparan en ella y Lola, salida de la nada, se emociona al encontrarse con su antigua compañera de clase. Están en el mismo curso.

—¡Aaah! Las duchas de las chicas —murmura Tucker con un tono soñador—. Si pudiéramos entrar ahí, haríamos encuentros increíbles.

—Clarke, ¿no has estado allí antes? —le pregunta Jesse.

Centro mi atención en él y la respuesta que sigue no me sorprende.

—Unas siete u ocho veces, sí.

—¡Los encuentros fortuitos en un bus son los mejores! —exclama Ty.

Me aparta de los brazos del segundo y me estrecha contra él con complicidad.

—¿Conociste a Ty en un bus? —me pregunta Charlie.

—¡Hacia Alabama! —me burlo.

—Unas vacaciones inolvidables —concluye mi compañero de viaje.

Le sonrío con nostalgia. Esa época fue complicada para ambos, pero, en nuestro dolor, nos encontramos el uno al otro. Maduramos,

y puedo confirmar que curamos ciertas heridas juntos.

—¡No te pongas celoso, tío! —le dice Justin a Clarke, que me mira fijamente, inescrutable.

—No estoy celoso. Ty la puede llevar a bailar, pero es mi nombre el que grita por las noches.

Me pongo colorada para diversión de todos. Las bromas van a todo trapo y no consigo escapar de allí.

«¡Se ha atrevido, el gilipollas!».

Pongo cara de pocos amigos y me acerco a él, preparada para desafiarlo.

—¿Quién te dice que no finjo para proteger tu ego?

Mi pregunta no le suscita ninguna duda sobre sus habilidades sexuales. Me coge del mentón y lo gira de tal manera que tiene acceso a mi cuello. Pone sus labios sobre mi piel, y la lame y mordisquea. El calor se propaga por mis extremidades hasta hacer que me tiemblen las piernas.

—*Esto* —me susurra al oído—. Cada parte de tu piel reacciona a mi tacto. Nunca he conocido una mujer tan sensible como tú.

Sin aliento, aprieto los dientes hasta casi romperlos. Lucho contra las sensaciones que me provoca, pero ambos sabemos que he sido derrotada. Clarke me atrae hacia él con una sonrisa burlona y me abraza.

Decidimos ir a comer a Casa Stan, un pequeño restaurante a las afueras del campus. Los chicos y Lola se ponen en marcha, pero yo me giro hacia Charlie.

—¿Te unes? —le propongo.

—No —se opone Clarke.

Frunzo el ceño, sorprendida por la dureza de su tono.

—Voy a comer con mi compi de habitación —balbucea ella.

No tengo tiempo de detenerla, se aleja rápidamente.

Me quedo quieta en el sitio, sin entender nada.

¿Es que Clarke se ha acostado con ella? ¿Esa es la razón por la que la ha rechazado?

Decido no sacar conclusiones precipitadas. Se lo preguntaré cuando estemos a solas. Alcanzo a mis amigos y salto sobre la espalda de Sean, que tropieza bajo mi peso.

—Cuantas más veces te cojo, más pesada me pareces —me pincha.

Le doy un golpe en el hombro y lo espoleo como a un caballo.

Llegamos al restaurante y echamos un vistazo al lugar. Stan, el propietario, se acerca a nosotros. Su mirada oscila entre Lola y yo; no se atreve a hablar delante de nosotras.

—Puedes hablar —le segura Set.

El encargado pide la aprobación del segundo de los Devil's Sons y no hace la pregunta hasta que la recibe.

—¿Carter ha dado su visto bueno para la renovación del contrato?

—Sí —responde Clarke—. Las mismas mensualidades. Si necesitas nuestros servicios, tendrás un aumento del diez por ciento durante ese periodo. Estamos bastante ocupados estos días.

—Dile al jefe que estoy de acuerdo.

Después de haber anotado nuestra orden, el gerente vuelve a su trabajo.

—¿De qué contrato habla? —pregunta Lola.

—Hace varios años, Stan fue víctima de vandalismo en varias ocasiones. Perdió mucho dinero, así que hizo un trato con la banda. Nos paga todos los meses para usar nuestro nombre como protección contra la competencia desleal. Si, a pesar de eso, lo atacan a él o al restaurante, somos nosotros quienes intervenimos.

Jesse repasa la violencia a la que recurriría para obligar al culpable a indemnizar a la víctima, sin olvidarse de las amenazas y la perspectiva de lo que le esperaría si continuara por ese camino.

Mientras Lola interroga a los chicos, mi móvil vibra. Abro los mensajes que me ha enviado mi madre.

¿Vienes a cenar a casa de Carter?

Tu padre y yo queremos hablar contigo.

Le confirmo mi presencia, sin formalidades.

Pienso en los ojos de mi padrino, ensombrecidos por la tristeza. No veo la hora de rechazar la invitación de mis padres y tranquilizarlo.

Justin nos dice que su padre y su hermana pequeña van a venir en las próximas semanas de visita. Está tan feliz que nos conmueve.

Pero tiene miedo de que descubran sus actividades extraescolares: los Devil's Sons.

—Tío, hace cuatro años que eres uno de los nuestros y nunca se han dado cuenta. Seremos cuidadosos, como las otras veces —lo tranquiliza Jesse.

—Más os vale; si no, estoy perdido.

Sean se ríe a mi lado y me dice que es la misma historia cada seis meses: Justin entra en pánico hasta el punto de no poder respirar. Me río de mi amigo, pero en el fondo lo entiendo. Si su padre llegara a descubrir que forma parte de una banda, las consecuencias serían graves. Me da miedo que su relación ya delicada pueda romperse para siempre.

El día transcurre sin problemas y por fin voy a poder aclarar las cosas con los Arinson. Creo que, a pesar de la felicidad que sentí cuando me enteré de su marcha, una parte de mí les sigue guardando rencor. Puedo afirmar que les he perdonado por los años de mentiras, pero mi progenitor sigue siendo un desconocido para mí. Sin embargo, se van. Deben sospechar que no los voy a acompañar, teniendo en cuenta la conversación que mantuve con ellos sobre la importancia de los Devil's Sons en mi vida.

«¿No tener relación con su hija no les ha afectado? ¿O esto es un nuevo intento para alejarme de la banda?».

Sea cual sea su motivo, volver a Canadá con ellos es arriesgado, casi suicida. Ir los tres sería como decirle al mundo entero que se la hemos jugado a los BloodBro. Además, me siento de más en la ecuación. Después de todo, mis padres no han intentado construir una relación conmigo.

La llegada de Clarke interrumpe mis pensamientos. Ha insistido en llevarme a la mansión.

Su comportamiento con Charlie vuelve a mi mente, así que decido preguntarle al respecto.

—¿Por qué has sido tan duro antes con Charlie?

Se tumba en mi cama y cruza los brazos detrás de la cabeza.

—Porque no quiere acercarse a ti por quién eres, sino por con quién te juntas: los Devil's Sons.

Alzo las cejas, con el ego un poco herido.

—¿En qué te basas?

—Nos liamos en una fiesta. Cuando íbamos a follar, me di cuenta de que estaba demasiado borracha, así que la dejé allí. Estuvo rondándome durante semanas, sin conseguir nada.

Me maldigo por haber sido tan ingenua. No debería afectarme. Sabía que no podía ser su amiga, por la seguridad de la banda. Pero su falta de sinceridad me duele. No soy capaz de controlar la rabia que crece dentro de mí, a la que se suman los celos.

Recojo mis cosas metiéndolas con rabia en la mochila. Clarke se acerca a mí y me abraza por detrás.

—¿Tener a los Devil's Sons no es suficiente?

Detengo mis movimientos bruscos y suelto un profundo suspiro.

—Sí, sois todo lo que necesito. Pero privarme de conocer gente nueva para asegurar la protección de la banda o evitar que me utilicen es agotador. La mayoría de los estudiantes me miran con desprecio. Si aparto a las pocas personas que se acercan a mí con sinceridad, ¿en qué me convertiré? No es fácil ser odiada.

—Nos odian a todos…

—Os adoran… —le corrijo.

Me gira hacia él y toma mi cara entre sus manos.

—Nos temen, Avalone. Respetados, pero temidos. Imponemos nuestra voluntad y sometemos a inocentes todos los días. No sale nada sincero del miedo, créeme.

Clarke tiene razón, pero, a pesar de todo, eso no me consuela. Ser desconfiada no es algo innato en mí; tengo que hacer un gran esfuerzo para mantenerme alerta en todo momento.

—Escucha… Tiendo a ver lo malo en la gente. Pero tú despiertas su humanidad. Así que es posible que Charlie no tenga malas intenciones. Acércate a ella si eso es lo que quieres, pero ten cuidado. Hay ciertas cosas que no puedes desvelar.

Se refiere a mi identidad, lo sé. Los BloodBro, que habían salido de mi mente hasta ahora, nunca deben enterarse de que sigo viva.

Tengo que aceptar que, en mi situación, entablar amistades sinceras es una irresponsabilidad.

Clarke me pasa un dedo por debajo del mentón, obligándome a levantar la cabeza.

—Eres inteligente, Avalone. Sabes en quién puedes confiar; tu instinto nunca se equivoca. Y si un día alguien te traiciona, estaremos ahí.

Su sonrisa vengativa me arranca una carcajada.

Me alegro de que no me exija la perfección. Tengo derecho a equivocarme, y me sostendrá si eso pasa.

Le rodeo la nuca con las manos y reclamo un tierno beso, que no tarda en darme.

Clarke aparca su Harley a los pies de la estatua de tamaño real de Odín y Sleipnir. Me deslizo por la moto y me bajo.

—Llámame cuando hayáis acabado y vendré a buscarte. ¿Esta noche duermes en el apartamento?

—Ya no puedes vivir sin mí, ¿verdad? —me meto con él.

—¡Cállate!

Me río de su dificultad para aceptar sus sentimientos y le doy la espalda, lista para irme.

—Tómate eso como un no.

—Ven a dormir conmigo esta noche, ¿vale?

«Joder, cómo lo quiero…».

Asiento, con una gran sonrisa en los labios.

—Hasta luego, guapo.

Siento sobre mí su ardiente mirada mientras subo los escalones del porche, y luego el rugido de su moto desaparece a lo lejos.

Me recibe Marie con un delicioso olor a comida en el aire.

—Pollo y judías verdes —me informa.

—Huele de maravilla.

Le entrego la chaqueta y me lleva al salón en el que me esperan los Arinson y Kate.

Se levantan cuando entro y mi madre me abraza.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien, gracias.

Saludo a cada uno de los miembros de la cena íntima y, sin ceremonias, nos sentamos a la mesa como una familia modelo. La ausencia de los Devil's Sons a mi lado se hace notar; no estoy tan relajada como me gustaría. Pero tengo que acostumbrarme, es algo que debo superar.

Relajo los hombros y pongo una gran sonrisa.

—El motivo de esta cena —empieza mi madre— es dejar atrás los secretos y las mentiras. Todavía debes tener muchas preguntas, y nosotros te responderemos con la mayor sinceridad. Te lo debemos.

Uno a uno, los músculos de mi cuerpo se tensan. Pensaba que me anunciarían su vuelta a Canadá, que rechazaría respetuosamente su propuesta e intercambiaríamos algunas trivialidades. Aunque siempre he querido saber la verdad, me aterra. Estoy muerta de miedo.

—Ya sabes nuestra historia a grandes rasgos, pero es el momento de que la conozcas al completo.

Por la apariencia tensa de todos, deduzco que esto no es una historia agradable. Mi madre mira a los hermanos Arinson buscando su apoyo. Mi padre le presiona la mano en señal de ánimo.

—Mi segundo año de la universidad fue digno de una película romántica —dice Claire con nostalgia—. Me choqué con Mike y se me cayeron todos los libros al suelo. Estaba llorando, aunque no recuerdo la razón, y mis lágrimas preocuparon a ese estudiante de último curso. Me propuso ir a tomar un chocolate caliente con él y, durante los días siguientes, se preocupó por cómo estaba. Nos entendimos de maravilla; había una conexión indescriptible entre nosotros. Después me presentó a sus amigos: Carter y Élisa. Nunca había visto una amistad tan fuerte y poderosa, de esas con las que todo el mundo sueña. Me convertí en una más, aunque fuera más pequeña. Tu padre y yo empezamos a salir juntos pocos meses después de conocernos y, al terminar mis estudios, me mudé con él a Canadá. Teníamos un maravilloso apartamento en el centro de la ciudad. Después, en 1998, nos casamos y me quedé embarazada inmediatamente. Tu nacimiento fue el día más feliz de nuestras

vidas. —Se seca la comisura de los ojos con la ayuda de un pañuelo y continúa con una voz temblorosa por la emoción—: Élisa, que había tenido gemelos, nos ayudó mucho durante tus primeras semanas. Mike y Carter eran jefes de una empresa desde hacía siete años. Un negocio que habían montado en paralelo a sus estudios, ¡para que veas hasta qué punto son unos genios! Pero entonces tu padre… vendió armas defectuosas a los BloodBro. Y esos bárbaros prometieron matar a nuestro bebé como venganza. *A ti*. La protección policial no era suficiente, y fue entonces cuando Mike tomó la decisión de hacernos pasar por muertas en un accidente de coche. El vehículo quedó totalmente calcinado y los cuerpos, quemados hasta el punto de que no pudieron identificarlos.

Las lágrimas resbalan por sus mejillas. Acordarse de esa época es tan doloroso para ella que parece una tortura.

—¿Quiénes eran esas personas? —pregunto con el estómago revuelto, asustada ante la idea de que mi progenitor hubiera sacrificado a inocentes.

—Una madre y su bebé, que habían fallecido en un accidente de coche unos días antes —responde mi padre—. Conseguí los cadáveres en la morgue con la ayuda de Élisa, que era enfermera en el hospital.

—Después de eso, Carter nos consiguió nuevas identidades y Mike nos envió a Madison. Mi verdadero nombre es Claire Torrens Arinson. El tuyo es Avana Arinson.

Mis pulmones se vacían por completo, mi madre solloza y continúa con dificultad.

—Tuvimos que cortar todo contacto. Solo me atrevía a enviarle una foto tuya a Carter una vez al año. La carta pasaba por varias direcciones falsas antes llegar a él. Después, él se la entregaba a tu padre. Nunca obtuve respuesta, era demasiado arriesgado. Nuestros primeros meses en Indiana fueron duros. No tenía ninguna esperanza para el futuro, no sabía si conseguiría levantar cabeza. Y después pasaron los años, y me familiaricé con ese vacío en el pecho. Dejarte estudiar en Ann Arbor era arriesgado, pero creo que, en el fondo, deseaba que nos reencontraras. Cuando te dejé en la universidad, me fui del campus tan rápido como me fue posible para

no hacer una tontería. Estuve a punto de llamar a la puerta de tu padrino. Gracias a los dioses, y a costa de un esfuerzo sobrehumano, me resistí. Y aquí estamos. Todos juntos…

Con la mirada perdida, me cuesta asimilar toda esta información. Soy incapaz de identificar mis emociones, creo que es demasiado para mí. Pero necesito la respuesta a una pregunta. Centro mi atención en mi madre.

—¿Cuál es la verdadera causa de mi enfermedad cardíaca?

Las lágrimas le resbalan con más intensidad por las mejillas. Tiembla como una hoja y emana culpabilidad. Mi padre, conmovido, aprieta con aún más fuerza su mano.

—Mis padres deseaban que me casara con un buen cristiano. Cuando les presenté a un pagano, nuestra relación se deterioró. No aceptaron a Mike, lo que me llevó a cortar lazos con ellos. Varios años más tarde, tuvieron un accidente doméstico que les costó la vida: una fuga de gas. Llevé muy mal su pérdida, me arrepentí de todos esos años de rencor. Me aislé de todos y… una noche, con una antigua amiga, una muy mala compañía, consumí droga. Durante esa noche, ese peso en mi pecho desapareció. La vuelta a la realidad fue cruel; no lograba enfrentarme a mi dolor. Así que, lejos de miradas indiscretas, consumí esa mierda tres o cuatro veces más. Si hubiera sabido que estabas ahí…

Rompe a llorar; los espasmos recorren su cuerpo. En respuesta a su desesperación, mis ojos se llenan de lágrimas. La culpa nunca la abandonará, pero, si yo pudiera, la liberaría.

—Unas semanas más tarde, cuando me enteré de que estaba embarazada de tres meses, mi felicidad fue tal que esos desfases ni siquiera se me pasaron por la cabeza. Mi embarazo se desarrolló de maravilla, las ecografías mostraron que estabas sana. Tu nacimiento fue el mejor día de mi vida, pero rápidamente desarrollaste síntomas inusuales, y nuestra estancia en el hospital se transformó en una pesadilla. Los médicos te diagnosticaron una malformación cardíaca que necesitaba una operación a corazón abierto de urgencia.

Como un hábito innato, paso mi dedo por toda la cicatriz que divide mi pecho en dos.

—La realidad fue un golpe muy duro. Yo era la única responsable de tu estado. Le confesé mis errores a tu padre y juntos suplicamos a los dioses que nos devolvieran a nuestro bebé. Fueron unas de las horas más largas de nuestra vida. Al final, el cirujano fue a vernos para informarnos de que la operación había sido un éxito, que tu vida ya no estaba en peligro. Lloré de alivio durante días. Después se estableció un seguimiento con el cardiólogo pediátrico. El médico afirmó que te recuperarías rápido, que tu corazón estaba sano y que no había daños irreversibles. La presencia de una cicatriz cardíaca necesitaría vigilancia por el resto de tu vida, ¡pero tenías toda la vida por delante! O eso era lo que todos creíamos… Muchos años después, en Madison, el cardiólogo te detectó una insuficiencia cardíaca.

A través de sus lágrimas, mi madre purga la culpa que ha acumulado durante los últimos años. No puedo estar de brazos cruzados viendo su sufrimiento. Rodeo la mesa y la abrazo, y luego derramo varias lágrimas que se mezclan con las suyas.

—No te culpo, ¿me oyes? No llores, estoy bien, ¡sigo viva!

—¿Hasta *cuándo*?

Se me corta la respiración, y mi madre se disculpa una y otra vez por las palabras que se le han escapado.

—Estoy viva —repito.

Seco sus lágrimas con el dorso de la mano y le doy un beso lleno de amor en la frente.

—Eres la mujer más valiente que conozco, pero incluso las mujeres valientes cometen errores. Y me alegra saber que eres humana.

Se echa a reír y se seca las nuevas lágrimas. La acuno en mis brazos y le transmito todo el amor que siento por ella.

—¿Cómo supiste que estaba en Ann Arbor estudiando? —le pregunto a Carter cuando mi madre se calma.

—Debajo de la fotografía que recibí cuando cumpliste los diecinueve años ponía: «¡Universidad de Michigan, allá voy!». Tenía que verificar esa información, necesitaba estar seguro. Así que conseguí la lista de matriculados y, cuando vi tu nombre escrito con todas las letras, la realidad me atravesó el corazón. Informé a mis

hombres de la llegada inminente de una estudiante que había que proteger costara lo que costara. Me hicieron muchas preguntas que eludí, hasta que el deseo de tenerte cerca de mí se volvió insoportable. Cuando tomé la decisión de incorporarte a mi banda, tuve que contarles una parte de la verdad. Sabía que te protegerían, que ninguno me traicionaría. Comenzaron las clases y los Devil's Sons te encontraron. Y como adivinaste en su momento, envié a Bill con una pista falsa a esa fiesta para que te viera regresar con Clarke. Cuando el director de la universidad y ese gilipollas te convocaron, aproveché la oportunidad. Fui a verte. Dominar mis emociones y comportarme como si solo fueras una simple estudiante ha sido la segunda cosa más dura que he hecho en mi vida. No le conté mis planes a Mike, al menos no de inmediato. Sabía que nos pediría, a mí y a los chicos, que nos alejáramos de ti. No fue hasta que atravesaste la frontera canadiense que le avisé de todo.

—Estaba enfadado —se ríe mi padre—. Y lloraba a la vez. Por fin iba a ver a mi bebé después de tantos años. Entonces mis hombres te apuntaron con sus armas… Eso me hizo entrar en cólera, pero tuve que controlarme para no parecer sospechoso. Fue ahí cuando me puse en contacto con tu madre. Un día acordábamos confesarte la verdad y, al siguiente, cambiábamos de idea. Lo sentimos mucho, Avana…

No soy capaz de contener una mueca cuando escucho ese nombre.

—Avalone —se corrige—. Te dije que tendría que haber luchado por mi familia, y es lo que pienso hacer. He hecho un juramento sobre el Draupnir. Por eso, Claire y yo vamos a mudarnos juntos, a Canadá.

Dejo en la mesa el vaso que acabo de coger, fingiendo ignorancia.

—¿A Canadá? —pregunto, haciéndome la sorprendida.

Miro a mi padre, luego a mi madre y finalmente a mi padrino. Los dos primeros tienen un semblante muy serio, mientras que el último contiene una sonrisa divertida.

—Sí, tengo allí mi empresa; no puedo abandonar el barco. Y, por supuesto, tú tendrás tu propia habitación.

Carter se pone tenso; yo alzo las cejas.

—Entendemos que quieras quedarte en Ann Arbor —me tranquiliza Claire—, por tus amigos y tus estudios… Pero queremos que sepas que también puedes venir con nosotros. Tenemos derecho a comenzar de nuevo. Prométeme que lo pensarás.

—Adoro mi vida aquí y a los que forman parte de ella. Lo que he construido en esta ciudad es real. No puedo mudarme con vosotros…

—Piénsatelo —me repite mi madre.

Asiento, consternada por la esperanza que habita en su mirada.

—¿Cuándo os vais?

—En dos semanas. Puede que tres. Dependerá de los asuntos que tengamos que arreglar.

24

Al terminar de cenar, Carter sale del salón con gesto contrariado. Desconcertada, atravieso el pasillo y llamo a la puerta de su despacho. Me deja pasar. Lo encuentro de pie, cerca de la ventana, con las manos en los bolsillos y una sonrisa sincera dibujada en su rostro. Me invita a acercarme.

—Me gustaría agradecértelo.

Esas tres palabras insignificantes parecen afectarle como una puñalada en el corazón. Piensa que es un adiós; todavía no se acaba de creer mi negativa.

—Aunque no estemos de acuerdo la mayor parte del tiempo, me has dado mucho. He tardado en entenderlo, porque no conocía la verdad y era demasiado testaruda. Pero ahora comprendo el valor de cada uno de tus actos.

—Es mi papel como padrino. Y reconozco que me ha faltado… *tacto*, por así decirlo.

La diversión brilla en mis ojos y contengo una respuesta sarcástica.

—Gracias también por el dinero que transferiste a mi cuenta bancaria tras mi… *chantaje*, por llamarlo de alguna manera, pero quiero devolvértelo.

Frunce el ceño.

—¿Por qué? Es tuyo…

—Pues claro que no, es tuyo —afirmo.

—Has trabajado duro, te lo mereces. Haz con él lo que quieras. Quémalo, gástalo o dónalo a organizaciones benéficas. Te pertenece. Se te pagará todos los meses, como a cada uno de mis hombres. Hablando de eso, cada uno tiene un medio de transporte y un

apartamento a su disposición. ¿Qué te parece un BMW i8 y un dúplex en el barrio de Clarke, Set y Tucker?

Casi me atraganto y levanto las manos en un gesto de rendición.

—¡Vale, vale! Entendido. Guardo el dinero que hay en mi cuenta y acepto el sueldo. A cambio, te olvidas del coche y del apartamento, ¿de acuerdo?

—Trato hecho.

Sonríe, victorioso, mientras sacudo la cabeza, divertida por esta inverosímil conversación. Después, el silencio nos envuelve y nos miramos fijamente.

—Me gustaría saber tu opinión sobre el plan de mis padres.

Carter entreabre los labios y pronuncia una sílaba, pero su hermano interrumpe en el despacho pidiendo hablar con él.

Molesta, salgo y cierro la puerta detrás de mí. No me alejo, al contrario, pego la oreja a la puerta. Marie aparece al final del pasillo y me señala de manera acusadora con el dedo. Muevo la mano, con la esperanza de que entienda el gesto de «¡vete y déjame espiar en paz!». Pone los ojos en blanco y desaparece en la cocina.

—¿Me culpas por llevármelas a Canadá? —pregunta Mike.

Contengo la respiración y escucho atentamente.

—Avalone no tiene intención de dejar la ciudad.

—*Yo* soy su padre, Carter. No tú. Y Claire es mi mujer.

La risa diabólica de mi padrino me parece justificada.

—Dejaste de ser eso para ellas en el momento en el que las hiciste pasar por muertas. Claire ya no es tu mujer, y Avalone solo tiene tu sangre.

—Por Loki, ¿tan celoso estás?

—¡No estoy celoso! Nunca, jamás en mi vida, he envidiado tu vida, Mike. La mía me sienta bien. Lo que no soporto es tu actitud.

—Por favor, dime qué piensas.

No debería quedarme aquí escuchando esta conversación privada, pero la necesidad de conocer la opinión de mi padrino es más fuerte que yo. Y si, además, puedo descubrir la verdadera cara de mi padre… Las máscaras no caen hasta que creemos estar solos.

—¡Solo soy el hermano del hombre que perdió a su mujer y a su hija! No tengo derecho a llorar, mi tristeza nunca igualará la tuya, ¿verdad? Y, sin embargo, creo que me preocupo por esta familia mucho más que tú, Mike.

—¡Eso es una tontería!

Debería revisar su estrategia defensiva; le falta convicción.

—¿Eres capaz de comprender que pueda existir un vínculo más fuerte que el de la sangre o el conyugal? Ese que me unía a Claire. Tú fuiste su novio, después su marido y el padre de su hija. Pero yo estaba dispuesto a dar mi vida por la suya, así de importante era para mí. ¡La quiero de la misma forma que te quiero a ti, de la misma forma que quiero a Élisa! Vosotros no sois solo mis amigos, ¡sois *mi familia*! Después nació Avalone y, en ese momento, se convirtió en una parte fundamental de mi vida. Mi corazón le pertenece, la considero mi propia hija. ¡Daría todo por ella, absolutamente todo!

No creía que fuera posible estar conmovida hasta este punto por unas simples palabras. Estoy profundamente afectada por ellas.

—Cuando estafaste a los BloodBro a mis espaldas y amenazaron a tu hija, ¡*yo* intenté solucionar *tu* desastre, mientras tú te deprimías sin hacer nada! —grita Carter con la voz cargada de resentimiento—. Después tomaste la decisión de romper nuestra familia, afirmando que era la única solución para proteger a las dos mujeres de tu vida. ¿Y quién elaboró un plan? ¿Quién lo ejecutó? ¡*Yo*! ¡Porque tú estabas demasiado ocupado llorando por su suerte!

Sus zapatos resuenan contra el suelo de mármol; anda en círculos.

—Desaparecieron de nuestra vida y tuve que silenciar mi dolor para salvarte. Durante cuatro putos años te descuidaste a ti mismo, mientras yo elaboraba un nuevo plan con la esperanza de reunir a nuestra familia algún día, sin la sombra del peligro. Y ahora que lo estoy logrando, que atisbo por fin la posibilidad de alejar a los BloodBro de una vez por todas, ¿te largas?

Las palabras de mi padrino resuenan en mi interior y me abren los ojos: durante todos estos años, Carter ha estado entre bastidores

gestionando todo, mientras que mi padre no movía ni un dedo. Y hoy, Mike quiere recoger los frutos de su duro trabajo.

No lo conozco, pero enterarme de que mi progenitor no es el hombre respetable que todo el mundo cree que es… duele.

—¿Por qué no os mudáis a Ann Arbor, Mike? ¿Por Arinson Arms? ¿La empresa por la que ya has sacrificado a nuestra familia? ¡Hablemos de ella, venga! Es obra *mía*, yo soy el único fundador. Tenía la elocuencia, la inteligencia, el dinero y los contactos. ¿Tú que tenías? *Nada*. Ni siquiera intentaste aportar nada, solo esperaste a que los billetes llovieran sobre tu cabeza. Y cuando despertaste de tus cuatro años de autocompasión, quisiste reemplazarme y apropiarte de mi puesto como director general. ¡Estábamos en constante enfrentamiento! Te comportabas como un imbécil que creía que iba a darme una lección de vida *a mí*, Carter Brown. —Su tono, cargado de desprecio, revela todos esos años de dolor y de rencor en los que se ha mantenido en silencio—. Tomé la decisión de abandonar el barco para conservar nuestra relación. Y no renuncié hasta estar seguro de la sostenibilidad de la empresa, ¡porque eres un incompetente que habría caído en bancarrota en nada! ¡Me sacrifiqué por ti una vez más! Sabía que podía recuperarme, crear nuevos negocios, y eso es lo que hice. Hoy en día tengo la mayor fortuna de Michigan. Pero tú, sin Arinson Arms, ¿en qué te habrías convertido, eh, Mike? ¡Todo lo que posees me lo debes a mí! —La ira de mi padrino se refleja más allá de su despacho y me afecta de una forma extraña—. Y ahora que te has reencontrado con tu mujer y tu hija sin haber hecho ni el más mínimo esfuerzo, ¿te vas a ir como un ladrón y me vas a dejar las migajas?

Su voz se rompe del mismo modo que mi corazón.

«Carter…».

Pasan varios segundos de silencio, pero aún tengo la esperanza de que mi padre se explique, argumente, se defienda, y cambie la opinión que tengo sobre él.

—¿Crees que nunca lo he sabido? —responde Mike, derrotado —. ¿Crees que no sé que, sin Carter Brown Arinson, ni siquiera estaría en este mundo? Tienes mi gratitud eterna, pero, en lo que

concierne a Avana, por su bien, debería venir con nosotros a Canadá.

Toda esperanza se desvanece. Sin duda, este tipo es un usurpador oportunista.

—¿*Por su bien*? —grita mi padrino, indignado—. ¡Le vas a poner una diana en la espalda! Sin mencionar que serías incapaz de protegerla. ¡Soy yo quien la ha mantenido con vida todos estos años!

—Tiene la misma oscuridad que tú, Carter. Las llamas que brillan en sus ojos estaban en los tuyos antes de su nacimiento, ¡como si le hubieras concedido esa particularidad tuya! Los dos juntos… ¡Eso solo puede acabar mal!

—¡¿Temes a tu propia hija?! Odín todopoderoso… ¡Si te acompaña, la atarás y nunca alcanzará su máximo esplendor! Tú ves en su mirada la destrucción. Yo solo veo determinación y amor incondicional. Avalone llegará lejos. Y yo haré todo lo que esté en mi mano para que ella no cometa los mismos errores que yo: entregarse a las sanguijuelas sin recibir nada a cambio en nombre del amor.

—¡No manipularás a mi hija, Carter! —lo amenaza mi padre.

Contengo una risa despectiva. Mi decisión ya estaba tomada antes de que escuchara esta conversación. Ahora, estoy segura de que no me voy a arrepentir.

—No la influenciaré. Pero que sepas que, si ella se resigna a seguiros para probar la ilusión que intentas venderle, volverá, y mucho más rápido de lo que crees. Porque su lugar está al lado de los Devil's Sons. Ya te lo dije: no eres más que un extraño para ella, así que no creas que te la has ganado. Como yo, como cada uno de mis hombres, y como Odín, ella elige a su familia.

—¿*Como Odín*? —se burla Mike—. Mira adónde lo llevó. Hizo un pacto de sangre con Loki y lo metió a Asgard. Loki, el responsable de todos los infortunios de los dioses. ¡Loki, que engendró a las tres criaturas más abominables de los nueve mundos!

—¡Nunca has sabido leer entre líneas! —grita Carter—. ¿Quién te dice que el papel que tienen Loki y sus hijos en el Ragnarök no es la consecuencia directa del miedo que siéntenles tenían los dioses?

Fenrir se volvía más poderoso día tras día y los dioses lo encadenaron en consecuencia. ¡Lo consideraron un enemigo sin ni siquiera dejarle elegir bando! ¡Sucedió lo mismo con Jörmungandr y Hel! Los exiliaron cuando su única culpa fue haber venido al mundo. Hicieron de aquellas criaturas sus verdugos, al igual que tú hiciste de los BloodBro los verdugos de tu hija, ¡estúpido gilipollas!

Me alejo de la puerta, perdida en mis pensamientos, analizando la hipótesis de Carter. Nunca sabremos la verdad sobre la naturaleza de los hijos de Loki. Puede que fueran los dioses quienes los convirtieran en monstruos, o que su destino estuviera sellado desde su nacimiento. Una cosa es segura: la realidad es un contraste de colores, una paleta llena de matices. Mi padre debería abrir su mente para ver más allá de la oscuridad o de la luz.

A pesar de las bajas temperaturas, encuentro a Claire y a Marie en el jardín. Tiritan y castañean los dientes, muertas de frío. La señora mayor señala con el dedo las paredes exteriores mientras dice rápidamente palabras sin sentido. Es entonces cuando me doy cuenta de que está entreteniendo a mi madre mientras yo escuchaba detrás de la puerta. Cuando me ven, las dos parecen muy aliviadas de acabar con esa conversación. Volvemos al salón y al calor del fuego de la chimenea. Les anuncio que me marcho y les pido que se despidan de Mike y Carter de mi parte. Necesito irme a dormir para asimilar la información que me han dado… o, más bien, que he descubierto de forma ilícita.

Me encuentro al atractivo y peligroso moreno que me espera delante del porche. Al llegar a su altura, cubre mis hombros con la bufanda que se me olvidó en su casa. Su atención me conmueve. Me pongo de puntillas y le doy un tierno beso.

—¿Qué tal ha ido?

—Ha sido más o menos agradable.

Entrecierra los ojos, suspicaz.

—Carter se ha enfrentado a su hermano —le explico—. Y creo que no me gusta mucho Mike.

Los ojos de Clarke muestran comprensión. Debe saber muchas cosas.

—Es al jefe a quien le corresponde todo el mérito; siempre ha sido así —me confiesa—. Lo siento.

Yo también… Pero se han acabado las injusticias. Le daré a Carter el amor que me da; él será para mí lo que yo soy para él. Me prometo a mí misma que estaré a la altura de ese gran hombre.

—Y por si te interesa saberlo, mi verdadero nombre es Avana.

Clarke estalla en una risa preciosa. Es un bálsamo para mi corazón que ahuyenta mis penas y mis preocupaciones.

—¿Cuál era la noticia? —me pregunta.

—Mis padres tienen planeado mudarse a Canadá y les gustaría que me fuera con ellos.

Una cierta oscuridad consume su alegría. Cruza los brazos para intentar ocultar su inseguridad.

—¿Qué les has dicho?

—Mi madre me ha suplicado que me lo pensara. Así que, a pesar de mi…

Clarke ya no me escucha, se sube a su moto y, en un segundo, un abismo tan grande como Ginnungagap se ha abierto entre nosotros.

—¿Qué pasa? —le pregunto, algo desconcertada.

—Nada, *Avana*. —La combinación de ese nombre y de su tono condescendiente me eriza la piel. No tengo tiempo para prepararme para la discusión que viene a continuación, cuando Clarke continúa —: ¡Si quieres vivir con *papá* y *mamá* en una jaula dorada, adelante! Pero allí solo te espera la muerte. Dejad de actuar de forma inconsciente pensando que Carter estará siempre ahí para salvaros el culo. ¡No es un puto dios!

Y yo que me temía que reaccionara mal a mi negativa, dado que su mayor deseo sería reencontrarse con sus padres…

—No me has dejado acabar, Clarke.

—¡No me puedo creer que tengas dudas!

«¡Pero si yo no tengo dudas! ¡Y aunque así fuera, estaría en mi derecho!».

Son mis padres, y ahora pueden ofrecerme la vida que se me arrebató. Por lo menos, eso creen. Pensármelo no me parece reprochable.

—Si no me interrumpieras al habl…

—Avana o Avalone, me da igual —me corta—. ¡Te culpo por haberlo pensado siquiera! ¿Después de todo lo que hemos vivido juntos, los obstáculos que hemos superado, estás dispuesta a aceptar la primera oferta que se te presenta? ¿Tus bonitos discursos sobre la familia que somos los Devil's Sons y el amor que nos tienes no eran más que una ilusión? Puede que tú consideres que no nos necesitas, pero *nosotros*… ¡nosotros te necesitamos a ti! ¡*Yo* te necesito! Mira hasta qué punto soy egoísta. ¡Y no esperes que esté contento porque mi novia se vaya a vivir a otro país!

Me falta el aliento. Un poco mareada, parpadeo varias veces. Me prometió no volver a darme motivos para dudar de nosotros… Sé que todo esto no es más que un malentendido, pero eso no alivia mi dolor. Soy humana, y cada palabra que me echa en cara, alimentada por su ira, me hace daño.

Clarke arranca de repente y me abandona bajo la luna, en el frío de la noche. El ruido del motor de su Harley pronto desaparece. Se ha marchado.

Con el corazón en un puño, me dejo caer en los escalones del porche. Escondo el rostro entre mis brazos cruzados y me acurruco un poco más sobre mí misma, helada hasta los huesos. La grava rechina bajo las suelas de unos zapatos, y entonces Carter se sienta a mi lado. Desprende un fuerte olor a tabaco.

—¿Fumas? —murmuro contra mis rodillas.

—A veces.

—Supongo que has escuchado todo.

—Tú escuchas detrás de mi puerta sin permiso. Me he permitido hacer lo mismo.

A pesar de la situación, me echo a reír. Una risa cargada de amargura.

—Es un gilipollas.

—En eso estoy de acuerdo contigo —afirma.

—Venga, ven, te llevo.

Se levanta y me tiende una mano. Rodeamos la mansión y entramos a través de las puertas francesas de su despacho. De camino al garaje, nos mostramos discretos. Ninguno tiene ganas de

que mis padres se enteren. Carter coge un juego de llaves y se sube al volante de un Audi. Yo también me subo.

—¿Cómo supiste que escuchaba detrás de la puerta? —le pregunto, curiosa.

—Hay detectores de movimiento a la altura del marco. El piloto rojo se iluminó y me informó de tu presencia.

La próxima vez que me sucumba a la tentación, me lo pensaré dos veces. La previsión de Carter no tiene límites; me pregunto qué otros aparatos ha escondido por los rincones de la mansión.

—Lo siento —le susurro a mi padrino.

Me mira con una expresión marcada por una sinceridad preocupante.

—No quería darte esa lamentable imagen de tu padre. Tenía la intención de controlar mis palabras, pero me cabreé.

—No te disculpes. Es importante explicarle los hechos, decirle la verdad a la cara. Y es aún más importante que *yo* sea consciente de esa realidad.

—No quiero influenciar en tu decisión.

—Te lo dije, Carter. Mi decisión está tomada. Mi lugar está a tu lado, como tu querida sobrina y como miembro de pleno derecho de tu banda. Vas a tener que soportarme a diario. Y como no he pensado realmente en el futuro, pienso quedarme contigo una buena temporada. Se podría decir que le he cogido cariño al dinero fácil.

Aunque mi pequeño discurso lo divierte, recupera su seriedad y pone una condición.

—Si tus padres son descubiertos juntos en público, se te asignará una docena de guardaespaldas para tu protección.

Palidezco, incluso creo que me va a dar algo, pero el jefe se ríe a carcajadas. Y eso es un espectáculo.

—¡Estoy bromeando!

—¿Sabes lo que eso significa? —replico.

Pierde rápidamente su sonrisa y se muestra un poco incómodo.

—«Estoy bromeando» —lo imito.

Nos reímos y, por fin, arranca el coche. Sin hacer ruido, nos fundimos en la noche. Avanzamos entre los árboles, cuyas ramas se

agitan con la voluntad del viento.

—¿Quiénes son los BloodBro?

Carter me mira de reojo. Duda un momento antes de hablar.

—Son veintiséis hombres. Antiguos militares o miembros de las fuerzas especiales que se descarriaron. *Mucho*. No tienen ninguna moral, ni honor. Son sanguinarios y no retroceden ante nada. Convocaré una reunión con los Devil's Sons para aclarar ciertas cosas.

Un sudor frío me provoca un escalofrío, la preocupación me revuelve el estómago.

—Creen que estás muerta, Avalone. Estás a salvo.

«Por ahora», me susurra mi conciencia.

—¿Y si descubrieran la verdad?

—Si descubrieran que estás viva, no dejaría que tu padre te arrebatara a las personas que quieres por segunda vez. Buscaremos una solución todos juntos.

—¿Qué tendríamos que hacer? —Como no responde, insisto—. Le has dicho a Mike que lo estás logrando. Debes tener un plan en tu ingeniosa mente.

Sus dedos se tensan alrededor del volante, suelta un suspiro.

—Si quieres saber de qué se trata, no te lo voy a ocultar, Avalone.

Asiento, decidida a escuchar la verdad. Me niego a ser pasiva en esta guerra, quiero estar informada y preparada.

—En estos momentos, los Devil's Sons no están a la altura de los BloodBro. Ni la policía, ni Arinson Arms, ni toda la riqueza del mundo pueden rivalizar con ellos. Simular vuestra muerte no volverá a funcionar. Habrá que huir. *Tú* huirás, en compañía de Claire y de algunos de mis chicos, aquellos que no dejarán ninguna familia detrás.

Es decir, Clarke, Jesse y los gemelos.

—Nos mantendremos en contacto a través de medios seguros. Por mi parte, haré todo lo posible para ganar recursos y poder. No lucharemos cara a cara hasta que esté convencido de que saldremos ganando y sin pérdidas de ese enfrentamiento.

—Te acuestas muy tarde por las noches. Ya lo estás haciendo, ¿no?

—Llevo haciendo un *dossier* de los BloodBro desde el día que te amenazaron. Reúno pruebas y testimonios. Estoy en contacto con el FBI, el gobierno y la CIA… Tengo contactos en toda América.

«Por todos los dioses…».

—¿Qué más nos hace falta? —pregunto en un susurro.

—Los BloodBro apenas dejan rastro. Reconocemos sus crímenes por su firma y por los pocos supervivientes que hay que pueden dar fe de los horrores que han cometido. Ese tipo de pruebas harían que cualquier sospechoso estuviese en el punto de mira, pero los polis les temen. Se niegan a arriesgar la vida por un simple interrogatorio que, además, no garantiza una condena… Lo que nos falta es la certeza de que ningún juez los declare inocentes. Porque, si los liberan, todos los que hayan participado en su arresto, y sus familias, morirán. El día que reúna pruebas irrefutables, los arrestaremos. Y, cuando eso pase, da igual en qué prisión estén: los Devil's Sons entrarán y acabarán con ellos de una vez por todas. Es un trabajo riguroso que requiere una precisión impecable. No hay margen de error.

«¡Joder, qué miedo!».

—Quiero ayudar.

—Me ayudas más de lo que te imaginas. Durante casi veinte años, me he esforzado para encontrar la inspiración necesaria para aportar, aunque solo fuera, un granito de arena. Pero entonces llegaste a la ciudad y, en cuestión de meses, he reunido muchas más pruebas que en todos estos años. Nos queda un largo camino, aún hay trabajo. Pero, con perseverancia, lo lograremos. Es una promesa, Avalone.

Me mantengo en silencio, maravillada y orgullosa de tener un padrino como Carter. A su lado, ya no tengo miedo. Su mente implacable y su capacidad para mantener la sangre fría en cualquier circunstancia lo convierten en un adversario formidable. ¿Cómo no iba a creer en este hombre?

—¿Por qué sonríes? —me pregunta, preocupado por mi salud mental.

—Me quedo.

—¡¿Qué?!

—Me quedo en Ann Arbor, Carter. No me voy a Canadá. ¡Métete eso en la cabeza de una vez por todas!

Aparta la mirada de la carretera y me observa fijamente durante un tiempo peligrosamente largo para nuestra seguridad, después pisa el freno. Mi cuerpo sale lanzado hacia delante, hasta que el coche se detiene en el arcén.

—¿Te cuento el peligro que representan los BloodBro y me dices eso? ¿Crees que es buen momento? ¿Pero se puede saber qué te pasa en la cabeza?

Con los ojos como platos por la sorpresa, me entra la risa.

—¡Lo digo en serio, Avalone!

—¡Yo también!

La esperanza congela su rostro; creo que hasta contiene la respiración.

—¿Lo dices… lo dices en serio? —me pregunta, indeciso.

—¡Por todo el Yggdrasil, sí! Me quedo cerca de ti, Carter, ¡y de los Devil's Sons!

Sus pupilas se dilatan, la mirada se le llena de lágrimas. Entonces, su alegre risa le sacude los hombros y, cuando abre los brazos en señal de invitación, me refugio en ellos, emocionada.

Reímos, felices. Lo que compartimos es valioso, y no dejaré que nadie nos lo arrebate.

—Te quedas… —susurra.

—Por supuesto que me quedo. No querría estar en ningún otro lugar.

A través de ese achuchón, recibo su amor y le entrego el mío. Pasan varios segundos durante los que me retiene contra él con afecto.

—Eres un blando, viejito…

Como si hubiera recibido una descarga eléctrica, me suelta y pone distancia entre nosotros. Se alisa la corbata mientras me observa con cara de pocos amigos.

—¡Cambia de tono conmigo, niña!

—Y tú deja de ir de autoritario, o mañana por la mañana los chicos sabrán que soltaste una lágrima.

—¡No he derramado ninguna lágrima! —contesta, escandalizado, casi asustado.

—¿Seguro que no? Me pareció ver…

Suelta un par de palabrotas y aparta el dedo con el que le señalo la mejilla.

—Deberías aceptar la propuesta de tus padres —refunfuña.

—Demasiado tarde.

—Joder…

Reímos, cómplices. Y entonces me doy cuenta de dónde estamos: ha aparcado frente al apartamento de Clarke y sus dos compañeros de banda.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto.

—Esperar.

—¿Esperar qué?

Set y Tucker salen rápidamente del edificio, cargados con botellas de alcohol. Nerviosos, bajan los últimos escalones y sueltan gritos de alegría que resuenan en la noche.

—De vez en cuando, para olvidarnos de los negocios y fortalecer nuestras relaciones, pasamos una noche de copas lejos de miradas indiscretas —me explica Carter.

Los chicos abren el maletero y guardan sus compras; después, saltan sobre sus respectivas Harley.

—Quieres decir que…

—¿Que renuncio al control absoluto a favor del vodka? Así es.

Arranca de nuevo el Audi y nos lanza por las calles de Ann Arbor. Los Devil's Sons nos siguen de cerca. Unas calles más lejos, en un cruce, Sean, Jesse y Justin se unen a nosotros con sus motos. En la siguiente intersección aparece el coche de los gemelos. Y, de repente, estamos todos, yendo hacia el norte. El único que falta es Clarke, pero decido proteger mi corazón y no preocuparme por él.

Al menos… hasta que su moto aparece en el horizonte. Viene por nuestro carril, en sentido contrario. La distancia se acorta y el encuentro es inminente. Aunque el golpe sería mortal para el motero, ni Carter ni su segundo reducen la velocidad. Ambos

esperan hasta el último segundo para frenar en seco. Las llantas chirrían sobre el asfalto y un fuerte olor a quemado acaricia mi nariz.

«¡Estos hombres me van a matar!».

Frente a nosotros, Clarke se baja de la moto.

—Creo que quiere hablar contigo —me dice Carter.

Cuando me preparo para salir del coche, mi padrino se inclina hacia mí y abre la guantera. Con los ojos como platos, lo veo coger su pistola.

—¿Qué? Si no tiene pensado disculparse, una bala en el muslo le hará entrar en razón.

Espero el más mínimo gesto que indique que está bromeando, pero no hay nada.

—¿Estás bromeando, verdad? —le pregunto asustada.

—Todavía no lo sé. Ya veremos.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes?

Levanta las manos en señal de inocencia, pero no se deshace de la pistola. Veo a mi padrino capaz de disparar y desconozco las intenciones de Clarke. Los dos hombres me inspiran desconfianza y, al mismo tiempo, me obligan a ser precavida.

Salgo del coche y me acerco al Devil's bajo las atentas miradas de mi familia.

—¿A dónde piensa apuntar?

—Al muslo.

Me coloco delante de él, bloqueando el campo de tiro de mi padrino. El jefe de la banda expresa su enfado con un bocinazo. El único ángulo de disparo que tiene es peligroso para mí, y sé que no se arriesgará a herirme.

Nervioso, Clarke se pasa las manos por el pelo.

—Avalone, yo… —Rehúye mi mirada, y luego suspira—. Puedo entender que la idea de una verdadera familia fuera un sueño para ti. Pero no lo voy a apoyar. Sería incapaz de escucharte hablar de los pros y los contras de tu partida. Me pone de mala leche solo de pensarlo. Tampoco te puedo prometer nada con respecto a nosotros. No sé cómo reaccionaría si te fueras. Sin ti… voy a volverme loco. Pero, por ahora, déjame darte motivos para quedarte, ¿vale? Empezando por tu seguridad.

Me muerdo el interior de la mejilla y contengo una sonrisa. Clarke no se esconde detrás de falsos pretextos. Rechaza una felicidad en la que él no tendría un lugar. Es egoísta, pero también revelador. Esa es su forma de quererme.

—Ya me has dado todos los motivos para quedarme, Clarke. Es lo que intentaba decirte. Les prometí a mis padres que pensaría en su propuesta para tranquilizarlos. Pero nunca me he querido ir con ellos. Mi lugar está aquí, con vosotros… *contigo*.

Retrocede un paso, aturdido, y justo cuando esperaba ver una bonita sonrisa aparecer en su cara, se enfada.

—¿No podías habérmelo dicho antes?

La ira se apodera de mí. Tengo unas ganas tremendas de darle una bofetada.

—¡Si no me hubieras interrumpido para soltar que te irías con la primera tía que pasara en cuanto me marchara, quizá hubiera tenido tiempo de acabar la frase! ¡Ahora, bésame antes de que le dé vía libre a Carter!

—¿Me estás chantajeando?

—¡Pues claro!

—Si crees que…

Elevo la voz y llamo a mi padrino.

—¡El muslo o la rodilla, donde prefieras!

El motero palidece y echa un vistazo, desconfiado, hacia el coche.

—¡Esta banda te ha vuelto loca! —exclama.

Me aparto y le dejo el campo libre a Carter. De repente, escuchamos cómo quita el seguro del arma. A una velocidad increíble, Clarke pega sus labios a los míos, y gira sobre sí mismo para intercambiar nuestras posiciones y protegerme de un posible disparo. Pero entonces ya nada importa, todo a nuestro alrededor se desdibuja. Nos fundimos en ese beso, castigándonos mutuamente por el dolor que nos hemos causado.

Suena otro bocinazo: al jefe no le hace gracia ver a su hombre devorar a su sobrina.

Clarke y yo nos separamos, frustrados y enfadados.

—¿El muslo o la rodilla? ¡Estás loca! —me regaña.

—¡Cuidado con lo que dices, mi arma sigue cargada y apuntándote! —grita Carter.

El Devil's le enseña el dedo corazón, y luego retrocede, sorprendido, cuando lo empujo con las manos en el pecho.

—¡Me prometiste no volver a hacerme dudar más de nosotros, gilipollas!

Sus ojos se oscurecen por la culpa y se pellizca el puente de la nariz.

—Soy un imbécil.

—¡Todos estamos de acuerdo en eso! —confirma el jefe de la banda.

—¿Quieres callarte, vejestorio?

—¡No me hables con ese tono, imbécil!

—Métete en tus asuntos y cierra la ventana. ¡Es una conversación privada!

Los Devil's se ríen y yo me doy la vuelta, irritada. Cualquier intento de conversación ahora mismo es inútil; Clarke prefiere discutir con mi padrino antes que hablar conmigo. Pero, contra todo pronóstico, me impide marchar.

—Lo siento, ¿vale? Lo que digo cuando estoy enfadado no tiene ningún puto valor. Lo que cuenta son las prohibiciones que me he saltado, haber arriesgado mi puesto en la banda por nosotros. Creo en nuestra relación, Avalone. Así que ahora depende de ti.

Después de lanzarme una mirada intensa y cargada de emoción, se sube de nuevo a su moto. Me siento tonta. Tonta por haberme dejado afectar por sus palabras, cuando sé que el lenguaje de amor de Clarke son los actos. Y ya me ha demostrado muchas veces me quiere.

—¿Vienes con nosotros? —le pregunto, vacilante.

—Pues claro. No me quiero perder tu reacción cuando veas a tu padrino borracho de vodka barato.

Una sonrisa se extiende por mis labios y nos miramos fijamente varios segundos, hasta que me hace un gesto para que vaya con Carter. Retrocedo y vuelvo al coche.

—¿No crees en vuestra relación? —me pregunta el jefe, como si fuera la mayor idiota.

—¡Perdona, tú eras el primero que no creía en nosotros, así que ahórrate tus lecciones!

—¡Sí, pero me hiciste cambiar de opinión! ¿Y todo eso para este fiasco?

Le lanzo una mirada resentida a la que no responde. Arranca el motor y volvemos a la carretera, todos juntos.

—¿Al menos usáis protección?

Casi me atraganto y escondo la cara en las manos.

—¡Ni de coña voy a tener esta conversación contigo!

—Bueno, vale. Que sepas que no aceptaré bebés en los Devil's Sons. Ni mujeres embarazadas.

Guardo silencio, esperando así poner fin a la conversación.

—Pero si ya estás embarazada, será mejor que me lo digas. Haré lo que sea para… ponerle fin o, si decides seguir adelante, acoger al bebé como es debido.

—¡No estoy embarazada! —grito, horrorizada—. Uso anticonceptivos, ¿vale? *Nunca* habrá bebé.

—Aun así, siempre podría pasar algún accidente, incluso con protección, así que…

—Te lo advierto —le amenazo—, si dices una palabra más, ¡salto del coche!

Nos envuelve un ambiente tan tenso como incómodo, en el que se podría oír volar una mosca.

—¿Dónde estamos?

—En Brighton. Tengo un chalet en esta zona.

25

Han pasado dos semanas desde nuestra noche en Brighton y no hemos parado. Participé por primera vez en la venta de joyas, a pesar de las preocupaciones de Clarke. Los Devil's Sons atacaron a un grupo de traficantes que se habían establecido en nuestro territorio, tras lo cual Carter organizó una reunión con la Alianza para recordar a las bandas aliadas que tenían el deber de mantener bajo control a sus distribuidores. Mis padres se compraron una nueva mansión en Canadá y no se sorprendieron cuando rechacé definitivamente acompañarlos.

Cuando le conté a Lola que se iban, sacó algunas conclusiones precipitadas.

—En nombre del Yggdrasil, ¿qué voy a hacer sin ti, Avalone? ¿Quién verá conmigo *El diario de Noa* por enésima vez? ¿Qué superheroína me rescatará si me secuestran? ¡Ningún otro ser humano soportará oírme cantar bajo la ducha, en el coche, en el baño, en un musical… y la lista sigue! ¡Nadie me lanzará almohadas a la cara cada mañana cuando mi despertador suene durante más de veinte minutos! ¿A quién le contaré los cotilleos del campus? No, pero ¿te das cuenta? ¡Nadie más me pedirá que vaya al oftalmólogo! No estarás ahí para cantarme las cuarenta cuando falte a clase tres días seguidos por pura pereza, o para cambiarme el séptimo café de la mañana por una botella de agua. ¡Eres la luz de mi vida! ¡La que sonríe todo el día, la que es al mismo tiempo madre, mejor amiga y consejera de todos! ¡Ava, no nos puedes dejar!

La estreché contra mí y le aseguré que no me voy a ir a ninguna parte. No se sintió tonta, al contrario. Pensó que me había convencido para quedarme. Y en cierta forma, es verdad. Su

presencia en mi día a día es esencial, al igual que la de los Devil's Sons. Además, Carter me confirmó que todos estaríamos más seguros si no salía de viaje.

Mientras tanto, mis padres se pavonean orgullosos de la mano… Gracias a los dioses, el jefe no les va a dejar marcharse sin citarlos una vez más para recordarles las normas necesarias para nuestra supervivencia.

En cuanto a Élisa, aún resiste. Los médicos creen que reencontrarse con sus amigos le ha devuelto un poco de energía. Los gemelos mantienen la cabeza alta y disfrutan de su madre todo lo que pueden antes de que sea demasiado tarde.

Y mi relación con Clarke…, creo en ella. Creo ciegamente en ella desde que decidí dejarme llevar. Después de todo lo que hemos pasado, esa etapa inicial de la relación quedó atrás. Ya no fingimos ser considerados ni damos la razón por cortesía o por miedo a molestar. Las discusiones son normales, pero nunca duran mucho. Las noches que paso en la residencia son pocas; duermo la mayor parte del tiempo en los brazos de Clarke. Me preocupo durante sus diferentes misiones, y él también lo hace cuando salgo en las mías.

Y, por fin, Clarke ha roto sus cadenas. Las muestras de afecto en público se han vuelto naturales para él. Le resulta más fácil demostrar lo que siente, no con palabras, pero sí con miradas, caricias, gestos… con su forma de estar.

Sí, soy feliz. Realmente feliz.

> Me he enterado de que estudias en Ann Arbor.
> Estoy aquí varios días, ¿te apetece tomar un
> café conmigo?

Miro de reojo el mensaje durante lo que me parece una eternidad, sin responder.

Nora, mi antigua mejor amiga desde que éramos pequeñas, me ha escrito. Puso punto y final a nuestra amistad con el pretexto de que mi enfermedad se había vuelto demasiado difícil de soportar. Me dijo que me quería tanto que no quería estar cerca cuando muriera. Hace casi tres años que no hablamos.

En Casa Stan, a las 15h.

Al acabar mis clases, rodeo el campus y me voy directa al restaurante, congelada por el frío que hace. La mayoría de los Devil's Sons han intercambiado sus Harley por ventanas, calefacción y cuatro ruedas, es decir, los coches de lujo de Carter. Ahora los trayectos son mucho más agradables.

Nora está sentada en frente a lo que debe ser un chocolate a la italiana, con extra de crema de chantillí y nubes. No ha cambiado. Su cabello rojo fuego sigue igual de largo. Las pecas salpican su piel blanca como la leche y no ha perdido ni su imponente pecho ni sus curvas.

Se queda quieta cuando llego; luego me sonríe con cierta timidez. Sin perder el tiempo, voy hacia ella y me siento. Quiero acabar con esto lo más rápido posible.

—Sé que no te gusta esperar, así que me dije que, por una vez, iba a llegar con antelación. Te he pedido un…

—*Mocaccino* con extra de vainilla, crema de chantillí y pepitas de chocolate —la corto. Era mi bebida preferida en Madison—. Nora, hace tres años que pusiste fin a nuestra relación. ¿Qué quieres?

Se ríe nerviosamente retorciéndose los dedos. Mi rostro inexpresivo la pone nerviosa; no se esperaba esta reacción por mi parte.

—Ir una y otra vez a tus hospitalizaciones, sin saber si volverías viva, me destruía. Fui tonta. Crecimos juntas. Quiero recuperar lo que tuvimos.

En su momento, estas palabras me habrían dolido. Pero ahora ya no siento nada. Después de lo que he vivido estos últimos meses, ya no tiene poder sobre mí.

—Eso no ha cambiado. Sufrí un paro cardíaco al empezar la universidad. Voy al hospital una vez a la semana.

—Sé que tu estado no puede mejorar, pero… aun así prefiero tenerte en mi vida, con todas esas preocupaciones, antes que vivir con remordimientos el resto de mis días.

—Han pasado tres años, Nora.

—¡Lo sé! Y me sentí culpable en cuanto te alejé. No me atreví a acercarme de nuevo porque sabía que me rechazarías. Y habría sido justo, después de todo. Yo… yo lo siento.

Baja la mirada hacia su chocolate caliente mientras la observo, sin lograr encontrarle sentido a sus palabras. Ya no es mi amiga. Mi corazón se cerró a ella en el instante en el que me dijo aquellas atrocidades. No hay posibilidad de recuperar nuestra amistad.

—Me voy a quedar en la ciudad unos días. Ya sabes, con mi tía Isa. Venga, perdóname, por favor…

Nunca la he escuchado hablar de ninguna tía que viva en Ann Arbor.

Nora me pone ojitos, aquellos con los que conseguía enternecerme cuando éramos niñas. Sonrío al darme cuenta de que ya no tienen ningún poder sobre mí. Pero mi antigua mejor amiga saca conclusiones erróneas. Salta de su silla y me da un abrazo.

—Por Odín, Nora…

—Oh, perdón… ¿Es demasiado pronto? ¡Claro que lo es!

Se vuelve a sentar y fija su atención en un punto detrás de mí. Me giro, buscando lo que ha llamado su atención, y veo entrar los Devil's Sons, con Clarke liderándolos.

«¡Mierda, se me había olvidado de que habíamos quedado aquí!».

La banda me ve y se dirige hacia nosotras. No puedo apartar la mirada de Clarke, absorta por su belleza. El corazón me late con fuerza, feliz de volver a verlo tras haber pasado la noche separados. Me levanto, como atraída por un imán, y recorro los pocos metros que nos separan. Clarke pasa un brazo por mi cintura y me atrae hacia él. Me da un beso posesivo que me deja sin aliento y sin alma.

—¿Me has echado de menos? —ronroneo en su oído.

—Duerme conmigo esta noche —me ordena.

Una sonrisa aparece en mis labios. Le prometo pensarlo, y él suelta un gruñido de descontento.

—¿Quién es esta encantadora chica? —me pregunta Set.

Me giro hacia ella y la descubro babeando con los Devil's Sons.

—Nora. Mi antigua mejor amiga de Madison.

No me gusta el brillo de interés en sus ojos cuando los chicos la saludan. Se me revuelve el estómago del asco y siento la imperiosa necesidad de mantenerlos alejarlos de ella.

—Cuando hayas terminado, únete a nosotros —me susurra Clarke.

Me roba un beso y luego la banda se dirige a una mesa alejada de miradas indiscretas.

—Tú… ¡Espera! ¿Sales con ese tío? —me pregunta Nora.

—Eso parece.

Se maravilla y estalla de asombro.

—¡Es increíblemente guapo! Y los otros, ¿son amigos tuyos?

—Son mis amigos.

Mi frialdad la incita a recobrar la calma. No puedo olvidar que me abandonó, y además soy consciente de sus defectos. Es una interesada. Me usará para acercarse a los Devil's Sons, está claro.

Me dejo caer en la silla y rezo para acabar cuanto antes.

—¿Cómo supiste que estudiaba en Ann Arbor?

—Ese siempre fue tu sueño. ¡La mejor universidad pública! Intenté contactar contigo, pero tu número estaba fuera de servicio. Así que llamé a Claire. Me dio tu nuevo número y me confirmó que estabas aquí, estudiando.

Asiento y doy un trago a mi *mocaccino*.

Escucho a Nora contarme lo que ha vivido estos tres últimos años, hasta que finjo tener cosas que hacer. Pagamos la cuenta, y decido acompañarla hasta la puerta por educación. Pero Tucker nos detiene de camino.

—¡Vamos a montar una fiesta en la fraternidad! ¡Tu amiga debería venir!

Por «vamos a montar», los Devil's Sons se refieren a que impondrán la fiesta y el equipo de fútbol se encargará de organizarla.

—¡Allí estaré! —afirma Nora, muy emocionada.

Por segunda vez, se me revuelve el estómago. No tengo ganas de pasar una noche a su lado. Hay personas que debemos dejar atrás, y aunque guarde buenos recuerdos de nuestra amistad, estoy segura de que ya no forma parte de mi vida.

—Envíame la dirección —me dice—. ¡Nos vemos esta noche!

Se va hacia la puerta y desaparece entre multitud.

—Es… —empieza Set cuando volvemos a su lado—. No sé cómo definirla.

—Es una niña en el cuerpo de una mujer.

Nora tiene una voz, una expresión y un comportamiento infantil. Es gruñona, caprichosa y despistada. Sin embargo, no hay que fiarse de las apariencias, ya que se aprovecha de ese aire inocente para ocultar su inteligencia y mente calculadora.

—Y tanto que tiene las curvas de una mujer… —murmura Jesse, soñador.

—¡Por piedad, no! —le suplico—. No quiero que tenga nada que ver con mi presente, y aún menos con vosotros.

Mi desesperación desconcierta a los chicos.

Mi petición es egoísta, pero cuando alguien te hace daño causándote un gran dolor, y consigues pasar página, no te apetece que vuelva a meter las narices en tu vida. El pasado se tiene que quedar donde está. Por lo que imaginarla acostándose con uno de los Devil's Sons, mi familia, me genera ansiedad.

—Estás resiliente. ¿Qué te hizo para perder tu cariño? —me pregunta Clarke.

Suspiro y dejo que me siente sobre sus rodillas.

—De un día para otro, después de diez años de amistad, me dijo que era demasiado duro soportar mi enfermedad. Que no quería sufrir el dolor de mi pérdida.

—¡Menuda zorra!

—Joder, no se anduvo con chiquitas.

Los chicos muestran su lado protector. Lo va a tener difícil con ellos.

—Sí… Y al tomar esa decisión, creó un efecto dominó. Todos los amigos que teníamos en común se alejaron de mí por la misma razón: el miedo a la muerte. No le deseo ningún mal a Nora, al contrario, pero me niego a que reaparezca en mi vida y se adueñe de lo más importante para mí: vosotros.

Los Devil's Sons asienten, comprensivos.

—No la tocaremos —me tranquiliza Jesse.

—¡Palabra de *scout*! —exclama Justin.

Eso me tranquiliza. Creo que, en de lo contrario, no lo habría llevado bien.

El ambiente se vuelve más ligero y disfrutamos de la última hora de luz con alegría y buen humor, hasta que Tucker se aclara la garganta, incómodo.

—Tengo que contaros algo.

Su mirada seria, nublada de tristeza, no me gusta nada. Lo miramos con desconfianza, incapaces de saber si va a salir de su boca una nueva tontería o nos va a anunciar que el Ragnarök empieza a final de mes.

—Voy a volver a Worcester, a Massachusetts. Por un tiempo.

Un grito agudo se escapa de mi boca.

Rezo a los dioses para que sea una broma. Necesito que lo sea. No puede ser de otra forma.

—Mi abuela se hace mayor y ya no puede vivir sola. Mi madre ha encontrado un trabajo en la zona, pero los horarios no son flexibles. Me necesitan.

Mis esperanzas se reducen a cero, siento un peso que me oprime el pecho. Me lo masajeo e intento liberarme de él, pero es en vano. Mi mente se rebela, cuestionando esa información. No me lo puedo creer. Y los chicos tampoco. Nadie se atreve a decir nada y es lo mejor, a riesgo de hacer esta noticia algo real.

—Decid algo —nos suplica Tucker.

—¿Cuándo te vas? —le pregunta Clarke, serio.

—Es mi última noche en Ann Arbor. Nos vamos mañana.

Las palabras resuenan dolorosamente en mi cabeza y me dejan sin aliento. Creo que no me encuentro bien, es tan repentino…

Cierro los ojos y lucho contra las lágrimas que arden en mi retina.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —se enfada Justin.

—¡Porque esperaba encontrar una solución milagrosa, pero los días pasaron y ninguna de mis ideas servía! Es *a mí* a quien necesita mi abuela.

Esta noticia nos deja muy conmocionados a todos, sin excepción. Nos sumimos en el silencio y nos miramos unos a otros.

Con los hombros hundidos y la cabeza baja, mido las consecuencias de su partida. Ya no lo veremos en el apartamento, ni en la universidad. Ya no estará presente en las fiestas, ni en la mansión de Carter. Las misiones se llevarán a cabo sin él.

«Tucker va a desaparecer de nuestro día a día».

Solo tengo ganas de una cosa: convencerlo de que se quede con la ayuda de Carter. Él encontrará una solución adecuada, pero ¿quién soy yo para privar a una madre de la ayuda de su hijo?

—Regresa con nosotros. Los Devil's Sons te necesitan —asegura Clarke.

Le da una palmada cariñosa en la espalda, un gesto firme de apoyo. Tucker parece aliviado, como si temiera que la banda pasara definitivamente de él. Creo que no tiene ni idea de lo que sentimos. Me gustaría abrirle una puerta a mis sentimientos para que entendiera hasta qué punto es importante para nosotros.

Clarke me levanta con ternura de sus rodillas y me pone en su silla mientras va hacia el bar.

—Bueno, entonces, ¡solo nos queda pasar una noche en condiciones! —grita Sean. Marca un número en su móvil y se lo pega a la oreja—. ¿Wyatt? Cambio de planes. ¡Esta fiesta tiene que ser me-mo-ra-ble!

Asisto a la rápida ola de adrenalina en los chicos, como si ya se hubieran hecho a la idea de la noticia. Estoy indignada. Cuando siento la necesidad de tomar el aire, Tucker me atrae hacia sus brazos. A su lado, pierdo el control de mis emociones y escondo mi cara en el hueco de su cuello.

—No me hubiera ido de la ciudad si hubieras elegido seguir a tus padres a Canadá. Pero saber que vas a estar a su lado, con los Devil's Sons, hace que me vaya tranquilo. Cuidarás de ellos, como ellos cuidarán de ti.

«Y a ti, Tucker, ¿quién te cuidará?».

Una lágrima se desliza por mi mejilla y cae sobre su chaqueta de cuero. Me sonríe, conmovido, y luego me da un beso lleno de amor en la frente. Mi piel se impregna del calor de sus labios y me deleito con ello.

—Nunca hubiera imaginado que iba a echar de menos a una chica tanto como a los chicos.

Una risa o un sollozo, no estoy segura, sacude mis hombros. No quiero que se vaya. Saber que no estará aquí mañana me rompe el corazón. Es como si perdiera una parte de mi alma.

—No llores, o voy a llorar yo también —me avisa con voz temblorosa.

—¡Cierra el pico, tío! —titubea Set—. Ni se te ocurra derramar una lágrima.

Nos empezamos a reír todos, incluida yo, y el segundo de Carter reaparece con una ronda de cerveza y una limonada.

Esa noche, el jefe nos invita a su propiedad para celebrar como se debe la partida de su hombre.

Con mis tacones altos y un mono a juego con mi chupa, atravieso el *parking* y me encuentro con Clarke, apoyado en el BMW. Me agarra de la cintura y me atrae hacia él.

—Va a ser complicado pasar toda una noche sin arrancarte la ropa —me susurra al oído.

Un escalofrío me recorre la columna y siento cómo aumenta el calor en mi bajo vientre.

—Vas a tener que esperarte unas horas —murmuro, pasando un dedo por su pecho.

Un intenso deseo ilumina sus pupilas. Aprovecho para meterme con él, rozando el bulto prominente de su duro miembro bajo el vaquero. Su reacción es inmediata: se le corta la respiración y sus manos me aprietan la cintura.

Me lanza una mirada salvaje. El tipo de mirada que te enciende entera.

—Entra en el puto coche antes de que te encierre en el primer armario que vea —gruñe.

Pongo la sonrisa más seductora que sé y me alejo de su agarre.

—Va a acabar conmigo… —lo escucho mascullar entre dientes ante de entrar al coche.

Me mantengo callada durante todo el trayecto, pensando en todos los momentos que he compartido con Tucker. Entiendo su decisión y la acepto, pero eso no la hace menos dolorosa. Cada miembro de la banda es un pilar que sostiene los cimientos de nuestra familia. La desaparición de uno puede provocar un derrumbe si no logramos encontrar un nuevo equilibrio, una redistribución del peso que todos compartimos. Mañana, los Devil's Sons habrán perdido a uno de sus hermanos. Al que nos hace reír a cualquier hora del día, estemos hasta el cuello de problemas o no. Al que apreciamos por su sensibilidad. Al que queremos de forma natural.

Al llegar a la propiedad nos recibe Marie. Coge nuestras chaquetas y nos acompaña al salón.

El ambiente es festivo: champán y aperitivos, cubertería de plata y copas de cristal. Mi mente relega todo eso a un segundo plano; solo importa el rey de la fiesta. Así que corro hacia Tucker, que me levanta en brazos, y de repente estoy dando vueltas por los aires.

Su gran sonrisa es uno de los rasgos que más echaré de menos. Es una sonrisa que no solo ilumina su cara, sino que refleja sus ganas de vivir. Tucker no es un llorica; siempre ve el vaso medio lleno, incluso cuando todo parece perdido.

Mis pies vuelven a tocar el suelo y me abraza contra su pecho. Cierro los ojos y disfruto de ese achuchón, uno de los últimos que tendré en mucho tiempo.

—Te quiero, Ava.

—Te quiero, Tucker. Más allá de los lazos de sangre.

Carter hace tintinear su copa con una cucharilla y reclama la atención de sus invitados.

Nos reunimos alrededor de la mesa del centro y, de forma discreta —o al menos eso espero—, me hago con un vaso de champán.

—¡Suelta eso! —me ordenan mi padrino y los Devil's Sons a coro.

Me sobresalto y por poco me tiro la bebida encima.

«Mierda».

Marie me quita el champán de la mano y lo remplaza por una limonada. El enfado de mi familia se dispersa rápido, dando paso a la diversión. Carter se ríe. Una bonita risa elegante y franca, como su imagen. Sorprendidos de escucharle reír así, los chicos se unen a él. La fiesta empieza de maravilla, el ambiente es perfecto.

—Bueno —comienza el jefe—. Siempre es difícil decir adiós a uno de mis hombres. Después de años a la cabeza de esta banda, siento que el equipo que formáis es el mejor que los Devil's Sons han conocido. Y no solo porque mi sobrina está a nuestro lado.

Me guiña un ojo, nos reímos de nuevo, con los corazones oprimidos y ligeros al mismo tiempo.

—Tucker, desde el primer día fuiste valiente, leal y fuerte. Has aportado mucho a esta familia y eres uno de los pilares que le da cohesión de la banda. Los Devil's Sons son un conjunto de componentes poco comunes, entre los que está tu esencia. Es primordial para nuestro buen funcionamiento, y me gusta pensar que hemos aprendido suficiente de ti como para sobrevivir… hasta que regreses.

Tucker imita una reverencia. Es su forma de disimular la emoción, pero sus ojos llorosos no engañan a nadie.

—Gracias por haber peleado a nuestro lado. Gracias por confiar en mí. Nunca olvides que mi puerta estará siempre abierta. Eres, y seguirás siendo, un miembro de esta familia. Te esperaremos el tiempo que haga falta.

El Devil's esconde las manos temblorosas tras la espalda y asiente, agradecido. Sus labios se mantienen cerrados, como si temiera romper en sollozos al pronunciar cualquier palabra.

—Se ha hecho un pago por cese a tu cuenta bancaria —añade el jefe.

Tucker recibe una notificación. Los ojos casi se le salen de las órbitas al ver la pantalla de su móvil, suelta una carcajada algo enloquecida y después una sarta de palabrotas.

La tierna sonrisa de Carter se desvanece cuando su hombre se le acerca con los brazos abiertos.

—¡Esta es una buena ocasión para abrazarte!

—¡Ah, no! —niega mi padrino, categórico.

—Oh, sí, sí, sí…

Observamos al jefe retroceder ante lo que considera una amenaza, y se produce un momento histórico: Tucker consigue, con un subterfugio, abrazar a Carter. Algunos silban con los dedos, otros golpean el suelo de mármol con los pies.

—¡Por Tucker! —exclamo levantado mi vaso.

—¡Por Tucker! —repiten los chicos a coro.

Brindamos y bebemos, bailamos y comemos. Nadie se libra de la emoción. De repente, suena el timbre de la puerta de entrada y Carter regresa acompañado de dos tatuadores bien equipados.

—Es un regalo de tus amigos —le anuncia a Tucker señalándonos.

—No habréis pedido que me tatúen una polla, ¿verdad?

Saco de mi bolso una foto impresa y se la entrego al rey de la fiesta. Se pone tenso, la acepta con el ceño fruncido y descubre el recuerdo que encierra esa imagen. Capto su reacción, temiendo que no le guste la idea. Lo veo tomar una gran bocanada de aire para controlar sus emociones. Parpadea varias veces y luego mira hacia el techo, intentando ocultar las lágrimas. Conmovido, se quita la camiseta, se gira y señala una parte de su espalda que no está tatuada.

—¿Empezamos? —pregunta.

26

Las siguientes horas son duras para Tucker. Mientras nosotros disfrutamos del momento, él está tumbado boca abajo, tatuándose. Sus gruñidos de dolor y las amenazas que lanza a sus torturadores nos arrancan muchas carcajadas.

Cuando por fin terminan, nos reunimos delante del espejo del baño principal y descubrimos el resultado al mismo tiempo que nuestro amigo.

Bajo su nuca se despliega una obra de arte que captura para siempre aquella maravillosa tarde en el chalet de Carter, en Brighton. Estoy tan emocionada que podría echarme a llorar.

De la cabeza a los pies, estamos todos, los ocho, tatuados en blanco y negro en su piel. Se nos ve de espaldas, reconocibles por nuestro físico y nuestros cortes de pelo. El acabado es tan fiel y realista que no hay duda sobre la identidad de cada uno.

Empezando por la izquierda, está Jesse, con la cabeza cubierta de tatuajes y un porro humeante en la mano. A su derecha está Set, un poco más alto. Luego Tucker, con su melena de surfista, señalando la luna con el índice. En su otra mano se distingue el tatuaje de una bailarina de cabaret. Carter, tan elegante como siempre, lleva un traje a medida. Después estoy yo. Parezco una enclenque entre tanto músculo. Los matices de mi larga melena han sido trabajados con diferentes sombras, y mis dedos están entrelazados con los de Clarke, el más alto e imponente de todos. Por último, se puede reconocer a Sean por sus rizos, con el codo apoyado en el hombro de Justin, que se rasca la nuca mientras mira hacia el cielo.

Las chaquetas de cuero de los Devil's Sons, representadas con minuciosidad, dan un aspecto casi místico a la imagen, igual que la luna, que parece bendecirnos con su luz.

De repente, Tucker se pone a llorar frente al espejo, con el corazón dividido entre sus dos familias.

—Es el regalo más bonito que me han hecho.

—¡Oh, cállate! —sueltan los Devil's Sons a coro, aunque ellos también están emocionados.

Se alejan del cuarto de baño con miedo en el cuerpo. Sí, les da miedo romperse, estoy convencida.

Me acerco a mi amigo, que solloza con la cara enterrada entre sus palmas.

«Por todos los dioses, cómo lo quiero».

Le aparto con delicadeza las manos y le acuno la cara. Sus ojos rojos y su alma partida en dos me oprimen el pecho.

—Da igual el número de meses o años que pases lejos de nosotros, no habrá día sin que pensemos en ti. Esperaremos tu vuelta. Y, cuando regreses, será como si nunca te hubieras marchado.

—¿Lo prometes?

—Tienes mi palabra, Tucker —susurro con voz temblorosa.

Enjugo la comisura húmeda de mis ojos y atraigo al Devil's contra mí. Compartimos nuestro dolor y, juntos, nos liberamos de nuestras inseguridades.

Volvemos al salón para una deliciosa cena, tras la cual Carter desaparece en su habitación. Regresa momentos más tarde con una maleta de viaje y me lanza las llaves, que cojo al vuelo, sorprendida.

—No voy a pasar la noche aquí. Vuelvo mañana por la tarde. Os doy permiso para invitar a algunos amigos, pero no quiero más de cincuenta imbéciles en esta casa. Marie, tómate la noche libre.

El jefe se para frente a Tucker y le tiende la mano. Nuestro amigo la mira fijamente durante un largo instante, con las emociones a flor de piel. Cualquier cosa podría hacerlo llorar de nuevo. Finalmente, le da un apretón cargado de respeto.

—Gracias por todo, Carter.

—Soy yo quién debe darte las gracias, hijo. Cuida de ti mismo y de los tuyos, y vuelve pronto. Si necesitas cualquier cosa, tienes mi número.

Tucker asiente, con un nudo en la garganta, y sin que nos lo esperáramos, mi padrino lo abrazo con ternura. Su hombre abre los ojos como platos, pero disfruta de ese contacto. Sin añadir nada más, el jefe abandona la mansión, con la mirada llena de emoción. Dejar marchar a Tucker le afecta igual que a nosotros.

Una vez se ha desvanecido el sentimentalismo, siento el peso del manojo de llaves en la palma de mi mano. Me giro hacia los chicos, con una sonrisa traviesa en los labios y una idea rondándome la cabeza.

—No —rechaza Clarke, con el semblante serio.

Ha leído mi pensamiento y parece que no le gusta.

—Sí —respondo poniendo una cara encantadora.

—Oh, no —susurra Jesse, desconfiado.

—Oh, sí —interviene Sean.

—¡Oh, no! —apoya Justin, preocupado, pero influenciable.

—¡¡Oooh, sí!! —grita Tucker.

—¿Queréis que nos mate? —exclama Set, con el ceño exageradamente fruncido.

No debo ser consciente del peligro, ya que salto hasta el Devil's del ego por las nubes.

—¡FIEEES… —empiezo.

—… TAAA! —termina.

Empezamos a bailar, desenfrenados. Justin y Sean en sintonía con nosotros, se unen a nuestro dúo.

Agito las llaves en las narices de los aguafiestas como los indios alrededor de una hoguera. Sus caras se destensan: aparecen las sonrisas y las risas aumentan. No les hace falta mucho para ceder.

Sean saca su móvil y se lo lleva a la oreja.

—¿Wyatt? Cambio de planes. La fiesta pasa a casa de Carter. Sí, has oído bien. La casa de Carter Brown.

Suelto un grito victoriosa y alzo el puño.

—¡Llegan en cuarenta minutos! —nos informa el Devil's.

Me quedo quieta de repente cuando me doy cuenta de que hay varios obstáculos en nuestro camino. Le quito el móvil de las manos a Sean y me dirijo al capitán del equipo de fútbol.

—Los móviles están totalmente prohibidos. Avisa a todo el mundo que el idiota que tenga su móvil encima tendrá prohibida la entrada a la mansión y se llevará un puñetazo de parte de Clarke.

Wyatt acepta sin comprenderlo, como si esperara ciertas reglas. Cuelgo bajo las miradas curiosas de mi familia.

—La antena del tejado graba *todas* las llamadas telefónicas. Un programa informático envía una alerta a Carter si registra ciertas palabras. También hay que bloquear el pasillo. Hay detectores de movimiento a la altura de su despacho.

Seis pares de cejas se elevan. Entonces ninguno estaba informado de eso, ni siquiera el segundo de Carter.

—Por Hlidskjálf, ¿nos tomas el pelo? —pregunta Set.

—No me sorprende —confiesa Jesse—. ¿Y qué hacemos con las cámaras?

—¿Hay cámaras? —les pregunto con una mueca.

Mi pregunta es tonta y la respuesta es evidente.

—Sabes que hay una torre de mando en la entrada de la propiedad, ¿no?

—Es imposible no verla —digo.

—Pues bien, en esa torre con los cristales tintados, seis agentes de seguridad montan guardia las veinticuatro horas del día durante todo el año —me explica Justin—. Dejan pasar a un visitante en función de las instrucciones que Carter les dé. Gestionan también un centenar de cámaras de vigilancia. Los muros que rodean la propiedad están llenos de ellas. Pasa lo mismo con el interior de la propiedad: cada zona de la casa está vigilada. Sin contar las cámaras escondidas por toda la propiedad, que están vinculadas directamente al móvil de Carter.

«¡Por todos los dioses, este lugar más seguro que la Casa Blanca!».

Paso una mano por mi frente con cierto nerviosismo.

—Recemos para que el jefe no se fije en los vídeos de vigilancia, aunque es poco probable. Ahora tenemos que asegurarnos de que la

torre de control autorice el acceso de nuestros invitados sin avisar a Carter, al menos hasta mañana. Empezad a esconder los objetos de valor. Clarke, ¿sabes cómo contactar con la torre de control?

—Podemos llamar desde el teléfono fijo del jefe.

—¿Dónde está?

—En su despacho.

«Mierda».

Si entramos ahí, mi padrino recibirá un aviso. Aunque nos ha dado permiso para invitar a varios compañeros. Por tanto, sería normal que entremos en su despacho para avisar a los guardias de seguridad.

Decido hacer de sobrina modelo y le envió un mensaje para asegurarme de que sus detectores de movimiento no estén equipados con rayos láser que queman la piel.

Esperando su respuesta, observo a los Devil's Sons mientras esconden los muchos tesoros que tiene esta mansión.

Mi móvil no tarda en avisarme de un nuevo mensaje.

> Ya he avisado a la torre de control de que vienen vuestros amigos. Pero puedes entrar sin peligro a mi despacho y coger una botella de *whisky*.
> Saboreadla (tú no, los chicos), vale más que todos vosotros juntos.

Por encima de mi hombro, Clarke le las palabras en mi móvil. Su sonrisa diabólica hace juego con la mía.

Compartimos una mirada cómplice.

«Carter, Carter, Carter. Nos lo estás poniendo demasiado fácil».

Se lo agradezco de parte de todos, y después Clarke y yo vamos hacia su guarida. El Devil's descuelga el teléfono fijo, aprieta un botón y luego pone el altavoz.

—Torre de control.

—Soy Clarke. ¿El jefe os ha informado de la llegada de mis amigos? —El Devil's guiña un ojo a lo que respondo con una sonrisa

maquiavélica y añade—: Trescientos. Ni uno más.

El agente de seguridad se atraganta al otro lado de la línea.

—Escucha atentamente las instrucciones que te voy a dar —continúa Clarke—. Ningún coche, sea cual sea, debe entrar en la propiedad, salvo el de los gemelos Liner. Nuestros invitados vendrán a pie y tendrán que presentar su tarjeta de estudiante vigente, sin eso se les negará el acceso. Después tendrán que pasar un detector de metales. Todo objeto electrónico será prohibido, incluidos los móviles. Nada de armas de fuego ni armas blancas. Cuando hayan pasado los trescientos invitados, el portón solo se abrirá para dejarles salir, ¿entendido? Ningún viaje de ida y vuelta será tolerado.

—Señor Taylor, es una carga considerable de trabajo. Nos arriesgamos a perder el control de la situación.

—Pedidles a los otros cuatro equipos que vengan por la noche.

—¿Podemos tener la confirmación de un segundo miembro de la banda?

Me inclino sobre el teléfono e intervengo.

—Soy Avalone Lopez. Confirmo las instrucciones de Clarke.

—Recibido, señorita.

El Devil's pone fin a la llamada bajo mi expresión victoriosa. Se cruza de brazos y se apoya contra el escritorio de Carter.

—¿La princesa Arinson está desobedeciendo a su querido padrino?

—No cruzo los límites a menos que esté segura de que no me van a pillar.

—Eres consciente de que esta vez te va a pillar, ¿verdad?

—Sí. ¡Y es aún más emocionante!

Clarke se ríe y pone los ojos en blanco. Reconocemos que, en lo de rebelde, tengo mucho que mejorar.

Pongo los brazos alrededor de su cuello y atraigo su boca hacia la mía. Pero, aunque el beso en un principio iba a ser casto, somos incapaces de alejarnos del otro. Como si cada vez que nos besáramos, la adicción tomara el control empujándonos a profundizarlos, a llegar hasta el final, a saciar este deseo carnal. Y cuando conseguimos resistirnos, no es solo el sentimiento de

frustración lo que se apodera de nosotros, sino el sentimiento de pérdida. La pérdida de una necesidad básica, vital.

—Si no hubiera cámaras, solo los dioses sabrían lo que te habría hecho en este despacho —sisea.

Con la respiración entrecortada y las mejillas encendidas, sonrío contra sus labios. Cuando por fin nos podamos mostrar nuestro amor a través del arte de dos cuerpos que se unen, será una explosión de pasión.

—Vamos a ayudar a los chicos —murmuro.

Abro un armario y cojo la botella de *whisky* por la que se suponía que habíamos venido. Luego deslizo mi mano en la de Clarke y lo llevo a la salida. Nos reunimos con los Devil's Sons en el salón y nos ponemos manos a la obra. Empezamos por descolgar los cuadros de las paredes que los más fuertes guardan en la habitación del jefe, al lado de jarrones, estatuas, cristalería y otras baratijas de gran valor. Guardamos las pantallas planas y quitamos las alfombras. Después, cubrimos los sillones, los sofás, las mesas y las mesitas de noche con plástico.

—Odín todopoderoso, ¿pero qué estáis haciendo? —pregunta Marie con voz ahogada desde la entrada del salón—. Oh, no. Yo me voy de aquí, no he visto nada. ¡Esto no es cosa mía!

Nos reímos mientras ella huye de la mansión como alma que lleva el diablo.

Finalmente, bloqueamos los dos pasillos con la ayuda de los sillones, de forma que solo se puede acceder a los baños y la cocina.

Todos los chicos dejan sus armas en la caja fuerte, excepto Clarke. Todo parece estar listo y nuestros invitados no se hacen esperar.

Tucker le abre la puerta principal a una marea humana. Trago con dificultad y me pregunto qué he hecho.

Wyatt, el primero en entrar, está equipado con un gran altavoz del que sale música a todo volumen. A su lado, una Lola emocionada se divierte. Después, la mansión es conquistada. Los estudiantes observan el interior de la propiedad y descubren, por primera vez, la guarida de los Devil's Sons.

La multitud se mueve y acabo perdiendo de vista a los chicos. Tengo que abrirme paso a codazos de lo llena que está la sala. Los fiesteros siguen llegando en oleadas. Se esparcen por el salón, la cocina y el jardín. Gracias a los dioses, nadie se aventura más allá de los sillones. El alcohol corre a raudales, los vasos están por todas partes. Estudiantes que no conozco de nada me saludan e intentan iniciar conversación conmigo. Hablo con un montón de gente y resulta agradable.

—¡Ava!

Mi compañera de habitación salta sobre mí y le da sin querer al chico que tengo al lado.

—¡Es, a la vez, la mejor y la peor idea que has podido tener jamás!

Me río, nerviosa, totalmente de acuerdo con ella. Esta noche será memorable, pero esperemos que lo sea por buenas razones. Hay tantas cosas que pueden salir mal…

—¿Es verdad que Tucker se va de la ciudad? —me pregunta afectada por la noticia.

—Sí…

—¿Tucker se va? —repite un desconocido.

—¿Qué? ¿Tucker se va de la ciudad?

De repente, nadie habla de otra cosa. Los rumores vuelan y empiezan a circular toda clase de historias tontas sobre por qué nuestro Devil's de ego descomunal se va de la ciudad. Intento no hacerles caso, pero duele.

Lola me dice que nuestros amigos no vendrán. Jackson y Aurora se niegan a asistir a una fiesta en la casa de Carter por motivos evidentes, Emily no se siente cómoda con la idea de entrar en la mansión de un criminal y Daniel se ha quedado para estar con ellos.

La fiesta acaba de empezar y ya veo a Jesse colándose en una de las habitaciones a las que solo nosotros tenemos las llaves, acompañado de una guapa desconocida. Su mirada se cruza con la mía y me río. Me lanza una sonrisa encantadora y desaparece detrás de la puerta.

Lola le manga una botella a un jugador de futbol y me arrastra al otro extremo de la sala. De camino nos cruzamos con Justin y

Tucker. Este último le arrebata el ron y bebe varios tragos directamente de la botella. Hago una mueca de solo imaginarme el líquido quemándole la garganta.

—¡Esta noche nos emborrachamos! —grita.

Los estudiantes levantan sus vasos y gritan de alegría, luego siguen bailando con más intensidad al ritmo de la música electrónica. El rey de la fiesta separa a la multitud, se inclina sobre la mesa de bebidas y lo vemos coger una nueva botella de alcohol que se acaba con fluidez.

—Apuesto a que vomita antes de que acabe la fiesta —digo.

—Cincuenta dólares a que vomitará mañana —apuesta Justin.

Nos estrechamos la mano y nuestro amigo viene hacia nosotros del brazo de una estudiante que no me es del todo desconocida. Estamos en el mismo curso.

—¡Chicos, os presento a Rachel!

«¡No se llama Rachel!».

Abro los ojos como platos cuando Samantha me agarra de la muñeca y me acerca a ella sin miramientos.

—Me llamo Rachel si él quiere que me llame Rachel, así que cállate —me susurra al oído—. Si no te importa, danos la llave de tu habitación, tengo planes más interesantes que escucharte.

Me lo imagino. Pero hay mejores formas de pedirlo. Y no acepto la crueldad gratuita.

—Por Frigga, te equivocas si crees que puedes follar en mi cama. Ve a pedirle a Clarke la llave de otra habitación, y ojalá aprendas educación de camino.

Tucker, ya borracho, lleno de energía e incapaz de mantenerse quieto, se dirige hacia una conocida, dejando plantada a su nueva conquista por una antigua compañera de cama. Samantha palidece y descarga su enfado contra mí.

—¿Estás orgullosa, zorra de los Devil's?

—No. Siento mucho que tengas tan poca autoestima. ¿Menospreciarme es la única manera que has encontrado para sentirte mejor contigo misma? Vivir con un complejo de inferioridad todos los días no debe ser fácil.

Cada centímetro de su cara se vuelve rojo. Fuera de sí, desaparece entre la multitud, rápidamente reemplazada por Justin, que reaparece tras una breve ausencia. Me tiende un vaso de limonada y le ofrece vodka a mi compañera de habitación.

—Carter…

La voz de Clarke nos llega desde el ventanal abierto. Tiene la mirada fija en un punto detrás de nosotros, está inmóvil y un poco pálido.

«Por todos los dioses, eso no…».

Aterrorizado, a Justin se le resbala la botella de alcohol que cae encima de los pies. Pero está tan nervioso que ni siquiera reacciona al dolor.

Mis amigos y yo giramos lentamente la cabeza hacia la entrada, listos para ver aparecer al propietario de la mansión muy cabreado.

Ni rastro de Carter.

Recorremos la multitud con la mirada, buscándolo, hasta que entendemos que no era más que una broma.

Los tres suspiramos tranquilos, y centro mi atención en el Devil's, que se ríe.

—¡Por Loki, Clarke! ¡Me has dado el susto de mi vida!

—¡Mis dedos! —gime Justin, finalmente.

Nos reímos a costa del cojo. Hay que decir que la botella de dos litros de alcohol estaba llena.

Cuando el motero llega a nuestra altura, le doy un codazo en el costado, con el corazón aún intranquilo. Mentiría si dijera que no estoy preocupada por una aparición sorpresa de mi padrino. Si Carter descubriera lo que está ocurriendo en su casa, no tengo ni idea de cuál sería el castigo que nos impondría, pero sé que tiene una gran imaginación.

En la siguiente hora, los gemelos han hecho una aparición notable, Jesse ha vuelto de su polvo rápido y Tucker ha encontrado una enésima conquista con la que se ha encerrado en una habitación. Luego ha reaparecido aún más borracho, intentado explicarme lo que es la embriaguez sexual. Me he tapado los oídos y he ido a

recibir a Ange, a quien invité esta noche para agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

Su presencia no les hace ni pizca de gracia a los Devil's Sons, por decirlo suavemente. Pero he conseguido calmarlos recordándoles que, si no me hubiera llevado al hospital hace meses, estaría muerta. Han aceptado su presencia con la condición de que mantenga las distancias. Después, Clarke se ha asegurado de nuevo de que el despacho del jefe estuviera cerrado con llave.

Y aquí estamos todos ahora, entre fiesteros cubiertos sudorosos. El ambiente es electrizante. Tucker está tumbado por encima de todas las cabezas y pasa de unos brazos a otros como si fuera el rey del universo. La multitud lo ovaciona y él, por supuesto, no pierde la ocasión de dejar que hable su ego: repite una cantidad exagerada de tonterías sobre su alma de origen divino.

Ty es el siguiente en dominar la pista. Sentado sobre los hombros de dos estudiantes, alza el puño al cielo y proclama alto y claro su alegría de vivir, fiel a sí mismo. Le sigue Justin, igual de entusiasta, y luego Set y Sean también se unen.

Observo a los fiesteros centrar su atención en los más introvertidos de la banda, es decir, en Clarke, Jesse y Alec. Las miradas asesinas que les lanzan estos últimos bastan para disuadirlos.

—¡Esos imbéciles son los únicos a los que les gusta desfilar como jodidas princesas Disney! El primero que intente cualquier cosa con nosotros tendrá mi pistola al fondo de la garganta, ¿entendido? —los amenaza el segundo de Carter.

Varias manos se alzan en señal de paz y todos retroceden, asustados.

Me imagino entonces a los tres Devil's Sons dejándose llevar por encima de las cabezas de los fiesteros, animando a la multitud. Ese escenario tan improbable me provoca un ataque de risa. Me prometo guardar para siempre esa imagen mental en algún rincón de mi mente.

Cuando los chicos vuelven al suelo, Tucker aterriza sobre la mesa del comedor. Se tambalea peligrosamente, pero, como una mamá gallina, le rodeo las piernas con los brazos para darle un poco

de estabilidad. La música baja y todos los presentes se giran hacia él como si fuera el mensajero de los dioses.

—¡Voy a acabar con la intriga! —Coge una botella de alcohol, y luego continúa—: ¡Me voy de la ciudad mañana!

—¡Buuu! —gritan los estudiantes a coro.

—Lo sé, lo sé, me vais a echar de menos. ¡Pero volveré! ¡Por ellos! —Apunta con el dedo a nuestra dirección y nos arropa, a los Devil's Sons y a mí, con la mirada—. Porque son el tipo de amigos que hay que mantener a tu lado para siempre. Son el tipo de amigos que, pase lo que pase, te aceptan tal como eres y te querrán *para siempre*.

La multitud grita en nuestro honor, mientas mi corazón lo hace en honor a Tucker.

—¡Por eso os pido una ovación para Clarke Taylor! Gracias a sus tendencias suicidas todavía estoy vivo. ¡Se ha sacrificado por mí un número incalculable de veces, y eso, amigo mío, nunca lo olvidaré!

De inmediato, los estudiantes corean alabanzas al segundo de Carter, que, molesto, pone los ojos en blanco.

—¡Por Justin Coldwell, mi mejor amigo, que nunca ha dudado en seguirme en mis tonterías a pesar de su miedo a las consecuencias!

El público enloquece y el Devil's grita con fervor su amor por Tucker.

—Por Sean Olson, que me ha enseñado que creer en uno mismo no siempre es una virtud.

Ninguno de nosotros se lo esperaba. Es tan repentino y espontáneo que los chicos y yo rompemos a reír con ganas, hasta que se nos saltan las lágrimas.

—¡Hijo de puta! —le grita su víctima por encima del ruido causado por los trescientos estudiantes.

—¡Yo también te quiero, hermano! —le suelta Tucker. Se toma varios tragos de su copa y continúa, con una seriedad nunca vista en él—: Por Jesse Mason, el hombre que nunca me ha juzgado y que ha sabido animarme en cada momento de debilidad.

El Devil's de la cabeza rapada se lleva la mano al pecho, agradecido con el universo por todos los momentos que han

compartido juntos.

—Por Set Collins, que me ha enseñado hacer bellos discursos, señoritas.

Esta vez, solo los gritos femeninos aumentan en la sala. Set, encantador como siempre, besa las mejillas de las estudiantes que lo rodean y recibe decenas de números de teléfono.

—Por los gemelos Liner, que no han dudado en venir a ayudarnos, incluso aunque se han retirado hace varios años.

Si Ty anima a la multitud, no es el caso de su hermano. Alec se queda en una esquina, con la boca cerrada.

—Y por Avalone Lopez, quien me ha enseñado a creer que todo es posible.

Se me encoge el corazón bajo la cariñosa mirada de mi amigo.

—¡Es gracias a ella que estáis aquí esta noche!

Los gritos aumentan. Tucker, que —dicho sea de paso— tiene una gran fuerza, me levanta del suelo y me sube a la mensa junto a él, mortificada por todas las miradas que se clavan en mí. Soy incapaz de dar un espectáculo, y menos delante de una multitud a la que no le agrado lo más mínimo.

Mientras me pregunto qué hacer, mi amigo me acerca él.

—Cuidad bien de ella, por favor —les pide a los estudiantes con una voz cargada de emoción—. Vale su peso en oro. Lucha por sus ideales, incluso si eso significa ponerse en peligro. No duda en meterse en problemas si nos ponemos violentos, irrespetuosos o injustos. Nos hace ser mejores. Así que, si tenéis la oportunidad de hablar con ella, no la desperdiciéis por razones equivocadas.

Sus palabras no solo me llegan a mí. Durante un instante, las falsas apariencias se desvanecen. Durante un segundo, los celos se difuminan y la gente se cuestionan sus prejuicios.

—¡¿No es maravillosa?! —grita Tucker.

Las ovaciones vuelven con más fuerza y creo que nunca he visto sonrisas tan sinceras. Cruzo la mirada con la de Clarke. Ve mi creciente malestar y viene a mi rescate. Envuelve un brazo alrededor de mi cintura y me desliza contra él.

De repente, me deja sin respiración con un beso autoritario, como si esos segundos en los que fui el centro de atención hubieran

sido difíciles de soportar para él. Y eso es lo que me gusta de este hombre. Es celoso, posesivo y protector, pero lucha contra sus instintos para no volverse nocivo. Controla sus emociones y no me encadena. *Nunca*.

Nos separamos difícilmente y, después de controlar su deseo, Clarke obliga a Tucker a bajar de la mesa antes de que se rompa una pierna.

—Este *whisky* es malísimo —protesta el Devil's con el ego por las nubes—. Voy a buscarme otro.

Desaparece de nuestro campo de visión, justo cuando los gemelos reclaman nuestra presencia.

—Me cercioro de que nadie haga gilipolleces y vuelvo contigo —me susurra Clarke.

Le doy un beso en la mejilla y me abro camino hacia Alec, que coge la mano que le tiendo y me arrastra a los sillones de fuera.

Los hermanos Liner se rieron al descubrir el estado de la propiedad y me felicitaron por mi «error monumental pero increíble». Desde entonces, intentan prepararme psicológicamente para el castigo del jefe. Me siento entre ellos y saludo a Wyatt y a algunos jugadores de fútbol tumbados frente a nosotros.

—La partida de Tucker significa una nueva incorporación en los Devil's Sons —anuncia Alec.

Frunzo el ceño y cruzo los brazos. Decir que la idea de ver a un desconocido entrar en la banda no me entusiasma es quedarse corta. Me molesto con el antiguo miembro por sacar el tema cuando nuestro hermano ni siquiera ha salido aún de la ciudad.

—Nadie puede reemplazar a Tucker. Le guardaremos su lugar.

Conmovido, Ty me acaricia el brazo de forma reconfortante.

—Tucker es único, no hay dos como él. Pero la ausencia de un compañero no está exenta de consecuencias: hay que recuperar el equilibrio. Si los chicos encuentran a un tipo en buena forma física, tendrán que decírselo a Carter.

—Y por esa razón va a estallar una pelea frente a nosotros en tres, dos, uno… —susurra Alec en mi oído.

Sus palabras son absurdas, pero ciertas. Un estudiante aparece de la nada, agarra a otro por el cuello de la camisa y lo insulta con

agresividad. La víctima está confundida y no entiende nada. Intenta calmar al agresor por medio del diálogo, pero este lo sacude violentamente.

«Dioses todopoderosos, ¿la estupidez humana no tiene límites?».

Si ocurre un incidente aquí, en la propiedad de Carter, los Devil's Sons podrían meterse en un buen lío.

—¡Eh, tú! —intervengo.

El imbécil se gira hacia mí, sacando pecho, y me mira con cierto orgullo.

«¡Menudo gilipollas!».

—Lárgate. Si me encuentro contigo dentro de la mansión, será una pistola en la frente la que te termine de convencer.

Suelta rápidamente al inocente y murmura cosas incomprensibles. Al final, desaparece. Entonces me doy cuenta de la presencia de Tucker en la entrada del jardín, que me observa con sus grandes ojos resplandecientes.

—Esa es mi chica —declara con orgullo.

Un Jesse achispado se une a nosotros. Se tambalea hasta mí y tira de mi brazo, de forma que mi culo se despega del sillón. Se sienta en mi sitio, me coloca sobre sus piernas y me abraza para protegerme del frío.

En el salón, la fiesta está en pleno apogeo. Lola y yo bailamos con dos estudiantes tan extrovertidos como simpáticos. El confeti y las bengalas de humo de todos los colores explotan entre los gritos de los fiesteros. El tiempo se detiene; todas las miradas de mi familia se centran en mí. La mirada preocupada y nerviosa de Clarke me hace caer en la cuenta del riesgo que corro si inhalo ese humo. Se propaga por la habitación; un degradado azul, amarillo y rojo enturbia el aire, hasta el punto en el que casi no distingo a la gente bailando. De repente, el tiempo parece acelerarse. El motero se desliza detrás de mí, coloca un pañuelo sobre mi boca y me impide respirar. Nos abre paso entre la multitud, gritando a los estudiantes que se aparten mientras los Devil'sSons recogen las bengalas y las

arrojan a la piscina por el ventanal.

Este humo es nocivo para cualquiera. Libera nanopartículas que pueden llegar hasta los alveolos pulmonares y causar inflamación. Si los que tienen buena salud corren riesgo, imagina lo que supone para quienes sufrimos insuficiencia cardíaca; mis pulmones están especialmente deteriorados por mi enfermedad.

No aguantaré mucho más sin respirar, y Clarke se da cuenta. Deja el pañuelo y me alza contra su pecho, apartando a todos de nuestro camino como un *bulldozer*. Mi instinto de supervivencia me obliga a inhalar. Con los ojos abiertos como platos por el dolor, me ahogo y me agito en sus brazos. El Devil's trepa por el sofá y salta hacia el pasillo. Rompe la cerradura de un puntapié. Entramos en mi habitación, cierra la puerta detrás de nosotros y, por fin, dejo que el oxígeno llegue a mis pulmones. La bocanada de aire que inspiro con urgencia provoca un ataque de tos breve pero doloroso.

«Dioses todopoderosos…».

Clarke me deja en mi cama con ternura. Atraviesa la habitación y abre la ventana: una fuente de aire puro y fresco. Vuelve conmigo y se arrodilla a mis pies. Con la yema del pulgar, enjuga las lágrimas acumuladas en la comisura de mis ojos.

—¿Has inhalado el humo? —me pregunta, preocupado.

—Muy poco. Gracias a ti. ¿Cómo lo habéis sabido? ¿Cómo habéis podido reaccionar tan rápido cuando yo ni siquiera era consciente del peligro?

—Al igual que tú, nosotros sabemos cuidar de los demás más que de nosotros mismos.

Me atrae hacia él, aliviado, cuando suena un móvil. Es extraño, ya que no es ni el móvil de Clarke ni el mío.

Me aparto de su abrazo y me encuentro con su rostro inexpresivo.

—¿De quién es ese móvil?

—Es el de Tucker. Lo deja tirado por cualquier lado.

Podría haber asentido, pasado a otra cosa y besarlo. Pero, en vez de eso, la mano invisible de la mentira me rodea la garganta.

—El móvil de Tucker se ha caído a la piscina. Está metido en un cuenco de arroz ahora mismo.

Clarke tensa la mandíbula y aparta la mirada, oscurecida por sus tormentos.

—¿De quién es ese móvil? ¿Por qué me mientes?

El silencio en el que se encierra me empuja a deslizar la mano en el bolsillo trasero de su vaquero.

—¡No, Avalone!

Salto fuera de su alcance, con el móvil desconocido. Intenta quitármelo, sin hacerme daño, pero es en vano.

La pantalla del viejo Samsung se ilumina bajo mis ojos y revela la imagen de una niña pequeña en brazos de su padre. Se me hiela la sangre. Un frío de otro mundo llega a mi corazón y lo congela por completo.

Horrorizada, alzo la vista hacia Clarke.

—¿Por qué tienes su móvil? —pregunto, con la voz temblorosa.

Se mantiene callado mientras todo tipo de escenarios pasan por mi mente.

—¡¿Por qué tienes el móvil del asesino de tus padres?! —grito.

La ausencia de respuesta confirma mis dudas. Tiene el efecto de un golpe, violento y sin piedad.

Me tambaleo hacia atrás, sin aire.

—¿Lo has matado? —murmuro.

CONTINUARÁ...